

La Absolución de *Olivier*

Biología Señor Brooks 2

Andrea Adrich

D.J.57

**LA
ABSOLUCIÓN
DE OLIVIER**

Bilología Señor Brooks 2

ANDREA ADRICH

© Andrea Adrich, 2019

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56

Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Epílogo

CAPÍTULO 1

Olivier alargó el brazo y cogió la locomotora que descansaba en la repisa del salón. Pasó los elegantes dedos por la madera casi con reverencia, mientras evocaba el día de su cumpleaños y el momento en que Noah, con timidez y un ligero rubor en las mejillas, se la dio. Ella sentía vergüenza porque pensaba que era un regalo demasiado modesto, sin embargo era el mejor obsequio que le podía haber hecho. Jamás un regalo había logrado hacerle tanta ilusión como aquella locomotora.

Y se la había mandado hacer a su padre.

Noah era tan especial...

Única y fascinante como un unicornio.

La imagen de Noah relampagueó en su mente. Un sentimiento de culpa lo

invadió. No podía quitarse de la cabeza la discusión que habían tenido cuando ella se había enterado de todo, pese a que ya habían pasado unos días. Prefería haber visto odio en su rostro, hubiera sido cien veces mejor, pero era decepción lo que habían mostrado sus preciosos ojos azules, y esa visión era algo de lo que no podía deshacerse por más que lo intentaba.

Lanzó un último vistazo al juguete y lo dejó en la estantería. Resopló, preso de la ofuscación.

¿Qué podía hacer? ¿Qué?

No había sido consciente del modo en que estaba actuando ni de las consecuencias. Simplemente había hecho lo que estaba acostumbrado a hacer: a tomar lo que quería sin reparar en los medios, y había causado un profundo dolor a Noah.

Noah...

Había jugado con fuego y se había quemado.

En esos momentos se sentía como un león enjaulado, a punto de saltar a la yugular de quien se pusiera delante. Tenía que hacer algo para que Noah lo escuchara, para poder explicarse, aunque era consciente de que su comportamiento no tenía justificación posible, excepto porque era un cabrón.

De unas cuantas zancadas cruzó el salón y se plantó en el amplio vestíbulo. Cogió las llaves del coche de encima del aparador y salió pitando del ático.

De pronto tenía prisa.

Condujo por las calles de Nueva York al límite de las normas viales, incluso saltándose las en algunos casos, ganándose por ello varios bocinazos y algún que otro impropio, que, por supuesto, ignoró con arrogancia.

Cuando aparcó frente a la tienda de Noah, en la zona de carga y descarga, sus cejas se fruncieron en un gesto de extrañeza.

—¿Qué cojones...? —musitó.

Bajó rápidamente del Bentley dando un portazo, y enfiló los pasos apresurados hacia el local con cara de pocos amigos. ¿Por qué no había nada en los escaparates? ¿Ni maniquís? ¿Ni diseños? ¿Ni decoración?

Se acercó y miró a través de los cristales. La tienda estaba vacía. Completamente vacía. No había mobiliario, ni ropa, ni nada del atrezo que utilizaba Noah para decorar el interior, solo una barra metálica en una de las paredes con un par de perchas olvidadas.

Resultaba extrañamente inhóspito.

¿Por qué Noah no le había avisado de que dejaba el local? ¿Por qué no le había dicho nada?

Olivier se giró sobre sus talones con los dientes apretados y se dirigió a la floristería en la que había trabajado Todd.

—¿Dónde se ha ido la chica de la tienda de ropa de al lado? —preguntó al

entrar, sin molestarse en saludar a la dependienta que estaba detrás del mostrador. Una mujer entrada en los cuarenta, con el pelo castaño cortado a media melena y unos pequeños ojos grises.

—¿Perdone? —dijo la mujer, desconcertada.

—La chica que tenía la tienda de al lado: rubia, con el pelo largo y los ojos azules. ¿Sabe dónde está? ¿Sabe dónde se ha ido? —apremió Olivier.

—No tengo ni idea —respondió la dependienta.

—¿Cuándo se fue?

—Se fue hace unos días...

—¿Cuántos días? —insistió Olivier con impaciencia.

La mujer hizo memoria, algo intimidada por la imperiosa insistencia del atractivo hombre que acababa de entrar en la floristería como un torbellino.

—No sé... —titubeó—. Hace cinco o seis días. Un chico joven con el pelo por los hombros la ayudó a cargar todas las cajas...

«Todd», adivinó Olivier para sí.

Suspiró ruidosamente, dejando entrever su malestar. A Noah le había faltado tiempo para irse del local, y para que Todd la ayudara a desalojarlo. Se dio media vuelta y salió de la floristería.

—De nada —farfulló con ironía la dependienta, al ver que Olivier ni

siquiera le había dado las gracias—. Te lo perdono porque eres muy guapo — añadió a la nada en tono socarrón.

Olivier caminó hacia el coche como si quisiera romper el suelo a su paso. Se metió en el Bentley y dio un puñetazo en el volante. ¿Qué se pensaba Noah?, ¿que iba a deshacerse de él tan fácilmente?

—De eso nada —dijo.

CAPÍTULO 2

Noah deslizó el lápiz por el papel tratando de esbozar el diseño que tenía en mente, pero no había modo de darle forma.

Frustrada y enfadada, hizo unos cuantos tachones, cogió la hoja, la arrugó y la lanzó a la papelera, que ya estaba llena de bolas de papel.

—¡Esto es una mierda! —exclamó—. ¡Todo es una puta mierda!

Tiró el lápiz sobre la mesa, se tapó el rostro con las manos y suspiró intentando contener las lágrimas que pugnaban por salir.

—¡Qué estúpida he sido! ¡Qué estúpida! —se reprendió a sí misma—. Olivier lo había planeado todo, lo tenía perfectamente pensado desde el momento que me ofreció su ayuda. No hay duda de que es su manera de hacer las cosas, y yo he sido una tonta por creer que conmigo era diferente,

que no había una doble intención detrás de su ofrecimiento—pensó en voz alta.

A pesar de que ya habían transcurrido varios días desde que se había enterado de todo, Noah no había podido deshacerse de la rabia que le envenenaba las venas. Aún la sentía correr a través de su torrente sanguíneo. Había tratado de apartar a Olivier de su mente y concentrarse en ponerse al día con los pedidos que tenía atrasados en el trabajo. Lo había intentado. Al menos lo había intentado, pero había sido prácticamente imposible, sobre todo cuando pensaba en las manos de Olivier acariciando su cuerpo. Él la había hecho gemir, gritar, retorcerse de placer... Pero ella solo había sido un reto para él, una mujer que no se había entregado tan fácilmente, que lo había rechazado. Pero terminó cayendo en sus redes... Ahora solo quería que todo lo relacionado con Olivier Brooks saliese de su vida para siempre.

Bufó agobiada. Aquella terrible sensación de vacío y desesperación que latía en su interior iba a destrozarla.

El timbre sonó, dejando sus pensamientos en el aire y devolviéndola a la realidad.

Noah echó hacia atrás la silla, se levantó y se dirigió a la puerta. Cuando miró por la mirilla para ver quién era, se quedó petrificada. El corazón comenzó a latirle tan fuerte, que pensó que se le iba a salir del pecho.

—Olivier... —musitó sin apenas respiración.

Contuvo el aliento en la garganta y esperó un rato, inmóvil como una estatua.

—Noah, ábreme, sé que estás ahí —oyó decir a Olivier al otro lado. Noah mantuvo silencio mientras apretaba los labios. No quería verlo ni quería hablar con él—. Ábreme. Noah, ábreme —insistió él.

El timbre sonó reiteradamente una y otra vez hasta que su estridente sonido resultó molesto para los oídos. Olivier estaba dispuesto a quemarlo si Noah no le abría.

—¿Qué demonios te pasa? —rugió Noah, cuando finalmente se decidió a abrir la puerta.

—¿Por qué no me has avisado de que has dejado el local? —le preguntó Olivier, mirándola con chispas en los ojos.

La voz profunda y llena de matices de Olivier produjo un escalofrío a Noah.

—Porque no tengo por qué hacerlo —respondió.

—Tenemos un acuerdo —le recordó él.

—No tenemos nada. Ya no —dijo Noah, tajante—. Y no pienses ni por un momento que te voy a dar explicaciones de lo que hago o dejo de hacer respecto a mi firma de ropa.

Una de las vecinas salió de su casa y se quedó mirándolos con el ceño fruncido. Noah no quería ser la comidilla del bloque y Olivier no se iba a ir, aunque se lo pidiera. Lo conocía demasiado bien.

—Pasa —dijo de mala gana, obligada por las circunstancias y por evitar un escándalo.

Olivier cruzó el umbral y se adentró en el piso. En cuanto entró y Noah cerró la puerta, él pareció apoderarse del pequeño lugar.

Olivier aprovechó el *impasse* para respirar hondo y tratar de tranquilizarse. Le había molestado que Noah se hubiera ido del local sin decirle nada y que Todd la hubiera ayudado. Y le molestaba porque le hacía perder el control.

—¿Crees que esto es normal? —le preguntó a Noah, al mirar por encima de su hombro y ver el montón de cajas apiladas en el pasillo y en el salón.

Noah lanzó un vistazo a su alrededor. Era cierto que en esos momentos su piso parecía una casa okupa o un almacén, pero también era cierto que no era problema de Olivier.

—No sé si es normal o no, pero es problema mío, no tuyo —espetó.

—Puedes tener un accidente si se caen las cajas —le regañó Olivier.

—Tendré cuidado, no te preocupes —dijo Noah en tono irónico. Tenía claro que Olivier estaba muy lejos de preocuparse por ella. ¿Qué más le daba si se le caían las cajas y la aplastaban?

Olivier resopló, negando con la cabeza.

—No tenías por qué haber dejado el local, yo no lo quiero para nada — dijo.

—¿Ahora no lo quieres? Antes querías echarme de él y hacerlo dinero —le reprochó Noah, sin poder evitar el sarcasmo en sus palabras.

—Eso era antes —murmuró Olivier.

«Ahora las cosas han cambiado», dijo para sus adentros.

—Me da igual cómo sean las cosas ahora, no quiero tener nada que ver contigo, Olivier. Te lo dejé claro el día que estuve en tu despacho. No quiero ser de nuevo un peón en tu juego sucio.

Noah echó a andar, alargó la mano y cogiendo el pomo de la puerta, la abrió.

—Por favor, márchate.

Olivier se acercó y por encima de la cabeza de Noah, alargó la mano y dio un portazo.

—No he terminado —dijo con voz autoritaria y expresión adusta.

Noah tragó saliva. Olivier seguía imponiéndola como el primer día que entró en la tienda y habló con él.

CAPÍTULO 3

El rostro de Olivier se suavizó.

—Cometí un error, lo siento. De verdad que lo siento. Ojalá pudiera volver atrás para hacer las cosas de otra manera —dijo.

—Tú no sabes hacer las cosas de otra forma, ese es tu problema, Olivier —repuso Noah—, que no sabes hacer las cosas de otra forma. Lo único que haces es jugar con la gente a tu antojo, fruto de ese maldito ego controlador que tienes. Te crees el dueño del mundo, de las personas... Eres un hombre jugando a ser Dios, utilizando todos tus tentáculos de poder, pero no tienes derechos sobre las vidas de quienes te rodean. No tienes ningún derecho.

—Tienes que dejar que te explique... —comenzó Olivier.

—No quiero escuchar nada de lo que tengas que decirme —le cortó Noah.

—Te echo de menos, Noah.

Olivier lo pronunció con una voz apenas audible, como si no quisiera reconocerlo. Noah se dio cuenta de lo mucho que le había costado decirlo. Durante un segundo se desarmó. Olivier no había dejado de importarle, pese a todo, pese al dolor que le había causado. Su presencia le seguía afectando. Cerró los ojos e hizo un esfuerzo para mantener la compostura y evitar hacer una tontería, como decirle que ella también lo echaba de menos. Mucho. Pero tenía que regirse por la cabeza, no dejarse llevar por el corazón, hacerlo sería la mejor receta para el desastre.

—Lo único que echas de menos es que caliente tu cama —dijo.

«Sí, por supuesto que sí. Echo de menos atarte a la cama y que me supliques que te folle —afirmó Olivier en silencio para sus adentros—. Pero no solo te echo de menos por eso...».

Olivier puso las manos sobre las caderas, acentuando su masculinidad. Noah desvió los ojos de él.

—Entiendo que estés dolida... —dijo en voz alta.

—¿Dolida? Olivier, ¿eres consciente del alcance de tus actos? —le preguntó Noah con las lágrimas a punto de desbordarse.

Olivier no respondió. Noah blandió en los labios una sonrisa amarga.

—No lo sabes... —conjeturó—. No me lo puedo creer... —Se puso el pelo

detrás de las orejas. Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas—. No tienes ni idea de las consecuencias de tus actos. ¿De qué estás hecho?

—Sí que soy consciente de las consecuencias de mis actos. Soy consciente de que te he hecho daño.

—Pero te da igual.

—¡No me da igual!

—Sí, sí te da igual —le rebatió Noah, enjugándose rápidamente las lágrimas con el dorso de la mano—. Porque no eres capaz de empatizar con el sufrimiento de la gente, de ponerte en su lugar... Nos utilizas como si fuéramos peones en un tablero de ajedrez. A mí me has utilizado; solo he sido una marioneta en tus manos, y eso nunca te lo perdonaré, Olivier Brooks.

—Y sin embargo sigues temblando cuando me ves —dijo él con suficiencia, clavando sus oscuros ojos en ella.

Noah sintió que se le secaba la boca. ¿Qué quería dar a entender? ¿Que podría disponer de ella cuando quisiera? ¡¿Qué coño se pensaba?! Ahora estaba viendo al verdadero Olivier. Jamás permitiría que volviera a besarla ni que la tocara.

—Pero ¿qué te has creído?

Olivier la miró intensamente. Noah sintió que se quedaba sin aire.

—¿Me estás diciendo que si ahora te besara no me corresponderías? —dijo

en tono sugestivo, seguro de sí mismo—. ¿Qué tu cuerpo no se derretiría entre mis brazos? ¿Que no me pedirías que te follara? ¿Es eso lo que estás diciendo, Noah?

Aquello era el colmo de los colmos, se dijo Noah para sí. ¿De verdad pensaba que con solo mirarla le temblaban las piernas? ¿Cómo podía ser tan engreído?

Alzó ligeramente la barbilla y lo miró con frialdad, sin embargo sus ojos se veían vidriosos.

—Sí, eso estoy diciendo —afirmó con dignidad. Y, aunque trató de que sus palabras sonaran con aplomo, su voz se quebró.

—¿No pensarás que voy a creerte? —preguntó Olivier, alzando las cejas en un gesto elocuente.

—Me da igual si me crees o no —soltó Noah, furiosa—. Ese es tu problema.

Olivier dio un paso hacia adelante, acercándose a Noah de forma sinuosa. Ella se tensó por dentro cuando lo vio aproximarse. Él, en cambio, parecía totalmente relajado.

—Ni se te ocurra acercarte —le ordenó ella, alzando la palma de la mano.

Olivier sonrió para sí. Noah no podía negar sus sentimientos ni fingir una inmunidad hacia él que no sentía. Todavía seguía estremeciéndose cuando lo

tenía cerca. Todavía seguía afectándole su presencia.

Olivier ignoró su gesto y se aproximó un poco más a ella. Noah retrocedió un paso, tratando de poner distancia, pero se topó con la pared.

—Dime que no sientes nada por mí. Dime que no empapas las bragas cuando te toco. Dímelo, Noah —le susurró Olivier al oído, sin poder resistirse a una demostración de que aún podía controlarla si quería.

Noah alzó los ojos y sus miradas se encontraron. En ese instante sintió el poder que Olivier tenía sobre ella, y se enfadó consigo misma por ello. Una oleada de calor la recorrió de la cabeza a los pies. Carraspeó, nerviosa.

De pronto, tuvo un momento de lucidez. No iba a dejar que Olivier se saliera con la suya. Esa vez, no. No iba a seguir siendo un objeto sexual en sus manos, disponible a cualquier hora y lugar. Puso las manos en su pecho y le dio un pequeño empujón, notando como afluía su determinación.

—Vete —le pidió, sorteándolo. Se dirigió a la puerta con paso determinante y la abrió—. Vete.

—Noah...

—¡Qué te vayas!

Olivier dejó caer los hombros y suspiró, resignado. Se giró y salió.

—No vuelvas a venir a mi casa para nada —le advirtió Noah con un nudo en la garganta.

Olivier no dijo nada, se limitó a mirarla en silencio. Después de unos segundos en los que Noah no levantó la vista del suelo, se dio la vuelta y se marchó, tal como ella le había pedido. Cuando el sonido de los caros zapatos de Olivier se desvaneció en el rellano, Noah cerró la puerta. Apoyó la espalda en la madera y soltó el aire que había estado reteniendo en los pulmones. No quería estar cerca de Olivier. Necesitaba estar lejos de él, necesitaba espacio, estar sola.

Seguramente era la primera vez que alguien se atrevía a tratarlo así, pero a Noah no le importaba. Estaba harta de sus aires de suficiencia, de su control, de su frialdad, de que pensara que volvería a caer en sus redes con solo chasquear los dedos. Le irritaba, porque era verdad. Olivier tenía razón. Seguía deseándolo. A pesar de todo, seguía deseándolo.

—Oh, cielos, sería tan fácil... Sería tan fácil dejarme llevar por él. Una caricia y estaré perdida —susurró mientras una lágrima de impotencia se abría paso por su mejilla.

Respirar simplemente su olor a sándalo era más de lo que podía soportar.

CAPÍTULO 4

Olivier giró el grifo y trató de relajar la tensión de sus músculos bajo el chorro caliente. Mientras el agua le empapaba el pelo negro y se deslizaba por su cuerpo, pensaba en Noah.

Estaba más guapa de lo que recordaba, aunque solo llevara puestos unos simples vaqueros y una camiseta básica de color rosa. Se la hubiera follado allí mismo, contra la pared, entre las pilas de cajas que atestaban el pasillo. Su polla se sacudió solo de pensarlo.

—Noah... Noah... —masculló entre dientes.

Se llevó la mano hasta el miembro enhiesto y comenzó a acariciarlo arriba y abajo. Tenía que masturbarse o iba a estallar.

Justo en el momento en que salía del cuarto de baño con una toalla alrededor de la cintura, llamaron a la puerta del ático.

—Hola —dijo Helen cuando Olivier abrió.

—Hola —la saludó él de mal humor.

Helen entró y cerró la puerta a su espalda.

—¿Ocurre algo? —preguntó a su hermano, al advertir la expresión entre apática y molesta que mostraba su rostro.

—Noah ha dejado el local donde tenía la tienda —respondió Olivier.

Había caminado hasta los ventanales y miraba a través de ellos. Su torso desnudo se recortaba contra el cielo anaranjado del crepúsculo.

—¿Te lo ha dicho ella?

Helen se quitó el bolso del hombro y lo dejó encima de la mesa.

—No, lo sé porque he ido a verla y me he encontrado con el lugar totalmente vacío. Se lo ha llevado todo.

—Perdona que te diga esto, Olivier, pero ¿qué esperabas? —apuntó Helen.

—Que no se fuera.

Helen soltó un bufido.

—Olivier, Noah está dolida. Le has hecho mucho daño —le dijo.

Olivier se dio bruscamente la vuelta. Algunos mechones de pelo mojado cayeron sobre su frente.

—Ya lo sé, ya sé que he hecho daño a Noah —rugió enfadado consigo mismo—. Y ahora ni siquiera me escucha.

—¿Has hablado con ella?

Olivier puso los brazos en jarra.

—He ido a verla a su casa y hemos terminado discutiendo.

—Dale tiempo, Olivier. Noah necesita tiempo para asimilar lo que ha pasado, para aclarar sus sentimientos.

—Y yo la necesito a ella —atajó Olivier.

—¡Deja de portarte como un niño caprichoso! —le reprendió Helen, harta de que su hermano fuera como un crío—. Con ese comportamiento no vas a conseguir nada ni a arreglar las cosas.

Olivier se pasó la mano por el pelo, inquieto. Nunca se había caracterizado por ser una persona paciente. Quería las cosas y las quería ya.

Resopló exasperado.

—Olivier, tienes que ponerte en el lugar de Noah. Te has cargado su sueño... —comenzó Helen, intentando que entrara en razón.

—Yo estaba convirtiendo su sueño en realidad —le cortó él.

—No, tú estabas envolviendo su sueño en una cortina de humo. Pero esa cortina de humo no era real. Por Dios, había ganado el concurso de la Semana de la Moda de Nueva York y tú se lo arrebataste, le quitaste la oportunidad de alzarse con la Aguja de Oro. ¿Sabes lo que hubiera significado eso para ella?

—Alejarse de mí —murmuró Olivier.

Helen negó para sí.

—No puedes ser tan egoísta. Así no se construye nada —dijo.

Olivier sacudió la cabeza. Helen se acercó a él y le acarició el brazo. Era la primera vez que veía a su hermano vacilar, sin saber qué hacer. Olivier no sabía cómo gestionar las emociones.

—He intentado apartarme de ella, Helen —dijo en un arranque de sinceridad—. Te juro que lo he intentado. Sé que no le convengo, sé que no soy la persona más apropiada para Noah. Ella es dulce, ingenua y yo... — Olivier dejó la frase suspendida en el aire.

—No digas eso —atajó Helen. Tiró de él y lo llevó hasta al sofá. Se sentaron uno frente al otro—. Es cierto que... bueno, que tienes un carácter difícil, pero en el fondo tienes buen corazón.

Olivier levantó los ojos y miró a su hermana.

—Yo no lo creo, Helen —dijo, esbozando una sonrisa con tintes amargos.

—Olivier, no haces las cosas por maldad, no eres una persona mala, pero...

—Helen se tomó unos segundos para escoger con cuidado las palabras que quería decir—... tienes que dejar de controlar todo y a todos los que te rodean; tienes que dejar de manipular a la gente para que las cosas se hagan a tu manera.

—No puedo, el control es lo único que me mantiene seguro —afirmó Olivier.

Helen frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿Por qué tienes que controlarlo todo de esa manera tan enfermiza? —le preguntó.

Olivier se encogió de hombros y se levantó del sofá. Helen le siguió con la mirada.

—Lo necesito —dijo únicamente Olivier, sin dar más explicaciones.

—Pero...

Olivier alzó la mano.

—No voy a hablar de ello, Helen. Ya sabes que no me gusta —le cortó, tratando de mantener a raya la punzada de dolor que seguían provocándole esas viejas heridas. Había enterrado su pasado durante largos años y no iba a resucitarlo.

—Y yo he respetado siempre tu silencio —dijo Helen—, pero quizá es en eso que callas donde está tu problema, y la solución —concluyó.

Olivier giró la cabeza y la miró por encima del hombro. Durante algunos segundos, pareció estar reflexionando sobre lo que le había dicho.

—Me voy a vestir —fue su respuesta.

Helen dejó escapar un suspiro de resignación mientras veía como su hermano se alejaba por el amplio pasillo.

CAPÍTULO 5

Eran las cinco de la tarde cuando el portero automático sonó. Noah dejó la cerveza sin alcohol que acababa de coger del frigorífico sobre la barra americana, salió de detrás de ella y enfiló los pasos hacia la puerta.

—¿Quién es? —preguntó al descolgarlo.

—¿Noah? —Noah reconoció de inmediato la voz que preguntaba por ella al otro lado del interfono—. Soy Sandro Santoro.

—Sandro... Hola —lo saludó con visible sorpresa.

—¿Puedo subir?

—Sí, por supuesto. Lo siento —se disculpó Noah por tenerlo esperando en la calle.

Un minuto más tarde, Sandro tocaba el timbre. Noah se acicaló

rápidamente la melena rubia con los dedos y abrió la puerta.

—Buenas tardes —la saludó amable Sandro.

—Hola —dijo ella.

Sandro parecía un modelo italiano. Llevaba puesto un sofisticado traje de color azul marino, a juego con la camisa y con una corbata fucsia. Rezumaba elegancia por todos los poros de la piel.

—Espero no molestarte.

—No, no, por supuesto que no... Pero ¿qué haces aquí? —le preguntó Noah, titubeante.

—Fui a buscarte a la tienda, pero he visto que la has cerrado.

—Sí, bueno, he tenido algunos problemas... —comentó Noah, sin entrar en detalles.

—¿Finalmente Olivier Brooks se quedó con el local? —curioseó Sandro.

—Más o menos —respondió Noah, que no quería hablar del tema—. Pero pasa, por favor, no te quedes en la puerta —dijo.

Se hizo a un lado y cedió el paso a Sandro.

—Gracias —dijo él.

—Perdona por el desorden —se adelantó Noah cuando Sandro paseó la atractiva mirada de ojos verdes por las cajas apiladas en el pasillo.

—Tranquila, es normal. Me imagino que todas estas cajas contienen la ropa que tenías en la tienda.

—Así es, por eso hay tantas. Vamos al salón, ahí estaremos más cómodos.

Sandro siguió a Noah por el pasillo hasta el salón. Ella apartó los bocetos que tenía en el sofá y los dejó sobre la mesa.

—Siéntate —le indicó a Sandro—. Como ves, ahora mi piso hace de almacén, taller, estudio y vivienda —bromeó—. ¿Quieres algo de beber? ¿Cerveza, agua o algún refresco? No tengo mucho más.

—Una cerveza es perfecta para paliar este calor —contestó Sandro, amable.

Noah se dirigió a la nevera, cogió un botellín de cerveza y se lo ofreció a Sandro junto con un abridor. Sandro ladeó la cabeza cuando Noah se sentó frente a él.

—Noah, ¿estás bien? —se preocupó.

—Sí —afirmó Noah con poca convicción—. Es que estoy un poco agobiada. Ya ves cómo tengo el piso —añadió con una nota de broma en la voz. Por nada del mundo quería hacer un drama de lo que le estaba sucediendo—. Pero, dime, ¿por qué has ido a buscarme a la tienda? —le preguntó, cambiando radicalmente de tema.

—Quiero hacerte una proposición, pero tranquila, no es indecente —

bromeó Sandro, abriendo el botellín de cerveza con el abridor.

Noah rio. No tenía ganas, pero necesitaba hacerlo. Agradeció el chiste y el tono distendido de Sandro.

—Tú dirás —dijo.

Dio un trago de su cerveza.

—Dentro de quince días lanzo mi nueva colección de joyas —comenzó Sandro—. La presentación se va a hacer en una edición especial que vamos a realizar con la pasarela de Nueva York, y había pensado en algunos de tus diseños para que lo luzcan las modelos junto con las joyas.

Noah abrió mucho los ojos, como si quisieran salirse de las órbitas. El corazón le dio un brinco.

—Sandro, ¿lo dices en serio? —le preguntó con ingenuidad.

—Por supuesto —respondió él con toda la seguridad del mundo—. He visto algunos de tus diseños en la página web de la tienda y creo que son muy buenos. Tienes mucho talento, Noah —dijo sincero.

Noah se llevó las manos al pecho.

—Dios mío... No sé... No sé qué decir... —balbuceó.

—Di que sí —dijo Sandro.

De pronto, todas las alarmas saltaron en Noah.

—¿Qué vas a querer a cambio? —preguntó seca.

Sandro frunció el ceño, confuso por aquella pregunta.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nadie da algo a cambio de nada.

Sandro sonrió, indulgente.

—Noah, las modelos que van a desfilan con mis joyas necesitan ir vestidas, de lo contrario, yo acabaría en el calabozo de alguna comisaría por exhibicionismo —bromeó—. Tengo que contratar a un diseñador de moda para ello, ¿y a quién mejor que a ti? He visto tus diseños en la página web y me encantan. Tienes mucho talento. Además, no soy el único que lo piensa. Mi departamento comercial está de acuerdo conmigo.

Durante unos segundos Noah se sintió como una tonta.

—Lo siento, Sandro. No... No he debido hacerte esa pregunta —se disculpó.

La sonrisa de Sandro se amplió en sus labios. El gesto resultaba deslumbrante. Un haz de sol le daba en los ojos, aclarando su color verde hasta hacerlos parecer dos esmeraldas.

—No te preocupes. —Se llevó el botellín a la boca y dio un trago de la cerveza para refrescarse la garganta—. Ahora dime, ¿aceptas mi proposición? —dijo.

Noah no se lo pensó un segundo.

—Sí, por supuesto que sí. ¿Cómo crees que voy a rechazar algo así? Estaría loca si lo hiciera.

—Bien —asintió Sandro.

Noah se levantó del asiento. No cabía en sí de la alegría que tenía.

—No sé cómo agradecerte esta oportunidad, Sandro.

Sandro se incorporó, imitando su gesto. Noah estaba tan emocionada que, siguiendo un impulso, lo abrazó.

—No sabes lo importante que es para mí —dijo contra su hombro.

Sandro sonrió.

—Puedo imaginarlo. No estás pasando un buen momento —comentó.

Cuando Noah fue consciente de que estaba abrazando a Sandro, se separó de él como si hubiera recibido un calambre.

—Lo... Lo siento... —se disculpó, ligeramente ruborizada al tiempo que, nerviosa, se estiraba la camiseta—. Me he dejado llevar por la emoción del momento.

—Tranquila —dijo Sandro con toda la naturalidad del mundo.

Noah arrugó la nariz.

—Y bueno, ¿qué quieres que haga? —preguntó a Sandro.

—Mañana te enviaré un email con la colección de joyas que vamos a lanzar, quiero que selecciones los diseños que mejor combinen para que destaquen, tanto las joyas como los vestidos —le explicó Sandro.

—Sí, sí, me pondré a ello cuanto antes —dijo Noah, entre impaciente y solícita.

—Noah, sobra decir que nadie puede ver la colección que vamos a lanzar. Es confidencial hasta el día que salga a la venta.

—Oh, claro. No te preocupes por eso, cuentas con toda mi discreción.

Sandro consultó su reloj de muñeca.

—Tengo que irme, tengo una reunión —anunció.

Noah asintió.

—Gracias por confiar en mí, Sandro —le dijo cuando estaban en la puerta.

—Te lo mereces, Noah. Como te he dicho antes, tienes mucho talento —dijo él.

Noah sintió un cosquilleo en el estómago. Por fin alguien confiaba en ella y en su talento sinceramente, sin mentiras, sin espejismos, sin que hubiera detrás dobles intenciones.

Cuando Sandro salió de su piso, Noah cerró los ojos unos segundos y respiró satisfecha. Iba a tener por delante unos días de duro trabajo.

CAPÍTULO 6

Noah miró rápidamente a un lado y a otro, y cuando pasaron un par de coches, cruzó la calle. Enseguida divisó a Todd, que la esperaba sentado en una de las mesas de la cafetería que había frente a su casa.

—Ay, Todd, no sabes lo que te tengo que contar —dijo Noah entusiasmada cuando lo alcanzó.

—Por la expresión de tu cara tiene que ser algo muy bueno —observó Todd, visiblemente contagiado por la alegría de Noah.

Noah tomó asiento frente a él y dejó el bolso en la silla de al lado.

—¿Te acuerdas del hombre que me llevó a casa el día de la fiesta de VOGUE? —preguntó.

—Sí, era italiano, ¿no? —recordó Todd.

—Sí, aunque lleva muchos años viviendo en Nueva York —confirmó Noah.

—¿Le has vuelto a ver?

—Sí, ayer estuvo en mi casa.

El camarero se acercó hasta ellos.

—Una cerveza, por favor —le pidió Noah.

—Ahora mismo te la traigo —dijo el chico.

—¿En tu casa? —repitió Todd cuando el camarero se metió en el bar.

—Fue a buscarme a la tienda, pero vio que estaba vacía —respondió Noah.

—¿Y qué quería?

Noah pasó a explicárselo.

—Va a sacar una nueva colección de joyas y la presenta en una edición especial en la pasarela de Nueva York, y quiere que las modelos lleven mis diseños.

—¿Tus diseños van a verse en la pasarela de Nueva York?

Noah dio un pequeño grito, que hizo que varias cabezas se giraran hacia ella.

—Sí —afirmó, exultante—. Bueno, no son mis diseños los que se presentan, pero al exhibir sus joyas junto a mis modelos, ¡mis modelos se van

a ver, la gente que asista los va a ver!

Todd aferró las manos de Noah.

—Es una noticia buenísima.

—Sí, lo es.

El camarero llegó con una bandeja en la que llevaba la cerveza de Noah. La dejó encima de la mesa.

—Aquí tienes —dijo.

—Gracias —le agradeció ella.

El camarero se alejó.

De pronto, las facciones del rostro de Todd se ensombrecieron. Una inquietud pasó por su mente. Antes era Olivier Brooks y ahora ese empresario italiano...

—¿Por qué te va a ayudar? —planteó—. No será otro Olivier Brooks...

Noah agitó la mano.

—No, no, no... Sandro no tiene nada que ver con Olivier. Absolutamente nada —dijo. Se llevó el vaso a la boca y dio un sorbo—. Son como la noche y el día, como la luz y la oscuridad. Te confieso que yo también he dudado al principio, incluso se lo he preguntado, pero Sandro tiene razón; necesita diseños para vestir a las modelos que van a desfilan por la pasarela y los míos

le gustan, a él y al departamento comercial de su empresa.

Todd la miraba con intención.

—Te lo digo en serio, Todd, con Sandro no hay nada que temer. Es un tío legal. Aparte... —Noah se calló súbitamente—. Yo no...

—No te has olvidado de Olivier. —Todd terminó la frase por ella.

Noah movió la cabeza de un lado a otro, negando, mientras jugueteaba con el vaso de la cerveza.

—No —dijo finalmente—. Él también ha estado en mi casa.

Todd frunció el ceño.

—¡¿Qué?! Pero ¿cómo se atreve? —bramó—. ¿Es que ese tipo no tiene vergüenza? —Noah se encogió de hombros sin levantar los ojos—. ¿A qué fue? ¿Qué quería?

—A decirme que por qué no le había avisado de que había dejado el local.

Todd bufó, echándose hacia atrás.

—¿Cómo puede tener tanta cara, Noah?

—Ya sabes cómo es —se limitó a decir ella.

—¿Y qué le dijiste?

—Que no tengo por qué darle explicaciones de lo que hago o dejo de hacer.

Todd advirtió el cambio en la expresión de Noah. Ahora se veía triste y

abatida.

—¿Discutisteis?

—Sí, y terminé echándole de casa. Ya no estoy dispuesta a que me siga manipulando.

—Noah, te olvidarás de él, ya lo verás —la animó Todd.

—No lo sé... —murmuró Noah con pesimismo—. A pesar de lo que ha hecho, de cómo es y de saber que no me conviene, no puedo sacármelo de la cabeza. A veces tengo la sensación de que me voy a volver loca.

Todd no pudo evitar sentir una punzada de celos. ¿Cómo podía Noah seguir pensando en ese cabrón? ¿No había tenido suficiente?

Negó para sí.

—Te lo sacarás de la cabeza y del corazón —dijo—. Un día, cuando menos te lo esperes, te darás cuenta de que ya no piensas en él, de que ya no te importa.

Noah alzó el rostro, sorbió por la nariz y se enjugó las lágrimas que comenzaban a asomar a sus ojos azules. Haciendo un esfuerzo, las contuvo con decisión y se infundió ánimos. No más lágrimas por Olivier Brooks. No las merecía. No merecía nada de ella. Nada.

—Ahora tengo que centrarme en Sandro Santoro y en el trabajo que me ha confiado —atajó—. Es una oportunidad que no quiero ni puedo perder.

Ahora solo tengo que preocuparme de eso y dejar a Olivier a un lado.

Todd se inclinó hacia adelante, alargó el brazo por encima de la mesa y acarició de nuevo la mano de Noah.

—¡Eso es! —exclamó.

Noah esbozó una débil sonrisa y asintió. La verdad es que la oferta de Sandro había llegado en el mejor momento, porque la mantendría distraída y con los pensamientos alejados de Olivier.

Olivier observaba la escena con los ojos entornados desde el otro lado de la calle, camuflado en el interior de su Bentley negro.

Qué bien le venía al generoso Todd consolar a Noah por todo lo que había pasado con él, pensó para sus adentros con los dientes apretados.

Y la mano que cogía la de Noah... De buena gana se la hubiera cortado. Dio un golpe en el salpicadero del coche, enfadado.

Debería haberse olvidado de Noah, debería dejarle hacer su vida, pero no podía, la tenía metida bajo la piel, como la tinta indeleble de un tatuaje. Y pese a que sabía que él no le convenía, la necesitaba, y no solo en su cama...

Eso era lo más perturbador, que no solo la quería para calentar su cama.

Cerró los ojos unos segundos y respiró hondo. Lo mejor sería que se fuera, o terminaría bajando del coche y arrastrando a Noah con él.

CAPÍTULO 7

A primera hora del día siguiente, Noah recibió el email de Sandro donde le mostraba la colección de joyas.

De: Sandro Santoro.

Para: Noah Winter.

Asunto: Top Secret elevado a la enésima potencia.

Buenos días, Noah.

Espero que te hayas levantado con energías. Si no has desayunado aún, desayuna, pues tenemos horas de arduo trabajo por delante ?? .

Atentamente, Sandro.

Noah sonrió cuando vio el asunto del mensaje. Había que reconocer que Sandro tenía sentido del humor.

De: Noah Winter.

Para: Sandro Santoro.

Asunto: Top Secret elevado a la enésima potencia + 1.

Buenos días, Sandro.

He desayunado bien. El trabajo duro no me pillaré por sorpresa, y si flaquean las energías, me lo comeré a él. Ahora mismo me pongo a ello. Te voy informando.

A tu disposición, Noah.

Sandro contestó de inmediato.

De: Sandro Santoro.

Para: Noah Winter.

Asunto: Top Secret elevado a la enésima potencia + 1+ 1 (Podemos estar así hasta el infinito).

No esperaba menos de ti. Seguro que terminas comiéndotelo con patatas.

Sí, por favor, mantenme al tanto. Consúltame cualquier cosa que dudes.

Atenta y obsequiosamente, Sandro.

Noah le envió un email de vuelta con un emoticono guiñando un ojo.

De: Noah Winter.

Para: Sandro Santoro.

Asunto: Top Secret elevado a la enésima potencia + 1+ 1 (Podemos estar así hasta el infinito Y MÁS ALLÁ).

??

Sin tiempo que perder, Noah dirigió el ratón hacia el archivo adjunto que le había enviado Sandro y picó en él. Se quedó pasmada cuando lo abrió y en la pantalla del ordenador aparecieron varias fotografías de las joyas.

—Wow... —musitó.

Eran preciosas, elegantes; tremendamente elegantes, y con un toque de sofisticación solo digno de una firma del prestigio que tenía *Santoro Precious Stones*.

En esos momentos entendió por qué era una de las firmas de joyas más

caras del país.

Noah fue pasando las imágenes una por una, analizando cada minúscula gema, cada engarce, cada forma; tratando de captar su esencia, el espíritu que parecía albergar cada una de ellas. Los vestidos con los que se exhibirían tenían que potenciar su belleza, más de la que ya poseían por sí solas.

Cogió un block de notas y apuntó en él los detalles más relevantes.

Noah esperaba impaciente en el sillón de cuero marrón de la recepción. La secretaria de Sandro le había dicho que en esos momentos no estaba en su despacho, que estaba reunido, pero que, por favor, le esperara unos minutos.

—Noah, gracias por venir. —La voz amable de Sandro hizo que alzara la cabeza. Lo vio acercarse a ella. Venía por el pasillo con pasos largos y semblante dinámico.

—Hola, Sandro —lo saludó, al tiempo que se levantaba.

Sandro se inclinó y le dio un par de besos en las mejillas cuando la alcanzó.

—Siento haberte hecho esperar —se disculpó.

—No te preocupes, solo han sido unos minutos. Además, tu secretaria me

ha tratado muy bien —dijo Noah.

—Me alegro. —Sandro le pasó la mano por la espalda—. Vamos a mi despacho.

Noah asintió conforme.

El despacho de Sandro era una estancia amplia y diáfana, decorada sin estridencias, pero con mucho gusto, desde el que se podía ver, con unas vistas privilegiadas, parte de Manhattan. En las paredes que no estaban acristaladas colgaban varios títulos y diplomas, y al fondo se podía ver una vitrina de cristal en la que había varios monolitos testigos de los varios premios que habían recibido sus joyas.

Sandro estiró el brazo.

—Siéntate, por favor —le pidió.

Noah se acomodó en la silla de cuero que le indicaba.

—Gracias —dijo.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Sandro mientras tomaba asiento detrás de la mesa.

—Bien —respondió Noah, agradeciendo su preocupación. Levantó la carpeta que llevaba en las manos—. Ya he seleccionado los vestidos con los que pueden desfilan los modelos —anunció—. Antes de nada —se adelantó—, déjame decirte que la colección es preciosa. Confieso que yo no me

pongo muchas joyas, pero tengo que reconocer que las de tu nueva colección me las pondría con gusto.

—Me alegra saber que te gustan.

—Gustarme es poco, Sandro. Son auténticas piezas de arte.

—Cada una de nuestras joyas son piezas artesanales de primera calidad —comenzó a explicar él con profesionalidad—. Por eso tienen su nombre propio.

—La gargantilla *Eternity* es una maravilla —comentó Noah con sinceridad, haciendo referencia a una de las joyas.

—*Eternity* es una pieza de coleccionista. Solo hemos fabricado veinticinco.

—¿En serio? Wow...

Ahora entendía el porqué de su astronómico precio. Las esposas de los millonarios iban a matar por tener una de ellas. Era una gargantilla compuesta de cinco diamantes, uno de ellos en forma de corazón en el centro, y de varias piedras preciosas más como esmeraldas y rubíes, que lo arropaban, confiriéndole un toque grácil y etéreo, haciéndolo parecer mágico.

«Una auténtica pieza de arte», pensó Noah para sus adentros.

—Para esa joya he hecho un diseño especial.

—¿Sí?

Noah asintió. Abrió la carpeta y sacó uno de los bocetos que contenía.

—Este —dijo, ofreciéndoselo a Sandro. Él lo tomó y lo echó un vistazo—. Será de seda —explicó Noah—. Es la tela más suave y brillante. Creo que su aspecto delicado le dará un toque muy elegante a la pieza.

Contuvo el aliento en la garganta mientras esperaba expectante la opinión de Sandro.

—El diseño es precioso y creo que hará que *Eternity* resalte.

Noah soltó el aire con alivio.

—Eso es lo que pretendo, que los vestidos hagan destacar aún más la belleza de la colección.

Sandro cogió el resto de los bocetos que había preparado Noah y los estudió con detenimiento mientras se acariciaba la perilla con los dedos.

—Esto está muy bien. Has hecho un buen trabajo, Noah —afirmó al cabo de un rato.

La cara de Noah se relajó.

—¿De verdad lo piensas? —le preguntó, algo incrédula.

—Sí. —Sandro inclinó la cabeza.

—Hay un par de modelos que son nuevos. Los tengo que confeccionar, pero estarán listos para el día que presentes las joyas.

Sandro dejó los bocetos sobre la mesa.

—Perfecto —dijo—. Concertaré una reunión con el departamento comercial para que estudiéis el orden de aparición en la pasarela.

—Yo creo que la gargantilla *Eternity* debería salir en último lugar —opinó Noah—. Lo que más se recuerda es lo primero y lo último. Sería un recuerdo inolvidable.

—Estoy de acuerdo contigo: lo que más se recuerda es lo primero y lo último. Sin duda sería un buen broche final.

—Dejará a los asistentes sin aliento.

—Esa es nuestra pretensión. Llevamos décadas en la industria y necesitamos innovar para poder sorprender a los clientes.

—Pues con esta colección lo vais a conseguir y, sobre todo, con *Eternity*. Las mujeres van a pegarse por tener una en su poder.

Sandro se echó a reír.

—Que conste que no soy partidario de la violencia, pero no me importaría que las mujeres se pelearan por tener entre sus joyas la gargantilla *Eternity*.

—Lo verás —siguió Noah con la broma—. Quizá el mismo día de la presentación alguna le arranque los pelos a otra encima de la pasarela.

Sandro no pudo evitar soltar una carcajada.

CAPÍTULO 8

Olivier se sentó en el sillón de cuero y cogió la correspondencia que su secretaria había dejado sobre la mesa. Apenas la miró. ¿Por qué Karen no aprendía que no tenía que pasarle las invitaciones de fiestas y eventos? ¿Acaso a esas alturas no sabía que no acudía a ninguna?, pensó irritado.

Alargó el brazo y tiró todo el material a la papelera. Justo cuando cayó al fondo, una cartulina de color verde metalizado se abrió.

—¡¿Qué...?!

La mirada de Olivier se detuvo en el nombre que aparecía medio tapado por el resto de los papeles. Metió la mano en la papelera y la tomó.

Entrecerró los ojos, la abrió y comenzó a leerla.

Santoro Precious Stones *tiene el placer de invitarle a la presentación de su*

nueva colección de joyas, que tendrá lugar en la sala Skylight Clarkson Square ubicada en el 550 Washington Street, en el SoHo, a las 20:00 horas el día 15. Junto a sus joyas se presentarán modelos de la diseñadora Noah Winter.

Después se dará un cóctel para los asistentes.

Atentamente, Sandro Santoro, presidente de Santoro Precious Stones.

Se ruega confirmar asistencia.

Olivier apretó los puños. Sandro Santoro había tomado su lugar. El empresario italiano que había llevado a casa a Noah el día de la fiesta de VOGUE ahora era quien la ayudaba a conseguir su sueño.

Lo invadió una oleada de celos que trató de controlar respirando hondo.

Volvió a mirar la lujosa invitación. El nombre de Noah resaltaba por encima del resto del texto como si estuviera escrito en letras rojas de neón.

Echó el sillón para atrás y se levantó de golpe. Con expresión hosca en el rostro atravesó el despacho y se plantó en la recepción de unas cuantas zancadas rotundas.

Lanzó la invitación encima de la mesa de Karen, que alzó los ojos sorprendida.

—Señor Brooks... —masculló.

—Confirme mi asistencia a este evento —le ordenó Olivier.

—Ahora mismo —dijo Karen, cogiendo la invitación.

Sin decir nada más, Olivier se giró sobre sus talones y se internó de nuevo en el despacho. Helen entró detrás de él.

—¿Qué te pasa, Olivier? —le preguntó, cerrando la puerta tras ella. Olivier caminaba de un lado a otro de la estancia, como un león rabioso—. ¿Por qué tienes esa cara?

Olivier se dio la vuelta bruscamente hacia su hermana. Los ojos le centelleaban.

—Sandro Santoro está ayudando a Noah.

—Sandro Santoro... Sandro Santoro... —repitió Helen, haciendo memoria, ya que el nombre le sonaba—. ¿El afamado joyero?

—Sí, el afamado joyero —respondió Olivier con visible rabia—. Va a presentar su nueva colección de joyas y las modelos van a ir vestidas con los diseños de Noah —explicó de mala gana.

—Deberías alegrarte por ella —dijo Helen.

Olivier la fulminó con la mirada.

—¿Alegrarme por ella? Sandro Santoro es rico, joven... ¿Qué crees que

quiere de ella? —lanzó al aire.

—¿Lo mismo que tú? —le espetó Helen.

—No te pases. Eres mi hermana, y por eso te permito algunas cosas, ya te lo he dicho otras veces, pero no te pases —le advirtió Olivier con el dedo índice alzado y la voz seria.

—No todos los hombres son iguales —afirmó ella, sin amedrentarse.

Olivier bufó con escepticismo.

—Seguro que Sandro Santoro es distinto al resto. Seguro que él va a ayudarla sin buscar nada a cambio —se burló con ácida ironía. Guardó silencio unos segundos antes de decir con una nota de impotencia en la voz —: Noah no tenía que haber aceptado su ayuda.

Helen advirtió la rabia a duras penas controlada en su voz.

—¿Por qué no dejas que haga su vida? —dijo.

—¡Porque no puedo! —exclamó Olivier con vehemencia—. ¡No puedo si en su vida no estoy yo!

—Lo único que vas a conseguir es hacerle daño y hacértelo a ti —comentó Helen. Olivier negó con la cabeza. Le daba igual—. Espero que no estés pensando ir a la presentación...

—Claro que voy a ir —respondió él con una decisión aplastante.

—Olivier, es una mala idea.

—Yo no pienso igual.

—¿Qué crees que vas a conseguir?

Olivier se encogió de hombros.

—No lo sé.

Pero sí que lo sabía.

CAPÍTULO 9

Noah no sabía si sentarse o quedarse de pie. Tenía los nervios a flor de piel. Ya estaba todo listo cuando apenas quedaban unos minutos para que tuviera lugar el comienzo del desfile. Los asistentes estaban acomodados en sus sitios y las modelos preparadas para salir. Se retorció los dedos.

—¿Estás bien? —le preguntó Sandro, al reparar en el estado en el que se encontraba.

—No —respondió Noah—. Los nervios me están matando —añadió.

Sandro buscó sus manos y se las tomó.

—Relájate —dijo mientras las envolvía con las suyas—. Todo va a ir bien, ya lo verás.

Noah frunció los labios.

—Lo siento. Se van a presentar tus joyas. Eres tú quien tiene que estar nervioso —reconoció—, pero yo no puedo evitarlo.

Sandro sonrió indulgente. Noah a veces tenía la inocencia de una niña pequeña.

—Lo entiendo, créeme —dijo en tono condescendiente—. Soy consciente de lo que esto significa para ti y para tu carrera. Es normal que estés nerviosa.

—Señor Santoro, empezamos —anunció una chica alta y pelirroja perteneciente al equipo organizador.

—Vale —contestó Sandro. Miró a Noah—. Será mejor que vayamos a sentarnos —dijo.

Noah asintió.

Sandro se sentó en la primera fila de uno de los laterales de la pasarela, en las sillas que tenían reservadas. A su lado, tomó asiento Noah.

Algunas de las luces se apagaron, sumiendo la sala en una atmósfera sofisticada e íntima. Los focos se centraron en la presentadora. Unos minutos después, bajo la atenta mirada de Noah y Sandro, las modelos comenzaron a

desfilar.

Sandro giró el rostro hacia Noah y sonrió para darle confianza. Ella le devolvió el gesto.

Al otro lado de la pasarela, Olivier los observaba con los ojos entrecerrados. La intensidad de su mirada hizo que Noah volviera el rostro y se encontrara con él. El corazón se le paralizó durante un segundo. Pestañeó un par de veces, sin saber si estaba viendo bien o estaba teniendo una alucinación.

La regia figura de Olivier se vislumbraba tenuemente entre las sombras que formaban la semipenumbra de la sala. Estaba con las piernas cruzadas en una pose de seguridad aplastante y la estudiaba detenidamente como si intentara leer sus pensamientos. Una expresión mezcla de sorpresa e incredulidad cubrió la cara de Noah.

—No puede estar aquí —masculló, apartando los ojos.

Tragó saliva, tratando de deshacer el nudo que de repente se le había formado en la garganta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sandro.

—Olivier... Olivier Brooks está ahí —dijo nerviosa Noah. Sandro siguió la dirección de su mirada; Olivier estaba a solo unos metros de ellos—. ¿Quién lo ha invitado? ¿Lo has invitado tú? —preguntó Noah.

—No directamente. Las invitaciones son genéricas. Se envían a los empresarios y personalidades más relevantes del país —explicó Sandro.

Noah bajó la cabeza.

—Entiendo.

—Noah, ¿estás bien? ¿pasa algo?

—No, no. Todo está bien —mintió—. Es que no... no esperaba ver a Olivier Brooks aquí. Pero tranquilo, todo está bien.

—¿Segura?

—Sí. —Noah forzó una sonrisa para parecer convincente.

Pero no estaba bien. No podía estarlo con Olivier al otro lado de la pasarela observando cada uno de sus movimientos. Sentía sus profundos ojos negros clavados en ella, escrutándola como si tuviera rayos láser. Ni siquiera se atrevía a levantar la vista por miedo a toparse con su mirada. Era demasiado intimidante.

Un torrente de recuerdos surgió traicioneramente en su mente. Las interminables noches de pasión, las manos de Olivier acariciando su cuerpo, el sonido sensual de su voz susurrada al oído, los orgasmos que sacudían su cuerpo mientras estaba atada a la cama...

Un fuerte escalofrío le recorrió de arriba abajo.

Sacudió la cabeza, tratando de deshacerse de ellos, y de la respuesta de su cuerpo.

«Noah, céntrate», se reprendió a sí misma.

Alzó la barbilla y adoptó una actitud de seguridad mezclada con un toque de irritación. No podía dejarse amedrentar por Olivier. Él había ido a la presentación solo porque ella estaba colaborando con Sandro. Olivier no iba a fiestas ni a eventos de ese tipo, a no ser que tuviera un interés personal. Solo quería molestarla, pero ella no se lo iba a permitir. No podía permitírselo.

CAPÍTULO 10

Cuando acabó el desfile, los asistentes rompieron a aplaudir, lo que obligó a Sandro a subir a la pasarela para recibir la intensa ovación. Con él arrastró a Noah. En un principio ella declinó el ofrecimiento, no quería exponerse de aquella manera, pero era indiscutible que parte del éxito del desfile se debía a ella, y finalmente terminó subiendo a la pasarela.

Mientras la gente seguía aplaudiendo, Noah no pudo contener el impulso de mirar hacia donde se encontraba Olivier. Él permanecía imperturbable en el asiento, mirándola sin parpadear, ajeno a todo lo que transcurría a su alrededor. Durante unos segundos, los ojos de Olivier la mantuvieron cautiva, y Noah perdió el contacto con la realidad.

Le devolvió a ella la voz de Sandro.

—Noah, vamos.

Haciendo un esfuerzo, Noah arrancó los ojos de Olivier y los volvió hacia Sandro. La adrenalina le quemaba las venas cuando se dirigía al backstage.

Noah agradeció que el desfile hubiera terminado, convencida de que Olivier no se quedaría al coctel, pero lejos de toda previsión posible, Olivier sí que se quedó. Noah chasqueó la lengua cuando lo vio al fondo del salón donde estaba teniendo lugar el tentempié.

«¿Por qué se ha quedado? ¿Qué quiere? ¿Qué pretende?», se preguntó en silencio.

Olivier percibió la inquietud que su presencia estaba provocando en Noah. Y eso le gustó. La miró y con una irritante insolencia deslizó los ojos negros por su cuerpo, como si tuviera pleno derecho a hacerlo. Ella sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Un hilo de sudor resbaló por su espalda. ¿Cómo podía ser tan descarado? ¿Cómo podía, en el fondo, gustarle tanto que lo fuera? ¿Qué la mirara así?

«Estás loca, Noah», se recriminó.

No se podía mover, era incapaz de hacer nada para controlar el dominio

que Olivier tenía sobre ella, incluso a esa distancia.

—¡Felicidades, Noah! —le dijo una de las chicas que trabajaban en el departamento comercial de *Santoro Precious Stones* cuando se acercó a ella.

—Gracias —agradeció Noah.

—Tus diseños han sido todo un éxito.

—Bueno, tenían que estar a la altura de la colección de joyas y de la pasarela en la que se ha hecho el desfile. Felicidades también a vosotros. Habéis hecho un trabajo magnífico.

—Ha sido una buena colaboración. Somos un buen tándem. Tenemos que repetir.

—Yo estaré encantada.

—Y nosotros —dijo la chica, hablando por todo el departamento comercial—. Y estoy segura de que Sandro también estará encantado.

—Eso espero. Apostó por mí y no me hubiera gustado defraudarlo —comentó Noah.

La mirada de Noah rodó hasta Olivier.

Una de las modelos que había desfilado en la pasarela se acercó en esos momentos a él con una sonrisa seductora y muchas ganas de pasar un buen rato en su cama. Noah apretó los labios. Lo último que quería ver era a

Olivier coqueteando con otra mujer.

Después de un rato, la chica del departamento comercial se fue y Noah, muy a su pesar, se quedó sola. Sandro había estado todo el tiempo acompañándola, pero había tenido que ausentarse para cerrar ciertos compromisos que tenía pendientes.

La idea de que Olivier se acercara a ella enviaba un escalofrío de aprensión por su columna vertebral. Se enderezó y le lanzó una mirada fugaz. No lo veía muy bien, pero parecía entretenido con la modelo, así que presumió que no la molestaría, hasta que lo vio pasar de la chica e ir directamente hacia ella. Noah se recogió la falda del vestido para poder avanzar más deprisa y echó a andar a zancadas. Estaba a punto de salir de la sala, cuando notó que la mano de Olivier le agarraba la suya y la empujaba hacia él.

—Olivier, ¿qué haces? —masculló.

Olivier la llevó sin decir nada hasta un rincón del vestíbulo.

—Te ha faltado tiempo para dejarte ayudar por Sandro Santoro —le echó en cara visiblemente enfadado, sin preámbulo alguno.

Noah contuvo el aliento, inmóvil.

—Ha sido una colaboración: él me necesitaba a mí y yo a él —dijo.

—Puedes llamarlo como quieras, pero es lo mismo —dijo con tono acerado.

Noah soltó un bufido, indignada.

—¿Y qué más da si es así? Es una ayuda sincera.

—¿Sincera? —se burló Olivier.

—Sí, sincera. Sandro no es como tú —soltó Noah.

—¿Eso crees?

—Sí. Él no presiona ni coacciona a la gente para que hagan las cosas a su modo.

A Olivier le estaba hirviendo la sangre viendo el buen concepto que Noah tenía de Sandro Santoro. Solo le faltaba una aureola encima de la cabeza para santificarlo.

Tenía que hacerse con el control.

Dio un paso hacia adelante, cubriendo la distancia que lo separaba de Noah. Ella retrocedió. Si quería mantenerse firme, no podía permitir que Olivier se acercara, y mucho menos que la tocara.

—¿Por qué retrocedes, Noah? —le preguntó Olivier, dedicándole una mirada entre sarcástica y triunfal.

—Porque no quiero que te acerques —contestó ella.

—¿Y por qué no quieres que me acerque? —dijo Olivier con una expresión divertida en la mirada.

—Porque no —negó Noah, y dio otro paso para atrás, temiendo su proximidad.

—¿De nuevo con monosílabos? —ironizó Olivier.

—Olivier... —comenzó Noah.

—¿Me tienes miedo? —le cortó él, tajante, con esa habilidad suya para leer cualquier pensamiento que pasara por su cabeza.

«Mucho», se respondió Noah a sí misma.

Porque tenerlo tan cerca era insoportable. Le hacía sentir expuesta y vulnerable. Pero no podía permitirse el lujo de que se le notara. Olivier era como un sabueso: podía oler las emociones a kilómetros. Alzó la barbilla en un gesto de dignidad y lo miró a los ojos.

—No, Olivier, no te tengo ningún miedo. Ya no —dijo, fingiendo convicción.

Olivier sonrió ladinamente. A pesar de la negativa de Noah, percibía la ola de calor que los envolvía. Era el calor de la pasión; el calor sexual. Olivier quería silenciarla de la manera más satisfactoria para él. Tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no dejarse llevar por sus impulsos.

—¿Por qué será que no te creo? —dijo.

—¡Eres desesperante! —exclamó Noah.

Sacudiendo la cabeza y con expresión de exasperación sorteó a Olivier con la intención de irse, pero sus grandes manos la sujetaron por la cintura.

—Eh, eh... ¿Dónde vas? —preguntó él.

Antes de que Noah pudiera reaccionar, Olivier la empujó hacia él y le cogió el rostro entre las manos. Ella abrió los labios para protestar y, en ese momento, Olivier atrapó su boca.

CAPÍTULO 11

El beso de Olivier pilló a Noah por sorpresa, y, aunque su cabeza le decía que no, su cuerpo respondió instintivamente a él.

Cuando la lengua ardiente y exigente de Olivier jugueteó en su boca, Noah sintió que se derretía por dentro.

«¡No, no, no...!», le gritó la vocecita interior de su cabeza.

Trató de zafarse de Olivier apartando sus manos, pero él la atrajo hacia sí y la apretó de nuevo contra su atlético cuerpo. Entonces vio que las pupilas de Noah se dilataban, formando un brillante anillo azul alrededor de ellas. Sus labios se entreabrieron un poco, y supo que también ella lo deseaba.

—No puedo aguantarme las ganas de ti —le susurró al oído de forma sugerente, sin poderse contener. El deseo estaba a punto de hacerle estallar.

Noah se estremeció al sentir su aliento—. Te juro que no puedo. No puedo.

—Olivier, esto no puede ser —murmuró Noah.

—Dime que no sientes nada por mí y te dejaré ir —dijo Olivier con voz ronca.

—Déjame, Olivier.

—Dime que no sientes nada por mí, Noah.

Noah no dijo nada. Olivier seguía mirándola, alargando el silencio. Ella bajó la cabeza.

—Noah... —musitó Olivier.

Buscó su boca, atrapó su labio inferior con los dientes y tiró de él, mientras el característico aroma a jazmín de Noah le embriagaba las fosas nasales.

Deslizó las manos hasta su melena rubia. Le encantaba hundir los dedos en ella y sujetarla, hacerla su prisionera. Noah dejó escapar un suspiro. A ella también le gustaba. Podía negarlo mil veces, pero seguía reaccionando a él de la misma forma.

Noah sabía que aquello estaba mal. Si continuaba, acabaría destrozándole el corazón. ¿Cómo caía bajo su hechizo con tanta facilidad? ¿Por qué respondía a él después de lo que le había hecho? Tenía que pararlo. Tenía que pararlo ya. Si seguía mirándola así, como si quisiera arrancarle el vestido y follarla allí mismo, no estaba segura de que pudiera negarse.

—¡Déjame! ¡Olivier, déjame! —Metió las manos entre los dos cuerpos y le dio un empujón. Una ola de furia la envolvió—. Tus tretas ya no valen conmigo. ¡Te conozco! ¡Te conozco muy bien, Olivier Brooks! —le gritó.

—No me conoces en absoluto —objetó Olivier con parsimonia.

—Noah... —La voz con acento italiano de Sandro sonó en el vestíbulo.

Noah trató de recomponerse.

—¿Sí? —dijo.

—Hay unas personas en el cóctel que quiero presentarte —dijo Sandro.

—Sí, claro —contestó Noah.

Echó a andar.

—Noah... —susurró Olivier en un intento por que no se fuera.

Noah lo ignoró y, sin detenerse, se alejó de él. La distancia era lo único que podía protegerla del absoluto poder que Olivier continuaba teniendo sobre su cuerpo y sobre ella.

Olivier apretó los dientes mientras la veía alejarse. Un músculo se movió en su rostro de facciones angulosas. La ira comenzó a reverberar en el interior de sus venas.

Noah podía sentir los ojos de Olivier quemando su espalda mientras caminaba hacia Sandro.

—Noah, ¿estás bien? —le preguntó él de camino a la sala.

—Sí, sí —respondió ella escuetamente. Todavía estaba intentando recomponerse del encuentro con Olivier.

—¿Estabas discutiendo con Olivier Brooks? Se oían voces... —observó Sandro.

—Últimamente siempre discutimos —se le escapó decir a Noah. Después recapacitó. Sandro no sabía nada de lo que había pasado entre Olivier y ella —. Hemos tenido algunas... discrepancias por el local donde estaba mi tienda.

—¿No habéis llegado a un acuerdo?

—No.

—Si necesitas asesoría legal, tienes mis abogados a tu disposición —le ofreció Sandro.

—Te lo agradezco mucho, pero no es necesario —dijo Noah en un tono de voz liviano, para quitar hierro al asunto.

—Si en algún momento tienes problemas, solo dímelo —insistió Sandro.

—Gracias —dijo Noah.

Fue un alivio entrar de nuevo en la sala, aunque estaba demasiado alterada para relajarse. Miró al frente. El lugar seguía estando muy concurrido.

Olivier no volvió a aparecer, pero Noah se pasó el resto de la velada pensando en él. Es lo que Olivier quería, por eso se había presentado en el desfile; quería estar constantemente en los pensamientos de Noah; no salir de su cabeza. Y lo había conseguido.

El apasionado beso que le había dado era un recordatorio de lo que habían tenido en el pasado, de todas las veces que la había follado, de todas las veces que le había arrancado un orgasmo entre gemidos...

Sandro alargó el brazo y le ofreció a Noah una copa de champán.

—Brindemos —dijo—. Tenemos que celebrar muchas cosas.

Noah tomó la copa. Haciendo un esfuerzo, relegó la imagen de Olivier al fondo de su cabeza y delineó una sonrisa en los labios. No podía dejar que le estropeará el final de la noche. No era justo. El desfile había sido un éxito. Tanto la colección de joyas como sus diseños habían conquistado al público asistente. Prueba de ello eran las numerosas felicitaciones que habían

recibido Sandro y ella a lo largo de la noche.

—Brindemos —dijo.

Sandro alzó la mano.

—Por el éxito de tu firma de ropa —manifestó.

—Por él éxito de tu colección de joyas —dijo Noah.

Sandro se llevó la copa a la boca y dio un sorbo mientras miraba a Noah por encima del borde. La observó durante unos segundos. Era imposible negar que era una chica bellísima, y que además contaba con mucho talento. Por eso le había propuesto que sus diseños desfilaran junto a la nueva colección de joyas que había creado. Sabía que era una apuesta segura, incluso aunque fuera novata en el mundo de la moda.

Ninguna mujer había llamado tanto su atención desde que rompió con Catherina dos años atrás. Había tenido sus esgarces después para satisfacer su libido; sexo por sexo, pero ninguna relación seria. Sin embargo, con Noah estaba dispuesto a perder su soltería. Le atraía mucho. Eso era indiscutible. Pero algo le decía que había sufrido recientemente un revés en el amor. Algo había cambiado en sus ojos, como si una sombra se hubiera alojado en el fondo de su cristalino azul.

Pese a eso, iba a hacer todo lo posible para conquistarla. Noah era una de esas personas que se encontraban una vez en la vida y que hacían que esta

mereciera la pena.

CAPÍTULO 12

El timbre sonó. Noah corrió hacia la puerta y abrió.

—Hola, Todd —lo saludó.

—Hola, guapa —dijo él.

—Mil gracias por traerme las cajas que te he pedido —le agradeció Noah, cogiendo una de las que llevaba en brazos para quitarle peso.

Todd meneó la cabeza.

—No hay problema. Espero no haberme equivocado y que te haya traído las que me has dicho y no otras.

Noah se apartó y le cedió el paso.

—Déjalas aquí, por favor —le indicó, señalando un hueco que había libre en el pasillo.

Cuando Todd las depositó en el suelo, Noah les echó un vistazo.

—Sí, son las que te he pedido. —Noah sonrió y abrazó a Todd—. Gracias de nuevo —dijo agradecida, y le dio un beso en la mejilla.

Todd no pudo evitar ruborizarse. Algo nervioso, se rascó la nuca y carraspeó.

«Soy un tonto», se dijo a sí mismo.

Ya no era un adolescente.

—¿Para qué las necesitas? —preguntó a Noah tratando de disimular su sonrojo.

—Hay varios vestidos guardados en ellas que tengo que enviar sin demora a unas clientas.

—¿Qué tal van las ventas online?

—Mejor de lo que esperaba. No es tan gratificante como la tienda, pero al menos me permite seguir haciendo lo que me gusta y, sobre todo, llegar a fin de mes.

Noah se puso de cuclillas y abrió una de las cajas. Hundió las manos en las prendas de ropa y extrajo un vestido corto de gasa de color rojo.

—Se me olvidaba, ¿qué tal el desfile? —dijo Todd.

—Muy bien. —Noah dejó escapar un suspiro—. Estuve muy nerviosa;

había mucha expectación puesta en él, pero al final fue todo un éxito. La colección de joyas de...

Noah se interrumpió súbitamente. Al levantarse, la cabeza comenzó a darle vueltas. Sintió que las piernas le flojeaban. Como pudo se agarró a la columna de cajas que había contra la pared para mantener el equilibrio y no caerse.

—Noah, ¿estás bien? —se preocupó Todd, agarrándola del brazo—. Estás pálida.

Noah pestañeó unas cuantas veces, tratando de enfocar la vista.

—Sí, solo me he mareado —dijo, llevándose la mano a la frente.

—Será mejor que te sientes.

—No, no, ya se me ha pasado.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, de verdad. Lo más probable es que sea una bajada de azúcar.

—De todas formas, es mejor que te sientes un rato —opinó Todd.

Noah no quería discutir, así que hizo caso a su amigo y fue a sentarse al sofá.

—¿Has comido? —se interesó Todd.

—No mucho, con todo lo que está pasando tengo el estómago cerrado —

respondió Noah.

—¿Tienes algo dulce para que puedas comer ahora?

—Sí, tengo chocolate en el armario que está encima del microondas.

—Voy a por ello —dijo Todd.

Noah respiró hondo un par de veces para que se le terminara de pasar el atontamiento que tenía en la cabeza. Todd apareció un minuto después con una tableta de chocolate en la mano. Rasgó el envoltorio, partió un trozo y se lo dio a Noah, que lo cogió y se lo llevó a los labios.

Enseguida el dulzor le llenó la boca.

Tenía el estómago revuelto y no le apetecía comer nada, pero debía hacer un esfuerzo para subirse el azúcar.

—Noah, estás sometida a mucho estrés. Tienes que bajar el ritmo, y comer —le aconsejó Todd, sentándose en la mesita auxiliar, frente a ella.

Noah resopló.

—Sí, lo sé —admitió—. Pero es que tengo que trabajar, las facturas no se pagan solas.

Todd sabía que no solo era eso.

—Y también trabajas tanto para olvidarte de Olivier —dijo.

Noah no lo podía negar. Era cierto. El trabajo la mantenía distraída y lo

utilizaba como un paliativo.

—Sí —dijo únicamente.

—Pero tienes que dosificarte o terminará pasándote factura. Desde que rompiste con él has adelgazado y se te ve pálida —repuso Todd.

—Es solo cuestión de tiempo... —dijo Noah, mirándose las palmas de las manos.

—Sí, el tiempo lo cura todo, pero mientras ese tiempo pasa tienes que cuidarte para no enfermar. Has estado trabajando al límite desde que dejaste la tienda. Necesitas unas vacaciones. ¿Por qué no te vas unos días a Telluride con tus padres?

Aunque la idea era apetecible, Noah rechazó la sugerencia con la cabeza.

—Ahora no puedo.

—Bueno, pero por lo menos descansa.

Noah alzó los ojos y miró a Todd. Alargó los brazos y con ambas manos le acarició la cara mientras esbozaba una débil sonrisa.

—Gracias por preocuparte por mí.

Todd agitó la mano.

—Bobadas —dijo.

—No tengo hermanos ni hermanas, pero a ti te quiero como si fueras mi

hermano mayor —dijo Noah.

Y sus palabras se clavaron en lo más profundo del alma de Todd, como si le hubiera clavado un puñal. Eran amables, pero él no quería que Noah le quisiera como a un hermano mayor; quería que le quisiera como a un hombre. Como al hombre enamorado de ella que estaba.

Forzó una sonrisa.

—Tengo que irme —dijo de repente, levantándose de la mesita auxiliar.

—¿No te quedas a tomar una cerveza conmigo? —le preguntó Noah.

—No, lo siento, tengo algunas cosas que hacer y no quiero que me cierren los comercios.

Noah se levantó del sofá.

—Vale —dijo—. ¿Te llamo esta semana y hacemos algo juntos?

—Sí, claro. Llámame cuando quieras.

—Y gracias otra vez por traerme las cajas —le agradeció Noah a Todd en el umbral de la puerta.

—De nada —dijo escuetamente él. Se acercó a Noah y le dio dos besos en las mejillas a modo de despedida—. Adiós.

—Adiós —se despidió Noah.

CAPÍTULO 13

Noah no podía dejar de temblar mientras miraba con incredulidad el Predictor que sostenía en la mano. La prueba había dado positivo.

Positivo.

—No puede ser... —musitó sin fuerza en la voz—. No... No puede ser...

Estaba embarazada.

Sintió una punzada de angustia en el pecho. No podía pensar. No podía respirar. Estaba tan desconcertada como si todo lo que hubiera a su alrededor hubiera desaparecido de repente y estuviera en mitad de la nada.

Un rato después, totalmente inmóvil en el cuarto de baño de su piso, pensó que no era posible.

—Tiene que ser un falso positivo —dijo. Lo pensó unos instantes—. Sí,

tiene que ser un falso positivo.

Olivier y ella siempre habían tomado precauciones. No habían tenido ni una sola relación sexual en la que no hubieran utilizado preservativo, por mucho que les apremiara el deseo. Olivier siempre se había puesto condón. Los mareos y las náuseas que sufría tenían que deberse al estrés al que estaba sometida las últimas semanas, no a un embarazo.

Respiró ligeramente aliviada al llegar a esa conclusión. A veces pasaba. Esas pruebas no eran infalibles.

—Lo mejor será que me haga unos análisis —se dijo a sí misma, más tranquila.

Unos días después, Noah pidió cita con su ginecóloga. Mientras esperaba en la consulta el resultado de los análisis se repetía mentalmente que no podía estar embarazada, que no podía sucederle algo así en ese momento.

—¿Qué dicen los análisis? —preguntó con impaciencia cuando la doctora entró en la consulta.

—Felicidades, Noah, estás embarazada.

«No. Por favor, no», se dijo.

—¿Estás segura? ¿No...? ¿No puede haber algún tipo de error?

La ginecóloga se acomodó en la silla que había detrás de su mesa.

—No, ninguno —respondió.

Noah sintió que le faltaba el aire.

Embarazada.

Estaba embarazada.

—Pero es que no puedo estar embarazada. Es imposible.

—¿Por qué es imposible? ¿No has tenido relaciones sexuales últimamente?

—Sí, bueno, sí he tenido relaciones sexuales, pero siempre hemos utilizado condón. Siempre —recalcó.

La doctora esbozó una leve sonrisa impregnada de condescendencia.

—El preservativo, al igual que cualquier método anticonceptivo, tiene un altísimo porcentaje de efectividad, de hecho, un 98% para prevenir embarazos, pero no es infalible.

Noah frunció el ceño, desconcertada.

—¿Me estás diciendo que formo parte del 2% en el que el condón no es efectivo?

—Me temo que sí —contestó la ginecóloga—. A veces la manipulación o

el sitio donde se guardan, entre otras cosas, pueden hacer que la efectividad del preservativo sea menor. —le explicó. Observó a Noah. Estaba lívida como una pared y le temblaba todo el cuerpo—. ¿No es una buena noticia? —le preguntó.

Noah negó con la cabeza.

—No, no lo es —dijo—, y no sé lo que voy a hacer... —dejó en el aire.

Empezó a temblar de angustia.

La doctora echó el torso hacia adelante y apoyó los codos en la mesa.

—Quizá ahora no lo ves claro, Noah. Si no lo buscabais, es una sorpresa, por supuesto, pero cuando pasen unos días...

—Ni siquiera tengo una relación con el padre —cortó Noah con suavidad, metiéndose los mechones de pelo suelto detrás de las orejas—. Rompimos hace algunas semanas.

—No serías la primera ni la última mamá soltera —apuntó la ginecóloga.

Noah resopló agobiada. En esos momentos estaba bloqueada y no era capaz de pensar con claridad.

—Haz una cosa... —comenzó a decir la doctora, al verla en ese estado—. Tómame unos días, díselo al padre; habladlo. No os precipitéis en tomar una decisión —le aconsejó con sensatez—. Por experiencia propia te digo que ser madre es una de las experiencias más maravillosas del mundo.

—No discuto que sea una de las experiencias más maravillosas. Seguro que lo es, pero yo no sé si estoy preparada para ser madre. No lo sé... —dijo, pasándose la mano por la frente.

Se levantó de la silla.

—En este momento lo que necesito es estar sola y pensar —dijo.

—Estaré aquí para lo que necesites —se ofreció la ginecóloga.

Noah asintió en silencio, cogió el bolso, se lo colgó en el hombro, y salió de la consulta.

CAPÍTULO 14

Noah salió de la clínica sin ser muy consciente de dónde se encontraba, como si estuviera desorientada. Su cabeza estaba puesta en lo que había empezado a gestarse en su vientre.

Estaba embarazada.

Embarazada de Olivier Brooks.

La tensión se le había acumulado en el estómago y le dificultaba la respiración. Se llevó las manos al pecho y tomó una bocanada de aire para llenar los pulmones.

—Dios mío, no me puede estar pasando esto, no ahora... —murmuró mientras bajaba los peldaños de piedra que formaban el pórtico de la clínica.

Durante un rato caminó sin rumbo, hasta que encontró un parque. Anduvo

por el sendero de tierra que lo cruzaba y se sentó en un banco.

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué? —se preguntó.

Noah dudaba seriamente de que ese fuera el mejor momento para tener un hijo. No entraba en sus planes. No ahora que su carrera estaba empezando a despegar. Ella tenía que desarrollarse profesionalmente, asegurarse un futuro económico antes de lanzarse a la aventura de ser madre. Además, no estaba preparada.

Los ojos se le anegaron de lágrimas.

¿Y qué iba a decir Olivier? ¿Cómo reaccionaría ante la noticia de que iba a tener un hijo?

—Un hijo... —murmuró, todavía sin podérselo creer.

Se enjugó las lágrimas que corrían precipitadamente por sus mejillas.

Olivier no estaba preparado para ser padre. Un hombre como él nunca lo estaría. La idea de contárselo le hacía sentir cierta aprensión.

¿Por qué el destino había creado un vínculo entre Olivier y ella ahora que, fuera lo que fuese lo que tenían, se había roto? ¿Ahora que sabía que Olivier no le convenía? ¿Y un vínculo tan fuerte como un hijo?

¿Acaso era una broma? Si era así, desde luego era de muy mal gusto.

Para Noah un hijo era algo muy serio. Los niños tenían que crecer rodeados

de amor en un ambiente lleno de cariño y armonía. Y la poca armonía que tenía ella con Olivier se había roto en mil pedazos el día que se enteró de su manera de hacer las cosas.

Una pelota rodó y le dio en los pies, sacándola de su ensimismamiento. Bajó la mirada y la cogió.

—Hola —dijo una voz infantil.

Se trataba de un niño de unos cuatro años, con el pelo rubio, los ojos grises y una expresión traviesa en el rostro.

—Hola —dijo Noah, sonriendo—. ¿Es tuya? —preguntó, señalando la pelota.

—Sí —respondió el niño al tiempo que movía la cabeza de arriba abajo.

—Aquí tienes —dijo Noah.

El niño cogió la pelota.

—¿Cómo te llamas? Yo me llamo Lucas —se presentó con inocencia.

—Yo me llamo Noah.

—¿Estás triste, Noah? —le preguntó.

Noah sorbió por la nariz y rápidamente se enjugó las lágrimas.

—No —contestó.

—Entonces, ¿por qué lloras?

—No estoy llorando, es que se me ha metido algo en el ojo —mintió.

El niño sonrió, conforme.

—Gracias por devolverme mi pelota, Noah.

—De nada.

Noah alargó el brazo y le revolvió el pelo rubio.

—Lucas, deja de molestar a esa chica —le amonestó una mujer con el pelo rubio ceniza que se dirigía hacia ellos—. Lo siento —se disculpó ante Noah, cogiendo al pequeñín de la mano para llevárselo.

—Oh, no se preocupe —se apresuró a decir Noah—. No me molesta. Es un niño encantador.

La mujer asintió.

—Despídete de ella —le dijo al niño.

—Adiós, Noah —sonó la voz infantil.

—Adiós, Lucas —se despidió Noah.

El niño agitó alegremente la mano mientras su madre se lo llevaba donde estaban el resto de los críos. Noah imitó su gesto y movió la mano en silencio.

—¿Qué voy a hacer? —se volvió a preguntar con visible angustia, observando como los niños correteaban felices entre los toboganes y los

columpios.

CAPÍTULO 15

—Hola, guapa —saludó Todd a Noah cuando descolgó el teléfono.

—Hola, Todd —dijo ella entre sollozos.

—Noah, ¿qué te ocurre? ¿Por qué estás llorando? —le preguntó él en tono preocupado.

—¿Puedes venir a mi casa? —dijo Noah, sin poder contener el llanto.

—Sí, claro. Ahora mismo me acerco, pero ¿estás bien? ¿qué te ocurre?

Noah sorbió por la nariz.

—Prefiero contártelo en persona —respondió.

—Está bien. Voy para allá —dijo Todd.

—Gracias —dijo Noah.

Todd llegó a la casa de Noah tres cuartos de hora después. No vivían cerca y el tráfico estaba imponente en Nueva York a esas horas.

Cuando Noah le abrió la puerta, Todd la encontró llorando como una Magdalena, con los ojos rojos, el pelo despeinado y un pañuelo de papel arrugado en la mano.

—Joder, Noah, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás así? Me tienes preocupado.

—Pasa —dijo ella.

Ambos se dirigieron al salón. Nada más tomar asiento, Noah se lo dijo. No iba a utilizar ambages ni paños calientes con Todd. Era su amigo. Entendería la situación que estaba atravesando.

—Estoy embarazada.

Todd abrió los ojos de par en par.

—¿Que estás qué?

—Embarazada.

—¿Pero tú...? ¿Olivier y tú no tomasteis precauciones? —le preguntó Todd con una mezcla de perplejidad e incredulidad en la voz.

—Sí, sí las tomamos, Todd. Todas y cada una de las veces —contestó Noah.

—¿Entonces?

—Al parecer, excepto la abstinencia, ningún método anticonceptivo es infalible al cien por cien —bromeó sin ganas—. Yo estoy dentro del dos por ciento en el que el preservativo es ineficaz.

—Estoy... alucinando, Noah —dijo Todd.

—Y yo también —afirmó ella.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde ayer, y desde ayer no he parado de llorar.

Noah se pasó las manos por el pelo.

—¿Se lo has dicho a Olivier?

—No, y no se lo voy a decir.

—Noah, pero es el padre —apuntó Todd.

Olivier no era santo de su devoción, pero era indiscutible que era el padre y que algo tendría que decir al respecto.

—Lo sé. Sé que es el padre, pero no se lo voy a decir —repuso Noah—. Además, ni siquiera sé qué voy a hacer.

—¿Qué quieres decir?

Noah tardó unos segundos en responder.

—No estoy en el mejor momento de mi vida para tener un hijo. Mi carrera apenas acaba de despegar y... bueno, económicamente tampoco tengo mucha solvencia.

—Noah, es una decisión que tienes que pensar mucho —dijo Todd con sensatez.

—Lo sé, lo sé, Todd —se apresuró a decir Noah con un deje de desesperación en la voz—. Sé que no es una decisión que tenga que tomar a la ligera. Sé...

Súbitamente se calló. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Quiso contenerlas, pero no fue posible, y rompió a llorar estrepitosamente.

Todd se levantó rápidamente, se acercó a ella y la abrazó.

—Ya, Noah, no llores, por favor. Todo se va a solucionar —la consoló—. Ya verás como todo se va a arreglar.

Noah se aferró con fuerza a él. Más que nunca necesitaba que la abrazaran, que le dijeran que no se preocupara, que todo iba a salir bien.

—No sé cómo voy a salir de esta, Todd —sollozó—. Te juro que no lo sé.

Todd le pasó la mano por la cabeza y le acarició el pelo.

—Ya...

—Y mis padres... ¿Qué van a decir cuando se lo cuente? —seguía llorando Noah sin poder controlarse—. Les voy a decepcionar.

—No les vas a decepcionar, Noah. No pienses eso.

Todd quería aliviar como fuera el sufrimiento de Noah. Le dolía verla así. Estaba hecha un mar de lágrimas y no encontraba la forma ni las palabras adecuadas para consolarla. En esos momentos le invadió un sentimiento de impotencia.

Deshizo el abrazo y le cogió por los hombros afectuosamente.

—Ahora lo ves todo negro, pero dentro de unos días lo verás de otra forma. El tema adquirirá perspectiva y la visión respecto a él será distinta.

Noah meneó la cabeza con pesimismo, negando.

—¿Tú crees? —preguntó.

Todd le ofreció una sonrisa indulgente.

—Por supuesto que lo creo. Ahora estás ofuscada y confusa. Es normal, es una noticia que te ha pillado por sorpresa, pero lo irás viendo con más claridad.

Noah se aferró a las palabras de Todd como si fueran un clavo ardiendo. Deseaba de corazón que fueran ciertas, que tuviera razón, y que dentro de unos días viera las cosas de otra manera. Necesitaba creerlo o iba a volverse loca. No estaba preparada para ser madre. Todavía no.

CAPÍTULO 16

—El otro día te lo aconsejé, y ahora lo hago con más razón aún. Creo que deberías pasar unos días con tus padres. Necesitas estar arropada por ellos —sugirió Todd.

Noah estaba más tranquila y había dejado de llorar.

—Sí, creo que tienes razón, Todd. Los necesito. Necesito contarles a mis padres lo que está ocurriendo... —dijo, después de dar un trago de agua y reflexionar unos segundos sobre ello.

—Tómate unos días libres, disfruta de tus padres y de Telluride. Llevas meses trabajando sin parar y te mereces un descanso —repuso Todd—. Y ahora más que nunca —agregó con intención.

—Sí, supongo —murmuró Noah.

—¿Quieres que te ayude a buscar un vuelo barato?

Noah asintió.

—Sí, por favor.

Dos días después, Noah estaba haciendo la maleta para emprender el viaje a Telluride. Su madre había dado un gritito por el teléfono cuando le había anunciado que iba a Colorado a pasar unos días al pueblo, que necesitaba desconectar y recargar energías. También había dejado caer que tenía que hablar con ellos de algo importante. Emilie había tratado infructuosamente de sonsacar a Noah eso de lo que quería hablar, pero Noah no veía oportuno decirle por teléfono que estaba embarazada. Era un tema demasiado delicado como para no contarle en persona.

Estaba metiendo casi a presión el neceser en un lado de la maleta cuando las notas de Roar, de Katy Perry, empezaron a sonar en la habitación.

Cogió el teléfono y consultó la pantalla.

Era Sandro. Sonrió al ver su nombre.

—Hola, Sandro —lo saludó al descolgar.

—Buenos días —dijo él con su sensual acento italiano—. ¿Qué tal estás?

—Bien —respondió Noah de forma automática—. ¿Y tú?

—Muy bien. Impaciente por darte una noticia...

—¿Una noticia? ¿Qué noticia? —preguntó Noah, apremiante. De pronto se había puesto nerviosa.

Sandro sonrió al otro lado de la línea.

—Ya comprobamos que tus vestidos tuvieron un éxito rotundo en el desfile de la colección de joyas, pero por si quedaba alguna duda, tengo dos clientes que han preguntado por tu firma de ropa.

El corazón de Noah dio un brinco.

—¡¿Qué?! ¿Lo dices en serio, Sandro?

—Claro que sí y, además, son clientes de confianza. Estoy seguro de que vais a llegar a un acuerdo. ¿Quieres que concierte una cita con ellos mañana?

Noah arrugó la nariz.

—Sandro, no voy a poder —dijo con un incipiente apuro en la voz—. Esta tarde cojo un avión para Telluride, mi pueblo. Me voy a pasar unos días con mis padres.

—¿Está todo bien, Noah? —le preguntó Sandro, que estaba advirtiendo algo extraño en su entonación.

—Sí —afirmó ella, intentando sonar convincente—. Bueno, siempre hay preocupaciones, pero nada que no... que no se pueda solucionar.

—No tengo que decirte que me tienes para lo que necesites —apuntó Sandro.

—Muchas gracias.

Sandro era tan amable. Le hacía la vida tan fácil..., pensó Noah.

—Siento no poder reunirme con los clientes esta semana —continuó hablando—. Si lo hubiera sabido, no hubiera planeado...

—Tranquila, no te preocupes —le cortó suavemente Sandro al notar su apuro—. No es un asunto de urgencia. Cuando vuelvas a Nueva York concertaremos una cita con ellos. No hay problema.

Noah apretó los labios.

—No sé... me siento mal —dijo con sinceridad.

—Noah, por favor. Ni se te ocurra sentirte mal por esto. No tiene importancia —dijo Sandro—, y si se la das, me enfadaré contigo —bromeó.

—Está bien —se resignó Noah.

—Lo que tienes que hacer es descansar y disfrutar mucho de tu estancia en Telluride. Telluride, has dicho, ¿verdad? —se aseguró Sandro.

—Sí, Telluride —rio Noah—. Es un pequeño pueblo de Colorado. Es

normal que no te suene.

—Tendré que ir un día —dejó caer Sandro.

—Quedas oficialmente invitado —apuntó Noah.

—Avísame cuando regreses, ¿vale?

—Vale.

—Pásalo bien, Noah —se despidió Sandro.

—Gracias, Sandro —correspondió ella.

Noah colgó la llamada y se quedó unos segundos con el teléfono de la mano, pensando. Sería fácil enamorarse de Sandro. Era un hombre encantador, bondadoso y muy atractivo físicamente.

Sí, sería fácil enamorarse de él. Sin embargo, ella se había enamorado de Olivier Brooks, y ahora estaba embarazada de él.

Suspiró ruidosamente.

Aún siendo plenamente consciente de que era un hombre peligroso e inconveniente, había caído en sus redes; en la sutil tela de araña que había ido tejiendo a su alrededor. ¿Por qué siempre el corazón elegía a la persona menos indicada? ¿Por qué no podía haberse enamorado de Sandro? Era la antítesis de Olivier. Estaba segura de que con él las cosas hubieran sido más fáciles, porque era un hombre que hacía agradable la vida de quienes le

rodeaban, y no cargaba sobre los hombros con una posible infancia difícil, que daban lugar a una madurez llena de traumas y de heridas por cicatrizar.

Noah volvió en sí y siguió haciendo la maleta. Si no se daba prisa, llegaría tarde al aeropuerto.

CAPÍTULO 17

—¡Cariño! —exclamó Emilie cuando vio aparecer a Noah por la puerta de embarque.

Corrió hacia ella y se fundió con su hija en un fuerte abrazo.

—Hola, mamá —la saludó Noah, apretándola contra sí.

—Hola, hija. —Emilie cogió su rostro y le dio dos afectuosos besos en las mejillas—. No sabes las ganas que tenía de verte. No lo sabes... —añadió con los ojos húmedos.

Pestañeó varias veces para contener las lágrimas. No quería hacer de aquel encuentro un drama.

—No llores, mamá, o terminaré llorando contigo —dijo Noah, al reparar en su mirada vidriosa—. Yo también os he echado de menos a vosotros. —Miró

por encima del hombro de su madre. Su padre esperaba su turno para abrazarla a un escaso metro—. ¡Papá!

Noah se abalanzó sobre él. Sam la estrechó entre sus brazos.

—Cariño, por fin estás aquí —dijo él, acariciándole la cabeza.

—Os he echado mucho de menos —repitió Noah con la voz ligeramente tomada por la emoción—. Mucho. Mucho. Mucho.

—Y nosotros a ti, hija —habló Sam.

—¿Qué tal ha ido el vuelo? —le preguntó Emilie.

—Bien. No ha sufrido ningún retraso, así que bien —respondió Noah.

Sam cogió la maleta de Noah, y los tres juntos salieron entre risas de la terminal.

Aunque Telluride era un pueblo pequeño, contaba con un aeropuerto situado a poco más de nueve kilómetros y medio. Toda una ventaja derivada de la gran cantidad de turismo que la población tenía al año.

Noah observaba por la ventanilla del coche el paisaje que rodeaba a su querido Telluride. La imponente cadena de montañas que lo arropaba como si protegiera una fortificación, sus bosques de frondosos árboles, sus verdes valles, sus casitas bajas y sus establecimientos tradicionales, le daban ese aire de pueblo del Viejo Oeste, que hacía de él un lugar único. En esa época del año, los colores que lo enmarcaban eran fuertes y vibrantes.

Hacía algo más de siete meses que se había ido de allí rumbo a Nueva York en busca de su sueño, pero ella tenía la sensación de que hacía años que se había marchado. El tiempo se había vuelto impreciso y ambiguo, sobre todo, las últimas semanas.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó su madre, interrumpiendo sus pensamientos.

—Sí, mamá —respondió Noah.

—Es que estás muy callada.

—No sé... —Noah se encogió de hombros—. Es que tengo la sensación de que hace años que me he ido, aunque en realidad solo hayan pasado poco más de siete meses.

—Telluride no ha cambiado en este tiempo, pero siete meses son muchos meses. Deberías venir más a menudo —apuntó Emilie con anhelo.

—Es cierto, hija —intervino su padre, mirándola por el espejo retrovisor interior.

Noah dejó escapar un suspiro de resignación.

—Sé que tendría que venir más a menudo, pero me es imposible. Tengo mucho trabajo y Nueva York no está a la vuelta de la esquina. Además, los billetes de avión no son baratos —dijo con un viso de aflicción en la voz.

Realmente le gustaría visitar a sus padres mucho más a menudo, pero era

imposible.

—Lo sabemos, Noah, y nos hacemos cargo —comenzó a decir Sam—. A nosotros también nos gustaría ir a verte a Nueva York, pero es cierto que los billetes de avión no son baratos y viajar en coche 2700 kilómetros es una locura.

Emilie agitó las manos espaventosamente.

—Ya, ya, ya... —les cortó—. Lo importante es que ahora estás aquí y que vamos a aprovechar cada minuto que pasemos juntos —dijo—. Por cierto, Noah, ¿qué es eso que tienes que decirnos? ¿Es algo malo? —quiso saber. La entonación de esa última pregunta dejaba ver preocupación.

Ella tragó saliva.

—No... No es malo —titubeó al principio—, pero prefiero hablar de ello cuando estemos en casa.

—Déjala, Emilie, que nos lo cuente cuando quiera —habló Sam, sin apartar la vista de la estrecha carretera por la que conducía.

—Está bien. —Emilie no quiso insistir—. Pero reconozco que tanta intriga me tiene desconcertada, y preocupada también.

—Tranquila, mamá. En cuanto lleguemos a casa, hablaremos —dijo Noah.

—Como quieras —dijo Emilie, conforme.

Noah tomó una bocanada de aire, llenándose los pulmones, y devolvió su atención al bellissimo paisaje que se extendía al otro lado de la ventanilla del coche. El cielo estaba completamente despejado y las montañas, a esas alturas del año, desnudas de cualquier resquicio de nieve.

CAPÍTULO 18

Noah sintió un cosquilleo en el estómago cuando entró en casa. Respiró profundamente el olor a hierbabuena, el característico olor a hogar, y sintió un ataque de nostalgia.

—Ven a la cocina —le indicó Emilie—. Seguro que tienes hambre. He hecho galletas y he preparado un poco de limonada.

—No tenías que haberte molestado —dijo Noah.

—Bobadas. Tienes que comer. Has adelgazado y eso es porque en Nueva York solo hay prisas y comida basura.

Noah no pudo evitar sonreír. Entró en la cocina y se sentó a la mesa. Emilie alargó el brazo y dejó una bandeja llena de galletas.

—¿No me digas que no tienen buena pinta? —le preguntó, mientras cogía

tres vasos de un estante.

Noah miró las galletas. Tenían un color dorado que entraba por los ojos.

—La verdad es que están diciendo «cómeme» a gritos —dijo.

—Pues come, come —la animó Emilie.

Noah cogió una galleta y se la llevó a la boca. En ese momento Sam entró en la cocina.

—He dejado tu maleta en la habitación —dijo, mirando a Noah.

—Gracias, papá —agradeció ella.

—¿Quieres un poco de limonada? —le preguntó Emilie a Sam.

—Sí —dijo él, acomodándose en una silla.

Noah tragó el bocado de galleta que tenía en la boca y dejó lo que le quedaba de ella encima de la mesa.

—Mamá, siéntate —le pidió.

Emilie se giró. Terminó de echar la limonada en el vaso de Sam y se sentó.

—No sé por dónde empezar... —comenzó diciendo Noah.

—Hija, nos estás preocupando, ¿qué pasa?

Noah respiró profundamente y se armó de valor. Miró alternativamente a su madre y a su padre.

—Os lo diré directamente, porque no encuentro una forma suave de decirlo. Estoy... Estoy embarazada —dijo finalmente.

Emilie y Sam volvieron las cabezas y se miraron con expresión de incredulidad en el rostro. La primera en hablar fue Emilie.

—¿Embarazada? —repitió, como si no hubiera oído bien—. Pero, Noah...

—Sé lo que me vas a decir, mamá —le cortó Noah antes de que siguiera hablando—. No estoy embarazada por una irresponsabilidad. Sí que utilizamos preservativo, pero falló. Falló. —La voz se le quebró.

Emilie se apresuró a levantarse de la silla y fue a abrazarla.

—Ya, cariño, ya... —susurró.

—No sé qué voy a hacer —lloró Noah—. No sé...

Emilie la apretó más contra sí mientras miraba a Sam por encima de la cabeza de Noah.

—Tranquila, hija —dijo Sam, tratando de calmarla.

—Noah, nos ha pillado por sorpresa, es cierto, pero la llegada de un niño siempre es una buena noticia —dijo Emilie.

—Siempre vas a contar con nosotros, cariño —repuso Sam—. Siempre.

—Gracias, papá. Necesitaba oír eso. De verdad que lo necesitaba.

—Y no lo dudes nunca —añadió Sam con vehemencia.

Alargó el brazo y con la mano le enjugó las lágrimas. Emilie volvió a sentarse.

—Noah, ¿quién es el padre? ¿Es ese chico con el que te llevas tan bien? ¿Todd? —preguntó Emilie.

—¿Qué? No, mamá —negó rápidamente ella—. Todd solo es mi amigo. El padre es... —Tomó un poco de aire—... es el hombre que adquirió el local donde estaba mi tienda.

—¿El señor...? —Emilie hizo memoria, pero no terminaba de salirle el apellido.

—Brooks —dijo Noah.

—¿Estás saliendo con él? —dijo Sam.

Noah negó con la cabeza.

—Hemos roto —dijo, secándose las lágrimas. Intentó mostrarse fuerte. Si sus padres se enteraban de lo que estaba sufriendo por Olivier se preocuparían mucho más—. Olivier y yo no somos compatibles. Somos muy distintos —agregó.

—Dios mío, Noah... —comentó Emilie.

Le cogió las manos y las envolvió con las suyas. Emilie no quería ni imaginarse lo que tenía que estar sufriendo su pequeña niña.

—¿Qué ha dicho él del embarazo? —preguntó su padre.

—No se lo he dicho —respondió Noah.

Emilie ladeó la cabeza.

—¿Cómo que no se lo has dicho? —dijo—. Noah, tiene que saberlo.

—¡No, mamá, no! —exclamó ella—. Olivier... Olivier no puede saberlo.

—Pero ¿por qué? Es el padre —terció Sam, mostrando su desacuerdo.

—Porque me uniría a él, y no lo quiero cerca. Es un hombre que no me conviene. Ni a mí ni a nadie —sentenció.

—Noah, por favor, tienes que decírselo —insistió Emilie.

Noah alzó las manos.

—No, no voy a decírselo. Olivier no está preparado para ser padre.

—Eso no lo sabes —dijo Sam—. Y sea buen o mal padre, no se lo puedes ocultar; tienes que decirle que esperas un hijo suyo.

Los pensamientos de Noah se detuvieron de repente.

«Dios mío..., un hijo de Olivier Brooks», se dijo.

Es como si no acabara de creerse o de hacerse a la idea de que estaba embarazada de Olivier.

—No estás actuando bien, Noah —le amonestó Sam.

La voz de su padre le hizo volver en sí.

—Imaginemos que lo acepta, que quiere hacerse cargo... ¿y si cuando nazca me lo quita? —planteó Noah—. Olivier es capaz de eso y de más.

Emilie se llevó las manos al pecho y puso cara de horror.

—¿Cómo te lo va a quitar? La madre es imprescindible los primeros meses de vida de un bebé —repuso—. Sería una crueldad.

—Olivier es un hombre muy poderoso, es increíblemente rico y esa riqueza puede comprar gente. Siempre hay personas dispuestas a venderse por una buena cantidad de dinero —apuntó Noah.

—¿Realmente lo crees capaz? —intervino Sam, ligeramente sorprendido por lo que estaba diciendo su hija.

Noah dirigió el rostro hacia su padre e inclinó la cabeza en silencio.

—Olivier no es una persona fácil... Es un hombre duro, déspota, arrogante, controlador; las cosas se hacen a su manera o no se hacen —afirmó, parafraseando su famoso lema.

—Pero, hija, ¿cómo te has enamorado de alguien así? —preguntó Emilie.

Noah chasqueó la lengua. Ella también se lo había preguntado más de una vez.

—Ya sabes cómo es el amor, mamá, siempre te fijas en la persona menos

conveniente. —Hizo una pausa. Miró a sus padres con aprensión en los ojos —. Por eso tengo que ser cautelosa... —dijo, retomando el tema.

Sam seguía sin estar de acuerdo con aquella decisión, pero no estaba dispuesto a dar la espalda a su hija, y menos en esos momentos, que es cuando más los necesitaba.

CAPÍTULO 19

—¿Estáis decepcionados conmigo? —preguntó Noah a sus padres.

Emilie frunció el ceño.

—¡¿Qué?! —exclamó—. No, de ninguna manera, cariño —dijo como algo obvio.

—Siempre hemos estado muy orgullosos de ti y lo seguimos estando —intervino Sam—. Eres luchadora, trabajadora, responsable...

—Ya, pero... —comenzó a decir Noah.

—Pero nada —atajó Emilie—. Estas cosas pasan, hija. Dios sabrá por qué. No eres la primera ni serás la última madre soltera del mundo. Y menos en el siglo XXI. Además, no tienes quince años, ya eres una mujer hecha y derecha.

—Al principio no sabía qué iba a hacer...

—¿Estás hablando de abortar? —dijo Sam.

—Sí, porque no creía que estuviera preparada para ser madre...

—No puedes abortar, Noah —le cortó Emilie.

—Lo sé, lo sé... —se adelantó a decir ella—. Por suerte, he recapacitado.

—Se acarició la tripa—. Más que nunca quiero tener este hijo.

—Estoy segura de que vas a ser una magnífica mamá —dijo Emilie.

—Y nosotros unos abuelos muy consentidores —apuntó Sam, ahora que ya se habían hecho a la idea de que su pequeña iba a hacerles abuelos.

Los días en Telluride se pasaron volando. A Noah le hubiera gustado alargar su estancia allí, pero tenía trabajo en Nueva York del que ocuparse y, además, tenía que reunirse con los clientes de Sandro que estaban interesados en su firma de ropa. Era una oportunidad que no podía dejar pasar.

Noah aprovechó para pasear por las calles del pueblo, hablar con su madre, ver las últimas cosas de madera que había tallado su padre y quedar con sus amigas de la infancia, con las que compartió risas y confidencias, y a las que

puso al día de su vida, aunque decidió omitir algunos detalles.

Una de sus amigas, Meg, tenía una hija de un año, y otra, Teresa, estaba embarazada de siete meses, y eso, extrañamente la animó a seguir adelante con el embarazo, si es que a esas alturas tenía alguna duda. Su madre tenía razón, no era una quinceañera, era una mujer hecha y derecha.

Tenía que actuar con más madurez que nunca y recuperar el control de una vida que había empezado a cambiar de rumbo en muchos sentidos.

Sacaría adelante a ese bebé, y lo haría sin la ayuda de Olivier. No le necesitaba.

CAPÍTULO 20

El sonido del teléfono hizo que Noah alzara la cabeza y dejara de coser el vestido que estaba confeccionando. Miró la pantalla del móvil.

El corazón le dio un vuelco cuando vio que era Olivier. Durante unos segundos dudó entre responder o no. Decidió que no, así que lo ignoró. O intentó ignorarlo, porque Olivier no dejaba de insistir. Tanto, que, aunque era la canción de *Roar* de Katy Perry, una de sus preferidas, se hizo molesta.

Finalmente, lo cogió, no sin antes inhalar una profunda bocanada de aire.

—Olivier, ¿qué quieres? —preguntó al descolgar.

—Tienes que venir a mi despacho —respondió él.

Escuchar su voz grave hizo que a Noah le recorriera un escalofrío por la espalda.

—No voy a ir a tu despacho —se negó, sujetando con fuerza el móvil.

Al otro lado de la línea se hizo un breve silencio.

—Tienes que venir a firmar la rescisión del contrato del local —dijo Olivier en tono autoritario.

—Pero...

—Nada de peros. Te estaré esperando a las ocho —atajó cortante, y colgó el teléfono sin darle tiempo a Noah a decir nada.

—¿Por qué tiene que ser siempre tan autoritario? ¿Por qué siempre tiene que estar dando órdenes? —se preguntó Noah, molesta.

Dejó el móvil sobre la mesa.

—No voy a ir —dijo.

Sé quedó pensando.

Si no iba, Olivier la buscaría incluso debajo de las piedras, o peor aún, se presentaría en el piso y montaría un escándalo. Olivier era capaz de eso y de más. Era un hombre muy impulsivo. Además, lo que tuviera que firmar para rescindir el acuerdo que tenían, debía dejarlo resuelto ya. En unas semanas se le empezaría a notar la tripa y no podría disimular que estaba embarazada.

—Si quiero evitar problemas, será mejor que vaya —dijo, cambiando de opinión.

Instintivamente se puso las manos sobre la tripa. Estaba más abultada, pero Olivier no se daría cuenta de que una nueva vida se desarrollaba en su interior.

Consultó el reloj de muñeca.

Eran las siete.

—Tengo que darme prisa o no llegaré a tiempo.

Dejó lo que estaba haciendo, se levantó de la silla y fue a la habitación. Se puso un pantalón vaquero, una camiseta blanca, unas zapatillas Converse, y sin mucho más adorno se marchó.

Olivier tamborileaba los dedos sobre la reluciente superficie de cristal de la mesa mientras, reconcomido por la impaciencia, esperaba en el despacho. Se preguntó si Noah finalmente se presentaría. La conocía. La conocía muy bien. Había posibilidades de que no fuese. Era una persona muy orgullosa y no estaba dispuesta a ceder a las primeras de cambio.

Unos nudillos tocaron la puerta, sacándolo de sus pensamientos. Dejó la mano en el aire.

—Adelante —dijo.

Karen apareció.

—La señorita Winter —anunció la secretaria.

Olivier asintió en silencio. Le había dado órdenes precisas de que la hiciera pasar directamente a su despacho. Karen se echó a un lado y cedió el paso a Noah, que entró con expresión seria en el rostro. El estómago se le encogió cuando oyó que la secretaria cerraba la puerta a su espalda y la dejaba a solas con Olivier.

Tenía una sensación extraña. Era la primera vez que lo veía desde que sabía que estaba embarazada, desde que sabía que iba a tener un hijo suyo.

—Buenos días —la saludó Olivier.

—Buenos días —dijo Noah en tono neutro mientras cruzaba el despacho. Se colocó de pie frente a la mesa y, aunque no se le notaba en absoluto la tripa, algo hizo que la ocultara detrás del bolso—. ¿Qué tengo que firmar? —preguntó de forma directa.

Trataba de mantener la compostura y las formas, pero le resultaba francamente difícil. Tenía los intensos ojos de Olivier clavados en ella, siguiendo cada uno de sus movimientos, y su magnánima presencia a solo unos metros. ¿Es que nunca iba a dejar de producir ese efecto en ella?

—Siéntate —dijo Olivier.

Noah alzó la mirada. ¿Por qué Olivier creía que solo con chasquear los dedos podría conseguir de ella lo que quisiera?

—Olivier, tengo prisa —apuntó.

—Noah, siéntate —repitió él, sin inmutarse.

Noah tuvo ganas de abofetearlo. Después de unos segundos en los que sopesó qué hacer, lanzó al aire un suspiro de resignación y se sentó.

Olivier sonrió para sí.

—¿Qué tal estás? —le preguntó.

—Bien, gracias —respondió escuetamente Noah.

Olivier se quedó mirándola unos segundos. Había algo diferente en ella. No sabía qué exactamente, pero parecía distinta.

O tal vez fuera su imaginación.

De pronto, Noah se sonrojó y parecía incómoda, y Olivier sospechó por qué.

—Sé lo que estás pensando... —dijo. Noah arrugó el ceño, confusa por su afirmación—. En la vez que te follé encima de esta mesa —se adelantó a decir.

Noah carraspeó, nerviosa. Se le había olvidado ese insólito don que poseía Olivier de leer su pensamiento como si fuera un libro abierto

—Olivier, déjate de jueguc... —comenzó, pero Olivier no la dejó continuar.

—Yo lo recuerdo cada día —le cortó con suavidad—. No hay un solo minuto en que no evoque tus gemidos, tus jadeos, el modo en que tus piernas se enroscaban alrededor de mi cintura...

—Olivier, no vayas por ahí —le advirtió Noah.

—¿Por qué?

—Porque me levantaré y me iré.

—¿Ya me has olvidado? —le preguntó directamente Olivier—. Yo a ti no. No podría en mil años, aunque quisiera —confesó.

La intensidad de su mirada provocó en Noah un fuerte estremecimiento que le recorrió la columna vertebral de arriba abajo.

CAPÍTULO 21

La conversación empezaba a tomar un rumbo peligroso. Noah no podía escuchar aquellas cosas, si no, no podría resistirse. Si Olivier notaba lo débil que era, estaría para siempre en sus manos.

Trató de recuperar el aplomo.

La única forma de salir ilesa de allí era marchándose.

—Será mejor que me vaya —dijo, incorporándose.

Olivier se apresuró a levantarse de la silla y rodeó la enorme mesa para impedir que se fuera.

—Espera, por favor —dijo, poniéndose delante de ella.

—No quiero seguir con esto... No... —Su voz fue perdiendo fuerza.

La vista se le nubló y sintió que el mundo giraba a su alrededor. El vacío se

hizo en su cerebro. Sabía que iba a desvanecerse y que no podía hacer nada para evitarlo.

Perdió el equilibrio y, aunque intentó agarrarse al respaldo de la silla para no caerse, no le dio tiempo. Todo se oscureció delante de su mirada azul.

—¡Noah! —gritó Olivier.

Olivier, que advirtió de inmediato que se estaba poniendo pálida, dio un par de zancadas y llegó a su lado. Con un movimiento tan rápido como ágil, la cogió casi al vuelo antes de que cayera al suelo.

—Noah... Noah... —la llamó.

Noah tenía los ojos cerrados, su cuerpo estaba lánguido entre los brazos de Olivier, que la tenía sujeta por la cintura, y unas gotas de sudor habían brotado en su frente de piel blanca.

Con cuidado, la sentó en la misma silla de la que acababa de levantarse.

—Respóndeme, Noah... Abre los ojos... Noah, abre los ojos —dijo, cada vez más alarmado.

Le enderezó la cabeza y le acarició el rostro.

—Noah... Noah... —siguió llamándola de forma incansable—. Pequeña...

Noah abrió los ojos débilmente, como si los párpados le pesaran mucho.

—¿Estás bien? —le preguntó Olivier con visible preocupación mientras le

acariciaba suavemente el rostro.

—Sí, no es nada... —murmuró Noah.

—¿Nada? —repitió Olivier—. Te has desmayado.

—Me he mareado un poco, pero ya se me ha pasado.

Intentó ponerse de pie, pero todavía no tenía muchas fuerzas.

—¿Dónde vas? —dijo Olivier.

—Estoy bien —insistió Noah.

Desde que estaba embarazada, estos mareos se habían vuelto algo habituales, aunque nunca había llegado a desmayarse.

—Nos vamos a urgencias —dijo Olivier.

Noah puso el grito en el cielo.

—¡¿Qué?! No, no... —se apresuró a negar—. Ya te he dicho que estoy bien. Seguro que es una bajada de tensión.

—Nos aseguraremos yendo a urgencias.

—No... No voy a ir.

Olivier se incorporó y cogió el móvil y las llaves del coche de encima de la mesa.

—Olivier... —Noah quería protestar al ver sus intenciones.

Él se giró hacia ella.

—Te voy a llevar a urgencias, lo quieras o no. Por las buenas o por las malas. Tú decides... —dijo con firmeza.

¿Qué podía hacer?, se preguntó Noah. ¿De qué forma podía escapar de aquella situación?

De ninguna. Olivier no la dejaría irse sin antes pasar por urgencias. No tenía elección.

Ya pensaría algo por el camino, se dijo, mientras suspiraba con resignación.

—¿Puedes andar? —le preguntó Olivier, al ver que finalmente había claudicado.

—Sí —respondió Noah.

Sin embargo, al levantarse, trastabilló ligeramente. Olivier se acercó y la sujetó por la cintura. Al instante, notó que Noah se ponía tensa.

—Apóyate en mí —dijo.

Noah intentó relajarse. Solo tenía que respirar profundamente y concentrarse en poner un pie delante de otro, pero el suelo parecía no querer quedarse quieto bajo sus pies.

Y luego estaban los brazos de Olivier rodeando su cintura... y que no

contribuían a que desapareciera el mareo, por el contrario, la turbaban más.

Hizo un esfuerzo por contener las náuseas que estaba empezando a sentir.

CAPÍTULO 22

—¿Está bien, señorita Winter? —preguntó Karen cuando vio que Olivier la sujetaba.

Noah alzó la mirada hacia ella.

—Sí, es que me he mareado un poco —respondió.

Olivier siguió caminando en dirección a los ascensores. Noah se olvidó de las náuseas al sentir el movimiento de los músculos de Olivier mientras atravesaban la recepción. Su cuerpo fuerte y atlético y el calor que desprendía su piel la estaban haciendo perder la cabeza.

Helen apareció antes de que subieran en el ascensor.

—¿Qué ocurre? —preguntó extrañada ante la escena que tenía delante.

—Noah se ha desmayado —dijo en esa ocasión Olivier.

Helen abrió mucho los ojos.

—Cariño, ¿estás bien? —le preguntó a Noah con un viso de alarma en la voz.

—Sí, sí..., seguro que ha sido una bajada de tensión —dijo Noah, en un tono que pretendía restar importancia.

—Voy a llevarla a urgencias —anunció Olivier.

Estiró la mano y llamó al ascensor.

—Sí, es lo mejor —asintió Helen—. Llamadme en cuanto sepáis algo, por favor —pidió.

Las puertas metálicas del ascensor se abrieron. Olivier se apartó y cedió el paso a Noah para que entrara.

—¿Puedes sola? —le preguntó.

—Sí —dijo Noah.

—No te preocupes, te llamaré —le dijo Olivier a su hermana. Después se metió en el cubículo.

Helen miró a Noah y le ofreció una sonrisa. Ella le devolvió el gesto.

Ya en el interior del ascensor, Olivier sacó el teléfono de la chaqueta, marcó el número de su chófer y se lo puso en la oreja.

—Dígame, señor Brooks.

—Jake, déjame el coche en la puerta.

—¿Ocurre algo, señor? —preguntó el hombre, que había captado la urgencia de sus palabras.

—Noah se ha desmayado y voy a llevarla a urgencias.

—Pero ¿está consciente?

—Sí, pero quiero asegurarme de que todo está bien.

—Bien, señor. Ahora mismo le dejo el coche en la puerta —dijo Jake.

Olivier colgó y devolvió el móvil al bolsillo interior de su chaqueta. Miró a Noah, recostada en la pared espejada del fondo.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó.

—Sí —contestó Noah.

—Sigues estando muy pálida —comentó Olivier.

Alargó la mano y sin dejar de mirarla le acarició dulcemente la mejilla. Noah bajó la cabeza para dejar de mirarlo a los ojos. Si no lo hacía, sería incapaz de mantener la distancia. Su profunda mirada la debilitaba, la atraía a él como un imán. Era como un pozo de aguas insondables y, si caía, no volvería a salir de él.

En esos momentos se abrió el ascensor. Algo que Noah agradeció. Estaba claro que la cercanía de Olivier no le era inmune.

—Olivier, ¿por qué no me llevas a casa? Ya estoy bien —dijo Noah, antes de montar en el coche.

Olivier negó con la cabeza.

—No, señorita. Nos vamos a urgencias —dijo—. Sube.

Olivier sabía que Noah había erigido una barrera a su alrededor para protegerse, pero él estaba dispuesto a derribarla.

«Mierda».

Noah maldijo por dentro.

¿Cómo iba a salir de esa? ¿Cómo?

Abrió la puerta del Bentley y se subió en él. ¿Por qué tenía que haberse desmayado justo en el despacho de Olivier? ¿Por qué no antes o después? ¿Por qué no en casa, donde pasaba la mayor parte de las horas? ¿Por qué tenía que haber sido precisamente en su despacho? ¿Era una jugarreta del destino?

—Me has dado un buen susto —dijo Olivier, mientras se integraba al denso tráfico de Park Avenue.

—Lo siento —dijo Noah.

—¿Te pasa muy a menudo?

«Desde que estoy embarazada, sí», se respondió para sí. Pero eso era mejor

no decirlo en alto.

—Sí, bueno... suelo tener la tensión baja y con el calor... —se excusó.

—Tienes que cuidarte, Noah —dijo Olivier en tono paternal.

Ella se mordió los labios, nerviosa, y se limitó a guardar silencio.

CAPÍTULO 23

El médico quitó el tensiómetro del brazo de Noah.

—Tienes la tensión muy baja —dijo—. Es posible que esa haya sido la causa del desvanecimiento.

Noah respiró aliviada. Miró a Olivier.

—Te lo he dicho, que se trataba de una bajada de tensión —le dijo.

—Doctor, ¿podrían hacerle unos análisis para ver que todo está bien? —preguntó Olivier.

—Sí, por supuesto.

—No es necesario, de verdad —se adelantó a decir Noah, que no quería hacerse análisis por nada del mundo.

—Doctor, por favor —dijo Olivier, obviando el comentario de Noah.

—Olivier, de verdad, no es necesario —repitió ella.

Él miró al médico, que asintió y salió de la sala en la que se encontraban. Olivier se volvió hacia Noah.

—¿Estás comiendo bien? —le preguntó suspicaz—. Has adelgazado.

—Sí, Olivier, estoy comiendo bien —respondió Noah.

Pero no era del todo cierto. Desde que estaba embarazada las náuseas apenas le permitían probar bocado. Y lo poco que comía, a veces terminaba vomitándolo.

—¿Te acuerdas de la última vez que has comido?

—Olivier, deja de exagerar.

—Pobre de ti como me entere de que no estás comiendo bien —dijo él

—¿Qué vas a hacer si no estoy comiendo bien? —dijo Noah en tono desafiante.

Olivier entornó los ojos.

—Desde hace un tiempo te estás ganando unos buenos azotes —dijo—. Si me entero de que no estás alimentándote bien, te los daré.

La voz ronca y seria de Olivier provocó una vibración por todo el cuerpo de Noah. Notó que sus mejillas se encendían de golpe cuando esas palabras avivaron su imaginación. Seguro que Olivier se había dado cuenta. Y pensar

eso le hacía sentirse expuesta y vulnerable.

El sonido de la puerta abriéndose, llamó su atención.

Una enfermera entró en la sala con una bandeja de metal cargada con unos botes de cristal, jeringuillas y todo lo necesario para la extracción de sangre.

—¿Quieres que te agarre la mano mientras te pinchan? —bromeó Olivier.

Noah puso los ojos en blanco. Miró a la enfermera.

—¿Podría ponerle un trozo de esparadrapo en la boca? —le dijo.

La enfermera sonrió y Olivier dejó escapar una risilla.

—Los resultados estarán en un rato —informó la chica a ambos cuando terminó.

Era lo bueno que tenía la sanidad privada, que los resultados estaban casi de inmediato, ironizó Noah. Nada de esperas.

—Gracias —dijo, sujetándose el algodón allí donde le había pinchado la enfermera.

Cuando la mujer se fue, Olivier dijo:

—Voy a por un café a la máquina, ¿quieres que te traiga algo?

—Una botella de agua, por favor —le pidió Noah.

—Vuelvo en un par de minutos —dijo Olivier. Se dio la vuelta y salió de la sala.

Noah resopló agobiada cuando su sobria figura desapareció tras la puerta.

No dejaba de pensar en qué pasaría cuando el médico le diera los resultados. Había tratado de evitar por todos los medios llegar a ese punto, pero no había podido hacer nada. Olivier era demasiado obstinado, y ahora su secreto iba a descubrirse. Iba a saber que lo que había habido entre ellos iba a tener una duradera consecuencia.

Los nervios empezaron a hacerse presa de ella.

—Noah... Noah... —La voz de Olivier le devolvió a la realidad.

Noah pestañeó y alzó la mirada. Olivier estaba delante de ella. En la mano extendida tenía una botella de agua.

—Tu agua —dijo.

Noah la cogió.

—Gracias.

Desenroscó el tapón, se llevó la botella a la boca y dio un trago. Consultó el reloj de muñeca. ¿Eran imaginaciones suyas o el tiempo trascurría con demasiada rapidez?

Después de un rato indeterminado, el médico entró en la sala.

—Doctor, ¿está todo bien? —se adelantó a preguntar Olivier, que parecía impaciente.

El médico sonrió brevemente.

—Sí, todo está bien. De hecho, tengo que darles la enhorabuena —
continuó el médico.

Olivier frunció el ceño, confuso, y Noah contrajo los labios.

—Enhorabuena, ¿por qué? —preguntó él.

—Van a ser padres —respondió el médico—. Felicidades, señorita Winter,
está embarazada.

—¿Qué? —masculló Olivier.

Miraba al hombre con bata blanca perplejo, convencido de que había oído
mal.

—Enhorabuena —dijo de nuevo el médico, y salió de la sala, dejándolos a
solas.

Noah esperó la reacción de Olivier conteniendo la respiración.

CAPÍTULO 24

Noah tragó saliva al ver como Olivier giraba de golpe la cabeza hacia ella. Respiró hondo y se armó de valor para enfrentarse a la expresión de su rostro.

Olivier guardó silencio mientras observaba que no había sorpresa en la cara de Noah, ni tampoco asombro. Entonces, como si su cerebro trabajase a cámara lenta, concluyó que no era una noticia nueva para ella; que ya lo sabía. ¡Claro! Por eso su insistencia para no ir a urgencias, su negativa a hacerse los análisis...

—¿Estás embarazada? —le preguntó con perturbadora tranquilidad.

—Sí —respondió ella.

—¿Cómo ha podido pasar? Siempre hemos utilizado preservativo.

—El preservativo tiene una efectividad del 98%. A veces falla.

—98% de efectividad... —repitió Olivier con los dientes apretados. No sabía si estaba más enfadado con Noah o con él mismo—. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde... Desde hace tres semanas.

Noah estaba pálida, pero miraba a Olivier directamente a los ojos. Observó que un músculo se movió en su marcada mandíbula mientras su mirada oscura la evaluaba críticamente.

—¿Lo sabías y no me lo dijiste? —dijo irritado. El corazón le latía con tanta fuerza que casi lo ensordecía—. ¿En qué cojones estabas pensando? —la reprendió con severidad. Pero no le dejó responder—. Tenías que habérmelo dicho. Tenemos que hacer algo...

No podía tener un hijo. No podía ser padre. La idea resultaba tan abrumadora que los pensamientos se agolpaban en su cabeza sin orden ni concierto.

—¿Algo? —repitió Noah con cautela.

—No estamos preparados para ser padres —atajó Olivier.

Noah sintió una punzada de decepción. Olivier estaba hablando de abortar. ¿Qué otra cosa iba a esperar? ¿Acaso creía que se iba a mostrar entusiasmado ante la perspectiva de tener un hijo? No podía reprocharle nada. Ella misma lo había pensado cuando había recibido la noticia. Pero después la idea le

había parecido una completa locura.

—No tienes ninguna obligación de hacerte cargo, no te preocupes —dijo.

La expresión de Olivier adquirió un viso de exasperación. Levantó el rostro y fulminó a Noah con los ojos. Un destello acerado brilló en su profunda mirada. Ella se estremeció.

—¿Qué?! —Trató de controlarse, pero a duras penas lo conseguía—. Noah, ¿es que no te das cuenta? No es cuestión de hacerme cargo o no, es cuestión de que no estoy preparado para tener un hijo. ¡No quiero tener un hijo, joder!

Noah sintió como si mil cuchillos le desgarraran el alma.

—Ya te he dicho que no tienes ninguna obligación de hacerte cargo de él —repitió—. Le voy a criar sola.

—Sola... —masculló Olivier con una sonrisa amarga en los labios.

Se dio la vuelta bruscamente y, frente a la ventana, se mesó el pelo con la mano. En su cara había una mezcla de impotencia y conmoción. Un torrente de emociones indeseadas lo asaltó, llevándolo a un pasado que había tratado de enterrar y olvidar.

—No quiero que lo tengas —aseveró. Su voz era extremadamente seria y fría.

Los ojos de Noah se llenaron de lágrimas. Olivier siempre tenía el control,

siempre tenía que llevar las riendas de la situación, y ahora no iba a cambiar. Pero no se lo iba a permitir.

—Me da igual lo que quieras o no, Olivier —se atrevió a decir, conteniendo el nudo que tenía en la garganta—. Voy a tenerlo con tu permiso o sin él.

Olivier soltó un puñetazo a la pared. Su férreo control estaba empezando a desbaratarse.

Noah ya había escuchado y visto suficiente. Se bajó de la camilla y cogió el bolso del respaldo de la silla. Olivier vio su reflejo en el cristal. Se giró hacia ella.

—¿Dónde vas? —rugió.

—A casa.

—No hemos terminado de hablar.

Noah alzó el rostro.

—Sí, sí hemos terminado de hablar —atajó cortante, con los ojos húmedos por las lágrimas—. Tú quieres que aborte y yo no lo voy a hacer. Asunto zanjado.

Olivier dio un paso hacia adelante.

—Esto no solo te concierne a ti, Noah —dijo, apuntándola con el dedo

índice.

—Ni a ti, por eso no voy a hacer lo que tú quieras. Esta vez las cosas no se van a hacer a tu manera.

Noah se dio media vuelta y echó a andar, pero antes de salir, Olivier la sujetó por el brazo. Noah volvió el rostro hacia él, encarándolo. La rabia latía en sus ojos azules.

—¡Lárgate de mi vida, Olivier! ¡Lárgate para siempre! —le gritó.

Una enfermera abrió la puerta.

—¿Está todo bien? —les preguntó, al oír las voces desde el pasillo.

Noah se giró hacia ella y adoptó una expresión serena.

—Sí, perfectamente —dijo. No quería crear alarma.

Aprovechando la interrupción, se zafó de la mano de Olivier y salió de la sala.

—¡Noah! —la llamó él.

Pero ella lo ignoró.

Olivier bufó de frustración cuando vio que se alejaba sin ni siquiera girarse. Cerró los ojos y respiró hondo tratando de contener las ganas de salir corriendo detrás de ella.

Apretó los puños.

CAPÍTULO 25

Noah salió de la clínica a la carrera. Bajó los escalones de piedra de la entrada y se detuvo frente a la puerta. Inhaló una profunda bocanada de aire.

Se tocó la tripa.

Y sintió un enorme dolor en el corazón. Un dolor que se lo partía por la mitad.

Olivier no quería a ese hijo. No lo quería.

En su caso no era fruto de la ofuscación del momento, o de la conmoción de la noticia, como había ocurrido con ella, jamás lo querría porque era un hombre incapaz de amar. Era frío, duro, manipulador... Jamás podría dar a un niño el amor que necesitan.

Alzó la mirada y ahogó un gemido de angustia.

¿Dónde se había metido? ¿Por qué Dios o el destino había querido que se quedara embarazada de un hombre como Olivier Brooks? ¿Por qué?

Miró hacia atrás. Tenía que irse de allí. Si Olivier salía del hospital volverían a discutir. Avanzó unos pasos hasta la acera y levantó la mano para detener a un taxi que casualmente se acercaba. Por suerte para ella el coche paró a su lado. Respiró aliviada cuando el conductor le dijo que estaba libre. Se subió rápidamente a él y se alejó del lugar.

Olivier salió del hospital turbado.

Noah estaba embarazada.

Embarazada.

Se fue al coche, se subió en él y allí se quedó un rato, con la cabeza apoyada en el respaldo, dejando que los minutos pasaran, y con ellos la vida.

El timbre sonó.

Helen terminó de dar un trago a la copa de vino que tenía en la mano, la dejó sobre la mesa y se dirigió a la puerta.

Abrió.

—Olivier... —dijo, ligeramente sorprendida de verlo allí—. He estado llamándote. Me tenéis preocupada —le reprochó. Él no dijo nada—. ¿Qué sabes de Noah? ¿Está bien? —preguntó impaciente.

—Sí —respondió únicamente Olivier.

Helen notó que algo no iba bien.

—Pasa —dijo, haciéndose a un lado.

Olivier entró, Helen cerró la puerta a su espalda y ambos fueron al salón.

—¿Qué le han dicho a Noah? ¿A qué se ha debido el desmayo?

—Está embarazada —soltó Olivier al fin.

Helen enarcó las cejas.

¿Embarazada? ¿Noah embarazada? Algo se removió en su interior.

—Pero...

—Yo no quiero ser padre, Helen —se adelantó a decir Olivier antes de que su hermana hablara—. No estoy preparado para ser padre.

—Olivier, no digas eso.

—Sé que suena terrible, pero es la verdad. No quiero tener un hijo. No

quiero tener hijos nunca.

—¿Por qué? —preguntó Helen.

—¡Porque no! —espetó Olivier, paseándose arriba y abajo por el salón.

Siempre se había caracterizado por no perder la calma fácilmente y por ser un hombre extraordinariamente racional, pero en esos momentos estaba fuera de control. Y era algo que detestaba.

—Un hijo necesita... —súbitamente se calló, apretando los labios—... necesita cosas que yo nunca podría darle.

Y pensar en eso le llenaba de desesperación.

—Olivier, escúchame —pidió Helen—. Quizá la idea de ser padre te aterra ahora, es normal. Traer un hijo al mundo es una responsabilidad enorme, pero estoy segura de que podrás hacerlo, de que serás un buen padre.

Olivier miró a Helen y sonrió irónicamente.

—No entiendes nada, Helen —afirmó.

—Entonces, explícamelo, Olivier. Explícamelo para que lo entienda.

Pero Olivier guardó silencio. No quería hacer una sesión de psicología ni hablar del pasado. Mucho menos hablar del pasado.

Helen comprendió el mensaje sin palabras de su hermano. Asintió para sí con una ligera inclinación de cabeza.

—¿Qué le has dicho a Noah? —preguntó.

—Que no quiero tenerlo.

Helen cerró los ojos unos instantes, imaginándose el dolor que había tenido que sentir Noah al oír eso de Olivier. Intuía la respuesta, pero aún todo, hizo la pregunta.

—¿Y qué quiere hacer ella?

—Ella quiere tenerlo, incluso me ha dicho que no es necesario que me haga cargo, que lo va a criar sola.

—Olivier, por favor... —suplicó Helen, tocándole el brazo—..., tienes que recapacitar. Ese hijo también es tuyo.

Olivier se giró hacia ella.

—Por eso mismo, porque también es mío, Noah no puede tomar una decisión sola. No me puede apartar como si yo no formara parte.

—No puedes obligarla a abortar —dijo Helen, escandalizada.

—¡No voy a obligarla a abortar, Helen! —exclamó. Miró a su hermana con intención—. Pero tengo que convencerla para que no siga adelante. No es una buena idea.

Helen intuyó por donde iba Olivier.

—No cuentes conmigo —se apresuró a decir.

—Helen...

—¡No, Olivier, no! No voy a convencer a Noah para que... ¡Oh, Dios!, solo pensarlo me pone los pelos de punta.

—¿No te das cuenta de que no es una buena idea?

—De lo único que me doy cuenta es de que tienes que enfrentarte a lo que sea que ocurriera en el pasado. De otro modo, jamás conseguirás cambiar — aseveró Helen.

—Yo no quiero cambiar —dijo Olivier.

Helen negó para sí.

¿Cuánto dolor tenía su hermano guardado dentro? ¿Cuánto sufrimiento? ¿Por qué había creado aquel pesado muro a su alrededor para no permitirse sentir?, ¿amar?, ¿tener emociones?

—Olivier...

—No tenía que haber venido —le cortó él.

Se giró bruscamente y enfiló los pasos hacia la puerta.

—Olivier, espera —dijo Helen.

Pero Olivier no le hizo caso. Helen se quedó oyendo como el sonido de sus pasos iba desvaneciéndose poco a poco por el pasillo hasta que escuchó el sonido de la puerta cerrarse con un ruido seco.

CAPÍTULO 26

Noah iba por la calle con dos bolsas del supermercado que contenían la compra semanal.

—¡Noah! —La voz de Helen le hizo girar el rostro.

—Helen —dijo, cuando esta la alcanzó.

Ambas se detuvieron en medio de la acera.

—Hola —la saludó Helen, con dos besos en las mejillas.

—Hola —correspondió Noah.

—Deja que te ayude, cariño —dijo Helen, cogiéndole una de las bolsas.

—No es necesario —apuntó Noah, aunque accedió a que la ayudara.

—Ahora no conviene que cojas peso —dijo Helen en tono cómplice.

Noah echó a andar.

—Veo que ya sabes la *buena nueva* —dijo.

—Sí —afirmó Helen—. Olivier me lo ha contado.

—Si has venido a convencerme para que aborte, puedes... —comenzó en tono defensivo.

—¡No, no, no! —negó reiteradamente Helen—. No he venido a eso. He venido a preguntarte qué tal estás...

Noah dejó escapar un suspiro. Tenía que relajarse.

—Lo siento, Helen, no quería ser insolente —se disculpó por su anterior comentario.

—Tranquila, no te preocupes —dijo ella.

Cuando llegaron a la puerta del edificio, Noah dijo:

—¿Subes y te invito a un café?

—Sí, claro.

—Puedes dejar la bolsa en la mesa —indicó Noah. Helen hizo lo que le dijo—. Gracias.

—De nada. ¿Qué tal estás? —le preguntó Helen mientras Noah preparaba el café.

—Bien —contestó.

Helen buscó su mirada.

—Noah, ¿estás bien de verdad?

Noah se encogió de hombros.

—No sé, Helen... —comenzó, cogiendo dos tazas de un armario y dejándolas sobre una bandeja—. Tengo sentimientos encontrados. Por un lado, estoy feliz. Pero por otro, sé que las circunstancias no son las más propicias para tener un hijo.

—No hagas caso a mi hermano —dijo Helen.

—No voy a hacerle caso. No... No voy a abortar —aseveró Noah en tono apesadumbrado.

—Ven, siéntate —dijo Helen.

Noah dejó de preparar las tazas para el café, retiró la silla y tomó asiento frente a ella. Helen le aferró las manos y se las acarició cariñosamente, como si en esos momentos fuese su madre.

—Siempre vas a contar conmigo. Yo te apoyo, y te apoyaré hasta el final. A ese bebé no le va a faltar de nada. ¿Me has oído bien? De nada.

Noah inclinó la cabeza en silencio.

—Gracias. Gracias de corazón —le agradeció en un hilo de voz. No quería llorar, pero los ojos se le anegaron de lágrimas—. Lo siento —se disculpó, apresurándose a enjugarse las mejillas con los dedos—. Últimamente con la revolución de hormonas que tengo, tan pronto río como lloro.

Helen se levantó y la abrazó.

—No te preocupes por nada, cariño. Todo va a ir bien —la consoló.

Noah cogió una servilleta de papel y se limpió la nariz.

—Eres un amor, Helen —dijo, agradecida verdaderamente por poder contar con ella.

—¡No sabes la ilusión que me hace ser tía! —exclamó Helen para animarla—. Estoy loca por serlo. ¡Loca! Le voy a comprar de todo, le voy a dar todos los caprichos y le voy a consentir como nunca han consentido a un niño...

Noah se echó a reír.

—Ay, Dios, lo vas a malcriar —dijo entre lágrimas.

—Por supuesto —rio Helen—. Va a ser el niño o niña de mis ojos.

Después de decir esas palabras, se hizo un breve silencio entre ellas.

—Noah, estoy segura de que mi hermano va a recapacitar. Solo necesita tiempo —dijo Helen.

Noah chasqueó la lengua.

—Yo no soy tan optimista como tú —dijo con franqueza—. Olivier... —
Dejó caer los hombros—. Olivier no está preparado para ser padre y,
sinceramente, no creo que lo esté nunca. Él... Bueno, ya sabes cómo es...

—Pero la gente cambia, Noah —la alentó Helen.

—No, Helen, la gente no cambia, y si cambia, siempre es a peor. —Noah
hizo una breve pausa—. No tenía pensado decírselo —dijo—. Se ha enterado
por los análisis que me han hecho en urgencias.

La expresión de Helen mutó, adquiriendo un semblante de extrañeza.

—Pero Noah... —comenzó con un pequeño viso de reproche en la voz—.
¿Por qué? ¿Por qué no ibas a decírselo?

—Porque no quería tener ningún vínculo que me atara a él. Olivier y yo no
somos compatibles... No...

—Pero es injusto —objetó Helen, interrumpiéndola—. Es el padre.

—Hay muchas cosas que son injustas —dijo Noah.

—Por favor, dale una oportunidad.

Noah esbozó una sonrisa breve y amarga.

—No soy yo quien se la tiene que dar, Helen. Es él mismo quien se la tiene
que dar, quien se tiene que permitir cambiar. Yo no puedo hacer nada.

—Pero quizá el bebé que llevas dentro sí —afirmó Helen, que no estaba dispuesta a perder la esperanza.

CAPÍTULO 27

Noah se despertó con náuseas. Medio dormida, se había levantado, había ido al baño y había vomitado. Ese era el ritual matutino de casi todos los días.

Pero tenía que reponerse, en un par de horas iba a reunirse con los clientes con los que no había podido quedar cuando se había ido a ver a sus padres a Telluride. Aunque tenían una agenda bastante ocupada, finalmente habían podido hacer un hueco para reunirse aquella mañana, así que tenía que acudir como fuese.

Sin apenas desayunar, pues tenía el estómago cerrado, se duchó. Frente al espejo del dormitorio, se vistió, eligiendo para aquella ocasión una falda estilo pin up y una camisa blanca, y salió de casa dispuesta a convencer a aquellos empresarios de que su firma de ropa tenía futuro.

El lugar escogido fue una de las salas de reuniones de la empresa de Sandro.

—¿Nerviosa? —le preguntó Sandro a Noah al llegar.

—Un poco —reconoció ella.

Sandro le pasó la mano por el brazo.

—Tranquila, es gente muy profesional y agradable —le dijo—. No vas a tener ningún problema con ellos.

Noah sonrió.

—¿Vas a estar tú? —preguntó.

—No, ellos quieren hablar contigo —respondió Sandro—. Yo lo único que haría sería estorbar.

Noah lo entendió. La presencia de Sandro en la reunión la haría quedar como una niñita que necesita el respaldo de un adulto para resolver sus problemas, y no era el caso, ya que ella se sabía defender sola. Le alegraba comprobar que Sandro confiaba en ella.

—Suerte —le deseó él antes de entrar en la sala, guiñándole un ojo.

—Gracias —dijo Noah.

—Buenos días, señorita Winter. Soy Adam Thorne. Encantado de conocerla —dijo un hombre de mediana edad, moreno, con barba y buena planta, ofreciéndole la mano.

Noah estiró el brazo y se la estrechó.

—Encantada —dijo.

Miró a la persona que estaba al lado de Adam. Una mujer morena, con el pelo largo liso y unos ojos de color verde.

—Erica González —se presentó con un suave acento español y una sonrisa cordial.

—Noah Winter.

—Encantada, Noah.

—Igualmente.

Ambas se estrecharon la mano.

—¿Nos sentamos? —planteó Adam, una vez echas las presentaciones.

Noah afirmó con una leve inclinación de cabeza.

Los tres se dirigieron a la mesa oval situada en el centro de la sala y se acomodaron a su alrededor.

—Teníamos muchas ganas de hablar con usted, señorita Winter —

comenzó Adam.

—Y yo con ustedes, señor Thorne.

—Espero que lleguemos a un acuerdo para que pueda hacernos una colección de vestidos de novia para nuestra tienda.

—Nada me complacería más.

A medida que se desarrollaba la reunión, Noah empezó a sentirse mal. Tenía el estómago muy revuelto y las náuseas estaban haciendo otra vez de las suyas. Trataba de mantener la atención, pero le resultaba imposible. En un determinado momento, incapaz de controlar las arcadas, se llevó la mano a la boca, se levantó y corrió hacia la puerta de la sala ante el desconcierto de Adam y Erica.

—Discúlpeme un minuto, por favor —le dio tiempo a balbucear antes de salir.

Cerró la puerta tras de sí y corrió por el pasillo en busca del servicio.

Cuando entró, se metió en uno de los cubículos e inclinándose sobre el wáter, rompió a vomitar. Después de echar lo poco que había desayunado, se enderezó y tiró de la cadena.

Apoyó la mano en la pared y respiró hondo, intentando que remitiera el pequeño mareo. Después de unos segundos, salió a la zona de los lavabos, dio el grifo, metió las manos debajo del chorro de agua y se refrescó la nuca.

Alzó los ojos y se miró en el espejo.

No era su mejor día, desde luego.

Estaba pálida y tenía expresión de cansancio. Volvió a inhalar una profunda bocanada de aire. ¿Qué habrían pensado Adam y Erica de ella al verla salir de la sala de aquella forma tan precipitada?

—Dios mío... —masculló.

La puerta del servicio se abrió. Sandro asomó la cabeza con cautela. Al comprobar que el servicio estaba vacío, entró.

—Noah, ¿estás bien? —le preguntó, preocupado—. Te he visto salir corriendo de la sala de juntas...

—Sí, estoy bien —respondió ella, mirándolo a través del espejo.

Cerró el grifo, se dio media vuelta hacia él y apoyó la cabeza en la pared.

—¿Te has sentido algo mal? ¿Has comido algo en mal estado? —dijo Sandro.

Noah negó.

—No, no he comido nada en mal estado.

Quizá era el momento de decirle a Sandro que estaba embarazada. ¿Hasta cuándo iba a poder ocultarlo? No mucho, la tripa iba a empezar a crecerle en nada. Además, Sandro era un hombre muy discreto.

—Estoy embarazada —dijo sin andar con rodeos.

Sandro la miró con cierto asombro en los ojos verdes. Vaciló y arqueó una ceja.

—Oh, vaya... —murmuró, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

—De ahí las náuseas y los vómitos —explicó Noah.

—Ya —repuso Sandro—. Enhorabuena —dijo un poco indeciso.

Noah sonrió.

—Para mí también ha sido una sorpresa —aclaró.

—Entiendo. —Sandro guardó silencio unos segundos antes de decir—: No quiero ser indiscreto, pero ¿el padre es ese amigo tuyo...? ¿Todd?

«¿Por qué todo el mundo piensa que el padre es Todd?», se preguntó Noah.

—No —negó—. Todd es solo un amigo. —Hizo una pequeña pausa—. Tengo que volver a la reunión. He salido disparada de la sala y se estarán preguntando qué me pasaba.

—¿Ya te has recuperado? —se preocupó Sandro.

—Sí, ya he dejado el desayuno en el wáter —bromeó Noah, apartándose unos mechones de pelo del rostro.

—Bien, si necesitas algo, me lo dices —dijo Sandro.

—Gracias.

En esos momentos entró una chica en el servicio. Era una de las empleadas del departamento de marketing.

—Buenos días, señor Santoro —lo saludó, algo extrañada de verlo en el servicio de mujeres.

—Buenos días —respondió él.

La chica se metió en uno de los cubículos.

—Será mejor que salga —se apresuró a decir Sandro.

—Vale —asintió Noah.

Sandro se giró y salió del servicio. Noah resopló.

CAPÍTULO 28

Olivier se quitó la chaqueta y la dejó en una silla. Se desanudó la corbata y la lanzó encima de la chaqueta. Necesitaba aire.

Se dirigió a la licorera con pasos amplios, cogió la botella del whisky más caro que tenía y se llenó medio vaso. Se dio la vuelta y se sentó en el sillón que estaba al lado de las enormes cristaleras.

El salón estaba embebido en una semipenumbra que apenas dejaba intuir el contorno de su esbelta silueta. El perfil de su rostro, iluminado tímidamente por el plateado resplandor de la luna, mostraba una expresión adusta y pensativa.

Se llevó el vaso a los labios y dio un sorbo.

Noah estaba embarazada. Iba a ser padre. ¿Cómo había sucedido? Siempre

había tenido especial cuidado con esas cosas, por eso nunca dejaba de utilizar preservativo.

Él no estaba preparado para ser padre; no deseaba serlo. ¿Sería capaz de amar a un niño? ¿A su hijo? ¿Estaba listo para asumir semejante reto?

Negó rotundamente con la cabeza.

—No —murmuró al aire.

Aquella situación imprevista lo enfadó. Lo que menos esperaba es que Noah se quedara embarazada. Se sentía sobrepasado por las circunstancias y eso lo encolerizó todavía más. Perdía el control sobre las cosas. Lo perdía...

Chasqueó la lengua.

La solución era sencilla y rápida, pero Noah estaba dispuesta a seguir adelante y, conociéndola, dudaba mucho que pudiera convencerla de lo contrario. Era jodidamente terca, como una mula.

Dio otro trago de whisky y contrajo las mandíbulas con fuerza.

Quizá la solución que le había propuesto a Noah era una monstruosidad. Quizá no desear ese hijo lo convertía en un monstruo. Pero es lo que era. Un monstruo.

Eso era en lo que se había transformado con el paso de los años.

Entornó los ojos y los fijó en el negro horizonte. La Gran Manzana

palpitaba bajo el azul oscuro de la noche.

Olivier alzó los ojos y miró hacia la ventana. La luz del salón estaba encendida pese a que ya era tarde.

Siguiendo un impulso, había salido de casa, había cogido el coche y se había plantado debajo del piso de Noah. Su Bentley se encontraba aparcado en la acera de enfrente, desde donde podía ver sin problemas.

Noah se acercó a la ventana y descorrió las cortinas.

Olivier la vio observar la calle y acariciarse los brazos lentamente. No distinguía la expresión de su rostro, pero parecía pensativa.

Una sombra de deseo envolvió sus ojos oscuros. Se moría de ganas de follarla. Lo necesitaba. A diferencia de lo que le ocurría antes, no necesitaba follar por follar; necesitaba follar con ella. Solo con ella.

Hasta su mente acudieron fogonazos de imágenes de las veces que lo habían hecho antes. Su cabeza se llenó de jadeos, de suspiros sofocados, de orgasmos... Su polla se sacudió.

Ahogó un gemido.

¿Por qué diablos no podía controlarse? ¿Por qué Noah tenía aquel efecto tan bestia en él? ¿Qué le había dado? ¿Acaso le había hechizado?

Sus labios formaron una línea sombría.

—Noah, Noah, Noah... —gruñó impotente.

Apartó aquellas imágenes de su mente y endureció la expresión del rostro.

En ese momento Noah volvió a correr las cortinas y se dio media vuelta, ajena a que Olivier la observaba a solo unos metros. La silueta de su sombra se desvaneció.

Poco después, la luz del salón se apagó. Solo cuando Olivier se aseguró de que Noah se había ido a dormir, puso en marcha el coche y se fue.

CAPÍTULO 29

Noah se quedó petrificada cuando abrió la puerta. Olivier estaba al otro lado del umbral con una carpeta de solapas marrones en la mano.

—Hola —la saludó él.

—Hola —dijo Noah.

—¿Qué tal estás? —preguntó Olivier.

—Bien, gracias —respondió Noah con voz fría.

Aunque no era esa la impresión que daba. Estaba pálida, parecía cansada, y unas incipientes ojeras de color violeta teñían la piel de los ojos.

—¿Puedo pasar? —dijo Olivier.

Noah reflexionó unos instantes antes de responder.

—No quiero discutir —le advirtió.

—No he venido a discutir —atajó Olivier—. He venido a traerte el contrato de rescisión del local. El otro día, con el desmayo y los líos de urgencias, no lo firmaste. No quiero que tengas ningún problema legal.

Noah miró la carpeta.

—Pasa —dijo, echándose a un lado para cederle el paso.

Olivier entró y Noah lo guio hasta el salón. Cuando llegaron a la estancia, Olivier le dio la carpeta.

—Firma todas las hojas, por favor —le indicó.

Noah sacó el contrato de la carpeta y lo apoyó sobre la mesa. Cogió un bolígrafo y firmó todas y cada una de las páginas que lo componían. Lo metió de nuevo en la carpeta y se la devolvió a Olivier.

—Aquí tienes —dijo en tono neutral.

Olivier tomó la carpeta. Noah esperó vanamente que se diera la vuelta y se fuera, pero él no se movió.

—Noah, no solo he venido para que firmes el contrato —comenzó.

—¿Y a qué más has venido? —preguntó ella, tratando de mantenerse dura. Tenía que ser fuerte y no dejar que la presencia de Olivier la afectara.

—No voy a desentenderme de ese niño —dijo Olivier.

Los azules ojos de Noah se iluminaron. Un rayo de esperanza se encendió en su interior, como la pequeña llama de una vela. ¿Olivier había recapacitado? ¿Iba a aceptar al bebé? ¿Iba a aceptar ser padre? ¿Se habría obrado el milagro?

«Oh, Dios mío...».

—Olivier... —dijo en un hilo de voz.

—Fijaremos una paga generosa que te pasaré mensualmente para que cubra su manutención y todos los gastos necesarios —se adelantó a decir él, pronunciando las palabras como si fuesen una rutina. En realidad, para Olivier lo eran. Estaba tratando el tema como si fuera un negocio.

Noah recibió aquellas palabras como una bofetada. Sus esperanzas se derrumbaron estrepitosamente. Experimentó una aguda sensación de desilusión.

Dinero. Así es como quería solucionar Olivier el problema: con dinero. De ese modo podía lavarse las manos de toda responsabilidad.

Una expresión de decepción impregnó su rostro.

—Gracias, pero no necesito tu caridad —le espetó en un tono ligeramente cínico.

Olivier frunció el ceño.

—No es caridad. Si finalmente decides tenerlo, es mi deber hacerme cargo

de él —repuso.

La contestación de Noah fue inmediata e instintiva.

—No es una decisión que tenga que tomar, es una decisión que ya he tomado. Voy a tener este niño contigo o sin ti, ya te lo dije.

—Está bien, entonces es mi deber ayudarte —repitió Olivier.

—¡No, Olivier, no! No quiero que me ayudes. No quiero que esto sea una obligación para ti, un deber impuesto. Este bebé no necesita tu dinero; necesita tu amor, tu cariño, tu protección...

El rostro de Olivier se congeló. Con su habitual frialdad, dijo:

—Yo no puedo ofrecerle nada de eso.

Noah contuvo el sollozo que amenazaba con brotar de su garganta.

—Si no puedes darle lo que debe dar cualquier padre, es mejor que no le des nada —sentenció—. No sé qué mierda te impide amar, ni siquiera a tu propio hijo. No sé qué cojones te habrá pasado en la vida para ser incapaz de sentir, pero sea lo que sea, deberías dejarlo atrás de una jodida vez. ¡No eres más que un irresponsable! —le reprochó—. Es cierto que ninguno de los dos hemos buscado este bebé y que ha sido una sorpresa, tanto para ti como para mí; tú no has planeado este embarazo, ni yo tampoco. Pero también es cierto que ya no somos unos adolescentes. Somos adultos, y deberíamos ser capaces de criarlo rodeado de amor y tranquilidad.

La mirada de Olivier se endureció.

—No deberías hablar de lo que no sabes —dijo con voz grave.

Noah sacudió la cabeza con un rápido ademán de negación. Olivier jamás hablaría de su pasado. Jamás exteriorizaría eso que le hacía ser cómo era. Jamás exorcizaría sus malditos demonios.

—Tienes razón —dijo, esforzándose por conservar cierto aplomo. Se miró las manos y después volvió a mirar a Olivier—. No quiero tu dinero, Olivier. No voy a tener este bebé para que me pases una... pensión vitalicia. No es eso lo que quiero.

La boca de Olivier se endureció con determinación.

—Noah, yo no puedo ofrecer otra cosa.

Ella apretó los labios y respiró hondo para contener las lágrimas.

—Esto ha sido una pérdida de tiempo... No hemos resuelto nada —murmuró en tono pesimista.

—No puedes rechazar mi ayuda —dijo Olivier en tono autoritario.

—Sí, sí puedo, y, de hecho, lo estoy haciendo...

—¡Noah...! —Olivier quería convencerla, pero Noah no le dejó. No iba a capitular.

—Ya te lo he dicho, no quiero que este bebé sea una obligación para ti.

No... No quiero —dijo, enfatizando la negativa con la cabeza. Guardó silencio unos segundos antes de decir—: Márchate, Olivier. Déjame sola, por favor —le pidió.

—¿Eso es lo que quieres?

No, no es lo que quería. En el fondo deseaba que la abrazara con fuerza y le dijera que la apoyaba, que estaba con ella, que podía contar con él y que iba a tener un bebé precioso.

—Sí —respondió.

Olivier miraba a Noah fijamente, con rostro inexpresivo.

—No voy a dejar esto así —le amenazó. Su voz sonaba sombría y desprovista de cualquier sentimiento.

Noah se limitó a guardar silencio. No iba a empezar a discutir de nuevo con él. No tenía ánimo ni energía. Estaba cansada.

Olivier se dio la vuelta y enfiló los pasos hacia el pasillo. Noah contuvo la respiración hasta que oyó cerrarse la puerta. Fue hasta el sofá y se dejó caer en él, resoplando. Últimamente, los encuentros con Olivier la agotaban.

Se acarició la tripa.

—No hay nada que hacer con tu padre, pequeño —susurró—. Nada.

Los ojos se le humedecieron. Tenía unas tremendas ganas de llorar, y

también de gritar, de gritar muy alto, pero prefirió tomar una profunda bocanada de aire para reprimir las lágrimas. Llorar tanto no tenía que ser bueno para el bebé.

CAPÍTULO 30

Noah cogió el móvil, abrió el WhatsApp y buscó a Helen.

Hola, Helen.

Mañana tengo cita con la ginecóloga.

Me van a hacer una ecografía.

¿Te importaría acompañarme?

La respuesta de Helen no se hizo esperar.

Hola, cariño. No tienes que preguntármelo.

Por supuesto que te acompaño ??.

¿A qué hora tienes la cita?

A las 12:00 de la mañana.

¿Te viene bien?

Perfecto.

Si tienes algo importante que hacer
puedo ir sola.

No tengo nada importante, tranquila.

Y, aunque lo tuviera,
me las arreglaría para ir contigo.

Me hace mucha ilusión.

¿Te voy a buscar a casa?

Te lo agradecería ??.

A las 11:15 estoy allí.

Estaré lista. Mil gracias.

A ti, por hacerme partícipe
de todo esto, cariño.

Hasta mañana.

Un beso.

Un beso.

Antes de enviarle el primer mensaje, Noah estuvo dudando entre mandárselo o no, porque sabía que probablemente se enteraría Olivier. Pero, por otro lado, no le apetecía ir sola. Era la primera ecografía que le iban a hacer, estaba ilusionada y nerviosa al mismo tiempo, y quería compartirlo con alguien. Además, Helen se enfadaría con ella si se enteraba de que había estado en el médico y no se lo había dicho.

Tampoco importaba mucho que Olivier supiera que iba al médico. Estaba

segura de que no iba a hacer nada. No había vuelto a saber de él desde el día que habían discutido en su casa.

—Olivier, ¿estás ocupado? —le preguntó Helen, asomando la cabeza por la puerta.

Olivier alzó los ojos por encima de la pantalla del ordenador.

—No, pasa.

Helen entró en el despacho, pero se quedó delante de la puerta.

—Me acaba de llamar Rowena Garrison —comenzó—, desea reunirse ahora con nosotros para hablar sobre la posible adquisición de su empresa. A mí me es imposible en estos momentos, así que le he concertado una cita contigo dentro de media hora.

—¿Por qué no puedes quedar tú con ella? —quiso saber Olivier.

Durante unos segundos, Helen sopesó si decirle la verdad o inventarse una excusa. Pero ¿de qué serviría mentir?, se preguntó a sí misma. Finalmente, optó por la verdad.

—Noah tiene cita con la ginecóloga para ver si el embarazo va bien, y voy

a acompañarla —dijo de un tirón.

Olivier permaneció unos segundos en silencio, con el rostro inmutable.

—Bien —dijo únicamente al cabo de un rato.

—¿Puedes ocuparte tú de Rowena Garrison? —le preguntó Helen.

Olivier se limitó a asentir con la cabeza.

—Entonces me voy —dijo Helen, al comprobar que su hermano no iba a decir nada más.

Se giró en redondo, abrió la puerta y salió del despacho.

—Gracias por venir a recogerme —dijo Noah al entrar en el coche de Helen.

Helen arrancó y se incorporó a la circulación.

—De nada, cariño. ¿Qué tal estás? —se interesó.

—Bien, aunque las náuseas matutinas no permiten que sea persona hasta el mediodía, a veces incluso hasta después de comer —respondió Noah.

—¿Sigues teniéndolas?

—Todos los días.

—Es normal, la revolución de hormonas es tremenda y el cuerpo se tiene que acostumbrar. En el primer trimestre de embarazo es cuando más cambios se producen en la mujer.

—Espero que el mío se acostumbre pronto, o el bebé acabará conmigo antes de nacer —bromeó Noah.

Helen se echó a reír.

—Va a ser guerrero..., o guerrera —dijo.

—Mucho —rio Noah.

El tiempo que duró el trayecto hasta la clínica, Noah tuvo la tentación varias veces de preguntarle a Helen si Olivier sabía que tenía cita con la ginecóloga, pero se contuvo. Quizá la respuesta le doliera. La indiferencia que Olivier mostraba por el bebé que llevaba en las entrañas le dolía en lo más profundo del alma.

La ginecóloga extendió el gel sobre la tripa de Noah, cogió el ecógrafo y se lo pasó despacio por encima. Durante unos segundos, estudió la pantalla que

tenía delante.

—¿Está todo bien? —preguntó Noah.

—Sí —respondió la médica con una sonrisa.

—Estás de 9 semanas —le explicó—. Mira, está ahí —dijo, señalando con el dedo índice un puntito situado a un lado.

—Es... Es muy pequeño —comentó Noah algo preocupada.

La ginecóloga sonrió con indulgencia.

—Todavía es un embrión —le explicó—. Apenas está empezando a formarse.

—Pero ¿está bien? —volvió a preguntar Noah.

—Todo está perfectamente. De momento puedo decirte que es un embrión, que lo que mide se ajusta al tiempo real de gestación y que está correctamente implantado en el útero, por lo que descartamos un embarazo ectópico.

—Qué bien —musitó aliviada.

—¿Se puede saber el sexo? —preguntó Helen.

—No, aún es pronto para eso —respondió la ginecóloga. Helen y Noah sonrieron—. Quizá dentro de un mes o dos, si la posición lo permite. Pero sí que se pueden oír los latidos de su corazón.

Alargó la mano y apretó un botón situado en la parte inferior de la pantalla.

De pronto, la sala se llenó de un rápido y fuerte latido de corazón.

Noah se llevó las manos a la boca.

—Oh, Dios mío... —musitó emocionada.

En sus ojos brillaron las lágrimas.

Helen se levantó de la silla, se acercó a ella y le enjugó la gota de llanto que había empezado a deslizarse por su mejilla.

—¿Lo oyes, Helen? ¿Oyes como late su corazón? —le preguntó Noah.

—Sí, cariño. Lo oigo —dijo Helen, también emocionada.

—Es maravilloso.

—Lo es, cariño. Lo es —dijo, acariciándole afectuosamente la mejilla.

CAPÍTULO 31

Karen llamó con un ligero toque de nudillos a la puerta del despacho de Olivier.

—Adelante —oyó su voz grave y profunda al otro lado.

—Señor Brooks, la señorita Garrison está aquí —anunció la secretaria.

—Hágala pasar —dijo Olivier.

Karen asintió y la hizo pasar.

Una mujer de unos treinta años aproximadamente, alta, delgada, con el pelo caoba y ojos con expresión felina; vestida con una falda de tubo negra y una camisa blanca, entró con aire pretencioso.

—Buenos días, señor Brooks —lo saludó.

—Buenos días —dijo él, incorporándose del sillón.

Rowena avanzó por el despacho con pasos seguros. Cuando alcanzó a Olivier, alargó el brazo y le dio la mano. Olivier la estrechó.

—Encantado de conocerlo, señor Brooks —dijo con una nota insinuante en la voz.

—Igualmente —correspondió él con voz neutra—. Siéntese —le pidió, señalando una de las sillas situadas delante de su mesa.

—Gracias —dijo la mujer.

Con un movimiento elegante, se sentó en la silla y cruzó las piernas.

—Le confieso que tenía muchas ganas de conocerlo —manifestó Rowena—. No pretendo menospreciar la labor profesional de su hermana, pero prefiero tratar con usted. —Olivier enarcó una ceja. Rowena sonrió—. Siempre se me ha dado mejor negociar con hombres que con mujeres.

Olivier supo que decía eso por la facilidad con que algunos hombres se dejaban embaucar por las curvas insinuantes de las mujeres. Pero él estaba muy lejos de dejarse enredar por las artes seductoras de nadie, y Rowena Garrison se daría cuenta de inmediato. Cuando terminara aquella reunión, saldría del despacho habiendo preferido hablar con su hermana que con él.

Olivier ignoró su comentario. Si aquella mujer pensaba que iba a entrar en su juego, estaba muy equivocada.

—Señorita Garrison, me interesa adquirir su empresa, pero no voy a pagar

por ella más de lo que le he ofrecido.

—¿Por qué?

Olivier se echó hacia atrás y recostó la espalda en el sillón de cuero.

—Porque no lo vale —soltó sin miramientos.

—Como sabrá, tengo otras ofertas... —dijo Rowena, tratando de presionarlo.

—¿Superiores a la mía? —preguntó Olivier con cierta incredulidad.

—Sí —afirmó la mujer, satisfecha.

Rowena se había encargado personalmente de que los compradores que estaban interesados en adquirir su empresa subieran el precio de compra, para aumentar la competitividad entre ellos. Para ello había utilizado sus dotes de persuasión y sus armas de mujer. Un cóctel infalible que siempre le hacía obtener excelentes resultados.

—Entonces, acepte alguna de ellas —dijo Olivier, desafiándola.

Rowena descubrió que todo lo que decían de Olivier Brooks era cierto. Era sumamente inteligente y habilidoso para negociar, y conocía muy bien su profesión.

—Señor Brooks... —Rowena intentaba que Olivier le dijera que no lo tratara de usted y que lo tuteara, pero él no estaba por la labor de acortar

distancias con ella—. Quiero vender la empresa que fundó mi padre y, precisamente porque la fundó y fue su vida, deseo que la adquiera alguien que la haga crecer. Jamás me perdonaría que cayera en manos inapropiadas y que la llevaran a la quiebra o que la hicieran pedazos y la revendieran como las piezas de un coche en un desguace —se sinceró, viendo que, de otro modo, no conseguiría nada de Olivier—. La última voluntad de mi padre antes de morir fue que me asegurara de preservar los empleos de los centenares de personas que trabajan en la compañía. Y es algo que tengo que cumplir. Sé que usted tiene un extraordinario ojo para los negocios, y que en sus manos la empresa de mi padre crecerá.

—Si su mayor interés es ese, le aseguro que, si me vende la empresa de su padre, la haré crecer un cien por cien en un año —dijo Olivier con una seguridad tajante.

Rowena arqueó las cejas, convencida de que lo haría. Había tratado decenas de veces con empresarios; hombres poderosos e influyentes caracterizados por una seguridad en sí mismos que rayaba el paroxismo, pero ninguno como Olivier Brooks. Ninguno como él.

Y resultaba excitante.

Muy excitante.

Aunque era un tipo difícil, tenía un fondo de peligro que le encantaba.

—¿Mantendrá a los empleados? —le preguntó.

Olivier pareció pensárselo unos segundos.

—¿Es una de sus condiciones?

—Sí.

Olivier se encogió de hombros.

—No tengo ningún problema con eso —respondió.

—Agradezco que lo tenga en cuenta, señor Brooks —dijo Rowena. Él asintió con rostro inmutable—. De todas formas, me gustaría pensarlo. Como le he dicho, tengo otras ofertas y quiero estudiarlas.

Se la iba a vender a Olivier, la decisión estaba tomada, pero lo que pretendía Rowena era alargar la transacción para tener más encuentros con él, e intentar ir más allá. Ese hombre le gustaba. Le gustaba mucho, pensó mientras lo miraba a los intensos ojos. Era inteligente, enigmático y oscuro... Y era esa oscuridad que intuía en su mirada lo que más la atraía.

Pero ahora tenía que irse.

Retiró la silla y se levantó con un movimiento grácil como el de una pantera.

—Tengo que irme —anunció.

Olivier se incorporó.

—Espero tenerle pronto una respuesta —dijo.

—No se demore, señorita Garrison, no me caracterizo por ser un hombre paciente —dijo Olivier con deliberada calma.

—Es directo como una bala —observó Rowena.

—Detesto perder el tiempo —repuso Olivier.

Rowena le ofreció la mano por encima de la mesa.

—Hasta pronto —dijo con una sonrisa deslumbrante.

—Hasta pronto —dijo Olivier, estrechándole la mano.

Rowena se dio media vuelta y con el mismo aire petulante con el que había entrado en el despacho de Olivier, salió.

CAPÍTULO 32

Una extraña inquietud danzaba por el cuerpo de Olivier. Llevaba con ese desasosiego toda la mañana. A decir verdad, toda la mañana no, llevaba desazonado justo desde que Helen le había dicho que Noah tenía cita con la ginecóloga.

Durante la reunión con Rowena Garrison no había podido dejar de pensar en ello. A duras penas había logrado concentrarse para llevar a cabo la negociación. Noah ocupaba completamente sus pensamientos.

Se levantó de la silla, de unas cuantas zancadas cruzó el despacho y salió a la recepción.

—Karen, ¿ha venido Helen?

—Sí, señor Brooks. Llegó hace un rato.

—¿Dónde está?

—Creo que en su despacho —respondió la secretaria.

Sin decir nada, Olivier giró sobre sus talones y se metió de nuevo en el despacho.

Trató de organizar los informes que esperaban su revisión formando una pila encima de la mesa, pero seguía sin poder concentrarse. El trabajo siempre le había servido de refugio, pero en aquella ocasión no conseguía que sus pensamientos se alejaran de Noah.

Un rato después la puerta se abrió.

—¿Puedo pasar? —dijo Helen, asomando medio cuerpo.

—Sí —respondió Olivier.

—¿Qué tal te ha ido con Rowena Garrison? —preguntó Helen mientras avanzaba por el despacho.

—Bien.

—¿Has conseguido la compra?

Helen se sentó en la silla.

—Dice que se lo tiene que pensar —comenzó Olivier—, pero antes de salir de este despacho ya había tomado una decisión —intuyó con acierto—. Te aseguro que la empresa de la señorita Garrison es nuestra.

Helen sacudió la cabeza.

—Cuando dicen que eres un tiburón de los negocios no lo dicen en vano — afirmó orgullosa—. Eres un crack. Un verdadero crack.

Olivier esbozó media sonrisa sin despegar los labios. Su rostro adquirió de pronto una expresión solemne.

—¿Qué tal está Noah? —preguntó.

—Bien —contestó Helen, sin ofrecerle más datos.

—¿Todo...? ¿Todo está bien? —Olivier se movió ligeramente en el asiento.

—Sí —respondió Helen, reprimiendo una sonrisa—. El bebé está en perfectas condiciones —añadió, intuyendo que era eso lo que Olivier quería saber.

—Bien... —musitó él a media voz—. Entonces, ¿Noah está bien? —volvió a preguntar.

—Sí, está bien. Le han hecho una ecografía —siguió contándole Helen—. No le han podido decir muchas cosas todavía, porque es pronto aún, pero hemos podido escuchar el latido del corazón del bebé. Ha sido una experiencia maravillosa, Olivier —dijo, expectante ante su reacción.

—Me alegro de que todo vaya bien —dijo a media voz, intentando mantenerse distante.

Helen se incorporó.

—Por cierto, está de nueve semanas —dijo, por último.

Y con esas palabras todavía flotando en el aire, se giró y se fue con expresión satisfecha en el rostro.

CAPÍTULO 33

—Noah... Noah... ¿Me escuchas?

La voz de Sandro la devolvió a la realidad. Noah alzó la vista hacia él. La miraba desde el otro lado de la mesa con ojos amables.

—Lo siento —se disculpó.

—¿Estás bien? —le preguntó Sandro.

—Sí, sí, perfectamente —respondió Noah.

—¿El embarazo va bien?

—Sí, muy bien. El otro día me hicieron una ecografía y me dijeron que todo está perfectamente.

—Me alegro —dijo Sandro. Ladeó la cabeza—. Sin embargo, hay algo que te preocupa, ¿verdad? —añadió, transcurridos unos segundos.

—Bueno, el embarazo ha sido algo inesperado...

—¿El padre se va a hacer cargo?

Noah movió la cabeza de un lado a otro, negando.

—No, o no de la manera que debería —dijo—. Está dispuesto a hacerse cargo económicamente, pero nada más —añadió con tristeza.

—Imagino cómo te sientes, Noah, pero estoy seguro de que saldrás adelante.

—Al menos voy a intentarlo. Es cierto que este bebé no ha sido buscado, pero quiero tenerlo.

—Vas a ser una madre estupenda —afirmó Sandro—. Eres una persona íntegra, con valores, con principios... A ese pequeño no le va a faltar amor.

Noah sonrió débilmente.

—Es curioso, no ha nacido y ya lo amo, lo amo de una forma absoluta e incondicional.

—Es que ya eres mamá, Noah —dijo Sandro—. Desde el momento que se engendra ya se empieza a ejercer de madre. Ya tienes que cuidarlo y procurar que todo vaya bien.

—No lo había pensado de ese modo —reflexionó Noah—, pero tienes razón. Todo lo que hago, todas las decisiones que tomo son por él y pensando

en él. Así que supongo que eso me convierte en mamá.

—En una mamá preciosa —comentó Sandro, que no podía apartar la mirada de Noah.

Noah se sonrojó ligeramente. Sandro consultó la hora en su reloj de muñeca.

—Te invito a comer —dijo, tratando de que Noah se animara.

—¿Comer? —repitió ella, algo sorprendida por la invitación.

—Las embarazadas coméis, ¿verdad? —bromeó Sandro.

Noah no pudo evitar reírse.

—Sí, comemos, aunque luego la comida acabe muchas veces en el fondo del wáter —dijo con humor.

—Venga, vamos —le instó Sandro.

Alargó el brazo, ofreciéndole la mano. Noah vaciló unos segundos, pero finalmente la tomó y se levantó de la silla.

—¿Has estado alguna vez en el *Eleven Madison Park*? —preguntó Sandro a Noah ya en el coche.

El *Eleven Madison Park* estaba ubicado en el número 11 de Madison Park, como su nombre indicaba, en East 24th Street, en Manhattan. En 2017 encabezó la lista de los mejores restaurantes del mundo. Un lugar único y exclusivo cuyo menú de degustación incluía varios platos inspirados en las tradiciones culinarias de Nueva York.

Noah volvió el rostro hacia él.

—¿En el *Eleven Madison Park*? ¡No! —exclamó—. Mi poder adquisitivo no me da para ir a uno de los cincuenta mejores restaurantes del mundo. — Hizo una breve pausa—. ¿Vamos a ir a comer allí? —preguntó atónita.

—Sí —respondió Sandro.

—¿No sería mejor ir a un restaurante un poco más modesto?

—No, me apetece mucho comer contigo en el *Eleven Madison Park* — afirmó Sandro.

Noah negó con la cabeza.

—Como quieras —sonrió.

Noah y Sandro entraron en el edificio histórico *Art Deco Metropolitan Life*

North, frente a Madison Square, en cuyo interior se encontraba el lujoso restaurante.

Noah había visto fotos, pero ninguna de ellas le hacía justicia. El *Eleven Madison Park* era un lugar amplio y de techos altísimos. Grandes ventanales dejaban pasar el sol a raudales. Los rincones y algunos muebles estaban decorados con enormes jarrones de diseño. Al parecer, en ese restaurante todo era a lo grande.

—Una mesa para dos, por favor —dijo Sandro.

El metre les condujo hasta una mesa situada en el fondo de la sala

—¿Está le parece bien? —preguntó.

—Sí, gracias —respondió Sandro.

—Ahora mismo les traigo la carta —dijo el metre con exquisita cortesía antes de alejarse.

Sandro asintió.

—¿Te gusta? —le preguntó a Noah cuando se sentaron.

—Es espectacular —contestó ella, mirando a un lado y a otro, obnubilada—. No me extraña que esté considerado como uno de los mejores restaurantes del mundo.

—La verdad es que tiene méritos de sobra para ello —apuntó Sandro.

—Aquí tienen la carta, señores —anunció el metre en esos momentos, ofreciendo una carpeta de cuero marrón a cada uno.

—Gracias —dijeron Noah y Sandro al mismo tiempo.

CAPÍTULO 34

Noah partió un trozo de filete y se lo metió en la boca. Sandro la observaba con detenimiento.

—Sí, como cómo si tuviera una Tenia en el estómago —dijo Noah cuando terminó de masticar el bocado.

Sandro soltó una carcajada.

—No estaba pensando en eso, pero gracias por aclarármelo. La verdad es que es impresionante verte comer.

—Soy de buen comer, no lo voy a negar, pero el embarazo me ha abierto el apetito mucho más. Hasta yo misma me escandalizo —bromeó.

—No seas exagerada —rio Sandro.

Las risas de ambos llenaban el aire. A Noah se le congeló la respiración en

los pulmones cuando levantó el rostro y vio a Olivier sentado en una de las mesas situadas en un rincón de la enorme sala. Y estaba con una mujer de aspecto elegante y prepotente con el pelo de color caoba. ¿Quién era? ¿Una nueva conquista?

¡Con qué facilidad la había sustituido!

—Noah, ¿estás bien? Te has puesto un poco pálida —observó Sandro.

Noah carraspeó.

—Sí, estoy bien —mintió.

Se puso un mechón de pelo tras la oreja para disimular el nerviosismo que le había provocado ver a Olivier.

¿Por qué siempre aparecía donde ella estaba? ¿Acaso la espiaba? ¿La seguía?

—Olivier, ¿te noto inquieto? ¿Ocurre algo? —preguntó Rowena.

—No, todo está bien —respondió él con pocas ganas de hablar.

Desde hacía un rato había visto a Noah y a Sandro en el restaurante, y se le habían revuelto las tripas. Estaba claro que Sandro no perdía ocasión de estar

con ella. Ya incluso la invitaba a comer al mejor restaurante de Nueva York.

Dejó el tenedor y el cuchillo sobre el plato y recostó la espalda en el respaldo de la silla. No tenía que haber aceptado la invitación de Rowena Garrison de ir a comer al *Eleven Madison Park*. Había sido una mala idea pese a que intuía sus intenciones. Pero seguía sin poder dejar de pensar en Noah y quería arrojarla de su cabeza a como diera lugar.

Sin embargo era imposible, y las ganas de dar un puñetazo a Sandro Santoro crecían con cada segundo que pasaba. En ese momento Noah y Sandro se echaron a reír de nuevo, cómplices. Olivier apretó los dientes. Un músculo empezó a moverse en su mejilla debido a la fuerza que estaba haciendo.

La melodía del teléfono de Sandro sonó. Sacó el móvil del bolsillo del pantalón y miró la pantalla.

—Discúlpame un momento, Noah. Es un asunto urgente de trabajo —dijo, al tiempo que se levantaba.

—Sí, claro, tranquilo —dijo ella, ofreciéndole una sonrisa.

Sandro rodeó la mesa y enfiló los pasos hacia el vestíbulo.

—Ahora vengo —dijo Olivier a Rowena.

Ella asintió con la cabeza cuando él ya se había incorporado y se dirigía como una exhalación hacia Noah.

—¿Te diviertes? —le preguntó con voz áspera cuando llegó a su mesa.

Noah levantó la vista hacia él. El corazón comenzó a latirle como un martillo hidráulico.

—Supongo que tanto como tú —le echó en cara ella.

—Yo solo estoy aquí por motivos de trabajo —dijo Olivier.

Noah bufó con burla.

—¿Una reunión de trabajo en el restaurante más lujoso de Nueva York? Qué bien tratas a tus *clientas* —dijo con retintín, enfatizando la palabra «clientas».

—Tan bien como Sandro a sus *amigas* —repuso Olivier.

—Sí, porque es un caballero.

La expresión de Olivier se volvió fría como el hielo.

—Te recuerdo que estás embarazada de mí —dijo, alzando la voz, al

tiempo que la taladraba con sus brillantes ojos negros.

—Y yo te recuerdo que no quieres hacerte cargo de este bebé —replicó Noah.

—¡Noah! —exclamó Olivier en tono de amonestación.

—Olivier, estamos en un lugar público —le advirtió ella, tratando de que no llamara la atención de los clientes del restaurante.

Olivier miró a su alrededor. Todas las mesas de la sala estaban ocupadas.

—Ven conmigo —dijo a media voz.

—No voy a ir contigo a ninguna parte —se negó Noah.

Olivier contrajo las mandíbulas.

CAPÍTULO 35

—No deberías dejar sola a *tu amiga* —dijo Noah con ironía.

Olivier sonrió mordaz. ¿A qué venía ese tono? ¿Qué había detrás de su voz? ¿Eran... celos?

—¿Estás celosa? —le preguntó, inclinándose hacia ella.

Noah puso los ojos en blanco.

—Eso es lo que te gustaría, que estuviera celosa.

—¿Y no lo estás?

—No, no lo estoy —negó Noah—. Y menos de esa... —buscó una palabra para calificarla—... estirada —dijo—. Por cierto, aconséjale que no se siente tan erguida, que va a acabar con dolor de espalda —se burló.

—Yo creo que tienes un ataque de celos —apuntó Olivier.

—No tengo ningún ataque de celos —reiteró Noah.

Se apartó algunos mechones de pelo de la cara y se los colocó detrás de las orejas.

—Pues yo sí estoy celoso de Sandro Santoro —aseveró Olivier. Noah se quedó atónita—. Tanto, que me dan ganas de darle un puñetazo.

—¡Deja de comportarte como un niño! —lo amonestó Noah con los ojos encendidos, aunque trataba de modular la voz—. Yo puedo salir con quien me dé la gana. ¿Lo oyes bien? Con quien me dé la gana.

No lo reconocería nunca, pero a ella le daban ganas de dar un tirón de pelos a la estirada que estaba comiendo con Olivier. Había observado el modo en que lo miraba; se lo comía con los ojos.

—Te repito que estás embarazada —dijo Olivier.

—Como si eso te importara —soltó Noah.

—No empieces con eso.

Noah cuadró los hombros y levantó la barbilla. Irguiéndose todo lo que pudo, miró directamente a Olivier a los ojos y dijo con voz firme:

—Olivier, déjame en paz. Soy libre. No tienes ningún derecho sobre mí, ¡ninguno! Ni voz ni voto sobre con quien salga o lo que haga con mi vida.

—Las cosas podrían ser distintas si quisieras...

—¡No! Las cosas serían distintas si tú aceptaras la situación, si aceptaras a este bebé —le recriminó Noah.

—No puedo ofrecer ningún tipo de compromiso emocional a ese bebé — fue el comentario de Olivier.

—¿Por qué?

—Porque no soporto no tener el mando de mi vida, y un hijo... —Olivier se calló de repente.

«Porque no sería un buen padre», reconoció para sí.

Noah lanzó al aire un suspiro.

—Olivier, esto no puede seguir así...

—¿Todo está bien, Noah? —le preguntó Sandro, que acababa de llegar a la mesa.

Noah dio un pequeño respingo.

—Sí, todo está bien, Sandro.

Olivier giró el rostro hacia él. Sus ojos se encontraron con los de Sandro. Si las miradas mataran, aquella hubiera fulminado al italiano.

Noah alzó una plegaria al Cielo para que Olivier no complicara más las cosas y se retirara. Mantenerlo callado, a veces era como tratar de contener un huracán. Pero él pareció escucharla.

—Esta conversación no ha acabado, ya hablaremos en otro momento — dijo con una brusquedad que rozaba la descortesía, mirándola con los ojos entrecerrados.

Noah no dijo nada. Solo suspiró.

«Lo sé», dijo para sus adentros.

Sin ni siquiera despedirse o mediar palabra con Sandro, Olivier se dio la vuelta y encaminó los pasos hacia su mesa, donde lo esperaba Rowena.

Sandro tomó asiento frente a Noah. Durante unos segundos estudió su rostro. Estaba desenchajado.

—Noah, ¿estás bien?

Noah cerró los ojos unos instantes. Estaba confusa, débil y agotada.

—Sí.

—No lo parece —observó Sandro.

Los ojos de Noah se humedecieron. Sandro le acarició cariñosamente la mano.

—Noah, no me gusta verte así. No estás bien, se te nota —dijo. Pero Noah guardaba silencio—. ¿Qué pasa? ¿Por qué estabas discutiendo con Olivier Brooks?

—No puedo seguir con esto... —murmuró Noah.

No podía seguir ocultando a Sandro de quién estaba embarazada. No cuando no dejaba de encontrarse con Olivier. Carraspeó para aclararse la garganta.

—Estoy embarazada de Olivier Brooks; él es el padre de mi hijo —dijo sin preámbulos.

Sus palabras estuvieron seguidas de un silencio.

Sandro vaciló. Durante unos segundos estuvo tentado de quitar la mano de encima de la de Noah, teniendo en cuenta que Olivier Brooks se encontraba a unos metros, pero ella no parecía estar incómoda. Y no lo estaba. Aquel gesto le transmitía protección y una sensación de seguridad que hacía mucho tiempo que no sentía. Por eso no se movió ni hizo amago de retirar la mano.

—Noah...

—Como ves, no solo fuimos... socios —se adelantó a decir ella—. Nosotros estuvimos... tuvimos... —Noah no sabía qué palabras emplear para explicar lo que había habido entre ellos. Soltó el aire de los pulmones—. Terminé cayendo en sus redes como una idiota —dijo al fin.

—No digas eso, Noah, tú no eres ninguna idiota —dijo Sandro.

—No te culparía si lo pensaras.

—Yo no soy nadie para juzgarte.

Noah esbozó una sonrisa amarga en los labios.

—Aunque no lo digas es la verdad, soy una idiota. Y, por si no fuera suficiente, ahora estoy embarazada de él. —Su voz se quebró y calló.

—Ya está, Noah. No te castigues —susurró Sandro acariciándole la mano con el pulgar.

Noah alzó la vista.

—¿Te importa si nos vamos? —preguntó a Sandro—. No me siento cómoda.

—No, por supuesto. Pediré la cuenta.

De inmediato Sandro levantó la mano e hizo una seña al camarero para que se acercara.

—La cuenta, por favor —dijo.

—Ahora mismo, señor —dijo el hombre.

Olivier no pudo quitarles el ojo de encima hasta que salieron del restaurante y los perdió de vista. La sangre le hervía en el interior de las venas.

—Tengo que irme —dijo Olivier en la puerta del restaurante.

—Oh... —murmuró Rowena con decepción—. Pensé que íbamos a pasar la tarde juntos. —Su voz adquirió un tono lujurioso.

Estiró los brazos y posó sus perfectas uñas pintadas de rojo sobre las solapas de la chaqueta de Olivier. Él se imaginó esas uñas clavándose en su espalda mientras se hundía salvajemente en las entrañas de Rowena. El pensamiento hizo que se moviera incómodo en el sitio.

Se preguntó nuevamente por qué cojones había aceptado su invitación a comer.

Aferró las manos de Rowena con las suyas y las retiró de su chaqueta.

—Ya te he dicho que tengo que irme —repitió secamente, sin dar más explicaciones.

—Eres muy maleducado, Olivier —le dijo Rowena con cierto deje de indignación en la entonación.

—¿No me digas? —dijo él, sin alterarse.

—Voy a pensarme si te vendo mi empresa —dijo Rowena. En su rostro había una expresión desafiante.

Olivier sonrió para sí. Rowena estaba muy equivocada si pensaba que iba a caer en su chantaje.

—Puedes hacer lo que quieras —le contestó. Se estiró la chaqueta—. Que tengas buena tarde —dijo a modo de despedida.

Y, sin más, se dio media vuelta y se fue hacia Jake, que lo esperaba de pie en la puerta del Bentley. Se hubiera ofrecido para llevar a Rowena a su casa, pero aquellas pataletas infantiles le irritaban demasiado. ¿Quién se había creído Rowena que era? Sí, estaba interesado en comprar su empresa. Pero hasta ahí.

CAPÍTULO 36

El brillo de sus ojos era hipnotizador. Rodeó su cintura con el brazo y la atrajo hacia sí.

—¿Me deseas? —le preguntó Noah.

—Nunca he dejado de desearte. Ni un solo minuto, ni un solo segundo...
—respondió Olivier.

Noah se puso de puntillas y apretó su boca contra la de Olivier. El olor a jazmín que desprendía su cuerpo hizo que se iniciara un fuego en el interior de Olivier. Tomó su rostro entre las manos y la besó apasionadamente, jugueteando con su lengua en una danza húmeda y salvaje.

La había echado mucho de menos. Había pasado tanto tiempo desde la última vez... A él se le había antojado una eternidad.

Bajó las manos hasta los hombros, cogió los tirantes del vestido y los fue deslizando por los brazos hasta que la prenda cayó al suelo.

Noah se quedó frente a él, con un sujetador sin tirantes de encaje rojo y las braguitas a juego. Olivier contuvo el aliento al verla.

—Santo Dios, Noah... —susurró.

Noah sonrió traviesa.

Olivier se inclinó y continuó besándola por el cuello hasta llegar a la oreja. Le lamió el lóbulo. Un gemido de placer escapó de los labios de Noah, incapaz de contener el deseo que crecía en su interior.

—Te necesito, Olivier —dijo.

Olivier había deseado tanto escuchar eso.

La miró intensamente a los ojos mientras deslizaba la mano hasta su entrepierna y le introducía un dedo en su interior. Noah ahogó un grito en la garganta.

Durante un rato Olivier la estuvo torturando. Después la cogió en brazos y la llevó a la cama.

Bajo la atenta mirada de Noah, abrió el cajón de la mesilla y cogió unas esposas de cuero. Después de esposarle las manos a forjado del catre, le quitó el sujetador y lo dejó caer a un lado de la cama. Noah contuvo el aliento al sentir sus dedos sobre los pezones.

Olivier agachó la cabeza y jugueteó con ellos, lamiéndolos, succionándolos y mordisqueándolos con los dientes. Un torrente de sensaciones explotó en Noah.

Sin darle un respiro, Olivier aferró el elástico de las braguitas con los índices y los pulgares y con suma sensualidad se las bajó por las piernas. Noah sintió un escalofrío mientras el encaje de la prenda resbalaba por su piel.

Ya desnuda, Olivier se deleitó con la visión de su desnudez.

—Eres preciosa, Noah —susurró, mirándola sin disimular su lujuria.

Ella lanzó al aire un suspiro.

—Olivier, te necesito... —suplicó en un hilo de voz.

Él sonrió con expresión triunfal. Eso es lo que quería, que Noah le necesitara, que no pudiera vivir sin él.

Se colocó frente a ella, separó sus piernas con el muslo y la penetró profundamente. Noah arqueó la espalda. El vacío que sentía en su interior desde que no estaba con él, se desvaneció.

Olivier empezó a mecerse sobre las caderas de Noah. La fricción de los cuerpos fue incrementando el placer con cada embestida. Noah alzó las piernas y rodeó la cintura de Olivier con ellas mientras él seguía hundiéndose en ella.

Una insoportable tensión se alojó en las entrañas de Noah, hasta que un intenso placer se esparció por todo su cuerpo. Olivier la vio correrse debajo de él y eso terminó de excitarlo. Se hundió un par de veces más en su interior y...

De pronto se despertó.

Estaba jadeando y una película de sudor cubría su cuerpo. Descolocado, miró a su alrededor. El resplandor de la luna se filtraba por los ventanales bañando la habitación de plata. Alargó la mano y acarició el trozo de colchón que había a su lado. Estaba vacío. Completamente vacío.

—¡Todo ha sido un sueño! ¡Solo un maldito sueño! —masculló molesto.

Lleno de frustración, lanzó un puñetazo a la cama.

—¡Putra mierda! —exclamó.

Bajó los ojos. Una imponente erección estaba haciendo acto de presencia en su entrepierna. Era tan impetuosa que dolía.

Apretó los dientes con fuerza.

¿Por qué había tenido ese sueño? ¿Por qué? ¿Y por qué tenía que haberse despertado justo cuando iba a correrse?

Parecía tan real...

Apartó las sábanas con mal humor, se levantó y se dirigió al cuarto de

baño. Tenía que masturbarse o no sería capaz de dormir en lo que quedaba de noche.

Noah abrió los ojos de golpe.

—Oh, Dios... —musitó en la oscuridad de la habitación.

Se incorporó ligeramente y se sentó en la cama. Tenía el pijama pegado al cuerpo por culpa del sudor, el corazón le latía aceleradamente, como si quisiera salirse del pecho, y estaba... ¿excitada?

Extendió la mano y encendió la luz de la mesilla. Una claridad de color ámbar llenó todos los rincones del dormitorio.

Acababa de tener un sueño erótico con Olivier, incluso había llegado a correrse. Sintió cierta vergüenza. ¿Cómo...? ¿Cómo era posible? Se pasó las manos por el pelo, aplastándose.

Había sido tan real...

Apartó las sábanas, se levantó y enfiló los pasos hacia la cocina. Abrió la nevera y se llenó un vaso de agua fresca. Apoyada contra la barra americana, dio un trago, tratando de sosegarse. Aún temblaba.

Instintivamente, se llevó la mano a la tripa.

—¿Será un efecto del embarazo? —se preguntó.

Resopló, negando para sí.

CAPÍTULO 37

—Entonces, ¿nos vemos luego? —dijo Todd en la puerta del piso de Noah.

—Sí, después te llamo y quedamos. Ahora tengo que ir a Hacienda a hacer unos papeles.

—Perfecto, luego te veo. —Todd se inclinó y se despidió de Noah con un par de besos en las mejillas.

—Hasta luego —dijo Noah.

—Hasta luego —dijo Todd, moviendo la mano.

Se metió en el ascensor y bajó.

Salía por la puerta cuando se encontró con Olivier, que trataba de acceder al edificio.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó de malas maneras.

—Eso mismo podría preguntarte yo a ti —dijo Olivier, manteniendo la expresión del rostro inmutable.

Todd dejó escapar un bufido, ciertamente indignado.

—Soy amigo de Noah —repuso como algo obvio—, y la persona que estuvo a su lado para animarla y recoger los pedazos de su corazón cuando usted se lo rompió —le echó en cara.

—*San Todd* —ironizó Olivier—. ¿Cuándo te van a canonizar?

—No se burle. Noah lo ha pasado muy mal —dijo Todd.

—Sé que lo ha pasado muy mal.

—¿Por qué diablos sigue viniendo a verla?

—Eso no es asunto tuyo, pero, por si no lo sabes, está embarazada de mí.

Todd contrajo las mandíbulas.

—Usted no quiere asumir la responsabilidad de ese niño. Debería darle vergüenza...

Olivier dio un par de zancadas, se abalanzó sobre Todd y le agarró de la pechera.

—No te metas donde no te llaman —rugió.

Todd aferró las manos de Olivier y le dio un empujón, zafándose de él. Olivier dio un paso hacia atrás.

—Si algo estima a Noah, aléjese de ella —dijo Todd—. Usted no le conviene. No le conviene a nadie.

—¿Y tú sí? —le espetó Olivier con aire de suficiencia.

—Al menos yo soy sincero.

—No eres todo lo sincero que deberías —replicó Olivier. Todd frunció el ceño—. Te acercas a Noah diciendo que eres su amigo...

—¡Y lo soy! —exclamó Todd, intuyendo por donde iba Olivier.

Olivier sonrió de medio lado.

—Pero también eres algo más. ¿Por qué no le confiesas que estás enamorado de ella? —le preguntó, desde la suficiencia de quien sabe que su oponente no tiene nada que hacer.

—Es usted un miserable.

Olivier no movió ni un músculo.

—Dime lo que quieras. Puedo soportarlo. Tengo una espalda ancha —dijo con ironía.

Todd sacudió la cabeza.

—No vale el suelo por el que pisa Noah —dijo con visible desdén.

Lanzó una última mirada a Olivier antes de darse media vuelta y alejarse. Olivier se limitó a estirarse la chaqueta del elegante traje y a entrar en el

portal.

Noah cogió el bolso de encima de la cama, se lo colgó en el hombro y enfiló los pasos hacia el pasillo. Justo cuando abrió la puerta para salir, Olivier iba a tocar el timbre. El rostro de Noah se llenó de sorpresa al verlo. Un nudo se tensó en su estómago.

—Tenemos que hablar —se adelantó a decir él, rotundo.

Noah suspiró. Era demasiada suerte que Olivier hubiera olvidado la conversación que habían tenido unos días atrás cuando se habían encontrado en el *Eleven Madison Park*.

—No tenemos nada de qué hablar —repuso ella.

—Yo creo que sí —la contradujo Olivier.

—Olivier, no puedes venir a mi casa cada vez que quieras.

—¿Por qué?

—Porque no, porque... —Noah no iba a reconocer que su presencia la turbaba, que hacía que perdiera el control, que la debilitaba; que hacía que todas y cada una de sus hormonas se pusieran en alerta. Mientras lo tuviera

cerca, era vulnerable a todo el daño emocional que pudiera causarle—. Porque no tienes ningún derecho —atajó, titubeante, jugueteando con un mechón de pelo.

—Puede que no tenga derecho, pero me tomo la libertad de hacerlo —dijo arrogante.

—Olivier, por favor...

—¿A qué ha venido Todd?

Noah enarcó las cejas.

—Es mi amigo, no necesita una razón para venir —replicó—. ¿Por qué sabes que ha estado aquí? —curioseó.

—Me lo he encontrado abajo y hemos tenido unas palabritas —respondió Olivier.

Noah sintió una punzada de profunda preocupación.

—¿Unas palabritas? ¿Qué quiere decir eso? ¿Habéis discutido?

—No te preocupes, no ha sido nada importante.

—Olivier, por Dios, Todd es mi amigo.

—¿Eso crees? ¿Que solo es tu amigo? —dijo Olivier en tono suspicaz.

—¿Qué...?

La pregunta se cortó en la garganta de Noah cuando una oleada de dolor le

atravesó el abdomen. Se llevó la mano a la tripa y se encogió sobre sí misma.

Los rasgos del rostro se le contrajeron.

—¿Qué te pasa, Noah? —le preguntó Olivier con alarma en la voz.

—Me duele... —se quejó ella—. Me duele mucho, Olivier.

Noah se encogió aún más sobre sí misma y contuvo el aliento cuando otra punzada de dolor le cruzó el abdomen.

—Te llevaré a urgencias —dijo Olivier, sintiéndose cada vez más preocupado.

Noah no dijo nada. Ahora no solo tenía que velar por ella, sino por el bebé que llevaba dentro.

—¿Puedes caminar? —le preguntó Olivier.

—Sí —afirmó, moviendo la cabeza.

El dolor remitió ligeramente y Noah pudo enderezarse. Olivier la sujetó por la cintura y la ayudó a caminar.

CAPÍTULO 38

En cuanto entraron en urgencias, una enfermera salió a su encuentro.

—Está embarazada —se adelantó a decir Olivier, visiblemente nervioso.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó la mujer a Noah.

—Me duele mucho la tripa —respondió ella.

—Avisaré al ginecólogo de guardia para que te haga una ecografía —dijo la enfermera mientras los conducía a un box—. Puede entrar con ella —añadió, mirando a Olivier.

Él asintió.

Hasta que llegó el médico, Olivier paseaba por el box con impaciencia. ¿Cuánto tiempo había pasado? No era mucho, pero le parecía una eternidad.

—Relájate —dijo Noah, tumbada en la camilla.

—No puedo —replicó Olivier—. ¿Por qué tardan tanto? —añadió exasperado.

—Solo han pasado cinco minutos —respondió Noah con calma.

Olivier estaba dispuesto a salir del box e ir a buscar al médico él mismo, pero en esos momentos entró un hombre de mediana edad, con el pelo canoso y gafas de montura al aire. Detrás de él un celador arrastraba un ecógrafo.

—Soy el doctor Southwick —se presentó el médico con amabilidad.

—Buenas tardes, doctor —dijo Noah.

Olivier no pronunció palabra.

—Voy a hacerle una ecografía para revisar que el feto está bien —anunció el hombre, mirando el historial médico de Noah.

—Vale —contestó ella.

Noah se subió la camiseta y el médico echó un generoso chorro de gel sobre la tripa. Seguidamente pasó la sonda por ella. Comenzó a mover el aparato y estudió la imagen y los datos que aparecían en la pantalla, bajo las miradas de expectación de Noah y Olivier.

—¿Está todo bien? —preguntó Noah, impaciente, transcurrido un rato.

—Sí—afirmó el médico—. El feto está en perfectas condiciones.

Noah respiró visiblemente aliviada.

—Sin embargo, señorita Winter, le conviene llevar una vida tranquila, reposar todo el tiempo que pueda y evitar levantar peso —volvió a hablar el médico.

Noah y Olivier fruncieron el ceño. Noah se movió en la camilla.

—¿Por qué? —preguntaron casi al unísono.

—La placenta es más fina de lo normal, y eso puede causar problemas —explicó el médico.

—¿Es un embarazo de riesgo? —quiso saber Olivier.

—Podría serlo si la paciente no sigue las recomendaciones que le he dado.

—Las seguiré todas —dijo apresuradamente Noah.

—Es fundamental que lo haga —asintió el médico—. ¿Saben ya el sexo? —preguntó.

—No —negó Noah—. Era muy pronto aún cuando me hicieron la primera ecografía. ¿Ahora ya se puede ver? —preguntó entusiasmada.

—Sí, está en una posición perfecta para verlo. ¿Quieren saber el sexo?

—Sí —respondió Noah, con la emoción a punto de desbordársele.

—Es un niño —informó el médico.

—¡Un niño! —exclamó Noah.

Giró el rostro y miró a Olivier. Le brillaban extrañamente los ojos.

—Es un niño, Olivier —repitió.

—Un niño... —musitó él.

Parecía asombrado por la situación.

—Así late su corazón —dijo el médico, subiendo el volumen del ecógrafo.

El sonido del latido llenó la habitación. Noah ya lo había escuchado, pero por ello no dejó de ser igual de emocionante que la primera vez.

—¿No late muy rápido? —preguntó de pronto Olivier, con un deje de preocupación en la voz.

El médico sonrió.

—El corazón de los bebés y de los niños late con más frecuencia que el de los adultos —le explicó.

—Pero ¿está bien? —insistió Olivier.

—Perfectamente, no se preocupe. Late más rápido para que llegue oxígeno suficiente a todos los tejidos del cuerpo —aclaró.

—Bien —dijo Olivier, conforme con la explicación que le había dado el médico.

Trataba de mantenerse impasible, manteniendo las emociones bajo control, pero Noah advirtió un cambio sutil en su expresión, un leve alivio.

—Tienes que descansar —dijo Olivier en el coche, cuando llevaba a Noah de vuelta a casa.

Ella giró la cara hacia él.

—Descansaré, no te preocupes —repuso.

—Reposa y no cojas peso —siguió recomendándole Olivier. La voz era profunda, calmada y controlada.

—Tranquilo, seguiré al pie de la letra todas las indicaciones del médico —dijo Noah, como si fuera una niña buena. Guardó silencio unos instantes antes de decir—: ¿Te hace ilusión que sea un niño?

—Lo importante es que esté bien, y que tú también estés bien —fue la respuesta de Olivier, mirando a la carretera para ocultar sus sentimientos.

—Sí, eso es lo importante, que el bebé esté bien —dijo Noah.

Desde que habían salido de la clínica, Olivier estaba taciturno y más silencioso de lo normal. Noah sabía que lo que había vivido dentro del box de urgencias no le había dejado indiferente, aunque él tratara de mantenerse frío.

—Y afortunadamente lo está —continúo hablando Noah.

Había pasado mucho miedo. Los dolores eran muy agudos y algunos

momentos se le había pasado por la cabeza que pudiera sufrir un aborto espontáneo.

De inmediato sacó esos pensamientos de su mente. Por suerte, todo estaba bien, y seguiría al pie de la letra las recomendaciones del médico para que la placenta no diera problemas.

CAPÍTULO 39

Noah se inclinó y dejó la bandeja encima de la mesa auxiliar.

—Pero ¿estás bien? —le preguntó Todd.

—Sí, aunque el médico me ha dicho que la placenta es más fina de lo normal. Por eso debo tener reposo, no hacer esfuerzos ni coger peso —dijo Noah, cogiendo una Coca Cola y poniéndola delante de Todd. Ella se sirvió un vaso de agua fresca.

—Supongo que te asustarías mucho —comentó Todd.

Noah hizo una mueca con la boca al tiempo que se sentaba en el sofá.

—La verdad es que sí, me asusté mucho. Pensé que... quizá... pudiera perderlo —confesó.

—Bueno, no pienses ya en eso, por suerte, todo está bien —dijo Todd.

—Sí, solo tengo que cuidarme un poco —dijo Noah—. Por cierto, es un niño.

Todd enarcó las cejas en un gesto de sorpresa.

—¿Lo han podido ver?

Noah movió la cabeza, afirmando.

—Sí, es cien por cien seguro.

—Me alegro mucho por ti, Noah —dijo Todd. Su expresión se tornó seria—. ¿Y qué piensa Olivier? ¿Ha cambiado de parecer? —le preguntó.

Noah se llevó el vaso de agua a los labios y dio un trago. Se encogió de hombros.

—Él no es muy dado a expresar sus emociones, pero se preocupó cuando me vio mal, y cuando escuchó el latido acelerado del corazón del bebé, porque pensó que algo no iba bien... —dejó el vaso en la mesita. Alzó los ojos azules hacia Todd y lo miró fijamente—. Sé que os encontrasteis en la puerta, ¿qué pasó entre vosotros? —le preguntó.

Todd dio un trago de la Coca Cola.

—Hablamos —dijo simplemente. No quería preocupar a Noah ni darle un disgusto.

—¿Sobre qué?

—Ambos nos reprochamos que qué hacíamos aquí.

Noah dudaba seriamente que solo se hubieran dicho eso.

—¿Solo? —insistió.

Todd apoyó la lata en la mesa.

—Él me echó en cara que sea tu amigo, y yo que no está asumiendo la responsabilidad de su hijo —dijo.

Noah chasqueó la lengua.

—Todd...

—Lo siento, Noah, pero no pude quedarme callado —la interrumpió—. ¡Ese tío es un gilipollas! Se abalanzó sobre mí y me agarró de la pechera.

Noah abrió los ojos como platos.

—¿¿Qué?! ¡Todd, por Dios! —exclamó—. ¿Llegasteis a las manos? —preguntó en tono de alarma.

—No, tranquila —dijo él—. La sangre no llegó al río. No te preocupes, por favor —trató de calmarla.

—Todd, es mejor dejar las cosas como están. Olivier es... un hombre complicado.

Noah se levantó y caminó hacia la ventana. Frente a ella, se acarició los brazos.

—¡Es un imbécil! —dijo Todd sin poder contenerse—. Tiene todo y no lo aprecia. Tiene dinero, va a tener un hijo y te tiene a ti... Cualquiera daría su vida por ti. —El tono de su voz se volvió anhelante cuando pronunció la última parte de la frase.

Noah apartó la mirada de la ventana y se giró hacia él.

—Todd, ¿qué pasa? ¿Qué quieres decir con eso?

Todd movió la cabeza y lanzó al aire un largo suspiro.

—¿Es que no te das cuenta? —dijo, levantando las manos.

Noah se acercó a él.

—¿Cuenta de qué? —preguntó confusa—. ¿De qué me tengo que dar cuenta?

Todd se levantó del sillón y se colocó frente a ella.

—De que estoy enamorado de ti, Noah —dijo sin andar con rodeos—. De que lo estoy desde el primer día que te vi.

Los ojos azules de Noah se llenaron de perplejidad. ¿Qué estaba diciendo Todd?

—Yo no... No tenía ni idea, pensé que éramos amigos —dijo, con expresión de desconcierto.

—Y lo somos. Somos amigos, pero... —Todd dejó caer los hombros—...

A mí me gustaría que fuéramos algo más. Mucho más. A mí me gustaría que fuéramos todo.

Noah se quedó sin palabras ante la confesión de Todd. Le había pillado totalmente desprevenida. Siempre había pensado que eran amigos; solo amigos. Pero Todd estaba enamorada de ella.

Se acarició la nuca con la mano.

—Todd, no sé qué decir... —murmuró.

—No es necesario que digas nada —dijo Todd—. Sé que no sientes lo mismo que yo, sé que tu corazón le pertenece a Olivier Brooks.

Noah no quería recurrir al discurso manido de que lo veía como un hermano y de que lo quería como tal. Intuía lo doloroso que podía resultar escuchar algo semejante de la persona de la que estás enamorada.

—Ya sabes cómo son las cosas del corazón... —comenzó—. Uno no elige la persona de la que se enamora. El corazón va por libre —dijo.

—Lo sé...

Todd se veía apesadumbrado. Aunque declararse a Noah había supuesto quitarse un peso de encima que cargaba desde hacía unos meses, no ser correspondido era doloroso.

—No quiero hacerte daño, Todd. Te quiero mucho y no me lo perdonaría nunca —se sinceró Noah.

Alargó la mano y le acarició afectuosamente el brazo.

—No te preocupes por mí, bastante quebraderos de cabeza tienes ya. —

Todd suspiró.

—Sí, sí que me preocupo por ti, porque quiero que estés bien.

Todd movió la cabeza.

—Ya se me pasará —afirmó.

Por nada del mundo quería convertirse en un problema para Noah. Ella no estaba pasando por un buen momento. Estaba embarazada de un hombre que no quería o no podía asumir su responsabilidad como padre y, por si fuera poco, el embarazo era de riesgo.

—Olvida lo que te he dicho, por favor —le pidió.

—Todd...

Él levantó la mano para silenciar a Noah.

—Será mejor que me vaya —dijo.

—Todd, espera...

Pero Todd ya se había girado y caminaba hacia la salida. Cuando la puerta al cerrarse anunció su salida, Noah se dejó caer en el sofá y, resoplando, se pasó las manos por la cabeza, metiéndose el pelo detrás de las orejas.

—Todd enamorado de mí...

¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Cómo había estado tan ciega?

Sus pensamientos se detuvieron.

Ahora entendía por qué Olivier estaba celoso de Todd. Él sí se había dado cuenta de los sentimientos que le profesaba, aunque ella se había empeñado en asegurar que solo eran amigos.

Resopló de nuevo. ¿Por qué los asuntos del corazón eran tan complicados?

CAPÍTULO 40

Noah consultó la hora en el reloj que colgaba en la pared del salón. Las agujas negras señalaban que faltaban diez minutos para las cinco y media. Había quedado a esa hora con Sandro. Iba a pasarse por su casa para llevarle el precontrato que iba a firmar con Adam Thorne y Erica González. Un primer acuerdo que la vinculaba ya a ellos.

Fue a la cocina, cogió la bandeja que había dejado sobre la barra americana y la llevó hasta la mesa auxiliar. Había preparado unos refrescos y unas galletas para amenizar la reunión.

A las cinco y media en punto sonó el timbre del portero automático.

—¿Sí? —respondió Noah.

—Soy Sandro.

—Sube, Sandro.

Un minuto después, Sandro estaba en la puerta del piso con una carpeta de solapas negras en las manos.

—Hola —lo saludó Noah.

—Hola —dijo él.

—Pasa, por favor.

Noah se hizo a un lado y Sandro entró.

—He preparado unos refrescos y unas galletas —anunció Noah al llegar al salón.

—No tenías que haberte molestado.

—No es ninguna molestia.

Ambos se sentaron en el sofá.

—Aquí tienes el precontrato —dijo Sandro. Alargó el brazo y ofreció la carpeta a Noah—. Léelo y si estás de acuerdo, lo firmas.

Noah cogió la carpeta, la abrió y sacó el documento que contenía. Durante unos minutos lo leyó detenidamente.

—¿Estás de acuerdo? —le preguntó Sandro.

Noah afirmó con la cabeza.

—Sí —dijo.

Sandro sacó un bolígrafo del bolsillo interior de su chaqueta y se lo dio a Noah para que esta firmara el precontrato. Noah plasmó su rúbrica en todas las páginas en las que se requería.

—¿Estás contenta? —le preguntó Sandro.

—Muy contenta —contestó Noah con una sonrisa que se abría en su rostro de oreja a oreja. Guardó el precontrato en la carpeta y devolvió el bolígrafo a Sandro—. Esto es una gran oportunidad para mí y para mi carrera. Voy a trabajar duro para diseñar una colección de trajes de novia que deje a Adam Thorne y a Erica González con la boca abierta.

—No dudo de que será así —apuntó Sandro.

—Muchas gracias por traerme el precontrato —le agradeció Noah.

—No es nada, Noah.

—Tengo que guardar reposo por el embarazo, y que te hayas acercado hasta aquí me ha ahorrado algún que otro quebradero de cabeza.

—A mí no me cuesta ningún trabajo. Y dime, ¿qué tal te encuentras? ¿Ya se te ha pasado el susto?

—Sí, tuve mucho miedo, pero por suerte el bebé está bien —respondió Noah—, aunque debo tener reposo.

—Solo serán unos meses. Antes de que te des cuenta, todo habrá pasado y tendrás a tu bebé en brazos —la animó Sandro.

Noah abrió la boca para decir algo, pero en ese instante el timbre del portero automático sonó.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Sandro.

Noah negó con la cabeza.

Durante una décima de segundo la invadió el pánico. ¿Y si era Olivier? No tenía nada que ocultar ni de lo que esconderse, pero que se encontrara con Sandro en su piso no era algo que le hiciera gracia.

Se levantó del sofá y fue hacia la puerta.

—¿Quién es? —preguntó en tono cauteloso, conteniendo la respiración en la garganta.

—Noah, soy Helen.

Noah soltó un instintivo suspiro de alivio.

—Hola, Helen —la saludó alegre.

—Hola, cielo. Pasaba por aquí y quería saber qué tal estabas.

—Sube y hablamos.

—Vale.

Cuando Helen entró, Noah la guio hasta el salón.

—Hola —saludó Helen a Sandro al llegar a la estancia.

Él se levantó del sofá.

—Hola —dijo.

—Helen, él es Sandro Santoro. Sandro, ella es Helen Brooks, es la hermana de Olivier Brooks —les presentó Noah.

Sandro alargó la mano.

—Encantado de conocerte, Helen —dijo, acompañando sus palabras con una sonrisa amable.

—Igualmente —dijo ella, estrechándole la mano.

Ambos quedaron mirándose durante unos segundos. Noah miró a uno y a otro.

—Bueno, yo me voy, tengo que seguir con mi trabajo —anunció Sandro, rompiendo el silencio.

Cogió la carpeta.

—Vale, y gracias de nuevo —dijo Noah.

—Cuídate —se despidió Sandro. Miró a Helen—. Adiós.

—Adiós —repuso ella.

—¿Te acompaño a la puerta? —se ofreció Noah.

—No es necesario —dijo Sandro.

Echó a andar, pasó al lado de Helen, dejando una estela de perfume tras él, y salió del salón.

—Es más guapo que en las fotos que publican los periódicos —comentó Helen, cuando la puerta se cerró.

—La verdad es que no se puede negar que es muy atractivo —afirmó Noah—. Pero siéntate. Había preparado unos refrescos y unas galletas para Sandro, pero no lo ha tocado. ¿Te apetece una?

—Sí, gracias —dijo Helen, al tiempo que se sentaba en el sitio donde antes había estado Sandro.

CAPÍTULO 41

El teléfono de Helen sonó en mitad de la noche. El sonido en el silencio de la habitación, la sobresaltó. Abrió los ojos. Somnolienta, cogió el móvil de encima de la mesilla y sentándose en la cama, miró la pantalla.

Era Noah.

Rápidamente descolgó y se puso el aparato en la oreja.

—¿Estás bien, Noah? —le preguntó.

—No, no estoy bien, Helen —oyó la voz de Noah al otro lado de la línea.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa?

—Estoy sangrando, Helen —dijo Noah con la voz llorosa. Helen sintió que el corazón se le paraba—. Me he levantado para ir al servicio y... —La voz de Noah se quebró.

—Tranquila, cariño —se adelantó a decir Helen—. Me visto y voy para allá para llevarte a urgencias, ¿vale?

Retiró las sábanas y se levantó de la cama como una exhalación.

—Sí, por favor —le pidió Noah—. No quiero perder a mi bebé, Helen. No quiero —sollozó angustiada.

La posibilidad de sufrir un aborto planeaba sobre su cabeza amenazadoramente.

—No lo vas a perder, Noah —la alentó Helen, que ya había abierto el armario y estaba cogiendo unos vaqueros y la primera camiseta que había visto—. Cariño, cálmate y espérame. En un ratito estoy allí.

—Vale. Te espero.

—Hasta ahora.

—Hasta ahora.

Aunque Nueva York era la ciudad que nunca dormía, el tráfico a esas horas de la madrugada se reducía considerablemente, ahorrando tiempo y desesperación a Helen, que trataba de llegar lo antes posible a la casa de

Noah.

Cuando Noah abrió la puerta, Helen la abrazó.

—Todo va a ir bien, cariño. No te preocupes, que todo va a ir bien —dijo.

Noah sollozó:

—Tengo miedo, Helen. Tengo mucho miedo.

—Lo sé, pero no va a pasar nada malo, ¿vale? —trató de tranquilizarla ella.

—Vale —susurró Noah.

—Venga, vamos a urgencias —dijo Helen, ayudándola a caminar.

—¿El bebé está bien? —preguntó Noah con impaciencia y visible preocupación, después de que su ginecóloga la revisara. Casualmente estaba de guardia cuando había entrado en urgencias.

—Está bien, Noah, pero el embarazo se está complicando —dijo la médica.

—¿Complicando? ¿Por qué?

—La placenta puede romperse en cualquier momento, y si eso sucede, se producirá un aborto, ya que el embrión tiene muy pocas semanas.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó Noah, al borde del llanto.

—Te voy a dejar un par de días en observación, para evitar que puedas tener un nuevo sangrado y después debes tener reposo total —dijo la ginecóloga.

—¿Qué significa reposo total? —intervino Helen.

—Significa que va a tener que estar en cama y levantarse lo mínimo posible. Para comer, ir al servicio... —respondió la médica.

—¿Así hasta el final del embarazo? —preguntó Noah.

—Me temo que sí, hay que minimizar al máximo los riesgos de un posible aborto.

—Entiendo —dijo Noah.

Le quedaban por delante algo menos de seis meses. Iban a ser muy largos metida veinticuatro horas en la cama.

—Ahora descansa, vendré luego a verte —dijo la ginecóloga.

—Gracias —dijo Noah.

Cuando la médica salió de la habitación, Noah respiró hondo. Helen reparó en su expresión de agobio. Se acercó a ella y le pasó la mano por el hombro.

—No te preocupes, cariño, al final todo va a salir bien. Ya lo verás. Solo has de tener reposo y un poquito de paciencia —dijo.

Noah suspiró.

CAPÍTULO 42

Noah consiguió dormir un rato. Al despertar, las luces ámbar del amanecer se filtraban por las persianas de la habitación. Abrió los ojos y miró en derredor.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Helen, que estaba sentada en un sillón que había al lado de la cama.

Noah movió la cabeza.

—Bien —afirmó.

—¿Tienes dolores?

—No.

Noah alargó la mano, buscando la de Helen. Esta se la dio.

—Gracias por... estar aquí —dijo con la voz tomada por la emoción.

Helen envolvió la mano de Noah con las suyas.

—No me des las gracias. Es lo que tenía que hacer —contestó

Noah se mordió el labio inferior, tratando de contener las lágrimas. Cuando la vio, Helen se levantó y la abrazó.

—Ya, cariño, no llores —dijo.

Noah se aferró a ella como si fuera una tabla salvavidas.

—Estoy aterrada, Helen. Aterrada —lloró.

—Lo sé, sé que tienes miedo, pero si sigues las recomendaciones de la ginecóloga todo va a ir bien —la animó Helen, a quien se le caía el alma a los pies de ver en ese estado a Noah.

En esos momentos, el teléfono de Helen sonó. Se separó de Noah, abrió el bolso y cogió el móvil. Frunció la boca.

—Es Olivier —anunció cuando vio su nombre reflejado en la pantalla—. Dime... —dijo al descolgar.

—¿Dónde estás? —le preguntó Olivier—. ¿Te ha ocurrido algo? Siempre eres muy puntual y tenemos reunión con la junta administrativa.

—Estoy en el hospital —respondió Helen.

—¿En el hospital? —repitió Olivier, sobresaltado.

—Pero tranquilo, estoy bien —se apresuró a aclararle Helen.

—¿Qué haces en el hospital?

—He venido a acompañar a Noah.

—¿A Noah? —le cortó Olivier de inmediato—. ¿Qué le ha ocurrido? ¿Está bien? —preguntó en batería.

—Ha tenido un sangrado, pero está bien.

—¿El bebé...? ¿El bebé está bien?

—Sí, está bien.

Olivier se levantó del sillón y dio un puñetazo en la mesa de cristal. El fuerte golpe se oyó al otro lado del teléfono, alcanzando el oído de Helen.

—Ha tenido un sangrado, estáis en el hospital y ¿no me habéis avisado? —dijo, mostrando su enfado.

—Olivier, yo... —titubeó Helen.

—¿Pero ¿en qué cojones estáis pensando las dos?! —tronó él.

—Olivier, déjame que te explique...

—Claro que me lo vas a explicar, y Noah también. Ahora mismo salgo para allá.

—Espera... —Helen trató de contenerlo, pero Olivier ya había colgado el teléfono—. ¿Olivier? ¿Olivier?

Helen se apartó el móvil de la oreja y miró a Noah.

—Viene para el hospital —dijo en tono aprensivo—. Y no está de buen humor —añadió.

Noah resopló. Se avecinaba tormenta.

Quizá tenía que haber llamado a Olivier y no a Helen, pero cuando había visto que estaba sangrando le había parecido buena idea avisar a Helen en lugar de a él. En esos momentos ya no le parecía tan buena idea.

—¿Está enfadado? —preguntó.

Helen apretó los labios.

—Sí.

Olivier condujo con imprudencia por Nueva York hasta llegar al hospital. Estaba enfadado. Muy enfadado. Noah había tenido una hemorragia y no le había avisado. ¿En qué estaba pensando? ¿En qué diablos estaba pensando? Bufó, dando un golpe en el volante.

Aparcó rápidamente en uno de los estacionamientos del parquin y se apeó del coche. Cruzó a zancadas el lugar y entró en la clínica.

—¿En qué habitación está Noah Winter? —preguntó en la recepción.

—Déjeme que lo mire —dijo la chica que estaba detrás del mostrador.
Tecleó el nombre de Noah en el ordenador—. Habitación 514 —le informó.

Olivier se dio media vuelta y enfiló los pasos hacia la zona de los ascensores.

CAPÍTULO 43

Cuando Olivier entró en la habitación, Noah estaba bebiendo un poco de agua con una pajita. La observó. Tenía ojeras bajo sus preciosos ojos azules y el agotamiento estaba impreso en sus rasgos suaves.

—¿Cómo estás? —le preguntó serio, aunque visiblemente aliviado de verla bien.

Olivier se acercó a la cama de un par de zancadas. Estaba enfadado, pero en esos momentos deseaba alargar la mano y acariciar el rostro de Noah, sin embargo se arrepintió. No tenía ningún derecho a hacerlo.

Noah dejó el vaso de agua sobre la mesa y carraspeó para aclararse la garganta.

—Estoy bien —respondió, mirando a Olivier por debajo del abanico de

pestañas rubias—. Solo ha sido un susto —añadió.

Un arrebató de ira se apoderó de Olivier.

«Un susto... Solo ha sido un susto», repitió para sus adentros.

Resopló, sin poder contenerse más. Su rostro tenía un gesto impenetrable.

—¿Cómo se te ocurre no llamarme? ¿En qué estabas pensando, Noah? —la regañó. Dirigió una mirada a Helen. Sus ojos oscuros brillaban con ira—. ¿En qué cojones estabais pensando las dos? ¿En qué? —les reprochó, visiblemente enfadado.

—No quería molestarte —contestó Noah con voz apocada.

Olivier puso los brazos en jarra, giró el rostro hacia ella y la fulminó con los ojos. Al mirarlo, Noah advirtió esa mirada profunda e inquieta que mostraba algunas veces, cuando no controlaba del todo la situación.

—¿Molestarme? ¿No querías molestarme? —repitió con sarcasmo—. ¡Por Dios, Noah! —exclamó, dejando caer los brazos en los costados.

—Olivier, tú no quieres saber nada de este bebé, así que no tengo por qué avisarte de los problemas que se deriven del embarazo —protestó Noah.

—Sí, sí que tienes que avisarme —dijo él—. ¿Y si te hubiera pasado algo? Dime, ¿y si te hubiera pasado algo?

—Pero no ha pasado nada —se defendió Noah.

—Da gracias a eso —sentenció Olivier.

«Si no hubiera ardidado Troya», pensó para sí.

—Olivier, no soy una niña pequeña —se quejó Noah.

—¡Pues lo parece! ¡A veces lo parece! —Olivier se giró hacia Helen—. Igual que tenías que haberme avisado tú cuando Noah te llamó —le dijo en tono desaprobadador, señalándola con el índice.

—Olivier, cálmate —habló Helen, que permanecía de pie junto a la ventana—. Noah necesita tranquilidad y reposo total, el embarazo es de mucho riesgo, por eso ha sufrido un sangrado.

Olivier enarcó las cejas. Un viso de inquietud asomó a sus ojos.

—¿Eso es cierto? —le preguntó a Noah.

Ella tragó compulsivamente.

—Sí, hay riesgo de que la placenta se rompa, y eso provocaría un aborto espontáneo —respondió ella.

Olivier se pasó una mano por el pelo mientras la otra permanecía en su costado. Hizo una mueca con los labios. La vida de Noah corría peligro.

—Ese embarazo está poniendo en riesgo tu vida —dijo entre frustrado e irritado.

«¡Maldita sea!».

¿Por qué tenía que haberse quedado embarazada? ¿Por qué? Todo sería más sencillo si las cosas fueran como antes.

—Cuando salgas del hospital te vendrás a mi casa —aseveró de pronto con voz autoritaria.

Noah abrió los ojos de par en par. Notó en el pecho una presión cercana al pánico. ¿Compartir techo con Olivier? De ninguna manera. Si se iba a vivir con él, no sería lo suficientemente fuerte como para resistirse, e impedir que volviera a entrar en su corazón. Tenía que evitar que volviera a hacerle daño otra vez.

—¡¿Qué?! No, no, no... Ni lo pienses. No voy a irme a vivir a tu casa —dijo.

—Alguien tiene que cuidarte —atajó Olivier.

—Ya me las apañaré —se apresuró a decir Noah—. Me iré a Telluride, o le diré a mis padres que vengán a Nueva York... —Noah dijo lo primero que se le vino a la cabeza, sin pararse a pensar en ello. Cualquier cosa antes que irse a vivir con Olivier.

Olivier entrecerró los ojos peligrosamente.

—¿Durante seis meses? —preguntó con cortesía burlona—. ¿Vas a obligar a tus padres a que dejen su vida en Telluride para que vengán aquí? O lo que es peor, ¿vas a coger un avión en el estado en el que estás?

Noah bajó la cabeza y se miró las palmas de las manos. Su padre no podía dejar de trabajar durante los seis meses que le quedaban de embarazo, y su madre no podía dejar solo a su padre durante tanto tiempo. Y viajar en avión en su delicado estado era complicado.

—Noah, quizá lo más sensato es que te vayas a vivir con Olivier —intervino Helen en tono razonable—. Solo serán unos meses, hasta que des a luz.

Noah suspiró quedamente.

«No es una buena idea», se repitió a sí misma.

—No es una buena idea —dijo después en voz alta.

—No te voy a dar a elegir ni voy a aceptar ninguna discusión, así que puedes ir quitando esa expresión del rostro. Punto final —repuso Olivier con voz implacable, endureciendo la mirada.

Noah alzó la vista y se quedó mirándolo durante unos largos segundos. Tenía un aspecto muy sexy y masculino con un traje azul oscuro ajustado, camisa blanca y corbata granate. Estaba tan atractivo que se le hacía difícil respirar. ¿Cómo iba a compartir espacio con él si la hacía sentir de esa forma? ¿Si la impedía respirar con normalidad? ¿Si tenía aquel efecto sobre ella? Las respuestas le recordaron por qué irse a vivir con Olivier era una mala idea. Una mala, mala idea. Aceptar su ofrecimiento era jugar con fuego. Corría el

peligro de caer de nuevo bajo su hechizo.

Pero debía ser realista. Era cierto que no tenía muchas más opciones. Y no podía quedarse sola. No si quería que el embarazo llegara a buen puerto. La ginecóloga se lo había dicho de manera muy clara, y ahora ya no solo tenía que mirar por ella, sino por el bebé que se estaba gestando en su vientre. Estaba atrapada por las circunstancias, y eso hacía que tuviera la sensación de que todo empezaba a escapar a su control.

Finalmente accedió. Comprendió que no tenía sentido discutir con Olivier. De hecho, sería una estupidez, dada la situación.

—De acuerdo.

La expresión de Olivier se suavizó ligeramente.

—El día que te den el alta, iremos a tu piso a recoger tus cosas —dijo.

Noah asintió.

CAPÍTULO 44

—Por favor, sigue todas las recomendaciones del médico, hija —dijo Emilie con visible aprensión en la voz al otro lado del teléfono—. Descansa.

—Sí, mamá. Voy a guardar reposo hasta que dé a luz, como me han dicho —dijo Noah.

—Me encantaría estar contigo, cariño.

—Y a mí que estuvieras aquí, mamá. —Noah trató de contener el nudo que tenía en la garganta. Debía de mantenerse fuerte. Si lloraba, preocuparía más aún a su madre.

—Quizá podamos ir el mes que viene.

—Tranquila mamá. Sé que para vosotros supone un enorme esfuerzo económico.

—Entonces, ¿te quedarás en casa de ese hombre? ¿De Olivier Brooks? — preguntó Emilie.

—Sí.

—¿Se va a hacer cargo del bebé?

—Emocionalmente no, mamá —respondió Noah en tono apesadumbrado—. Olivier no... —Suspiró resignada, aguantándose las ganas de llorar—. Él no está capacitado para ser padre.

—Nadie lo está, Noah —repuso Emilie—. Todos tenemos miedo cuando nos enfrentamos a la paternidad; los niños no vienen con un manual de instrucciones, pero al final no es tan difícil.

—No se trata de eso... —se apresuró a decir Noah—. Es algo mucho más complejo.

—Sea como sea, me alegro mucho de que se ocupe de ti —dijo su madre, aliviada—. No sé que hubiera hecho si te hubieras quedado sola... Me hubiera ido a Nueva York, aunque fuera andando.

Noah hizo un esfuerzo para sonreír.

—Por suerte no es necesario —dijo.

En esos momentos, la puerta de la habitación se abrió y Todd asomó la cabeza.

—¿Puedo pasar? —le preguntó a Noah en voz baja, al ver que estaba hablando por teléfono.

—Todd, hola. Sí, pasa —dijo ella, con una sonrisa en los labios.

Todd entró y cerró la puerta tras de sí.

—Mamá, ha venido Todd a verme, te llamo más tarde —dijo Noah.

—Claro, cariño. Luego hablamos. Cuídate.

—Hasta luego, mamá —se despidió Noah.

Colgó la llamada y dejó el móvil en la mesita que había al lado de la cama.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Todd, dándole un beso en la frente en un gesto fraternal.

—Bien.

—¿Pero estás bien de verdad?

Noah se encogió de hombros.

—Si te soy sincera, no. Me he asustado mucho. Cuando vi que estaba sangrando pensé que... —su voz se quebró antes de continuar—... que había perdido al bebé. Además, me quedan unos meses muy duros por delante.

—¿Por qué?

—El embarazo es de riesgo. Voy a tener que estar prácticamente en la cama los seis meses que me quedan para dar a luz. La placenta puede

romperse en cualquier momento, y solo con reposo se minimizan un poco los riesgos de sufrir un aborto.

Todd se sentó en el sillón situado al lado de la cama.

—Noah, tienes que ser fuerte —la animó.

—Lo soy, Todd. Soy fuerte, pero no dejo de estar preocupada —dijo.

—Es normal que estés preocupada, pero si guardas reposo seguro que todo va bien.

Noah lanzó al aire un suspiro.

—Eso espero... —dijo en tono anhelante al tiempo que se acariciaba la tripa.

—¿Te vas a quedar en el hospital estos meses? —preguntó Todd.

—No, eso sería tremendamente tedioso.

—¿Y qué vas a hacer?

Noah se mordió el labio inferior. No sabía cómo decirle a Todd que iba a irse a vivir a casa de Olivier. Desde que le había confesado que estaba enamorado de ella, Noah no encontraba la forma de contarle algunas cosas.

—No puedo quedarme sola y mis padres no pueden venir, mi padre no puede dejar su trabajo seis meses... —comenzó titubeante.

—Noah, puedes decirme lo que sea —dijo Todd, al ver que estaba dando

rodeos al tema.

Noah lanzó al aire un suspiro.

—Voy a irme a vivir a casa de Olivier —dijo finalmente. Un silencio incómodo inundó la habitación—. No tengo más opciones —añadió.

—Es lo más lógico. Olivier es el padre de ese bebé. Tiene que cuidarte, es su obligación —repuso Todd, tirando de sentido común.

Aunque se moría de celos, no podía negar que era lo más razonable. Si alguien podía y, además, tenía la obligación de cuidar de Noah y del hijo que esperaba, ese era Olivier, el padre.

—Sí, es su obligación —comentó Noah, con expresión meditabunda en el rostro—. Eso es lo único que le mueve; el deber moral. No hay ningún otro motivo por el que Olivier me haya ofrecido irme a vivir a su casa.

Había tristeza en la voz de Noah. Era consciente de que la única razón por la que Olivier le había hecho ese ofrecimiento era porque se sentía con la obligación moral de cuidarla, pero no porque tuviera algún sentimiento hacia el hijo que esperaba.

Qué complicado era todo.

En ese momento, la puerta se abrió y Olivier entró en la habitación. Sus ojos se encontraron con los de Todd, que lo miraba con expresión seria. Un silencio tan inmediato como sepulcral se hizo en la habitación.

Olivier sintió que los celos se adueñaban de su interior.

Noah intuyó que las cosas se iban a complicar más. Se humedeció los labios nerviosamente. Volvió el rostro y dirigió una mirada a Todd. Él cazó su significado al vuelo. En silencio, se levantó del sillón.

—Me voy —dijo.

Se inclinó sobre Noah y le dio un beso en la mejilla a modo de despedida, ante la atenta mirada de Olivier, que no le quitaba ojo de encima. Noah sonrió a su amigo en un gesto de complicidad.

—Gracias por venir a verme —le agradeció.

—Ya te llamaré para preguntarte qué tal sigues —dijo Todd, ignorando la presencia de Olivier.

—Vale —asintió Noah.

—Cuídate.

—Tú también.

Todd se dio media vuelta y echó a andar. Esperaba que Olivier se moviera, pero estaba inmóvil como una estatua, con la mirada fría como el acero, así que tuvo que rozarle con el hombro para pasar. Cuando llegó a su altura, lo miró con rostro desafiante. No iba a dejar que ese hombre lo amedrentara, por muy poderoso y mucho dinero que tuviera. Todavía tenía muy presente que le habían despedido de la floristería por su culpa. Quizá un día se lo cobrara

dándole un puñetazo en la boca...

Olivier se mantuvo imperturbable, observando por encima del hombro como Todd salía de la habitación. Solo cuando se cerró la puerta a su espalda, devolvió la atención a Noah.

CAPÍTULO 45

—¿Qué hacía aquí? —preguntó a Noah con cara de pocos amigos.

—Buenas tardes —lo saludó irónicamente ella.

—Buenas tardes —dijo él, correspondiendo a su saludo.

—Olivier, no voy a tener una discusión contigo cada vez que Todd o cualquier otra persona venga a verme —dijo Noah con firmeza—. Tienes que entender una cosa: tengo amigos, igual que tú tienes amigas. No tienes que decirme a quién puedo ver ni con quién puedo hablar. Por favor, compréndelo.

Olivier respiró hondo. No se le podía olvidar que Noah estaba convaleciente. Lo más importante era ella y su recuperación. Ya hablarían de Todd en otro momento.

—Yo tampoco quiero discutir —dijo en tono conciliador—. Quiero que estés tranquila.

Noah respiró con alivio ante la actitud pacificadora de Olivier. No tenía ánimos para entrar en discusiones.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Olivier.

—Bien —respondió Noah.

Sin poder contenerse, Olivier alargó la mano y le apartó un mechón de pelo del rostro.

—La asistente ya ha preparado una habitación para ti en mi ático —dijo. Noah permaneció en silencio—. ¿En qué estás pensando? —se interesó, al reparar en el semblante pensativo de Noah.

—No sé si irme a vivir a tu casa es buena idea —respondió ella.

Olivier bajó la mano.

—No sigas con eso, Noah. Pensé que ya habíamos zanjado el tema.

Noah movió la cabeza.

—Olivier, lo único que hacemos últimamente es discutir, y eso no es bueno.

Olivier observó a Noah durante unos instantes. El sol de media tarde que entraba por la ventana arrancaba destellos dorados de su pelo. Su rostro

reflejaba cansancio y preocupación, pero estaba igualmente preciosa.

—Entonces tendremos que hacer un esfuerzo y no discutir —afirmó en tono amable—. Somos personas razonables.

«Yo no estoy tan segura de ello», pensó Noah.

Se acomodó por encima la sábana con el logotipo de la clínica.

—No tienes ninguna obligación de... de cuidarme —dijo.

—Sí la tengo. Es mi deber —repuso Olivier.

Aquellas palabras resonaron en la cabeza de Noah.

«Su deber...», repitió con tristeza.

Para Olivier, el embarazo y aquel bebé eran un deber, incluso ella era un deber; una obligación que atender, como el pago de los impuestos al Estado. Lo único que quería era tener la conciencia tranquila.

¿Por qué las cosas se estaban complicando de ese modo tan rocambolesco? No solo se había quedado embarazada utilizando protección, ahora el embarazo era de riesgo, lo que la obligaba a estar cerca de Olivier. Ella que había pretendido mantenerlo lejos de su vida, convencida de que estaba mejor sin él.

¿Qué pretendía el destino? ¿Burlarse de ella? ¿Qué lección se supone que tenía que aprender de todo aquello? ¿Que donde pones la olla no metas la

polla? ¿Que cuanto más alto vuelas, más grande será la caída?

Suspiró y sacudió la cabeza imperceptiblemente.

—Todo va a ir bien —dijo Olivier—. Somos adultos, Noah. Solo tenemos que comportarnos como tal.

Noah apretó la boca, formando una línea con los labios, y asintió.

Desgraciadamente, no iba a ser fácil.

CAPÍTULO 46

Cuando Noah salió del hospital, Olivier y ella fueron a su piso a recoger algo de ropa y sus cosas personales para mudarse a su casa.

—¿Te gusta la habitación? —le preguntó Olivier a Noah de pie en el umbral de la puerta.

Noah paseó la mirada por la estancia. Olivier se había preocupado de crear un ambiente cálido y juvenil. Los muebles eran blancos y la ropa de la cama, de tonalidades pastel, hacía juego con las cortinas. Además, contaba con baño propio. Las vistas, por supuesto, eran espectaculares. Nueva York se desplegaba ante ella en toda su magnificencia.

—Sí, es muy bonita —respondió Noah con sinceridad.

—Si necesitas algo solo tienes que pedírmelo —dijo Olivier.

—Todo está bien. Gracias.

Olivier observó a Noah unos segundos.

—Noah, quiero que estés cómoda —le dijo con voz suave.

—Voy a estar bien, Olivier, no te preocupes.

—¿Segura?

—Segura.

—Vale —dijo Olivier—. Te dejo que te instales. La asistente nos ha dejado la cena preparada, cuando termines, ven al comedor.

—Gracias, pero no tengo mucha hambre —repuso Noah.

—Tienes que comer, Noah —insistió Olivier.

—Olivier, no me des órdenes.

—No es una orden —se apresuró a decir él, mirándola con expresión dura en los ojos—. Pero ahora tienes que comer por dos. Recuérdalo.

Olivier tenía razón. Haría un esfuerzo.

—Cuando acabe voy —contestó, tomando aire.

Olivier asintió, se dio media vuelta y se fue.

Noah chasqueó la lengua.

—Relájate —se dijo a sí misma en tono amonestador.

Por la razón que fuera, Olivier estaba tratando de ayudarla. Quizá solo lo hiciera por un deber moral, pero se estaba preocupando por ella. Y, pese a todo, le había simplificado la situación. De lo contrario, habría tenido un serio problema, y también para sus padres, puesto que no podía quedarse sola. Por lo tanto, no podía estar a la defensiva, sino aquello no saldría bien. Como había dicho Olivier, tenían que manejar la situación como dos adultos, como las personas razonables que eran. Necesitaban mantener una relación civilizada en aras de las circunstancias y del bebé que estaba en camino.

Se apoyó en la pared y dejó escapar un largo suspiro.

Unos segundos después se dirigió a la maleta que había llevado, y que Olivier había dejado encima de un sofá que había al lado de una de las paredes acristaladas, la abrió y comenzó a sacar las primeras prendas de ropa.

Aproximadamente una hora después, Noah salió de la habitación, situada al fondo del pasillo, y enfiló los pasos hacia el comedor. Todavía le quedaban algunas cosas por ordenar, pero lo dejaría para más tarde, o para el día siguiente.

—¿Te ayudo? —preguntó a Olivier al entrar en la estancia, aunque observó

que ya estaba la mesa puesta.

Olivier se giró hacia ella. Noah se sorprendió al verlo. Se había puesto unos vaqueros desgastados que marcaban sus muslos, y una camiseta básica negra se pegaba al definido torso. Tenía el cabello negro ligeramente alborotado y los ojos negros le brillaban con vitalidad. Era la primera vez que lo veía vestido de manera informal. Parecía más joven que con los solemnes y sofisticados trajes con los que iba diariamente a trabajar.

—No es necesario, ya está todo listo —respondió él—. Siéntate, tienes que estar tranquila.

Noah no rechistó. Se limitó a retirar una de las sillas y sentarse. Alzó los ojos y se quedó mirando a Olivier, que en esos momentos colocaba un servilletero encima de la mesa. Sus movimientos eran eficaces y decididos.

—Olivier... —comenzó Noah.

Él alzó el rostro y la miró.

—Dime —dijo.

—Siento mi contestación de antes. No he debido responderte así.

Olivier blandió en los labios una sonrisa de indulgencia.

—No te preocupes, Noah. No ha tenido importancia —dijo.

Noah asintió con una leve inclinación de cabeza.

—¿Prefieres ensalada de pasta o sopa de marisco? —le preguntó Olivier, cambiando de tema.

—Ensalada de pasta —contestó Noah.

—Marchando uno de ensalada de pasta para la señorita —dijo Olivier en tono distendido, al tiempo que colocaba un plato de pasta delante de ella.

—Tiene muy buena pinta —opinó Noah.

—La señora Brown, la asistente, cocina muy bien. Seguro que te gusta lo que hace.

Olivier puso un plato de sopa en su sitio y se sentó a la mesa.

—Seguro —afirmó Noah de buena gana. Estaba dispuesta a que la convivencia funcionara. Tenía que hacerlo por el bebé, por su pequeño. Para que el embarazo no presentara complicaciones.

—Mañana la conocerás —siguió Olivier.

—Vale.

Noah pinchó un par de macarrones con el tenedor y los probó.

—Está buenísima —dijo, mientras saboreaba el bocado—. Tienes razón, cocina muy bien.

—Te lo he dicho. Su madre es española y su padre americano, y creo que esa mezcla de culturas hace que cocine de miedo —explicó Olivier—. Un día

me hizo una paella, un plato típico español. Tienes que probarla. Está riquísima.

—Estaré encantada de probarla —dijo Noah—. Aunque espero que no acabe en el wáter después —bromeó.

Olivier metió la cuchara en su plato de sopa de marisco y se la llevó a la boca. Levantó el rostro y miró a Noah.

—¿Todavía tienes náuseas? —le preguntó.

Noah hizo un ademán afirmativo.

—No se me han quitado desde que me quedé embarazada —repuso.

—¿No te han dado nada para que remitan? —dijo Olivier.

—No, todavía no. Supongo que un poco más adelante lo harán.

Olivier se quedó unos segundos observándola. Había una sombra de preocupación en el fondo de sus ojos.

—Está siendo duro, ¿verdad? —preguntó.

Noah tardó unos segundos en responder.

—Decir que no sería mentir —afirmó—. Vivir con la posibilidad de abortar en cualquier momento es una sensación terrible —confesó.

El semblante de Olivier se ensombreció.

—Este embarazo te está trayendo muchos problemas —comentó serio,

dejando entrever de nuevo su disconformidad.

—Sí, bueno, pero estás cosas a veces pasan —dijo Noah, quitándole importancia.

No quería darle a Olivier una excusa para seguir demostrando su desaprobación respecto a su embarazo. Alzó la vista y se fijó en la locomotora de madera que le había regalado a Olivier. Seguía en el mismo sitio donde la había colocado el día de su cumpleaños.

—Todavía tienes en la estantería la locomotora que te regalé... —observó, cambiando de tema a propósito.

Olivier se limpió la comisura de los labios con la servilleta.

—Nunca la he quitado de ahí, y nunca la quitaré —aseveró.

Noah sonrió débilmente. Tenía que reconocer que le gustaba que Olivier no hubiera guardado el juguete en una caja y lo hubiera dejado olvidado en un altillo.

—Para mí es un tesoro —añadió Olivier—. De todas las cosas materiales que hay en este ático, esa locomotora de madera es la que tiene más valor para mí.

Noah lo miró con expresión de sorpresa. En el piso de Olivier había objetos con mucho valor económico. Tenía cuadros, esculturas y jarrones que costaban una fortuna. Olivier tenía allí una pequeña colección de arte. Era un

halago que pensara que la locomotora de madera que había hecho su padre tuviera más valor que todo eso.

Incluso sentimentalmente...

¿No había ningún objeto de su infancia o de sus padres que tuviera más valor sentimental que esa locomotora? ¿Qué había en el pasado de Olivier como para que no tuviera recuerdos agradables?

CAPÍTULO 47

Hacía un rato que la noche había caído sobre Nueva York, desplegando un manto azul oscuro sobre el cielo. El resplandor de las luces de la ciudad se colaba en la habitación. Una luz tenue proveniente de la lámpara de la mesilla iluminaba la estancia confiriéndole un ambiente acaramelado.

Noah estaba tumbada en el sofá, mirando la imagen en blanco y negro de la ecografía que le había dado la ginecóloga. Al ver la minúscula figura que se reflejaba, no más grande que una naranja, se preguntó cómo era posible que algo tan pequeño pudiera tener tanto efecto en su vida.

Ya lo quería.

Ya quería a su pequeño.

Se acarició la tripa con ternura.

—Sí, pequeño, sí, ya te quiero —susurró.

Estaba triste y pensativa. Lo había estado durante los últimos días, pero de pronto en sus labios se dibujó una sonrisa. Su *pequeño* ya era capaz de cambiarle el humor, y eso que todavía no había nacido.

Apoyó la cabeza en el sofá, suspiró y cerró los ojos. No pretendía dormirse, pero antes de que se diera cuenta estaba atrapada en los brazos de Morfeo.

Los nudillos de Olivier golpearon suavemente la puerta. Nadie respondió al otro lado. Volvió a llamar. Al obtener solo silencio, alargó el brazo y apoyó la mano en el pomo. Lo giró lentamente y abrió.

Cuando se asomó, vio a Noah tendida en el sofá.

—¿Noah? —la llamó con voz suave.

Ella no contestó.

Olivier terminó de abrir la puerta y se adentró en la habitación con pasos sigilosos. Noah estaba dormida. Se acercó y durante unos segundos la contempló en silencio. Los rasgos de su rostro se veían descansados y respiraba pausadamente. Su particular olor a jazmín llenaba la estancia,

despertando sus sentidos.

La echaba de menos... Solo Dios sabía cuánto la echaba de menos. El suave tacto de su piel, el sabor dulce de sus labios, sus ojos azules colmados de deseo cuando la follaba...

Olivier tenía la sensación de que iba a volverse loco.

Quería tocarla. Necesitaba tocarla; acariciarla con la yema de los dedos, recorrer su cuerpo con las manos hasta hacerla estremecer. Besarla hasta que su sabor formara parte de él...

Llevaba ya unos días conviviendo con Noah y se le hacía raro. Siempre había vivido solo; nunca había compartido casa con nadie. Muchas mujeres habían dormido allí una noche, quizá dos, pero nunca había querido vivir con ninguna de ellas, ni siquiera quería que viviera en el ático la asistenta. No le gustaba compartir espacio con nadie, pero con Noah era distinto. Con Noah todo era distinto...

Los pensamientos de Olivier se disiparon cuando su mirada reparó en la imagen que Noah sujetaba en la mano.

Era una ecografía.

Se inclinó y estirando la mano, la cogió con cuidado para que Noah no se despertara. Enderezándose de nuevo en toda su estatura, entornó los ojos y se quedó mirándola.

Al principio sus ojos apenas podían distinguir la sombra que reflejaba la instantánea. Pero gradualmente la imagen se fue aclarando. La mirada oscura repasó la silueta de la figura plasmada en la foto. Aunque era pequeño, si te fijabas bien, ya podía diferenciarse la cabecita, el cuerpo y las piernas... Parecía mentira que aquella forma diminuta fuera un ser humano. Parecía mentira que aquella forma diminuta fuera su hijo.

Su hijo...

Resultaba desconcertante, tanto que le costaba creerlo.

Apretó los dientes.

¿Por qué le molestaba tanto que Noah se hubiera quedado embarazada?

No era por el bebé. Lo que le enfurecía era su propia incapacidad para hacer frente a la situación. Las mismas dudas de siempre reverberaban en su cabeza. ¿Podría criar a ese niño como se debe criar a un hijo? ¿Sería capaz de darle amor? ¿de hacerle feliz? ¿Podría asumir semejante reto?

Negó para sí.

«No», se respondió a sí mismo.

Él no quería ser como su padre.

Se inclinó, dejó la ecografía de nuevo en la mano de Noah y salió de la habitación con el mismo sigilo con el que había entrado.

Cuando la puerta se cerró, pese a que Olivier había tratado de no hacer ruido, Noah se despertó. Confusa, pestañeó un par de veces y miró a un lado y a otro, pero no había nadie en la habitación, excepto ella. Pensó que había sido producto de su imaginación.

Suspiró.

Se levantó del sofá con un bostezo y dejó la ecografía en la cajita en la que la guardaba. Lo mejor sería que se pusiera el pijama y se metiera en la cama. El embarazo le daba mucho sueño.

CAPÍTULO 48

Noah tomó el papel y miró el boceto que había hecho. Cogió el lápiz y perfiló las líneas del escote. Pese a que tenía que permanecer en reposo, no podía dejar de trabajar, aunque tuviera que hacerlo en la cama. Se había comprometido con Adam Thorne y Erica González para hacer la colección de vestidos de novia que le habían encargado y no estaba dispuesta a dejarlos en la estacada. Era una oportunidad única para que su firma de ropa volviera a sonar después de todo lo que había pasado con Olivier.

—¿Qué haces? —le preguntó Olivier desde la puerta de la habitación.

—Estoy diseñando vestidos de novia —dijo Noah.

—¿Puedo verlos?

—Claro.

Olivier atravesó la estancia y se sentó en el borde de la cama. Cogió uno de los bocetos y lo observó con detenimiento. Tomó otro con la mano que tenía libre y miró uno y otro.

—Son muy bonitos —opinó con sinceridad.

—Gracias —dijo Noah.

—Tienes mucho talento.

Ella se sonrojó ligeramente. Olivier era poco dado a halagos y siempre se ruborizaba cuando le dedicaba uno.

—Sí, bueno... —balbuceó con humildad.

—Lo tienes. Siempre lo he pensado —afirmó Olivier.

—¿Es un halago? —le preguntó Noah, dejando entrever cierto escepticismo.

—¿Te resulta difícil aceptar que te pueda hacer uno? —dijo Olivier.

Noah apartó los ojos del diseño en el que estaba trabajando y lo miró directamente a los ojos.

—Sí —respondió.

—Sí, es un halago —afirmó Olivier—. Pienso que tienes talento desde que vi tus diseños por primera en la página web de la tienda.

Noah dejó el block encima de la cama.

—No parecía eso cuando presionabas a las directoras de las revistas para obligarlas a que me hicieran un reportaje.

Olivier apoyó los bocetos que había cogido sobre el resto.

—Pero eso era para acostarme contigo —dijo con sinceridad, directo como una bala, como era él—, no porque no creyera que tienes talento.

Noah no se sorprendió al oír aquella respuesta. Ya lo sabía.

—¿Ah no? —repitió.

—No —negó Olivier rotundo—. Hay aspectos de mi personalidad de los que no me siento orgulloso. Reconozco que me equivoqué, que no tenía que haber actuado del modo que actué, pero tienes talento. Mucho.

Olivier era un hombre al que le costaba pedir perdón y raras veces admitía cometer errores, pero Noah tenía que mantenerse firme.

—Bueno, al final conseguiste lo que querías —dijo sin poder evitar una nota de ironía en su voz.

Olivier sonrió con amargura.

—¿Y a qué precio? —preguntó retóricamente.

—Los dos hemos pagado un precio muy alto por nuestros errores —apuntó Noah.

Olivier la miró fijamente.

—¿Yo he sido un error en tu vida?

—Olivier, es mejor que no hablemos de...

En ese instante, el timbre sonó, interrumpiendo la conversación.

—Voy a abrir —dijo Olivier.

Se levantó de la cama y salió de la habitación. Un minuto después, Olivier apareció con Helen.

—Tienes visita —anunció.

—¡Helen! —dijo Noah, feliz de verla.

—Hola, cariño —la saludó ella.

Se acercó y le dio un par de besos.

—Os dejo, tengo que acudir a una reunión —dijo Olivier. Dirigió una mirada a su hermana—. No dejes que Noah trabaje mucho —le advirtió.

—A sus órdenes, sargento —bromeó Helen.

Noah puso los ojos en blanco.

—Hasta luego —se despidió Olivier.

—Hasta luego —respondieron Noah y Helen al unísono.

Olivier se marchó.

—¿Qué tal estás? ¿Cómo te encuentras? —preguntó Helen a Noah,

sentándose a su lado.

—Bien, un poco aburrida, pero bien —contestó ella.

Helen alargó los brazos y le mostró una pequeña bolsa de papel de un brillante color azul pastel.

—Mira lo que te he comprado. Bueno, se lo he comprado al bebé —dijo Helen, sin poder disimular su entusiasmo—. No me he podido resistir.

Los ojos azules de Noah se abrieron de par en par.

—Su primer regalo —dijo, cogiendo la bolsita que le ofrecía Helen.

—Sí, a ver si te gusta...

—Seguro que sí.

Noah abrió la bolsa y sacó de ella una pequeña caja envuelta en papel de regalo. Con impaciencia en las manos, la desenvolvió.

—Oh, Dios mío... —dijo al ver unos pequeños patucos blancos con un lacito alrededor.

—¿Te gustan? —quiso saber Helen.

—Me encantan. Son preciosos —respondió Noah, mirándolos detenidamente—. Son tan pequeños... —dijo con voz amorosa.

Los ojos le brillaban de emoción.

—Eran los más pequeños de la tienda, para que se los pongas nada más

nacer —apuntó Helen.

—Son una cucada, muchas gracias —dijo Noah, dándole un fuerte abrazo.

Cuando se separaron, dejó los patucos encima de la mesilla.

—Si vieras toda la ropita que había, Noah... ¡Madre mía! Un día tenemos que ir y comprarlo todo —dijo Helen.

Noah se echó a reír. Con Helen, a su *pequeño* no le iba a faltar de nada.

—¿Estabas trabajando?

—Sí, me comprometí con unos clientes de Sandro a diseñarles una colección de vestidos de novia y no quiero quedar mal con ellos.

Helen tomó uno de los bocetos.

—Noah, son una maravilla —observó, boquiabierta—. Si algún día me caso, serás tú quien diseñe mi vestido —añadió—. ¿Querrás diseñármelo?

—Por supuesto, ¿lo dudas? —dijo ella en tono distendido.

—¿Qué tal con Olivier? —le preguntó Helen, cambiando de tema.

Noah alzó los hombros.

—Hemos decidido portarnos como personas razonables, así que en esas estamos.

—¿Y con respecto al bebé? ¿Ha cambiado de actitud?

Noah movió la cabeza.

—No —negó—. El día que me llevó a urgencias, pudo oír el latido de su corazón. Pensé que... que hubo emoción en sus ojos, incluso quise creer que algo en su interior había cambiado, pero no ha sido así. Sigue mostrándose indiferente.

—¿Pero qué narices le pasa?! —exclamó Helen, molesta.

—No lo sé —dijo Noah con tristeza—. La verdad es que no lo sé. Olivier tiene muchos fantasmas, fantasmas que no ha enterrado, y yo no puedo competir contra ellos. —Se encogió de hombros, frustrada—. Ni siquiera sé cómo hacerlo.

CAPÍTULO 49

Noah miró a Helen.

—Una vez me contaste que vuestra infancia no había sido igual para Olivier que para ti. Que él había cuidado de ti... ¿No te acuerdas de nada más? —le preguntó.

Helen hizo memoria.

—Aunque resulte extraño, apenas tengo recuerdos de mi niñez, y los pocos que tengo son muy confusos —comenzó—. Sé que vivíamos con nuestro padre, pero él solo estaba en casa por la noche. Durante el día trabajaba. Olivier siempre me decía que lo mejor era que yo estuviera dormida cuando él llegara, así que lo veía poco.

—¿Por qué? —preguntó Noah.

Helen se encogió de hombros.

—No lo sé. Yo hacía caso a mi hermano en todo lo que me decía. Él era quien me cuidaba durante el día y para mí era como mi madre y mi padre — expuso.

—¿Y vuestra madre?

Helen miró a Noah con gesto ligeramente sombrío.

—Un día se fue. Sin más. Eso me dijo Olivier.

—¿Os... abandonó? —preguntó Noah en tono cauteloso, al advertir que aquel tema afectaba a Helen.

—Sí —afirmó ella con tristeza.

—¿Y nunca supisteis nada más de ella?

—No, nunca —contestó Helen—. Después, cuando ya éramos adolescentes, estuvimos unos años en una especie de albergue o casa social...

Noah enarcó las cejas.

—Siempre he pensado que erais ricos de cuna —apuntó, sorprendida al ver que no era así.

Helen se echó el pelo hacia atrás y esbozó una leve sonrisa.

—Oh, no, no. Ni mucho menos. Todo lo contrario, de pequeños incluso tuvimos problemas económicos —se apresuró a decir con humildad.

«Ahora entiendo por qué Olivier se quedaba mirando esa locomotora en el escaparate de la tienda. Nadie podía regalársela», conjeturó Noah en silencio.

—La fortuna la ha amasado Olivier durante estos años —prosiguió Helen—. Tiene muy buen ojo para las finanzas. Es muy inteligente.

—Sí, tiene una mente prodigiosa —murmuró Noah con admiración en la voz. Le había visto trabajar y sabía lo bueno que era en su campo—. ¿Qué pasó con tu padre? —continuó indagando.

—No estoy segura. Recuerdo que Olivier y él discutieron. La pelea fue terrible. Terrible. —Helen se estremeció al recordarlo. Se acarició los brazos para paliar el escalofrío que le había recorrido el cuerpo—. Aquella misma noche, en mitad de la madrugada, mi hermano y yo nos escapamos de casa.

El rostro de Noah se llenó de asombro.

—¿Huisteis? —preguntó, perpleja.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Cuál fue la razón? ¿Olivier no te lo dijo? —Noah no entendía nada.

Helen sacudió la cabeza.

—No. No me dio ninguna explicación. Pero a partir de ese día su carácter cambió. Se volvió hosco, hermético, serio... duro —respondió—. Lo único que ha hecho todos estos años ha sido cuidarme y protegerme. —Helen

guardó silencio unos segundos y después dijo—: Muchas veces me he preguntado qué pasó, pero Olivier nunca ha querido hablar de ello. Es un tema tabú.

—Ahora también lo sigue siendo —comentó Noah.

—No sé qué pudo hacer que cambiase.

—Y creo que nunca lo vamos a saber —repuso Noah con pesimismo.

—Hace algunos años traté de averiguar dónde estaba mi padre...

Noah prestó mucha atención.

—¿Y? —preguntó con impaciencia.

—No conseguí averiguar nada.

—¿Ni un solo dato?

—Ninguno. Es como si se lo hubiera tragado la Tierra, como si nunca hubiera existido.

—¿Y Olivier qué dijo al respecto?

—Olivier no sabía nada, lo hice a sus espaldas. Él nunca hubiera aprobado que yo hubiera buscado a nuestro padre —explicó Helen.

—¿Y de vuestra madre tampoco sabes nada?

Helen movió la cabeza de un lado a otro, negando. En su gesto había impotencia.

—No —dijo.

Noah suspiró. Tenía la cabeza hecha un lío.

Si pretendía saber algo de la infancia de Olivier, y así conocer sus fantasmas y comprender su comportamiento, había fracasado estrepitosamente. Su pasado estaba lleno de misterio e incógnitas, más de las que pensaba, y ahora se había abierto un abanico de preguntas mayor que el que tenía antes. ¿Qué había pasado con su madre? ¿Y con su padre? ¿Por qué él y Helen habían escapado aquella madrugada de casa?

CAPÍTULO 50

Noah entró en la cocina en busca de un vaso de agua fresca.

—Oh, hola —saludó sorprendida a la mujer de mediana estatura, morena y de pequeños ojos castaños, que estaba de espaldas y que se dio la vuelta cuando escuchó su voz.

—Hola, ¿es usted la señorita Winter? —preguntó la asistente.

Noah sonrió.

—Sí, y usted es la señora Brown, ¿verdad?

La mujer asintió.

—Sí, soy yo.

Noah le tendió la mano.

—Encantada de conocerla —dijo.

—Igualmente —respondió la asistenta.

Dejó el paño sobre la encimera y le estrechó la mano que le ofrecía Noah.

—He venido a por un vaso de agua.

—¿Por qué no me ha avisado? Se lo hubiera llevado a la habitación.

—No sabía que estaba en casa.

—Ha sido culpa mía —dijo la señora Brown—. Debí haberle avisado de que estaba aquí. Lo siento.

Noah agitó la mano.

—No se preocupe —repuso.

—Pero tiene que guardar reposo —le recordó la señora Brown.

Noah pensó que Olivier la había aleccionado muy bien.

—Sí, es cierto, pero a veces necesito caminar, estirar las piernas... Pasar tanto tiempo en la cama me va a entumecer los músculos —explicó Noah.

—Le entiendo.

Noah bajó el tono de voz, aunque Olivier estaba en el despacho.

—Pero no se lo diga a Olivier —dijo en broma.

La asistenta dejó escapar una risilla.

—No le diré nada, tranquila —dijo en tono de complicidad.

Cogió un vaso del armario y se dirigió a la nevera.

—¿Cómo quiere el agua? ¿Fresquita o del tiempo? —le preguntó a Noah.

—Fresquita. Gracias —respondió ella, al tiempo que se sentaba en una silla.

La asistenta cogió una botella y llenó el vaso de agua.

—Aquí tiene —se lo ofreció a Noah.

Ella lo tomó y dio un trago largo.

—¿Quién dijo que el embarazo no tiene dificultades? —comentó Noah, dejando el vaso en la mesa.

—Sí, ¿quién lo dijo? —comentó la asistenta, dándole la razón.

Abrió el lavavajillas y comenzó a sacar los cacharros que había en su interior.

—¿Tiene hijos? —le preguntó Noah mientras la veía trastear.

—Tengo dos.

—Entonces sabrá los sacrificios que hacen las madres por sus hijos...

—Sí, lo sé. Una madre hace todo por sus pequeños.

Noah lanzó un suspiro.

—Es increíble cuánto se les quiere, incluso aunque todavía no hayan nacido.

—Es el amor más puro que hay en el mundo.

—Yo también pienso que el amor de una madre a un hijo es el más puro que existe, y el más incondicional.

—Es cierto, nunca pedimos nada a cambio. —La asistente hizo una pequeña pausa. Colocó unos platos en el armario—. Puedo hacerle un comentario...

—Sí, claro.

—Nunca pensé que vería al señor Brooks como padre. No parece un hombre muy dado a... ya sabe.

—Bueno, las cosas no son fáciles con Olivier —dijo Noah, dando vueltas al vaso de agua—. Este embarazo ha sido una sorpresa para los dos. También para mí.

—No se preocupe, todo se normalizará cuando nazca el bebé —la animó la asistente.

Noah hizo una mueca. Ella no estaba segura de eso. Las barreras que había levantado Olivier a su alrededor parecían indestructibles.

—¿Le apetece comer algo especial? —le preguntó la señora Brown, cambiando de tema.

Había advertido que el rostro de Noah había adoptado una expresión triste.

—Olivier me ha hablado muy bien de su paella —comentó Noah.

—¿Quiere que prepare una para hoy?

Noah sonrió con expresión pilla.

—¿Sería tan amable? —dijo como si fuera una niña pequeña.

—Por supuesto —respondió la asistenta.

CAPÍTULO 51

Noah alzó los ojos y vio que Olivier la miraba fijamente con curiosidad desde el otro lado de la mesa. Terminó de masticar el bocado y tragó con rapidez.

—Sé lo que estás pensando —dijo.

—¿Lo sabes? —preguntó él.

—Sí, piensas que como cómo un león marino —repuso Noah—, y tienes razón. Parece que dentro tengo un dragón en lugar de un bebé —bromeó, metiéndose el tenedor en la boca con avidez.

Olivier no pudo evitar echarse a reír.

—La verdad es que me alegra ver que has recuperado el apetito. Los primeros días apenas comías.

Noah masticó rápidamente y tragó de nuevo. Debía reconocer que tenía un hambre atroz, como si tuviera el estómago roto.

—Es que la paella de la señora Brown está riquísima —comentó, metiéndose un trozo de pan en la boca.

—¿Ya la has conocido?

—Sí, esta mañana. Es muy maja.

—Si necesitas algo, pídeselo. Está aquí para atenderte.

Noah asintió.

Noah giró el rostro y miró por los ventanales. El cielo estaba plumizo y el cielo amenazaba con una inminente tormenta. Llevaba todo el día nublado, dando un aspecto de fotografía melancólica, y de un momento a otro iba a empezar a descargar agua.

Se dio la vuelta en la cama, dando la espalda a los ventanales y rezó para que la tormenta pasara de largo. Odiaba las tormentas. Más bien la aterraban, sobre todo de noche. Le ocurría desde que era pequeña. No lo podía evitar.

Pero su rezo no fue escuchado.

Un rato después, un relámpago surcó el cielo, iluminando la habitación con un fantasmagórico resplandor azul eléctrico.

—No, no, no... —masculló.

Cogió la almohada y se tapó con ella la cabeza, adelantándose a lo que iba a venir. Un trueno, con un sonido ensordecedor, estalló sobre Nueva York. Los cristales que formaban las paredes vibraron. Noah apretó más la almohada contra su cabeza. El miedo le caló hasta los huesos.

¿Cómo podían vibrar así los cristales? Parecía que se iban a romper en cualquier momento.

Noah se imaginó la escena, los cristales saltando en mil pedazos y el agua entrando a raudales en la habitación. Sintió pánico. Se estremeció.

—Dios mío... —dijo con angustia en la voz.

La tormenta trajo consigo un viento fuerte que resoplaba en lo alto del edificio como si quisiera derribarlo. De pronto comenzó a descargar una violenta lluvia cuyas gotas golpeaban con virulencia los ventanales. Otro relámpago atravesó el cielo negro y un trueno lo siguió, mucho más fuerte que el anterior. El ruido era seco y recorrió de un lado a otro la ciudad. Noah se sobresaltó y profirió un grito.

Olivier abrió los ojos de golpe.

—Noah... —murmuró.

Retiró las sábanas y saltó de la cama. Atravesó la habitación a zancadas y salió. Asustado, abrió la puerta del dormitorio de Noah.

—Noah, ¿estás bien? ¿Qué te pasa? —le preguntó con el corazón en la garganta.

—La tormenta, Olivier, me da mucho miedo —respondió ella, casi al borde del llanto.

Olivier respiró aliviado. Durante unos segundos había pensado que... Sacudió la cabeza, apartando esos pensamientos funestos de su mente.

—Todo está bien —dijo con voz tranquilizadora.

Buscó con la mano el interruptor de la luz y la encendió. Un resplandor azulado iluminó de inmediato la habitación. Se encontró a Noah acurrucada en la cama, temblando, con el rostro descompuesto y los ojos apretados con fuerza.

Otro trueno sacudió el cielo. Una ráfaga de viento y lluvia golpeó los cristales. Noah apretó los labios para no gritar.

—Noah, solo es una tormenta —dijo Olivier, tratando de calmarla.

—Lo sé, pero me dan mucho miedo, sobre todo esta, que es apocalíptica —comentó ella con angustia.

Olivier fue hacia los ventanales, apretó un botón y la domótica se encargó de bajar las enormes persianas. Después corrió las cortinas y se acercó a la

cama de Noah. Se sentó a su lado.

—Olivier... —susurró ella con aprensión.

Olivier alargó la mano y le apartó un mechón de pelo de la cara.

—Tranquila, pequeña, estoy aquí —dijo con voz suave.

Noah se incorporó y se sentó en la cama.

—Siento mucho haberte despertado —se disculpó.

Olivier sonrió indulgente.

—No te preocupes por eso —dijo.

Noah se pasó la mano por la frente.

—Sé que soy una tonta, que solo es una tormenta —reconoció—. Pero es que me dan mucho miedo.

—No eres una tonta. Todos tenemos miedo a algo —dijo Olivier, consolándola—. ¿Ya estás mejor? —le preguntó.

—Sí.

—Bien —dijo Olivier.

Asintió y se levantó. Otro trueno restañó en el cielo, haciendo que los cristales volvieran a vibrar.

—¿Te vas a ir? —Las palabras salieron de la boca de Noah antes de que pudiera frenarlas, incluso ella misma se sorprendió de hacer aquella pregunta.

Su voz era suplicante.

Olivier la miró con una ligera nota de confusión en el rostro.

—¿Quieres que me quede a dormir contigo? —le preguntó.

—Sí, por favor —rogó Noah.

—Está bien...

Olivier rodeó la cama y se metió en el hueco que había libre.

—Gracias —dijo Noah.

—Shhh... —la silenció Olivier—. Cierra los ojos, pequeña —le susurró—.

Duérmete.

Instintivamente, Noah se acurrucó contra él. Apoyó la cabeza en su hombro y hundió el rostro en la curva de su cuello. Olivier le pasó el brazo por la cintura y la abrazó protectoramente, mientras la tormenta seguía sacudiendo Nueva York con una violencia súbita.

CAPÍTULO 52

Olivier trataba por todos los medios de ignorar el suave calor que desprendía el cuerpo de Noah, trataba de ignorar el olor a jazmín de su pelo, su respiración pausada... pero le resultaba imposible. No era inmune a ella, y su entrepierna tampoco.

Soltó el aire de golpe; dormir con Noah iba a ser una tortura para él.

Tras un largo rato abrazándola, se dio cuenta sorprendido de que le gustaba protegerla, cuidarla. Se había asustado mucho al oír su grito en mitad de la noche. Cuando había llegado a la habitación, Noah era como una niña pequeña asustada. Y cuando le había pedido que se quedara... No debió pedírselo; y él no debió quedarse. No si quería mantener su lujuria a raya.

Noah se movió a su lado y los ojos de Olivier bajaron hasta su rostro. Le

apartó un mechón de pelo de la cara para observarla mejor.

¡Dios, era tan guapa!

Y desde que estaba embarazada lo estaba aún más. No sabía por qué, pero el estado de buena esperanza la había embellecido aún más.

Suspiró y cerró los ojos, concentrándose en dormir y no en que Noah estaba pegada a él.

Noah se despertó.

El silencio lo inundaba todo.

La tormenta había pasado, por fin.

Giró la cabeza y miró a través de los ventanales. El cielo, que se dejaba ver por una de las persianas que Olivier no había bajado, estaba despejado. Brillaba con los colores pastel del amanecer, confiriéndole a la habitación una atmósfera de cuento de hadas.

La mirada se desvió hasta Olivier. Dormía a su lado plácidamente, con el brazo fuerte y musculoso alrededor de su cintura.

Noah lanzó al aire un suspiro hondo. Parecía un príncipe azul con su pelo

negro azabache, sus rasgos marcados, sus largas pestañas y su semblante regio. Era un príncipe azul con un lado oscuro del que no quería hablar.

—Oh, mi Olivier... —se le escapó decir en un susurro.

Como si su mano tuviera voluntad propia, se levantó y se apoyó en su mejilla. Se la acarició con cuidado.

—Si hablaras conmigo... Si te abrieras a mí... Si dejaras de vivir tras los muros que has levantado para protegerte...

Olivier se movió. La sábana se deslizó por su cuerpo y dejó al descubierto su torso desnudo y parte de sus caderas. Los músculos seguían estando tan definidos como siempre, incluso más.

Noah sintió un golpe de lujuria en la entrepierna, seguido de un hormigueo que viajaba de los pies a la cabeza. Trataba de no mirarle por debajo de la cintura, pero no lo conseguía. Los ojos se iban involuntariamente al enorme bulto que había bajo los bóxer. ¿Por qué no podía apartar los ojos de ese lugar?

«Este ataque de lujuria debe de ser por el embarazo —se justificó ante sí misma—. Sí, tiene que ser por el embarazo —se repitió».

Movió la cabeza, huyendo de las cosas que se le pasaban por ella; cosas como cuando la ataba al catre de la cama y...

Gimió sin querer.

Los recuerdos surgieron en su cabeza como un caleidoscopio. Casi podía sentir el metal de las esposas rozando sus muñecas; sus besos, sus caricias y como la follaba de forma salvaje.

—¡Basta, Noah! —se reprochó en voz baja.

Debía lavarse el cerebro con agua y jabón.

¿Qué podía hacer para apartar de su mente ese deseo? Darse una ducha de agua fría.

—Sí, me daré una ducha.

«Noah, apártate de él —se ordenó a sí misma al advertir que su cuerpo no obedecía las órdenes de su cerebro—. Muévete».

Pero no podía. Y se acercó más si cabía, atraída por su olor a sándalo.

«Venga, muévete», se repitió.

Haciendo un esfuerzo, se dio la vuelta en la cama, se levantó y fue hasta el cuarto de baño. Tras cerrar la puerta, se acercó al espejo. Durante unos segundos, se quedó mirando su reflejo. Los ojos le brillaban, tenía las mejillas ruborizadas y los labios sonrosados. El semblante de una mujer excitada.

—¡Mierda!

Se deshizo rápidamente del pijama, dio el grifo de la ducha y se metió bajo

el chorro de agua.

Mientras se enjabonaba el cuerpo, trataba de no pensar en que Olivier estaba al otro lado de la puerta, a solo unos metros. Giró el grifo para que el agua saliera más fría.

—¿Lo de las duchas frías no era propiedad exclusivamente de los hombres? —se preguntó, molesta—. No, desde luego que no, ahora mismo yo estoy rompiendo esa extraña exclusividad.

Se enjuagó el pelo y salió del cubículo. Envuelta en el albornoz blanco entró de nuevo en la habitación. Olivier estaba sentado en el borde de la cama, de espaldas a ella.

—Buenos días —dijo Noah.

Olivier volvió el rostro hacia ella. En sus ojos negros asomó una intención maliciosa cuando la miró despacio de los pies a la cabeza. Estaba tremendamente sexy con el pelo mojado, el rostro ligeramente sonrojado por el vapor de la ducha y su aire dulce.

—Buenos días —correspondió escueto.

—El día ha amanecido muy claro —comentó Noah, en contraposición a la tormenta que había tenido lugar unas horas antes.

—Después de la tormenta llega la calma —dijo Olivier.

—Sí. —Noah avanzó unos metros por la habitación. Se sentía

especialmente tímida. Hacía mucho tiempo que no compartía cama con Olivier, aunque solo hubiera sido para dormir—. Gracias por... por quedarte conmigo —le agradeció, jugueteando con el cinturón del albornoz.

—Tranquila. —Olivier guardó silencio. Tenía que controlarse o se pondría en evidencia delante de Noah. No era posible que su cuerpo lo estuviese traicionando en ese momento—. Será mejor que me vaya —dijo, levantándose, antes de que una erección hiciera acto de presencia.

Noah estudió el rostro de Olivier. Tenía un semblante taciturno y serio, y parecía preocupado.

—Olivier, ¿estás bien? —le preguntó.

Olivier se quedó mirándola, estudiando su rostro. Luego lanzó al aire un suspiro y se mesó el pelo.

—No, Noah, no estoy bien —respondió con actitud de rendición. Ella frunció el ceño. ¿Qué le pasaba?—. No dejes de pensar en que solo llevas el albornoz. —Olivier sacudió la cabeza—. Sé que no debería tener estos pensamientos; que estás embarazada, pero... no puedo evitarlo.

Olivier echó a andar.

—Olivier, yo... —musitó Noah.

Cuando Olivier pasó a su lado, un impulso hizo que la cogiera sorpresivamente por la cintura y la atrajera hacia él.

El tiempo se detuvo.

CAPÍTULO 53

Los ojos de Olivier se oscurecieron. El sexo complicaría una relación ya de por sí complicada, pero no podía evitar sentir lo que sentía.

—¿Qué haces con mi autocontrol, Noah? ¿Qué haces con él? —gruñó con voz ronca.

Su intensa mirada negra quemó a Noah. El corazón de esta se aceleró.

¿Qué hacía Olivier con el suyo? ¿Dónde quedaba su fuerza de voluntad cuando lo tenía cerca?

Suspiró.

Olivier le pasó la yema del pulgar por el labio inferior mientras percibía cada latido de su corazón, cada respiración que manaba de su pecho. Noah se estremeció con el contacto, enviando oleadas de placer por sus venas.

—Cuando me miras como me estás mirando ahora, no puedo pensar con claridad. Vas a volverme loco —dijo Olivier, sabiendo que dejaba de tener el control.

A Noah se le puso la carne de gallina solo de oírlo.

La rodeó con los brazos y la apretó contra su cuerpo. La miró fijamente con intensidad, y vio que en su mirada azul descansaba el mismo deseo que sentía él. Una caricia, un beso y Noah susurraría su nombre.

Posó los dedos en su barbilla y le hizo levantar la cabeza para que lo mirara.

—¿Me deseas? —le preguntó con voz profunda, masculina, aunque sabía la respuesta.

El brillo de los ojos negros de Olivier era hipnotizador. Noah era incapaz de desviar la mirada. ¿Por qué la atraía de aquella manera tan animal? ¿Tan primitiva?

Sí, lo deseaba. Lo deseaba como nunca había deseado a nadie. Estar de nuevo entre sus brazos era como volver a casa, al hogar, después de una larguísima ausencia. Lo echaba de menos. ¡Dios, lo echaba tanto de menos!

La última parte de su mente que se mantenía racional se desvaneció.

—Nunca he dejado de desearte —confesó en un hilo de voz, completamente rendida a él.

Un deseo urgente y primitivo corrió por las venas de Olivier. Inclino la cabeza y tom6 la boca de Noah como si tuviese derecho a hacerlo, como si quisiera marcarla para siempre; dejar una huella indeleble en ella. Introdujo la lengua en los labios entreabiertos de Noah, transmitiendo dominio y autoridad en el gesto.

Noah dej6 escapar un gemido. El sonido de su respiraci6n agitada era algo maravilloso, pens6 Olivier.

Baj6 las manos y le deshizo el nudo del albornoz. Separ6 los extremos de la prenda y desliz6 los dedos por la espalda y las caderas, acarici6ndola. Su piel era c6lida como el sol de una tarde de primavera. Sentir su suavidad bajo las yemas fue un retorno a casa, un redescubrimiento.

Le agarr6 los gl6teos y la apret6 contra 6l. Su erecci6n choc6 apremiante con el vientre de Noah, que se estremeci6 de excitaci6n. Olivier puso las manos en sus hombros y dej6 que la pesada prenda cayera al suelo. Durante unos segundos contempl6 su cuerpo desnudo.

—No sabes c6mo te he echado de menos —murmur6 con voz acariciadora—. No lo sabes...

Aquellas palabras hicieron que Noah se derritiera por dentro. Dej6 escapar un gemido de anticipaci6n. Deb6 de admitir que ten6a hambre de Olivier. Su piel esperaba con ansiedad las caricias de sus grandes y elegantes manos.

Se humedeció los labios con la punta de la lengua.

Llevado por el fuego que crecía en su interior y el hormigueo de la piel, Olivier hundió los dedos en su pelo y se lanzó de nuevo a Noah, devorándole la boca una y otra vez. Ella deslizó las manos hasta su firme estómago y se sorprendió del poder que tenía sobre él al hacer que se estremeciera.

Los labios de Olivier bajaron hasta su garganta mientras los dedos le apretaban los pezones. Noah gritó.

Sin dejar de besarse caminaron hasta la cama. Noah se tumbó con cuidado sobre el colchón y Olivier se colocó encima de ella, con las manos a ambos lados de su cabeza para que su peso no la aplastase.

—Noah... Oh, mi Noah... —suspiró, exhalando el aliento sobre su boca.

Olivier gimió tenuemente antes de mordisquearle el labio inferior. Noah introdujo las manos en su pelo negro y acercó su rostro a ella. Deseaba besarla; deseaba su calor, su abrazo, incluso su control...

Olivier bajó la cabeza y su boca jugueteó con los pechos de Noah.

—Olivier... —gimió ella cuando su lengua comenzó a hacer círculos alrededor del pezón.

Olivier le agarró las muñecas y le puso las manos por encima de la cabeza.

—Noah, ¿qué quieres? —le preguntó—. Dímelo.

—Que me folles —respondió ella.

—Se te olvida algo... —susurró Olivier con mordacidad.

Noah sabía a qué se refería.

—Por favor, Olivier... Quiero que me folles, por favor...

—Así está mejor —sonrió él con picardía—. Así es como me gusta.

Olivier siguió descendiendo, besándole los costados, las costillas, el abdomen... Fue cuando llegó al vientre cuando recordó que Noah estaba embarazada. Se detuvo de inmediato y levantó la cabeza al tiempo que dejaba escapar una palabra malsonante.

—¿Qué ocurre? —preguntó Noah, descolocada.

—Tienes un embarazo de riesgo... —dijo Olivier—. El sexo no es aconsejable.

Noah resopló, frustrada. Tenía razón, aunque a sus cuerpos eso le daba igual.

Olivier le dio un beso en la frente, se apartó un poco y la miró. Tenía la larga melena rubia extendida sobre la almohada, como si fuera una criatura mágica, y sus ojos se veían de un azul casi transparente con la claridad del sol.

—No podemos hacerlo. Ahora no —dijo, dejándose caer a un lado con el

deseo frustrado.

—Tienes razón —murmuró Noah.

¿Cómo podían haberse dejado llevar por el deseo de aquella forma?, se preguntó Olivier. Se había olvidado de todo. Solo había pensado en Noah; en sus ojos azules como el mar; en su calor, en su sabor, en su olor a jazmín...

Maldijo para sus adentros.

Habían cometido un error, y no se podía repetir.

Era una pérdida de control inaceptable. Él no era una persona que se dejase llevar. No era así... No era así hasta que tenía delante a Noah. Entonces todo su autodomínio saltaba por los aires. Ella era la única capaz de poner patas arriba su mundo de extremo orden y método. No le quedó más remedio que reconocerse a sí mismo lo frágil que era su autocontrol frente a Noah.

—Lo más sensato es que me vaya —habló.

Sin mediar más palabra, se levantó de la cama. Tuvo que luchar contra todos sus instintos para salir de la habitación.

Noah suspiró ruidosamente y movió la cabeza cuando la puerta se cerró detrás de Olivier. Estaba temblando, sin aliento, aturdida por el intenso deseo que la azuzaba.

Él llegó a su habitación y, tras deshacerse de los bóxer, se metió directamente en la ducha. Durante unos segundos se abandonó al chorro de agua, sintiendo como iba aliviando su tensión. Aunque trataba de huir de Noah, su imagen interrumpió en su mente.

Revivió los besos que le había dado y notó que se estaba excitando otra vez, solo de recordarlo. La polla se le endureció cuando se la imaginó con el pelo suelto, cayendo sobre los pechos desnudos. Fue más allá... A través de los mechones dorados se veían los rosados pezones, erguidos por el deseo.

Se imaginó inclinándose sobre ellos, tomándolos con la boca y besándoselos, lamiéndoselos, succionándoselos... Se imaginó acariciando sus muslos y metiendo un dedo en su interior... mientras ella le acariciaba la dura erección con la mano.

Gimió.

La pondría de cara a la pared, le abriría las piernas y la penetraría desde atrás mientras le susurraba al oído que se la metería hasta el fondo.

Volvió a gemir y se estremeció.

Maldijo.

Cerró los ojos, bajó la mano hasta su miembro enhiesto, levantó el rostro

hacia el chorro de agua y comenzó a masturbarse.

CAPÍTULO 54

El sol de otoño brillaba suave en lo alto de un cielo azul y despejado, y una brisa leve soplaba, refrescando el ambiente. Cansada de estar en la cama, Noah se había levantado y se había puesto a trabajar en una de las mesas que tenía la enorme terraza que poseía el ático de Olivier.

Había escaneado los diseños de la colección de trajes de novia que había hecho para Adam Thorne y Erica González. Ahora se los tenía que enviar por email a Sandro, para que él se los hiciera llegar a Adam junto con algunas indicaciones precisas. Sin embargo Internet parecía que se había puesto en huelga, porque llevaba un rato intentando mandárselos, pero no había manera.

—Ufff... —bufó agobiada.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Helen, que en esos momentos entraba en la terraza.

—Hola, Helen —la saludó Noah con una sonrisa.

—Hola, cariño —dijo Helen, inclinándose sobre ella y dándole un beso en la mejilla. Después se sentó y dejó el bolso en la silla de al lado—. ¿Qué te pasa? ¿A qué viene esa cara? —le preguntó.

—Tengo que enviar sin falta los diseños de la colección de trajes de novia a Sandro Santoro para que se los haga llegar a sus clientes, pero no hay forma humana ni divina de hacerlo —respondió con voz frustrada.

—¿Por qué?

—Porque Internet no funciona —contestó Noah con exasperación.

—Noah, no te agobies —le aconsejó Helen.

Noah chasqueó la lengua con impaciencia.

—Pero es que se me agota el tiempo, solo me quedan un par de horas e Internet se niega a funcionar. ¡Maldita Ley de Murphy! —se quejó.

Helen no pudo evitar sonreír con benevolencia.

—Ya, Noah.

—¿Qué voy a hacer? Si no les llegan a tiempo, Adam Thorne y Erica González van a pensar que soy una irresponsable y no volverán a confiar en

mí, y lo peor es que tendrán razón —dijo Noah en tono melodramático. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Noah, estás exagerando —comentó Helen.

Noah resopló cómicamente.

—¡Dios santo! Las hormonas están haciendo estragos en mí —bromeó.

Helen echó a reír.

—Escucha, ¿por qué no hacemos una cosa? —comenzó a decir—. ¿Qué te parece si yo le llevo esos bocetos a Sandro?

El rostro de Noah se iluminó. La idea era perfecta. Cogió las manos de Helen.

—¿Harías eso por mí? —le preguntó.

Helen blandió una amplia sonrisa en los labios.

—Por supuesto.

Noah arrugó la nariz.

—¿No será demasiada molestia?

—No es ninguna molestia —contestó Helen de buena gana—. No me cuesta ningún trabajo. Solo dame la dirección de la empresa de Sandro, e iré.

—¿Te he dicho que te adoro? —dijo Noah.

—Creo que no —bromeó Helen.

—Pues te adoro —repitió Noah. Se acercó a Helen y le dio un afectuoso beso en la mejilla—. ¿Puedes ir ahora?

Helen consultó su reloj de pulsera. Las manecillas marcaban las cinco y cinco.

—Sí. Hasta las ocho no tengo que volver a la empresa para asistir a una reunión. Después de dejarle los diseños a Sandro, me voy directamente a la reunión.

—Te lo voy a agradecer toda la vida —dijo Noah.

—Tonterías.

—Voy a por una carpeta para guardar los bocetos y lo preparo todo.

—Vale.

Un minuto después, Noah regresó a la terraza con una carpeta azul marino en la mano.

—¿Y qué tal está mi sobrinito? —le preguntó Helen en tono cariñoso.

—Me da que va a ser un niño muy guerrero —dijo Noah con humor mientras metía los diseños de la colección en la carpeta.

—¿Por qué dices eso?

—Porque sigo con las náuseas, con los mareos y comiendo como si no hubiera un mañana.

—¿Lo dices en serio?

—Y tan en serio. No sabes el número de veces al día que asalto la nevera. Trato de controlarme porque la bronca que me va a echar la ginecóloga en la próxima cita va a ser monumental —le explicó Noah, al tiempo que se sentaba de nuevo—. Le digo a Olivier que parece que estoy gestando un dragón en lugar de un bebé.

Helen dejó escapar una carcajada.

—Tienes unas cosas... —balbuceó entre risas.

—Es la verdad —reiteró Noah.

La expresión de Helen adoptó un aire serio.

—¿Y qué tal con Olivier? —preguntó.

Noah se encogió de hombros.

—Bien, aunque no hay muchos cambios —contestó—. La otra noche dormimos juntos, pero...

—Alto ahí... —le cortó Helen, alzando la mano y mostrándole la palma a Noah—. ¿Cómo que dormisteis juntos? —repitió.

—Fue el día de la tormenta. Yo estaba muerta de miedo. Me aterran. Lo paso fatal y la de la otra noche fue espantosa —aclaró. Cambió de postura en la silla—. Dio un fuerte trueno y grité. Olivier vino a la habitación para ver

qué me pasaba y bueno... le pedí que se quedara conmigo —le resumió rápidamente—. No fue algo premeditado.

Helen la miró con curiosidad.

—No quiero ser cotilla, pero ¿pasó algo entre vosotros?

—Casi. Por la mañana nos besamos y estábamos a punto de... ya sabes, pero Olivier se detuvo. El sexo es desaconsejable en casos de embarazos de riesgo.

Noah no lo dijo en alto, pero pensó que aún menos el sexo de Olivier, que era salvaje.

—Entiendo —dijo Helen.

—Pero no hay mucho más —apuntó Noah—. El sexo no deja de ser sexo. No tiene que ver mucho con el amor ni con nada parecido. Tiene que ver con la atracción física y con las hormonas.

—¿Qué crees que va a pasar cuando nazca el bebé?

Noah volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé... Me iré con mi pequeño a vivir a mi piso—respondió.

—¿Crees que Olivier te lo va a permitir?

—¿Y qué va a hacer? A él le da igual este bebé... Vivir aquí solo sería un problema.

—Ya sabes que cuentas conmigo para lo que necesites. Si quieres, puedes venirte a vivir a mi casa, yo estaré encantada —dijo Helen.

Noah sonrió, agradecida.

—Gracias, pero estaré bien en mi piso —dijo.

—Los primeros días tras el parto es mejor que te vengas conmigo. Una mamá, y sobre todo primeriza, necesita mucha ayuda.

Noah reflexionó sobre ello unos segundos. La verdad es que sí que iba a necesitar ayuda. Mucha. Helen era muy amable ofreciéndosela.

—Te lo agradezco, Helen. Agradezco mucho, más de lo que te imaginas, todo lo que estás haciendo por mí: tu apoyo, tu comprensión, tu paciencia... No sé qué haría sin ti.

—No seas tonta, Noah... —dijo Helen, quitando importancia al asunto.

—Pero es que es cierto. Estos últimos meses te has convertido en una hermana para mí. —Noah se emocionó.

—No llores Noah, o terminaré llorando contigo —dijo Helen, abrazándola.

—Dios mío, definitivamente tengo un problema con las hormonas. Esto es como una montaña rusa —bromeó de nuevo Noah.

Helen le dio un cariñoso beso en la mejilla.

—Anda, dame la dirección de Sandro para llevarle los bocetos —dijo.

Noah sonrió mientras apuntaba en un papel la dirección exacta donde estaba ubicada la empresa de Sandro.

—Aquí tienes —dijo, ofreciéndoselo a Helen.

Ella tomó la carpeta en la que unos minutos antes Noah había guardado los diseños de los vestidos de novia y se levantó de la silla.

—Me voy o no llegaré a tiempo —dijo.

Noah alzó la vista hacia ella.

—Muchas gracias.

Helen le guiñó un ojo.

—Luego te llamo y te cuento.

—Vale.

—Hasta luego —se despidió Helen.

—Hasta luego.

CAPÍTULO 55

Helen se introdujo en el ascensor junto a un grupo de ejecutivos compuesto por hombres y mujeres y subió hasta el despacho de Sandro.

—¿Está el señor Santoro? —le preguntó a su secretaria, una mujer joven, con el pelo rubio ceniza recogido en una coleta alta.

—¿De parte de quién? —dijo la mujer, por encima de la pantalla del ordenador.

—De Helen Brooks —respondió Helen.

—¿Tenía cita con él, señorita Brooks? —quiso saber la mujer, al ver que no le sonaba su nombre.

Helen hizo una mueca con los labios.

—No —negó.

—Entonces me temo que no puede verlo, tendrá que pedir cita.

—Vengo de parte de Noah Winter. ¿Puede decirle al señor Santoro que le traigo los diseños de la colección de trajes de novia que ha diseñado Noah?

La secretaria asintió.

—Espere un momento —le pidió.

La secretaria se levantó de su asiento, atravesó la recepción y entró en el despacho de Sandro tras llamar levemente con un toque de nudillos. Apenas unos segundos después, salió.

—Pase, por favor —le dijo cortésmente a Helen.

—Gracias.

Cuando Helen entró en el despacho, Sandro la esperaba de pie junto a su mesa. No podía dejar de reconocer que era un hombre tremendamente guapo. Los ojos profundamente verdes, los pómulos altos y un mentón decidido no pasaba desapercibido para ninguna fémica. Su esculpido rostro era digno de una estatua romana. Sandro Santoro hacía buen honor a sus antepasados.

—Señorita Brooks, buenas tardes —la saludó con voz amable. Alargó el brazo en su dirección.

—Buenas tardes —correspondió ella, estrechándole la mano que le ofrecía.

—Tome asiento, por favor —indicó Sandro, señalando una de las sillas que

había delante de su mesa.

Helen se sentó.

—Por favor, tutéame —apuntó Helen.

Sandro le dedicó una sonrisa deslumbrante.

—Y tú a mí —dijo—. Me ha dicho mi secretaria que vienes de parte de Noah —comenzó Sandro.

—Sí. Ha tratado de enviarte los diseños de la colección de trajes de novia que ha hecho para tus clientes, pero Internet se ha quedado colgado y no ha podido. Así que te los he traído yo —le explicó Helen, dándole la carpeta de Noah.

Sandro la cogió, la depositó encima de la mesa y la abrió. Pasó algunos bocetos, echándoles un vistazo rápido.

Eran buenos, eso era indiscutible. Adam Thorne y Erica González iban a estar muy satisfechos con aquella colección. Noah se había lucido.

Levantó la vista y miró a Helen. Era una mujer bellísima. Alta y elegante; sus rasgos marcados y raciales eran dignos de una diosa griega. La había visto por primera vez en el piso de Noah y ya aquel día no había pasado desapercibida su belleza ni la nobleza que se advertía en el fondo de sus oscuros ojos.

No podía negar que era hermana de Olivier Brooks. Compartían un enorme

parecido físico, aunque no tenían el mismo carácter. Eso era algo que se veía a la legua.

—Noah me ha dicho que ha escrito algunas indicaciones para que se las traslades a tus clientes —dijo Helen.

Sandro salió de su ensimismamiento y volvió en sí.

—Muchas gracias por traerme los diseños, Helen —le agradeció.

Sin saber por qué, Helen sintió un escalofrío. La voz de Sandro era profunda, pero sonaba suave en esos momentos, y el acento italiano con el que impregnaba las palabras resultaba de lo más sexy.

Helen negó para sí, apartando a un lado esos pensamientos, y contestó.

—No es nada —dijo—. Noah estaba muy nerviosa porque no podía enviártelos por email, y en su estado esos nervios no son buenos.

—Sí, necesita tranquilidad —apostilló Sandro.

—Bueno, ya he cumplido con mi parte. Te he entregado los diseños sanos y salvos —bromeó Helen—. Así que me voy —dijo, levantándose de la silla.

En un acto reflejo, Sandro se incorporó de su sillón.

—No puedo dejar que te vayas sin más, después de haberte tomado la molestia de traerme los diseños de Noah —se apremió a decir sin que apenas fuera consciente de ello—. ¿Aceptarías que te invitara a un café?

Helen se sorprendió ante la inesperada invitación de Sandro, incluso el propio Sandro parecía sorprendido. Bajó los ojos y consultó su reloj de muñeca.

—Quizá te pongo en un compromiso y tienes cosas que hacer... —anotó Sandro al ver su gesto.

—No, no, tengo una reunión a las ocho, pero puedo tomarme un café rápido —respondió Helen.

Sandro sonrió. Helen pensó que tenía una sonrisa increíble: sexy, tierna, con un toque varonil... De pronto se sintió rara. ¿Era el efecto de esa sonrisa? La idea era desconcertante.

¿Qué le estaba pasando?

—¿Entonces aceptas? —preguntó Sandro.

Helen no estaba segura de aceptar la invitación de Sandro, pero en cuanto miró sus ojos verdes, se supo perdida. Sonrió.

—Sí —afirmó finalmente.

¿Cómo iba a negarse si la miraba de aquella forma? Helen aseguró que los ojos de Sandro Santoro eran los más bonitos que había visto jamás.

Sandro cogió la chaqueta del traje del respaldo del sillón y se la puso. Rodeó la mesa.

—¿Te gustan los capuchinos? —le preguntó a Helen.

—Me encantan. Es mi café favorito —respondió ella.

—Hay una cafetería italiana a una manzana de aquí —dijo Sandro—. Seguro que te va a gustar. Hacen unos capuchinos deliciosos.

Helen dibujó en los labios una breve sonrisa. No sabía si estaba haciendo bien. Según Olivier, Sandro sentía algo por Noah, aunque también era cierto que podían ser imaginaciones fruto de los celos de su hermano. Fuera como fuera, Sandro parecía mostrar interés por ella y no podía evitar tratar de averiguar qué había detrás.

CAPÍTULO 56

La tarde murió y la noche hizo acto de presencia trayendo consigo centenares de estrellas que brillaban en lo alto del cielo de Nueva York.

Noah abrió la cajita y sacó los patucos que le había regalado Helen.

Eran tan bonitos...

Bajó la vista hasta su tripa, ya abultada y redondeada por los cinco meses de embarazo.

—Esto es un regalo de tu tía Helen —dijo, dirigiéndose al bebé con voz suave—. Ella te quiere mucho. Y yo también te quiero mucho. A papá le está costando un poco más, pero quizá algún día... —dejó la frase en el aire.

Volvió a mirar los patucos. Pasó las yemas de los dedos por su silueta.

Unos pasos se aproximaron por el pasillo. Segundos después, Olivier

apareció maletín en mano con su semblante elegante y sobrio.

—Hola —dijo al entrar en el salón.

—Hola —respondió Noah.

No se habían visto mucho desde el día que casi habían tenido sexo. Básicamente Noah había tratado de evitarlo y lo había conseguido. Lo más sensato era olvidar lo que había pasado, o más bien lo que había estado a punto de pasar; hacer como si no hubiera sucedido nada, como si el deseo no les hubiera hecho perder la razón.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Olivier.

—Bien —respondió Noah—. ¿Y tú?

—Bien.

Olivier apoyó el maletín en una silla.

—¿Qué es eso? —dijo.

Noah alzó un poco el brazo y le enseñó los pequeños patucos.

—Unos patucos. Se los ha regalado Helen —contestó Noah en tono alegre—. ¿Te gustan?

Olivier los observó durante unos segundos, pero sin mostrar demasiado interés.

—Sí —dijo por compromiso.

Noah apretó los labios. Nada parecía ablandar el corazón de Olivier. Era duro como el acero. Le vino a la cabeza la pregunta que le había hecho Helen. ¿Qué iba a pasar cuando diera a luz? Ella lo tenía claro. Irse a su piso y criar a su pequeño sola.

—¿Has cenado? —preguntó Olivier, sacándola de sus cavilaciones.

—Sí. —Noah se levantó del sofá—. Me voy a dormir —añadió.

Olivier asintió con un ademán de la cabeza.

Noah echó a andar, pasó al lado de Olivier, desplegando su olor a jazmín, y enfiló los pasos hacia el pasillo. De repente se detuvo.

—¡Ah! —dijo, llevándose la mano a la tripa.

Olivier se volvió rápidamente y fue hacia ella.

—Noah, ¿qué te pasa? ¿Estás bien? ¿Te duele? —preguntó en visible tono de alarma.

Ella levantó el rostro con expresión de asombro.

—Se ha movido. El bebé se ha movido —dijo.

—Pero ¿estás bien? —insistió él.

—Sí, muy bien —respondió sonriendo Noah.

Olivier la ayudó a caminar hasta el sofá. Noah se sentó y él imitó su gesto. Sin pararse a pensar en ello, Noah tomó la mano de Olivier y la puso sobre su

tripa. Encima colocó las suyas.

El bebé volvió a agitarse y Olivier sintió el pequeño movimiento en la palma de la mano.

—¿Lo has notado? —le preguntó Noah con voz entusiasmada.

—Sí —afirmó Olivier.

Un brillo imposible de interpretar iluminó sus ojos.

—Dios mío, es una sensación maravillosa... —comentó Noah.

—Lo es. Es maravilloso —dijo Olivier con sinceridad—. ¿Crees que volverá a moverse? —preguntó. Quería volver a sentirlo.

—Quizá si esperamos un rato... —apuntó Noah.

Durante unos minutos se mantuvieron con las manos juntas, en silencio, quietos, casi conteniendo el aliento, pero el bebé no se movió más.

—Ya no quiere moverse —dijo Noah en tono animado.

—No, parece que no. —Olivier retiró la mano con cierta decepción.

—A partir de ahora se va a mover mucho y va a empezar a dar patadas —explicó Noah.

—Es una sensación... —Olivier buscó una palabra—... extraña.

Noah supo que no le había dejado indiferente, aunque no quisiera reconocerlo. En ese instante sonó el teléfono de Olivier, rompiendo el

momento. Él sacó el móvil del bolsillo de su chaqueta y miró la pantalla.

—Tengo que cogerlo, es urgente —le dijo a Noah.

Ella asintió. Olivier se levantó del sofá, descolgó y se llevó el aparato al oído.

—Dime... —dijo al hombre que estaba al otro lado de la línea mientras salía del salón.

Noah se quedó mirándolo; su mano todavía reposaba en su tripa. Bajó la cabeza.

—Ay, pequeño, tal vez todavía haya una esperanza... —susurró con voz anhelante. Contuvo el entusiasmo porque sabía que debía mantener los pies en la Tierra.

CAPÍTULO 57

Noah dio un mordisco a la onza de chocolate negro que tenía en la mano.

—¡Dios mío, ¿cómo puede estar tan bueno?! —se preguntó a sí misma, mientras el sabor amargo le inundaba el paladar, y lo saboreaba con delectación.

Iba a dar un segundo bocado, cuando su móvil sonó, dando forma a la melodía de *Roar* de Katy Perry.

—¡Hola, Helen! —dijo al descolgar.

—Hola, cariño.

—¿Qué tal ha ido todo? ¿Has podido entregarle a Sandro los diseños? ¿Has llegado a tiempo a tu reunión? —le preguntó Noah.

—Sí, tranquila. Se los he entregado y sí, he llegado a tiempo a mi reunión

—respondió Helen.

Noah sonrió aliviada. No se hubiera perdonado que, por su culpa, Helen hubiera llegado tarde a la reunión que tenía en la empresa.

—Me alegro —dijo.

—Noah... —comenzó Helen.

Se rascó nerviosamente la nuca.

—Sí, dime... ¿Ha ocurrido algo? —preguntó Noah, al percibir el cambio de entonación que había sufrido la voz de Helen.

—No, nada... Es que... Bueno, Sandro y yo nos hemos tomado un café juntos...

Noah dejó de masticar el trozo de chocolate que tenía en la boca.

—¿Sandro te ha invitado a tomar un café? —la interrumpió entre asombrada y encantada.

—Sí, pero no tiene mayor importancia. Lo ha hecho para darme las gracias por haberle llevado los diseños —se apresuró a aclarar Helen.

—¿Y no lo habrá hecho porque le apetecía? —planteó Noah como algo obvio.

—Claro, supongo que le apetecía, pero a lo que me refiero es que quería agradecerme haberle llevado los diseños —justificó Helen.

—Yo no me refiero a eso, me refiero a que le apetecía pasar un rato contigo... a solas, charlando. —Noah dio otro mordisco al chocolate.

—¿Tú crees? —la pregunta salió de los labios de Helen antes de que se diera cuenta.

Las comisuras de Noah se elevaron dibujando una sonrisa. Helen parecía de pronto una adolescente.

—Pues claro —dijo, con más obviedad de la que había utilizado antes.

—No sé, Noah... —dudó Helen—. Olivier me dijo que Sandro quería algo contigo...

Noah puso los ojos en blanco.

—Eso son celos de tu hermano, nada más —apuntó.

—¿Él no se te ha insinuado nunca?

Noah sí que había notado ciertos intentos de seducción por parte de Sandro, pero nunca había llegado a declararse. Además, con la noticia del embarazo, todo había cambiado radicalmente. Solo podía unirles el trabajo. Ahora lo único importante era el bebé. Y, por si fuera poco, ella seguía bebiendo los vientos por Olivier. Su cuerpo continuaba respondiendo traicioneramente a su cercanía y a las caricias de sus manos. Lo había comprobado el día de la tormenta.

—No —mintió.

Deseaba que Helen y Sandro se conocieran. Tenía claro que si él le había invitado a un café es porque estaba interesado en ella. Era normal. Helen era una mujer muy guapa, culta, independiente, divertida y con un carácter capaz de enamorar a cualquiera.

Helen se pasó la mano por el pelo.

—La verdad es que no sé... —Las dudas volvieron a aparecer—. Lo mejor es que lo olvidemos. Haz como que no te he preguntado nada —dijo.

Noah mordió otro trozo de chocolate.

—Espera un momento, Helen —la detuvo al otro lado de la línea telefónica—. ¿A ti te gusta Sandro? —le preguntó directamente.

—Es muy atractivo —reconoció ella.

—Eso salta a la vista —opinó Noah—. Pero ¿sientes algo más?

—Pues esta tarde ha sido muy amable conmigo. Además, es un hombre tremendamente seductor, y parece una persona íntegra.

—Lo es. Te lo aseguro —afirmó Noah, completamente convencida de lo que decía.

Si había un hombre íntegro en Nueva York, ese era Sandro Santoro.

—¿Sabes si ha tenido novia últimamente?

—Que yo sepa no. Me contó que había estado saliendo con la hija de un

importante ejecutivo de Nueva York, pero de eso hace ya más de dos años.

Noah tradujo el silencio de Helen en reticencia. Como seguía dudando, añadió:

—Si lo que te preocupa es que Sandro pueda estar jugando, yo no lo creo. Supongo que habrá tenido sus historias, pero no parece que sea un hombre de prometer la luna y no cumplir.

—La verdad es que yo tampoco creo que sea de esos —dijo Helen.

—Si te gusta, sigue adelante —le aconsejó Noah—. Además, ¡hacéis una pareja perfecta! —exclamó, llevada por el entusiasmo.

La idea de que Helen y Sandro salieran juntos le parecía maravillosa.

Helen sonrió.

—¿Habéis vuelto a quedar? —se adelantó a preguntar Noah.

—No —negó Helen.

—Si quieres, puedo enviarte a su despacho con otro encargo, así lo ves —dijo Noah con humor.

—No seas tonta... —dijo Helen. Su voz sonaba como la de una adolescente.

—Yo ahí lo dejo, como una especie de comodín —apuntilló Noah.

Helen dejó escapar una risilla.

CAPÍTULO 58

La señora Brown tocó con un leve golpe de nudillos la puerta de la habitación de Noah. Ella estaba metida en la cama, leyendo un libro sobre embarazo, partos y bebés. Bajó el manual y lo dejó en su regazo.

—Adelante —dijo.

—¿Quiere que le traiga algo antes de que me vaya? —preguntó la asistenta.

—No, gracias —respondió Noah.

Pero la mujer insistió.

—¿Qué tal un zumo? Le va a refrescar.

—¿Puede ser de frutas? —dijo Noah.

—Sí, ahora mismo se lo traigo.

Unos minutos después la señora Brown se presentó con una bandeja en la que llevaba un enorme vaso de zumo y un plato con galletas.

—Le he traído también galletas de chocolate —dijo.

Los ojos de Noah brillaron.

—Qué bien me conoce —anotó sonriendo, al tiempo que se le hacía la boca agua.

La asistenta cruzó la habitación y dejó la bandeja encima de la mesilla.

—Mil gracias, señora Brown —le agradeció Noah antes de que la mujer abandonara la estancia.

—Mañana la veo, señorita Winter —se despidió ella.

—Hasta mañana.

Noah alargó el brazo y cogió el vaso de zumo junto con una galleta, a la que hincó el diente de inmediato. ¿Qué le pasaba con el chocolate? Siempre le había gustado, pero desde que estaba embarazada, quería comerlo a todas horas. Incluso a veces soñaba con ello. Más de una noche se había despertado en mitad de la madrugada y había tenido que levantarse para ir a la cocina a coger un trozo.

—Qué ricas están estas galletas... —musitó, relamiéndose los dedos.

Cuando se bebió el zumo y dio buena cuenta de las galletas, siguió su tarde

de lectura.

Olivier llegó del despacho cuando la noche estaba comenzando a caer sobre la Gran Manzana. Al pasar por delante de la habitación de Noah, que estaba con la puerta abierta, giró el rostro y se dio cuenta de que se había quedado dormida.

Se detuvo y entró.

Le encantaba ver a Noah dormida. Su aspecto delicado y tranquilo le infundía una paz que pocas veces lograba tener.

Al acercarse vio que tenía un libro sobre el regazo.

Se sentó en la cama y lo cogió. Era un manual sobre bebés... Sin saber por qué, comenzó a leer por la página por la que lo había dejado Noah.

El texto trataba sobre el tamaño del feto mes a mes. Noah estaba en el quinto mes, así que Olivier buscó con la mirada la información correspondiente a ese tiempo.

Antes de comenzar con la lectura, arrojó cuidadosamente a Noah con la colcha y se sentó en el sillón que había al lado de la cama.

Llevado por la curiosidad, leyó las características del bebé correspondientes al quinto mes. Según ponía, el bebé medía 25 centímetros de largo de la cabeza a los pies, y pesaba unos 350 gramos. Olivier se asombró cuando leyó que podía moverse 50 veces por hora. Se podían notar las vigorosas pataditas, sobre todo cuando la mamá estuviera descansando.

Alargó el brazo y puso la palma de la mano en la tripa de Noah por encima de la fina colcha con la que la había arropado unos minutos antes. Como si el bebé supiera que alguien al otro lado esperaba una señal, dio una patada. Olivier notó el golpecito en la mano. Involuntariamente, sus labios dibujaron una breve sonrisa.

Era fascinante.

Después de un rato sin movimiento, Olivier se deshizo de la chaqueta y de la corbata, volvió a recostar la espalda en el sillón y continuó leyendo.

El texto señalaba que era importante y recomendable establecer contacto con el bebé, ya que era capaz de procesar estímulos del exterior y sufrir cambios en su estado de ánimo.

Olivier apartó la mirada del libro y la posó en Noah. De pronto, mientras seguía el movimiento que hacía su respiración en su pecho, subiendo y bajando pausadamente, le invadió una enorme ternura por ella. Se veía tan bonita embarazada...

Llegó a la conclusión de que la tenía que cuidar más que nunca; si ella estaba bien, el bebé estaría bien. La regla era sencilla.

Estuvo leyendo un buen rato más, hasta que, discretamente, el dios del sueño le hizo una visita y se quedó dormido.

Noah abrió los ojos.

En su campo de visión apareció inesperadamente Olivier. Estaba dormido en el sillón, con la cabeza recostada a un lado y el libro de los bebés abierto sobre el pecho. ¿Qué hacía allí? ¿Cómo había llegado a dormirse con su libro encima? ¿Lo había estado leyendo? Desde luego era lo que parecía.

Apartó la colcha con la que le había arropado Olivier y se incorporó. Se quedó de nuevo unos instantes mirándolo, hasta que la vejiga le avisó que tenía que ir al servicio. Se levantó y fue al cuarto de baño.

A la vuelta, se acercó al sillón donde dormía Olivier, le quitó el libro, lo cerró y lo dejó sobre la mesilla. Se giró, cogió la colcha que unos minutos antes le había arropado a ella, y se la echó por encima. Lo hizo con cuidado, pero Olivier se despertó. Pestañeó un par de veces, alzó la vista y la miró con expresión somnolienta.

—Te has quedado dormido —dijo Noah en voz baja.

—Sí, no me he dado cuenta... —contestó Olivier, enderezando un poco la espalda—. ¿Estás bien, Noah? ¿Por qué te has levantado? —le preguntó.

CAPÍTULO 59

—Sí, estoy bien. Es que necesitaba ir al servicio —explicó Noah.

Olivier respiró aliviado.

—Vale —murmuró más tranquilo. Apartó la colcha y se incorporó del sillón—. Es mejor que me vaya a mi cama —añadió, mesándose el pelo—, aunque antes voy a beber un poco de agua a la cocina.

—Yo voy a ir a por un trozo de chocolate —habló Noah.

Olivier la miró.

—¿Chocolate? ¿Ahora? —preguntó extrañado. Noah afirmó en silencio con la cabeza—. ¿Quieres que te lo traiga yo? —se ofreció.

—No, prefiero ir yo, así estiro un poco las piernas. Tanto estar en la cama me cansa —repuso Noah.

Ya en la cocina, Olivier se sirvió un vaso de agua fría y Noah buscó en la nevera su preciado chocolate.

—No hay —dijo decepcionada.

—¿Ni en el armario que está encima del horno? —preguntó Olivier.

Noah se giró, abrió el armario y movió algunas cajas de cereales.

—No, no queda nada —dijo, para su desesperación—. Oh, Dios mío, y tengo antojo.

Olivier frunció el ceño.

—¿Antojo? —repitió. Había leído algo sobre ellos en el libro.

—Sí, necesito chocolate...

—¿Y no puedes esperar a que mañana lo compre la señora Brown?

Noah se colocó el largo pelo rubio detrás de las orejas. Resopló.

—No, Olivier, lo quiero ahora. —Suspiró de forma melodramática y teatral. Levantó los ojos y lo miró de forma elocuente con un ligero aleteo de las pestañas—. ¿Tú podrías... no sé... ir a comprar una tableta?

Olivier entornó los ojos y consultó su lujoso reloj de muñeca.

—¿A las cuatro de la madrugada? —dijo, atónito por la petición de Noah.

Ella hizo un mohín. Su rostro adoptó una expresión infantil.

—Sí, puedes buscar una tienda que esté abierta 24 horas... Seguro que allí

lo encuentras —sugirió.

—Noah, ¿es estrictamente necesario que vaya a comprar chocolate a las cuatro de la madrugada?

Noah afirmó con la cabeza.

—Muy necesario —respondió, poniendo voz de niña pequeña.

Olivier pareció pensárselo unos segundos, finalmente suspiró. ¿Qué iba a hacer? ¿Negarse? Lo mejor era tomárselo con humor.

—Está bien —accedió finalmente, dejando el vaso de agua a un lado.

—¿Sabes qué estaría muy bien? —dijo Noah, antes de que Olivier saliera de la cocina.

—¿Qué? —dijo él, dándose la vuelta.

—Si encontraras una de esas tabletas de chocolate que saben a fruta; esas que cuando las partes por la mitad sale la fruta fundente, como si fuera caramelo líquido... —le explicó, moviendo las manos—. ¡Dios mío, se me está haciendo la boca agua solo de pensarlo! —dijo.

—¿Quieres una tableta de esas? —preguntó paciente Olivier.

Noah juntó las palmas de las manos en un gesto de súplica.

—Sí, por favor —murmuró, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Vale, te traeré una tableta de chocolate con sabor a frutas —repuso

Olivier.

Se giró para salir de la cocina.

—¿Y sabes qué estaría mucho mejor? —habló Noah de nuevo.

Olivier no pudo evitar sonreír. Fue una especie de acto reflejo. Noah estaba de antojo, y estaba claro que no iba a quedarse a gusto hasta que no lo satisficiera. Y él, aún siendo un hombre tan dominante, no estaba en condiciones de contrariar los deseos de una mujer embarazada.

—Dime... —dijo, dándose de nuevo la vuelta hacia Noah, que en esos momentos lo miraba con la nariz arrugada. Estaba segura de que Olivier iba a matarla, o a mandarla a la mierda en su defecto.

—Que el sabor de la tableta fuera de naranja o frutos del bosque —respondió.

—¿Alguna cosa más? —le preguntó Olivier con un punto de ironía en la voz.

Noah se mordió el labio inferior.

—No, nada más —dijo.

—Vuelvo... en cuanto consiga una tableta de chocolate con sabor a naranja o frutos del bosque —dijo Olivier antes de salir de la cocina.

—¡Gracias! —le agradeció Noah en alto, mientras su figura se perdía por el

pasillo.

CAPÍTULO 60

Olivier cogió la chaqueta que había dejado en la habitación de Noah, se la puso y se pasó las manos por el pelo para acicalárselo un poco.

Minutos después estaba buscando en el ordenador de a bordo del Bentley tiendas que estuvieran abiertas 24 horas. Había varias: de cosméticos, de Apple, y una de chucherías, entre otras cosas, en el número 600 de la *10th Avenue en Midtown West*. Arrancó el motor, salió del garaje y puso rumbo a ella.

La parte positiva es que a esas horas de la madrugada el tráfico era bastante más ligero que por el día. Algo que agradecía.

Olivier estacionó casi en frente del número *600 de la 10th Avenue en Midtown West*. Bajó del coche, lo cerró con el mando a distancia y entró en la

tienda. El lugar era un espacio amplio, atestado de estanterías llenas de productos de toda clase. En un primer vistazo, vio a un señor calvo y no muy alto al otro lado del mostrador. Estaba vestido con unos pantalones negros y una camisa de leñador a cuadros. Por los pasillos había un par de personas comprando.

Sin decir nada, comenzó a dar vueltas por la tienda, buscando la zona de los chocolates. Estaba al fondo, rodeada de tetrabriks de leche. Fue pasando los ojos por la exposición que se extendía a lo largo de la estantería hasta que finalmente dio con los que le había descrito Noah.

Sin pensárselo mucho, alargó el brazo y cogió unas cuantas tabletas de naranja y otras de frutos del bosque y, por si acaso, también tomó otras cuantas de otros sabores: de fresa, de albaricoque y de menta...

«Mejor que sobre a que falte», se dijo para sí.

Se giró y enfiló el pasillo hacia el mostrador. Cuando llegó, dejó las tabletas de chocolate sobre la superficie de cristal.

—¿Esto, señor? —le preguntó amable el dependiente.

—Sí —respondió Olivier.

Mientras el hombre preparaba una bolsa de papel para meter las tabletas de chocolate, Olivier reparó en unos peluches que estaban sobre el mostrador. Eran unos ositos blancos y azules de unos dos palmos de tamaño. Cogió uno

de ellos y se lo acercó para ver los detalles. La tela era muy suave. Con la otra mano, le acarició las orejas.

Rindiéndose a un extraño impulso, dijo al dependiente:

—Cóbreme también este peluche.

—Sí, señor —contestó él.

El hombre tomó el peluche y lo introdujo en la bolsa.

—Son 47 dólares con 10 centavos.

Olivier sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón, la abrió, extrajo un billete de cincuenta dólares y se lo tendió al dependiente.

—Quédese con el cambio —indicó.

—Gracias —le agradeció el hombre.

Olivier cogió la bolsa de papel, se dio la vuelta y salió de la tienda. Al llegar al coche, se subió y dejó la bolsa en el asiento del copiloto. Antes de arrancar, durante unos segundos, miró el peluche que sobresalía.

Finalmente puso en marcha el motor y se fue de allí.

—¿Las has encontrado? —le preguntó Noah con impaciencia a Olivier

nada más llegar al ático—. Dime que las has encontrado...

Olivier asintió.

—Sí, aquí las tienes —respondió, tendiéndole la bolsa de papel.

—Ay, mil gracias.

Noa cogió la bolsa. Su rostro adquirió una expresión de sorpresa al ver en primer lugar el osito de peluche. ¿Lo había comprado Olivier?

«Pues claro. No se lo va a haber encontrado en la calle», se respondió a sí misma.

—¿Y este peluche? ¿Es para el bebé? —preguntó con cautela.

Olivier no contestó de inmediato.

—Es para los dos —repuso finalmente—. Para ti y para Dan —se le escapó decir.

—¿Para Dan? —repitió Noah con el ceño fruncido.

—Sí, bueno... —titubeó Olivier, rascándose la nuca—, había pensado que quizá podríamos llamarlo Dan. Si te gusta, claro —contestó.

Noah estaba gratamente sorprendida de que Olivier hubiera pensado un nombre para el bebé y de que tuviera preferencia por uno frente a otros; que no le fuera indiferente.

—Dan Brooks Winter —pronunció, para ver cómo sonaba—. Sí, me gusta.

Dan es un nombre muy bonito.

Aunque la tenía, no quiso darle importancia delante de Olivier, ni hacerle preguntas que hicieran plantearse nada. Era mejor actuar como si fuera algo natural: un padre que piensa en qué nombre va a ponerle a su hijo, nada más.

Sacó de la bolsa el oso de peluche. Durante unos segundos se olvidó del chocolate y del antojo que tenía y observó el muñeco.

—Es precioso, Olivier, y súper suave —anotó, pasando la mano por la tripa del peluche—. Muchas gracias —le agradeció. Miró por debajo del abanico de pestañas rubias—. Y gracias también por ir a comprar chocolate para mí en mitad de la noche.

Sin pensárselo dos veces, se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla. A penas un roce suave.

—No ha sido nada —dijo Olivier, bajando la cabeza.

—Sí, sí que ha sido. Ha sido mucho —afirmó Noah.

Olivier alzó la mano y se la llevó al cuello. Noah hubiera jurado que en esos momentos el duro Olivier Brooks no sabía muy bien cómo actuar...

—Voy a ducharme, en un rato tengo que ir al despacho —dijo, acariciándose la nuca.

—Vale.

Cuando Olivier salió de la habitación de Noah, ella bajó la mirada hasta el osito de peluche que todavía sostenía en la mano.

Sonrió para sí.

CAPÍTULO 61

Noah suspiró, aburrida. Ya no sabía qué hacer. Tanta inactividad iba a volverla loca. Apartó las sábanas y se levantó de la cama. Seguro que Olivier tenía libros interesantes que leer en la biblioteca que poseía en el ático.

—¿Ha visto al señor Brooks? —le preguntó a la señora Brown cuando salió de la habitación en su busca.

—Está en su habitación —respondió la asistente.

—Gracias.

Noah avanzó unos cuantos metros y se detuvo frente a la puerta. Alzó la mano y tocó con los nudillos en la superficie de madera.

—Adelante —dijo Olivier al otro lado.

Noah agarró el picaporte, lo giró y abrió la puerta. Se quedó petrificada,

con expresión atónita en el rostro, cuando se encontró a Olivier desnudo, solo con una toalla enrollada en la cintura. En esos momentos se sacudía el pelo húmedo con otra de menor tamaño que sujetaba en la mano.

—Hola —la saludó.

Un mechón mojado le cayó por la frente, dándole un toque exquisitamente sensual. Una sombra de barba oscurecía su anguloso mentón. El atardecer proyectaba sombras ámbar sobre su cuerpo y marcaba sus músculos como si fuera una estatua griega. Un David de carne y hueso.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Olivier a Noah.

Pero Noah no era capaz de hablar ni de reaccionar, siquiera. Incluso se le había olvidado respirar. Solo era capaz de mirar a Olivier como si fuera un animal exótico; el último hombre sobre la faz de la Tierra.

Dejó vagar los ojos por los hombros anchos, la espalda trapezoidal, la cintura estrecha y las largas piernas. La presencia de Olivier, incluso sin traje, era imponente.

Que Dios la pillara confesada, pero lo deseaba.

«Ya están las malditas hormonas haciendo de la suyas —pensó enfadada—. Estos son los problemas de compartir casa con un hombre tan devastadoramente atractivo como Olivier Brooks».

—¿Noah? ¿Estás bien? —insistió él—. ¿Por qué no dices nada?

Por fin ella reaccionó. Parpadeó un par de veces para borrar las imágenes que atravesaban su mente, y que no eran precisamente decentes. Pero ¿qué le pasaba? Era como si no pudiera contenerse. Parecía un animal en época de apareamiento.

Carraspeó para aclararse la garganta.

—Sí, Olivier. Estoy bien —contestó con voz débil. Se apartó unos cuantos mechones de pelo de la cara.

Olivier sonrió de medio lado.

—Todavía te ruborizas cuando me ves desnudo —afirmó.

Noah maldijo en silencio. ¿Cómo podía traicionarla su cuerpo de aquella manera?

—¡No! —mintió. Su voz sonó más chillona de lo que pretendía—. Es que... Es que hace calor —se apremió a decir atropelladamente.

Olivier no le creyó, pero no dijo nada.

—¿Necesitas algo? ¿Chocolate con sabor a naranja o frutos del bosque? —bromeó con ironía.

Noah suspiró, aliviada por el cambio de conversación.

—No, no necesito chocolate —dijo Noah en tono de humor—. Te quería pedir permiso para entrar en la biblioteca. Estoy aburridísima y quería coger

algún libro interesante para empezar a leerlo.

Olivier dejó la toalla con la que se había secado el pelo sobre la cama.

—Noah, no tienes que pedirme permiso. Ya te dije que estás en tu casa. Puedes entrar en la biblioteca cuando quieras —dijo.

—Ya, bueno..., es que sé que eres muy estricto con el orden —«y muy maniático», pensó para sí, mientras jugueteaba con un mechón de pelo—, y tal vez no te guste que toque tus libros —se excusó Noah.

Olivier sonrió.

—Puedes tocar lo que quieras —dijo, y Noah advirtió una doble intención en sus palabras—. ¿Qué tipo de género te gusta? —se interesó Olivier.

—Policíaco, thriller psicológico... —respondió Noah.

—¿Quieres que te recomiende algún libro?

—Sí, te lo agradecería. No te lo había preguntado antes porque no quería molestarte.

Olivier miró a Noah fijamente a los ojos.

—Noah, tú no me molestas. Nunca —dijo con voz seria.

—Está bien.

—Vamos a la biblioteca.

Noah asintió, y salió de la habitación con Olivier.

La biblioteca era una estancia amplia y metódicamente ordenada situada en una de las habitaciones del fondo del pasillo. Las paredes tenían muebles de color caoba con estantes que se extendían desde el suelo hasta el techo y que estaban repletas de libros. En el centro había una mesa de madera labrada con un ordenador.

—Tienes muchos libros —comentó Noah al entrar.

—Me encanta leer —dijo Olivier.

—Entonces, ¿qué me recomiendas? —le preguntó Noah, ladeando la cabeza.

—Cualquiera de Clare Mackintosh. ¿La conoces? —repuso Olivier.

—Sí, me suena... Es una escritora británica que durante doce años fue policía, ¿verdad?

—Sí, fue investigadora criminal —matizó Olivier, al tiempo que avanzaba por la biblioteca hasta una de las estanterías del fondo—. Su primera novela, *Te dejé ir*, ganó el *Theakston Old Peculier* a la mejor novela policíaca del año —agregó.

Olivier pasó la vista por los lomos de las obras que descansaban en el estante. Noah observó como al levantar la mano para coger el libro que estaba buscando, los músculos del brazo y de la espalda se le definieron, tensándose, como las cuerdas de una guitarra recién afinada. Lo admiró y lo deseó. Lo

deseó con todas sus fuerzas. Hasta tal punto que de nuevo era incapaz de apartar la mirada de él.

Tragó saliva. Tenía la boca seca.

Olivier la pilló mirándole el culo cuando se giró hacia ella con el libro en la mano. Noah se movió inquieta y bajó el rostro, ruborizada, tratando de disimular.

—Seguro que te gusta. Engancha desde la primera página y el giro final es brutal —dijo Olivier, pasando por alto el rubor de Noah.

Debía pasarlo por alto. Al advertir el brillo de deseo en sus ojos, él mismo se había excitado. Y el vestido que llevaba puesto, aunque era suelto, dejaba intuir su figura debajo, y no ayudaba demasiado. Pero tenía que mantenerse frío, hacer un férreo ejercicio de autocontrol de sus propios instintos, de otro modo no la dejaría salir de la biblioteca sin follársela.

Olivier alargó el brazo y le ofreció el libro.

—Seguro —dijo Noah.

Al cogerlo, sus dedos se rozaron, provocando a ambos una especie de corriente eléctrica que viajó a través de sus manos.

—Cuando lo termines, cuéntame qué te ha parecido —anotó Olivier.

—Lo haré. Gracias —le agradeció Noah con agitación.

Durante unos segundos se mantuvieron la mirada. El deseo fluctuaba en sus ojos como si tuviera vida propia. Finalmente, Noah rompió el silencio.

—Voy a empezarlo —dijo.

Se giró sobre los talones y se encaminó hacia la puerta con el libro de la mano. Olivier agradeció que desapareciera de su vista, o no se hacía responsable de sus actos.

Noah cerró la puerta de la biblioteca y se paró unos segundos en el pasillo para recuperar la compostura y el aliento. Lo más sensato era mantener la distancia física y emocional con Olivier, se dijo.

CAPÍTULO 62

Noah entró en el salón.

—Hola —saludó a Olivier, que estaba trabajando con su portátil.

—Hola —dijo él.

—¿Te importa que me quede un rato aquí para leer? —le preguntó—. Me canso de estar en la habitación.

Olivier sonrió afable.

—Por supuesto.

Noah cruzó el salón y se sentó en el sofá situado al lado de los ventanales. En silencio, abrió el libro de Clare Mackintosh, y comenzó a leer donde lo había dejado.

—¿Qué tal tu día? —le preguntó Olivier.

—Bien —respondió Noah—. Bueno, en realidad un poco cansada, pero bien. ¿Y el tuyo? ¿Has hecho muchas OPAS hostiles hoy? —dijo en tono de humor.

—He adquirido unas cuantas hipotecas. Entre ellas, una de una chica que tiene una tienda de bisutería y complementos que fabrica artesanalmente ella misma. ¿Te recuerda a alguien? —Olivier enarcó una ceja.

Sí, le recordaba a alguien. A ella misma. Era un caso parecido al suyo. Una chica que trataba de abrirse camino profesional en Nueva York, que trataba de conseguir su sueño.

—Sí, me recuerda a alguien. ¿Vas a... echarla del local? —le preguntó.

Olivier sonrió. Quería jugar un rato con Noah.

—Sí —respondió para ver su reacción.

Noah arrugó la nariz.

—Olivier, ¿no has pensado que esa chica está luchando por su sueño?

Él se encogió de hombros.

—Supongo —dijo, mostrando indiferencia.

—Seguro que todos sus sueños están en esa tienda —argumentó Noah.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? —planteó Olivier.

—No la eches del local —se apresuró a contestar Noah—. No me quiero

imaginar cómo va a sentirse cuando vayas a la tienda y le digas que se tiene que ir. Todavía recuerdo la mañana que entraste en la mía... Eres muy duro, Olivier, y de vez en cuando es bueno transigir un poco.

—Así no se levanta un imperio —objetó él.

—Pero tú ya no necesitas levantar un imperio. ¿No podrías ser condescendiente con ella? —Sonrió—. ¿No te gustaría ayudarle a conseguir su sueño?

Olivier lanzó al aire un suspiro.

—Si me lo pides así... —dijo, sin poder dejar de mirarla.

—¿Y podrías bajarle un poco la hipoteca?

—Noah... —la amonestó Olivier.

—Un poquito. ¿Qué más te da? —le insistió en tono distendido.

—Siempre he admirado tu bondad —afirmó Olivier de pronto, mirándola con orgullo en los ojos.

Las mejillas de Noah se tiñeron de rubor.

Olivier se quedó mirándola. Tenía el cabello recogido en una coleta alta, dejando al descubierto su esbelto cuello. Deseó acariciar su suave piel con los labios. Y a pesar de su empeño en no sentir, tuvo que tragar saliva.

En esos momentos el teléfono móvil de Noah sonó, rompiendo el sugestivo

silencio que se había formado entre ellos.

—Voy a cogerlo —dijo Noah.

Olivier asintió. Noah descolgó.

—Hola, Sandro —lo saludó.

Olivier se tensó al oír el nombre de Sandro.

—Hola, Noah —dijo Sandro—. ¿Qué tal estás?

Noah se levantó del sofá y salió del salón.

—Bien, ¿y tú? —respondió.

—Bien. Noah, tengo buenas noticias. —El corazón de Noah se aceleró. Sandro continuó hablando—. Adam Thorne y Erica González han quedado fascinados con la colección de trajes de novia que les has diseñado.

Noah soltó un grito de alegría.

—¿De verdad? —dijo.

—De verdad.

—Estos días se pondrán en contacto contigo para ultimar algunos detalles, pero los tienes comiendo en la palma de tu mano.

—¡Sí! —exclamó Noah, alzando el puño en señal de triunfo—. Gracias, mil gracias, Sandro.

—No tienes nada por lo que darme las gracias —dijo él.

—No sé cómo te voy a agradecer todo lo que has hecho por mí.

—Bueno, quizá hay una cosa... —comenzó Sandro.

—Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—¿Crees que Helen se enfadaría si me dieras su número de teléfono?

Noah sonrió para sí.

—No, claro que no —contestó—. Me dijo que fuiste muy amable con ella el día que te llevó mis diseños —añadió, tratando de hacer de Celestina, pero sin descubrir las cartas de Helen. No quería meter la pata.

—Helen es muy simpática —opinó Sandro.

—Sí, lo es. Para mí se ha convertido en una hermana. No sé qué haría sin ella, la verdad. —Hizo una pausa breve—. ¿Tienes papel y boli para apuntar su número?

—Sí.

Noah le dictó el teléfono.

—546213879

—Gracias —le agradeció Sandro.

—De nada —dijo Noah.

—Me alegro de que estés bien —se despidió Sandro.

—Yo también me alegro de que tú estés bien.

—Hablamos.

—Hablamos.

Noah colgó la llamada y se puso el móvil contra el pecho. Sandro iba a pedirle una cita a Helen, y nada podía alegrarle más. Sus labios dibujaron una sonrisa de oreja a oreja. No sabía que la tenía más contenta, si que a Adam Thorne y a Erica González les hubiera entusiasmado la colección de trajes de novia que había diseñado para su cadena de tiendas, o que Helen y Sandro fueran a quedar.

CAPÍTULO 63

—Era Sandro Santoro... —anunció Noah al entrar de nuevo en el salón. Antes de que Olivier dijera algo, siguió hablando—. La colección de vestidos de novia que hice para sus clientes les ha encantado —dijo, de pie en mitad de la estancia. Tenía el móvil en las manos; todavía le temblaban—. El proyecto continúa adelante.

La expresión de Olivier se iluminó por encima de la pantalla del portátil. Las comisuras de sus labios se elevaron en una sonrisa franca.

—Felicidades —dijo.

—Gracias.

—Me alegro mucho por ti, Noah. Tu talento es indiscutible.

Noah suspiró.

—No termino de creérmelo... —afirmó con voz nerviosa.

—Pues empieza a hacerlo, y también empieza a tener confianza en ti misma. Vas a llegar muy lejos, Noah —aseveró Olivier.

Las mejillas de Noah se tiñeron de rubor. No acababa de acostumbrarse a los halagos de Olivier.

—Gracias —dijo. Avanzó unos metros hacia el sofá—. ¿Sabes que Sandro me ha pedido el teléfono de Helen? —comentó.

Olivier frunció el ceño.

—¿Para qué quiere Sandro Santoro el teléfono de Helen? —preguntó.

Noah puso los ojos en blanco.

—Ay, Olivier, hay que explicártelo todo —dijo con un toque de humor en la voz.

—¿Qué hay que explicarme? —repuso Olivier, desconcertado.

—Que se gustan —respondió Noah, como si fuera algo obvio.

Olivier la miró con más expresión de desconcierto aún. ¿De qué hablaba Noah?

—¿Que se gustan? ¿Mi hermana y Sandro Santoro? —Olivier no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Sí —Noah enfatizó su respuesta con la cabeza.

—¿Desde cuándo?

Noah se sentó en el sofá.

—Todo empezó el día que se encontraron en mi piso... Ya noté algo entre ellos cuando los presenté..., aunque creo que ni ellos mismos se dieron cuenta. El caso es que, una tarde, cuando fui a mandar a Sandro los diseños de la colección de trajes de novia por email, se colgó Internet y no pude, así que Helen se ofreció para llevárselos a su despacho, y ahí saltaron definitivamente las chispas.

—¿Las chispas? —Olivier no salía de su asombro.

—Sí, las chispas, las mariposas en el estómago... —le aclaró Noah—. El caso es que esa misma tarde se tomaron un café y se cayeron bien, pero no se intercambiaron los teléfonos.

—¿Mi hermana está interesada en Sandro? —preguntó Olivier.

—Sí.

—¿Y él en ella?

—Bueno, me ha pedido su teléfono... —dejó caer Noah.

—Eso no significa nada —opinó Olivier con actitud protectora.

—¡Venga, Olivier! ¿Crees que va a llamarla para hablar del tiempo? —lanzó al aire Noah con ironía—. No, le va a pedir una cita. Una cita —dijo,

sin poder disimular su alegría—. Y te voy a decir una cosa: ¡a mí me encanta que se gusten!

Olivier la miró con los ojos entornados.

—No me mires así —se apresuró a decir Noah—. Las personas tienen derecho a enamorarse. El hecho de que tú no... —Se calló súbitamente. Apretó los labios. Había hablado de más.

—¿Qué ibas a decir? —la instó Olivier.

—Nada, una tontería —contestó Noah.

Noah trató de salir del atolladero en el que había estado a punto de meterse.

—Además, Sandro es un buen tipo. Es guapo, inteligente, amable, elegante... —enumeró.

—Sí, es un dechado de virtudes —apuntó Olivier con sarcasmo—. Un caballero andante.

«Todo lo contrario a mí», pensó para sus adentros.

Noah se quedó mirándolo unos segundos. ¿Olivier estaba celoso de Sandro? Pero ¿por qué? Ya no tenía ninguna razón para estarlo. Sandro estaba interesado en Helen, no en ella. Eso ya había quedado atrás.

—Tienes que reconocer que hace muy buena pareja con tu hermana —dijo, haciendo caso omiso a los celos de Olivier.

—Sí, supongo —reconoció él con resignación.

—Una noche deberías invitarlos a cenar —propuso Noah.

—Esperaré a que se casen —comentó Olivier.

—No seas exagerado —rió Noah.

CAPÍTULO 64

Los ojos de Noah brillaron cuando cogió el móvil y vio que la estaba llamando su madre.

—Hola, mamá —la saludó.

—Hola, cariño. ¿Qué tal estás? —le preguntó Emilie.

—Cansada y aburrida, pero bien —respondió Noah con un deje de apatía en la voz.

—Piensa que ya va quedando menos —la animó su madre.

Noah suspiró.

—Está siendo más duro de lo que pensaba. Tanta inactividad es desesperante.

—Ya me imagino... Pero es algo temporal, en unos meses pasará.

—Sí, tienes razón.

—¿Qué tal con Olivier? ¿Te trata bien? —se interesó Emilie.

—Sí, mamá, sí —contestó rápidamente Noah—. Se está portando muy bien conmigo. El otro día tuve antojo de chocolate relleno de frutas y a las cuatro de la madrugada se fue a comprarme unas cuantas tabletas.

Emilie abrió la boca.

—Hija, ¿le hiciste ir a las cuatro de la madrugada a comprarte chocolate?

—Es que tenía antojo, mamá.

—Ay, Dios mío, Noah...

—Y me regaló un osito de peluche.

—Ese chico se ha ganado el cielo.

Noah rio. Era irónico, cuando lo conoció, Olivier le había dicho que por qué no dejaba que se ganara el cielo con ella. Al final iba a ganárselo, pensó para sí. Al final iba a ganarse una absolución.

—Hola, hija —se oyó la voz de su padre.

—Hola, papá.

Emilie conectó el *manos libres* para poder hablar los tres a la vez.

—¿Qué tal estás? ¿Qué tal mi nietecito? —preguntó Sam cariñosamente.

—Pues ya dando patadas —respondió Noah.

—¿Va a ser futbolista? —bromeó su padre.

—No lo sé, pero hay veces que no para.

—Es normal, cariño —intervino Emilie—. Ya estás de más de cinco meses, la actividad ahí dentro empieza a ser frenética, sobre todo cuando estás descansando.

—Lo cual es la mayor parte del tiempo, en mi caso —señaló Noah. Respiró hondo—. Tengo muchas ganas de veros —confesó, con un repentino ataque de melancolía.

Emilie suspiró al otro lado de la línea.

—Nosotros también tenemos muchas ganas de verte —habló—. Pero por ahora no podemos ir a Nueva York. Para colmo de males se nos ha estropeado el coche y la avería nos ha costado un ojo de la cara —se lamentó.

Los ojos de Noah se anegaron de lágrimas. Intentó reprimirlas, pero no lo logró. ¿Por qué todo se ponía en su contra? ¿Qué le pasaba al Universo?

—Lo sé... Pero es que os echo tanto de menos...

—No llores, hija —dijo Sam, con el corazón encogido.

—Quizá el mes que viene... —planteó Emilie en un hilo de voz.

Trataba de imbuir una pizca de esperanza a su hija, y a ellos mismos.

Necesitaban aferrarse a la posibilidad de que la verían pronto.

—Noah, vamos a hacer todo lo posible para ir el mes que viene —su padre tomó de nuevo la palabra.

—Vale, papá —murmuró Noah con resignación, al tiempo que se enjugaba las lágrimas con la mano.

—Cariño, nosotros también te echamos mucho de menos —la que habló fue Emilie.

Sus palabras estaban empapadas de emoción.

—Espero veros pronto —dijo Noah con anhelo, tratando de sofocar el llanto.

—Nosotros también lo esperamos —dijo Sam con el mismo anhelo de su hija.

—Te queremos —afirmó Emilie.

—Y yo a vosotros.

—Cuídate, cariño.

—Adiós.

—Adiós.

Noah colgó la llamada y se echó a llorar.

Tenía a Olivier, a Helen, incluso a Todd y a Sandro, pero en algunos

momentos se sentía sola, luchando para que su bebé saliera adelante en un embarazo que lo tenía todo en contra.

Lanzó al aire un sollozo.

—Noah, ¿qué te pasa? —La voz de Olivier la sorprendió. Noah dio un pequeño respingo. No se había dado cuenta de que la puerta de la habitación estaba abierta.

—Nada, estoy bien —contestó, intentando secarse las lágrimas con rapidez.

—No puedes estar bien si estás llorando —apuntó Olivier. Noah bajó los ojos y se miró las manos—. ¿Tus padres están bien? —preguntó.

Noah se limitó a inclinar la cabeza, afirmando. Ante el silencio que mantenía, Olivier le cogió el rostro con las dos manos y se lo levantó para obligarla a mirarlo.

—Entonces dime qué te pasa.

Noah alzó la vista y se encontró con la atenta mirada de Olivier. En sus ojos oscuros asomaba un viso de preocupación.

—Es solo que echo de menos a mis padres. Nada más —dijo—. Y las malditas hormonas que hacen que lllore por todo —añadió.

Olivier le secó las lágrimas con los pulgares y la estrechó entre sus brazos.

—Ven aquí, a ver si equilibramos esas hormonas... —susurró, mientras le acariciaba el suave pelo rubio. Inhaló hondo y el aroma a jazmín de Noah inundó sus fosas nasales.

Noah le abrazó y apoyó la cabeza en su pecho. Oír los latidos rítmicos del corazón de Olivier y sentir la calidez de su cuerpo la tranquilizó. Era tan reconfortante...

CAPÍTULO 65

Olivier se echó hacia atrás y recostó la espalda en el sillón de cuero. Su rostro de rasgos angulosos mostraba una expresión meditabunda.

—Estoy preocupado por Noah —le dijo a Helen, que estaba sentada en una de las sillas que había frente a su mesa.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa? —preguntó ella.

—Lleva unos días que está apagada, baja de ánimo...

—Bueno, Olivier, es lógico que tenga días con el ánimo más bajo. No está teniendo un embarazo fácil y, además, ya lleva muchas semanas de reposo. Los días se le tienen que estar haciendo tediosos, sobre todo para una persona como ella, que está acostumbrada a no parar y a no depender de nadie —explicó Helen.

—Hace unos días la pille llorando.

—¿Por qué?

—Echa de menos a sus padres.

—Supongo que las circunstancias le hacen desear tenerlos cerca más que nunca. La situación es muy delicada. —Helen miró a Olivier con intención—. Necesita tu apoyo más que nunca.

—Y lo tiene. Tiene todo mi apoyo —dijo rápidamente Olivier—. Pero la convivencia no es tan fácil como parece...

Helen enarcó las cejas.

—¿Por qué? Noah es un amor —apuntó.

Olivier frunció los labios en una mueca.

—No tiene nada que ver con eso. Tiene que ver con... —No sabía cómo explicarlo—. Me cuesta tenerla cerca y no poder tocarla.

—¿Hablas de sexo? —preguntó Helen.

—Sí, hablo de sexo —dijo Olivier con frustración—. No puedo estar a su lado sin volverme loco de deseo.

Echó hacia atrás el sillón y se levantó. Se giró y se dirigió hacia los ventanales. Miró a *Park Avenue*. Una de las principales arterias de la ciudad bullía de coches y gente como un enorme hormiguero.

—Es una tortura, Helen —añadió, introduciendo las manos en los bolsillos del pantalón—. Y, por si fuera poco, el embarazo la ha embellecido más aún. Está preciosa.

A Helen le constaba que a Noah le pasaba algo semejante. Ella misma se lo había dicho, pero no iba a delatarla.

—Olivier, debes tener paciencia —dijo.

—La tengo, de verdad que la tengo, aunque a veces me desespero. Me paso el día dándome duchas de agua fría —confesó—. Lo que me asombra es que me siga poniendo tanto, Helen. Mi deseo por ella no ha disminuido ni un ápice desde el día que la conocí. Al contrario, va a más, siempre va a más. Ya me conoces, las mujeres no han captado mi interés más allá de un fin de semana, y eso en el mejor de los casos. Pero con Noah... no sé... No sé qué cojones me pasa con ella...

Helen sonrió enigmáticamente, como si supiera algo que Olivier ignorara.

—Olivier, ¿estás seguro de que no te estás enamorando de Noah? —preguntó, como quien pregunta a un niño pequeño algo que resulta obvio.

Olivier frunció ligeramente el ceño. Centró su mirada en el reflejo de su rostro que le devolvía el cristal.

¿Enamorado?, se preguntó en silencio. Él nunca había estado enamorado ni creía que tuviera capacidad para estarlo. Era un hombre muy controlador, y el

amor era demasiado versátil, demasiado inestable para una personalidad como la suya.

Se dio la vuelta hacia su hermana.

—Nunca he estado enamorado —fue su escueta respuesta.

—Para todo hay una primera vez —dijo Helen.

Olivier negó ligeramente con la cabeza. De pronto se sentía incómodo con aquella conversación.

—He pensado en traer a los padres de Noah y darle una sorpresa —comenzó, cambiando de tema a propósito—. Sé que no están bien económicamente y que eso es lo que les está retrasando para venir a Nueva York.

—Para ti eso no es un problema, pueden venir en tu avión privado, y sería todo un detalle por tu parte que sorprendieras a Noah con sus padres. Creo que le vendría bien para subirle ese ánimo bajo que tiene —opinó Helen, que no quiso ahondar más en el tema anterior. Presionar a su hermano no iba a dar un buen resultado. Aunque ella estaba convencida de que Olivier estaba enamorado de Noah, solo que no sabía identificar aún ese sentimiento, pero ya lo haría con un poco más de tiempo.

Olivier cogió el móvil, que estaba encima de la mesa, y se puso en contacto con uno de sus asistentes.

—Dígame, señor Brooks —respondió el hombre de inmediato.

—Necesito que averigües los números de teléfono, fijo o móviles, de Sam Winter y Emilie Winter, los padres de Noah, que viven en Telluride, Colorado —le ordenó.

—En una hora como máximo le tendré esos números —dijo el asistente con seguridad.

—Bien.

Olivier colgó.

Tal y como le había dicho el asistente, no necesitó ni una hora para conseguir los teléfonos de los padres de Noah. Desde luego, su eficiencia era indiscutible.

Olivier marcó el número del teléfono fijo.

—Dígame... —respondió una voz femenina y madura al otro lado de la línea.

—¿Señora Winter? —preguntó Olivier.

—Sí, soy yo, ¿quién es?

—Soy Olivier Brooks.

El corazón de Emilie saltó dentro del pecho.

—¿Le ha ocurrido algo a Noah? —preguntó, sin apenas respirar.

—No, no, Noah está bien —la tranquilizó Olivier.

Emilie se llevó la mano al pecho y suspiró aliviada.

—Dígame, ¿a qué es debido su llamada?

—Por favor, tutéeme —le pidió Olivier.

Emilie sonrió, conforme.

—Y tú a mí —dijo.

—Noah lleva unos días un poco baja de ánimo y he pensado que sería bueno que os viera a ti a su padre —explicó Olivier.

—Sé que está triste, pero nosotros no podemos ir a Nueva York de momento, mal que nos pese —repuso Emilie con pesar, sin entrar en más detalles.

—Lo sé, lo sé... —dijo Olivier—. Por eso quiero poner mi avión privado a vuestra disposición.

Emilie abrió los ojos como platos.

—¿Cómo dices? —dijo, anonadada.

—Sé que Telluride tiene un pequeño aeropuerto. Esta misma tarde tendré

todos los permisos listos para que pueda volar y aterrizar allí. Aprovechando que viene el fin de semana, podéis venir a Nueva York.

Emilie no podía articular palabra.

—No sé qué decir...

—No hay nada que decir. Noah se pondrá muy feliz de veros.

—Lo hablaré con mi marido y prepararemos el equipaje.

—En cuanto tenga los datos, os informaré de la hora exacta en la que aterrizará mi avión en Telluride —dijo Olivier—. Cuando lleguéis a Nueva York, mi chófer os estará esperando en el aeropuerto y os traerá directamente a mi casa.

—Gracias, Olivier —le agradeció de corazón Emilie.

—A vosotros. Por cierto, si habláis con Noah, no le digáis nada, le daremos una sorpresa.

—De acuerdo —dijo una alegre Emilie.

CAPÍTULO 66

La mañana siguiente, Noah tenía cita con la ginecóloga para ver cómo estaba el bebé y cómo seguía el embarazo. Olivier dejó todos los asuntos que tenía pendientes y la acompañó a la clínica.

Noah se tumbó en la camilla y la ginecóloga comenzó a hacerle la ecografía.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó mientras le echaba un chorro de gel sobre la tripa.

—Bien, aunque un poco cansada.

—Es normal, ya estás en un estado avanzado. Casi seis meses.

—Sí —suspiró Noah.

—Ya va quedando menos —la animó la ginecóloga.

Alargó el ecógrafo y lo pasó por la tripa de Noah. Unos segundos después, la silueta en blanco y negro del bebé apareció en la pantalla. La ginecóloga estudió detenidamente los datos que se mostraban en ella.

—¿Está todo bien? —se adelantó a preguntar Olivier.

—Sí, aunque la bolsa amniótica sigue siendo muy fina —respondió—. Me temo que todavía vas a tener que seguir guardando reposo —le dijo la médica a Noah—. No podemos arriesgarnos a que se rompa.

Noah volvió a suspirar. Superaría aquella fase a base de voluntad y determinación. Olivier, entretanto, no dejaba de mirar el monitor del ecógrafo. Ver la pequeña figura del bebé moviéndose tenía un efecto hipnótico en él.

—Por lo demás, el bebé tiene el peso y las medidas adecuadas —prosiguió la ginecóloga.

—Eso es una buena noticia —dijo Noah con una sonrisa en los labios.

—La mejor —confirmó la médica.

Cogió unos cuantos pañuelos de papel y limpió la tripa de Noah.

—Te daré la próxima cita para dentro de tres semanas. Quiero controlar la placenta.

—Vale —dijo Noah al tiempo que se bajaba la camiseta y se incorporaba de la camilla.

Durante el camino de vuelta, Noah miraba la Ciudad de los Rascacielos con expresión anhelante en los ojos. Hacía mucho tiempo que no salía de casa, ni siquiera para dar un paseo por Central Park o tomar algo tan simple como un café en una cafetería.

Suspiró.

—¿Estás bien? —le preguntó Olivier, al advertir su rostro apático.

—Sí —contestó ella con poca convicción.

Pero Olivier intuía que no era cierto.

—Noah, dime qué te pasa.

Noah chasqueó la lengua.

—Estoy agobiada —confesó mientras se pasaba la mano por la frente—. Llevo semanas sin salir de tu ático y... bueno, me agobio. No me estoy quejando, sé que tiene que ser así —aclaró—, pero... no sé, no puedo dejar de sentirme... encerrada.

Olivier la miró en silencio durante unos segundos.

—¿Quieres que vayamos a una cafetería tranquila y nos tomemos un café?

—le propuso con la intención de levantarle el ánimo.

—¡Sí! —respondió rápidamente Noah, casi sin dejarle terminar de formular la pregunta—. Sí, por favor... Por favor, por favor, por favor... —rogó, haciendo un mohín infantil con la boca.

Olivier esbozó en los labios el inicio de una sonrisa.

—Pero en cuanto nos tomemos el café volvemos a casa —le advirtió.

—Lo prometo —dijo Noah, con los ojos brillantes como los de una niña pequeña.

—Te voy a llevar a una cafetería que seguro que te va a encantar —dijo Olivier.

Noah sonrió.

Olivier la llevó a una pequeña cafetería llena de encanto situada en el 239 de Centre Street en el Soho, que llevaba por nombre *Maman*.

—Qué bonita... —exclamó Noah nada más entrar.

El local tenía una decoración vintage con muebles avejentados sobre un fondo de paredes de ladrillo cara vista, imitando desconchones, y macetas con plantas por todas partes.

Noah miró en derredor. Todo transmitía mucha dulzura y calidez, y daba sensación de hogar, como la casita de una abuela.

—Los productos que tienen son caseros —apuntó Olivier—. Sus tartas están deliciosas.

—Ya me estoy relamiendo —dijo Noah, al ver la vitrina de cristal con la exposición de dulces de chocolate que tenían. Empezó a salivar.

Noah aprovechó cada segundo fuera del ático mientras daba buena cuenta de un descafeinado con leche y un trozo de tarta de chocolate.

Salió del *Maman* encantada con la decoración del lugar, con el trato que les habían dispensado las camareras y con lo rico que estaba su trozo de tarta de chocolate.

—Tienes que descubrirme más sitios como el *Maman* —dijo Noah a Olivier, ya montados en el coche de vuelta al ático.

En cuanto aquellas palabras salieron de su boca, Noah se arrepintió de haberlas dicho. ¿Cuándo iba a descubrirle Olivier más sitios como el *Maman*?, se preguntó. Durante el embarazo tenía que guardar reposo —aquel café había sido una excepción que no volvería a repetirse—, y después de dar a luz se iría con el bebé a vivir de nuevo a su piso. Debía recordar en todo momento que aquello tenía fecha de caducidad. Su camino y el de Olivier se

separarían para siempre, y sería una tonta si lo olvidara.

CAPÍTULO 67

Desde que habían vuelto, Noah no había dejado de pensar en qué pasaría cuando diera a luz. Se marcharía del ático, y volvería a su piso y a su vida cotidiana. Una vida que no incluía a Olivier, y que nunca lo haría. Habían pasado demasiadas cosas entre ellos, aunque eran fáciles de olvidar cuando recordaba cómo era sentir su cuerpo envolviendo el suyo mientras la follaba atada al catre de la cama.

Sacudió la cabeza.

Si la relación se profundizaba a través del sexo estaría perdida. Olivier no estaba enamorado de ella y no ganaría nada pensando que alguna vez llegaría a estarlo. Olivier no daba amor. Se obligó a poner los pies en la Tierra y a recordar la realidad. Lo peor era que ella seguía teniendo sentimientos por él. Pero Olivier no llegaría a amarla nunca, ni al bebé que estaba creciendo en

sus entrañas. Eso no ocurriría jamás.

Sintió una oleada de frustración e impaciencia.

Los ojos se le humedecieron. ¿Qué narices le pasaba últimamente? Lloraba a la mínima y eso la enfadaba. Ella era una chica fuerte.

—Malditas hormonas —rezongó.

Unos nudillos tocaron la puerta. Noah se apresuró a secarse las lágrimas para que, quien fuera, no la viera llorando.

—Adelante —dijo.

La puerta se abrió y Olivier asomó la cabeza.

—Tengo una sorpresa para ti —anunció.

—¿Una sorpresa? —dijo Noah. El rostro se le había iluminado de repente —. ¿Qué es?

Olivier abrió la puerta completamente y se hizo a un lado. Emilie y Sam entraron en la habitación. Noah arqueó las cejas, no podía creerse lo que estaban viendo sus ojos. ¿Eran sus padres? No era posible, tenía que estar sufriendo algún tipo de alucinación.

Todo en lo que había estado pensando desapareció de su mente.

—Mamá... Papá... ¿Qué hacéis vosotros aquí? —les preguntó en un hilo de voz.

—Hemos venido a verte —contestó Emilie en tono tembloroso.

Se acercó a la cama y abrazó a su hija.

—¿Qué tal estás? —le preguntó su padre, al tiempo que también la abrazaba.

—Bien —respondió Noah con los ojos vidriosos—. Pero ¿cómo habéis venido? —quiso saber todavía con expresión de incredulidad en el rostro.

—Olivier lo ha organizado todo. Hemos venido en su avión privado —respondió Emilie.

Noah miró a Olivier, que observaba la escena desde la puerta.

—Gracias. Muchas gracias —le agradeció vehementemente.

Olivier meneó la cabeza. No tenía ninguna importancia.

—Os dejo a solas para que habléis —dijo, guiñándole un ojo a Noah.

Se giró y salió de la habitación, cerrando la puerta a su espalda.

—¡Dios mío, no me puedo creer que estéis aquí! —exclamó Noah, volviendo a abrazar a sus padres—. Qué ganas tenía de veros. Qué ganas.

—Y nosotros a ti —habló Sam, acariciándole el pelo.

Emilie deslizó la mirada hasta su tripa.

—Ya se te nota mucho —dijo, pasándole suavemente la mano.

—Sí —dijo Noah—. Ya se nota que estoy embarazada —bromeó—. Pero

contadme —pidió a uno y a otro—, ¿qué tal estáis?

—Nosotros estamos bien, cariño —contestó Emilie—. ¿Qué tal estás tú?

—Muy aburrida —reconoció Noah—. Es tedioso tener que estar casi todo el tiempo en la cama.

—Has de tener paciencia.

—Sí, lo sé, y la tengo. Lo bueno es que todo está bien. Ayer tuve consulta con la ginecóloga y nos confirmó que todo está bien; el peso y las medidas del bebé son las adecuadas, aunque debo seguir manteniendo reposo.

—Ya te queda menos —intervino Sam.

—Eso me dijo la ginecóloga.

—Estás preciosa —dijo Emilie. Cogió el rostro de su hija y le dio un beso en la frente—. ¿Qué tal las náuseas?

—No se me quitan. Tengo menos que al principio, pero algún día todavía me toca correr al wáter.

—A mí contigo me pasó lo mismo.

—Todo se hereda —dijo Noah con humor—. ¿Y qué tal el viaje? ¿Cómo es que habéis venido en el avión privado de Olivier? —Noah seguía todavía asombrada con eso.

—El viaje ha sido una maravilla —respondió Sam.

—Imagínate, ¡un avión para nosotros solos! —añadió Emilie, alzando las manos.

—La tripulación nos ha tratado muy bien, han sido muy amables con nosotros —volvió a hablar Sam.

—Sí, es cierto. Han sido encantadores, y el chófer de Olivier también. Nos estaba esperando en el aeropuerto con uno de esos cartelitos con nuestros nombres, como en las películas.

Noah rio al ver el entusiasmo de su madre.

—Pero ¿cómo se puso Olivier en contacto con vosotros? —curioseó.

—Por teléfono. Nos llamó ayer por la tarde y nos ofreció su avión. También nos dijo que no te dijéramos nada para darte una sorpresa —le explicó Emilie. Se inclinó hacia Noah—. Es un encanto —dijo en tono confidencial, como si él pudiera oírla.

Noah hizo una mueca.

—Bueno, tiene ratos —bromeó—. ¿Hasta cuándo os quedáis? —le preguntó.

—El fin de semana, el domingo regresamos a Telluride —dijo su padre.

La puerta de la habitación se abrió después de un toque de nudillos.

—Noah, la señora Brown ha dejado las maletas de tus padres en la última

habitación a la izquierda del pasillo, para que se instalen cuando quieran —le informó.

Noah miró a Olivier, a sus padres y de nuevo a Olivier.

—Olivier, mis padres pueden quedarse en mi piso, no es necesario que se instalen aquí —dijo.

Sabía que a Olivier no le gustaba que le invadieran su espacio —era muy celoso con eso—, sobre todo por desconocidos, y sus padres eran unos extraños para él en esos momentos.

—Este ático tiene ocho habitaciones, hay espacio de sobra para que tus padres se queden aquí —argumentó Olivier.

—Pero... —Noah trató de hablar, sin embargo Olivier no le dejó.

—Además —le cortó con suavidad, imponiéndose por encima de su voz—, si se quedan en tu piso, van a pasarse la mitad del fin de semana yendo y viniendo aquí. Las distancias y el tráfico en Nueva York no son como en Telluride —bromeó, aunque hablaba en serio—. Es mejor que se instalen aquí y que aprovechéis el tiempo al máximo.

Noah no podía cuestionar esa lógica ni dejar de reconocer que Olivier tenía razón.

—Está bien —dijo—. Gracias.

—Gracias, Olivier —dijeron también Emilie y Sam.

—Un placer. Nos vemos a la hora de la cena. Ahora tengo que irme urgentemente a una reunión.

—Hasta luego —se despidió Noah.

—Hasta luego —dijo Olivier.

Cerró la puerta.

Emilie giró el rostro hacia su hija.

—No me digas que no es un encanto —dijo.

Noah se encogió de hombros. La verdad es que sí, Olivier estaba siendo un encanto.

CAPÍTULO 68

—No me imaginé que cuando Noah me encargó hacer esta locomotora fuera para usted —dijo Sam, al ver el juguete de madera en la estantería del salón de Olivier.

—Señor Winter, tutéeme, por favor —le pidió Olivier, acercándose a la estantería.

Sam asintió, conforme.

—Llámame Sam —dijo él a su vez.

Olivier se mantuvo unos instantes observando la locomotora, recordando el momento en que abrió la caja donde estaba, y la vio. Los ojos le habían brillado como los de un niño pequeño.

—Me la regaló el día de mi cumpleaños. Y es el regalo más bonito que me

han hecho nunca —le explicó en un arranque de sinceridad—. He de decir que tienes unas manos prodigiosas.

—Gracias —le agradeció Sam, visiblemente orgulloso—. Perdóname, pero me sorprende que digas que es el regalo más bonito que te han hecho teniendo en cuenta que eres un hombre... adinerado.

Olivier sonrió débilmente al tiempo que introducía las manos en los bolsillos del pantalón.

—Esto que te voy a decir es muy manido, y lo habrás escuchado mil veces, pero hay cosas que el dinero no puede comprar —dijo con sensatez—. Para mí, esta locomotora tiene un significado especial, muy especial...

Sam miró a Olivier unos segundos. Su rostro había adoptado una expresión seria.

—Entiendo —dijo, sin querer ahondar más en el tema.

Un breve silencio gravitó sobre sus cabezas.

—Sam... —Olivier giró el rostro hacia él.

—Dime...

—Gracias por apoyar incondicionalmente a Noah con lo del embarazo — dijo Olivier.

Sam frunció el ceño.

—Somos sus padres, es nuestro deber apoyarla en todo —dijo Sam en tono de obviedad—. No te voy a negar que fue una sorpresa, tanto para Emilie como para mí; no nos lo esperábamos; ella ni siquiera tenía novio... —se encogió de hombros—, pero un bebé siempre es un motivo de alegría —concluyó.

—De todas formas, el modo en que os tomasteis la noticia y actuasteis fue digno de admiración, no todos los padres apoyan a sus hijos de esa manera tan incondicional, aunque sea su deber —anotó Olivier.

—Noah es lo único que tenemos —dijo Sam—. Es nuestra única hija. Después de ella, aunque quisimos y lo intentamos, no pudimos tener más hijos. Noah llenó nuestras vidas y les dio sentido de un modo que solo lo dan los hijos. Es inexplicable y solo se entiende cuando te lo ponen en brazos y entiendes que debes protegerlo y cuidarlo toda la vida. Te darás cuenta cuando tengas a tu hijo en brazos por primera vez.

Olivier no dijo nada, prefirió guardar silencio. Él no estaba convencido de eso.

Sam hizo una pequeña pausa, pero después continuó hablando.

—Te confieso que yo quería que fuera un niño, ya sabes, los hombres casi siempre preferimos niños... —Sam sonrió con un matiz de humor en los ojos—. Pero no cambiaría a Noah por ningún hijo. Es maravillosa. Soy su padre y

sé que mi opinión no es objetiva, pero es que es maravillosa —repitió sin poder disimular el orgullo que sentía por ella.

—Sí, lo es —afirmó Olivier, serio.

Él también pensaba que Noah era maravillosa, la mujer más maravillosa del mundo. Eso era lo único que no dudaba de todo aquello.

—Siempre ha sido una luchadora, una perseguidora de sueños, como digo yo —dijo Sam—. Hasta que no se vino a Nueva York no paró. Quería tener su propia tienda y su propia firma de ropa, y lo logró, aunque, por supuesto, es un camino lento y largo y aún le queda mucho por andar...

«Y yo le jodí su sueño», pensó Olivier con amargura para sus adentros.

—Me pregunto de qué estaréis hablando... —dijo Noah al entrar en el salón, interrumpiendo su conversación.

Sam y Olivier se volvieron hacia ella.

—Le estaba contando a Olivier que yo quería que fueras niño —contestó Sam.

Noah puso los ojos en blanco.

—¿Y le has contado también que los primeros años de mi infancia me apuntaste a todos los campeonatos que había de beisbol? —preguntó con humor.

—Hay niñas a las que les gusta el beisbol —arguyó su padre.

—Pero yo lo detestaba, papá —atajó Noah sin perder el tono humorístico.

Olivier dejó escapar una risotada.

—¿Así que te apuntó a beisbol? —preguntó.

—Sí, yo lo odiaba, pero él me apuntaba un año tras otro —dijo Noah.

—Y no le gustaba nada que dejara el pelo largo a Noah —intervino Emilie.

—Bueno, ya —les cortó Sam—. ¿No íbamos a cenar? —preguntó, tratando de desviar el tema.

Todos se echaron a reír.

El fin de semana pasó volando, en un abrir y cerrar de ojos, pero al menos Noah pudo hablar con sus padres y pasar tiempo con ellos. Lo necesitaba.

—Cariño, volveremos lo antes posible —dijo Emilie en la puerta, cuando se estaban despidiendo.

Noah asintió y la abrazó.

—Siento mucho no poder acompañaros al aeropuerto —dijo.

—Tienes que guardar reposo —le recordó Emilie.

—Cuídate mucho, cariño, y cuida a nuestro nietecito —habló Sam, que también la abrazó.

—Que tengáis buen viaje —les deseó Noah.

—Te llamamos en cuanto lleguemos —tomó de nuevo la palabra Emilie.

—Os acompaño al coche, mi chófer os está esperando —intervino Olivier.

—Muchas gracias por todo —dijo Sam.

—De nada —respondió Olivier.

Emilie se adelantó un paso y le cogió las manos.

—Y perdona por las molestias —dijo.

Noah la fulminó con la mirada. Le había advertido un millón de veces que Olivier no era una persona afectuosa y que ciertas demostraciones lo incomodaban.

—Mamá —la amonestó, susurrando entre dientes.

Olivier sonrió.

—Tranquila, Noah, todo está bien —se apresuró a decir. Miró a Emilie—. No ha sido ninguna molestia, Emilie.

Y realmente no lo había sido. Para su sorpresa, los padres de Noah, lejos de molestar, habían creado un ambiente familiar y hogareño que él no había

conocido nunca y que había echado en falta durante toda su vida. Tanto uno como otro eran personas sencillas y amables que hacían agradable la vida a quienes les rodeaban. Y eso no podía decirse de toda la gente.

—Adiós, cariño —se despidieron Emilie y Sam de su hija.

Noah movió la mano.

—Adiós —murmuró.

Sus ojos se humedecieron cuando sus padres salieron finalmente del ático, camino del aeropuerto. ¿Cuándo volvería a verlos?

—¿Estás bien? —le preguntó Olivier, cuando regresó al ático, después de acompañar a Emilie y a Sam al coche.

Noah hizo un ademán afirmativo con la cabeza.

—Gracias por traer a mis padres a Nueva York —le agradeció cuando pudo hablar sin que le temblara la voz.

Olivier la miró.

—Siempre voy a hacer todo lo que esté en mis manos para verte feliz, Noah —aseveró.

Antes de que se diera cuenta, Noah lo estaba abrazando. Olivier le acarició el pelo y le dio un beso en la cabeza. ¿Por qué todo tenía que ser tan difícil?

CAPÍTULO 69

Noah se puso de perfil frente al espejo de cuerpo entero que había en la habitación y deslizó la vista hasta su tripa. Bajó las manos y se la acarició en un gesto protector. Su pequeño crecía en su interior día a día. Pese a lo duro que estaba siendo el embarazo, saber que todo iba bien le daba mucho aliento.

Se giró, dejando a su espalda el espejo, se sentó en la cama y metió los pies en las playeras. Se inclinó hacia adelante e intentó atarse los cordones, pero no llegaba con las manos y además le faltaba el aire por la presión que ejercía el vientre. ¿Cómo era posible? ¿Tenía ya tanta tripa como para no poder atarse los cordones de las playeras?

Enderezó la espalda y tomó aire. Después volvió a intentarlo.

—¡Mierda! —exclamó, cuando vio que seguía sin poder atarse los cordones.

Lo intentó por un lado y por otro. Separó las piernas y trató de hacer los nudos por el medio. Imposible.

Su vientre parecía retar a la gravedad y moverse empezaba a resultar incómodo.

Gimió de frustración.

En ese instante oyó un carraspeo al otro lado de la habitación. Levantó los ojos.

Olivier se encontraba apoyado con un hombro en el marco de la puerta. Había estado observándola desde que había empezado a ponerse las playeras. La escena era tierna y cómica a la vez, y no había podido apartar los ojos.

—¿Problemas? —preguntó con una mirada divertida.

—No puedo atarme los cordones —dijo Noah, haciendo un mohín con la boca.

—¿Te ayudo? —dijo Olivier.

Noah resopló para apartarse un mechón de pelo de la cara.

—Por favor. —La frase sonó como un suspiro resignado perdiéndose en la inmensa habitación.

Olivier se irguió y avanzó por la habitación hasta ella. Cuando la alcanzó, se puso de cuclillas y comenzó a atarle los cordones.

Noah lo contempló. ¿Quién le hubiera dicho a ella que el hombre duro e implacable que un día entró en su tienda dispuesta a echarla de allí sin contemplaciones acabaría acuclillado ante ella para atarle los cordones?

—Ya está, no era tan difícil —le vaciló Olivier.

Noah puso los ojos en blanco.

—Tú no tienes una barriga tan grande que te impide verte los pies —respondió con mordacidad.

Olivier sonrió indulgente.

—Lo sé, estaba bromeando —dijo. Sus ojos oscuros chispearon con comprensión. Se levantó y le dio un toquecito cariñoso en la nariz.

De pronto una náusea le trepó a Noah por la garganta.

—Oh, no, ya están aquí las náuseas matutinas —murmuró, llevándose la mano a la boca.

Se levantó de golpe, esquivó a Olivier, y salió todo lo rápido que pudo hacia el cuarto de baño de la habitación.

—Noah, ¿estás bien? —le preguntó Olivier, que fue detrás de ella.

Noah giró el rostro.

—Tranquilo, son las náuseas matutinas —dijo, quitándole hierro al asunto.

—Pero ¿estás bien? —insistió Olivier, al tiempo que entraba en el servicio.

—Sí, estoy bien —respondió Noah—. Se me pasará en un rato.

Olivier tomó una toalla pequeña, la empapó de agua, la dobló y se la puso a Noah en la frente.

—Esto te va a aliviar —dijo—. Estás muy pálida —observó.

Noah agradeció la frescura que le proporcionaba la toalla. Se sentó en el suelo del cuarto de baño y se recostó en la pared de caros azulejos.

—Es por las náuseas —le explicó.

—¿Has vomitado?

—No —negó—. Gracias —dijo, agarrando la toalla que le había puesto Olivier en la frente.

—Tranquila, yo te la sujeto —se apresuró a decir él.

—Te estoy dando muchos problemas... —comentó Noah con voz apesadumbrada.

Olivier se agachó y se sentó a su lado.

—¿Problemas? Esto no son problemas —dijo.

—Bueno, supongo que cuando diriges un imperio empresarial como el que tú tienes, te acostumbras a los problemas.

Olivier esbozó media sonrisa.

—Eres muy valiente, Noah —afirmó de pronto.

Noah arqueó las cejas.

—¿Valiente? —repitió.

—Sí, muy valiente.

—Tú también lo eres, Olivier.

Él negó con la cabeza.

—No, yo soy un cobarde.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad —aseveró—. El modo en que estás afrontando este tema es digno de admiración. Aunque el embarazo es de riesgo has decidido seguir adelante...

—Te va a parecer una tontería —comenzó Noah—, pero yo ya me siento como si fuera mamá, por eso sigo adelante con el embarazo, incluso aunque mi vida corra peligro. Ahora tengo que pensar en él. —Se tocó la tripa.

—Vas a ser la mejor madre del mundo —dijo Olivier con devoción en la voz.

Noah vio en sus ojos algo que no supo descifrar.

—¿Puedo decirte una cosa?

—Sí.

—Creo que tú vas a ser un buen padre —dijo.

Olivier giró el rostro. Sus brillantes ojos negros se encontraron con los de Noah.

—Eres demasiado optimista, y tu optimismo resulta conmovedor.

—Olivier, no digas eso. Al principio, cuando recibí la noticia, yo también tuve dudas. Era algo que no me esperaba... También me enfadé.

Olivier volvió la vista al frente.

—No estoy enfadado contigo ni con el bebé, estoy enfadado conmigo mismo —repuso.

—¿Contigo mismo? ¿Por qué? ¿Por qué estás enfadado contigo mismo?

—Me enfurecen mis propias incapacidades, mis dudas, mis miedos...

¿De qué hablaba?, se preguntó Noah. ¿Incapacidades? ¿Dudas? ¿Miedos? ¿Era Olivier Brooks el que estaba diciendo esas cosas?

—¿A qué te refieres? Olivier, lo vas a hacer bien —dijo, tratando de convencerlo.

Olivier sintió una oleada de miedo en las entrañas.

—Estoy aterrado —confesó de pronto en un golpe de sinceridad.

Noah se quedó pasmada.

—¿A qué tienes miedo?

Noah no había terminado de formular aquella pregunta cuando Olivier se levantó y salió del cuarto de baño, dispuesto a marcharse. Hacía muchos años que no pensaba en el pasado, no se lo había permitido. Noah se levantó rápidamente al ver sus intenciones y fue tras él. Lo agarró del brazo y lo interceptó en mitad de la amplia estancia, obligándole a que se diera la vuelta.

—Respóndeme, Olivier. ¿A qué tienes miedo? —le exigió. Pero Olivier no respondía. El silencio exasperó a Noah—. ¡Maldita sea, deja de vivir anclado en el pasado y mira lo que tienes ahora! ¡Deja de huir! ¡Deja de huir y respóndeme! —exclamó—. ¿Tiene que ver con tu padre? —soltó.

Olivier volvió el rostro hacia ella y la miró fijamente durante unos segundos. Noah supo que había dado en el clavo. Había tocado una fibra escondida, a juzgar por la expresión de su cara.

Olivier estalló, como lo haría una bomba atómica.

—¡Sí! ¡Sí, tiene que ver con mi padre! —gritó—. ¡Me aterra la idea de ser como él! ¡Me aterra la idea de ser como ese hijo de puta!

Noah se quedó petrificada, inmóvil en el sitio, al oírle expresarse de su padre en esos términos tan agresivos.

—¡Me aterra ser con mi hijo como él fue conmigo!

«Mi hijo», dijo Noah.

Era la primera vez que Olivier se refería al bebé como «su hijo».

CAPÍTULO 70

—Olivier, háblame de él. Cuéntame qué pasó... —le pidió Noah con voz suave.

Olivier se llevó la mano al cuello y se aflojó el nudo de la corbata, luchando contra la intensa sensación de ahogo que sentía.

—Si te enfrentas a tu pasado, quizá sofoques ese miedo que tienes —lo animó Noah.

Olivier cerró los ojos unos instantes, librando una batalla contra sus propios demonios, contra esos fantasmas que lo atormentaban. Sus labios se tensaron con amargura.

—Mi padre mató a mi madre de una paliza —aseveró de pronto.

Noah no reaccionó. Se quedó en silencio, helada, como si le hubieran

echado un jarro de agua fría en la cara, ante aquella brutal confesión.

—Y me hubiera matado a mí o a mi hermana, si no nos hubiéramos escapado de casa —añadió Olivier.

Noah sintió como si un viento frío soplara en sus entrañas.

—¿Os pegaba? —dijo horrorizada.

—A mí, cada noche —respondió Olivier—. A Helen no, porque yo le decía que se acostara antes de que llegara nuestro padre a casa. Si él la veía dormida, descargaba sus putas borracheras solo conmigo.

Noah se llevó las manos a la boca.

—Dios santo, qué horror —susurró.

Ahora entendía todo lo que le había contado Helen. De repente, y por primera vez desde que lo conocía, el magnánimo e impasible Olivier Brooks parecía una persona vulnerable. Más allá de su fachada de hombre duro y déspota, Noah advertía en esos momentos en sus ojos fragilidad, miedo...

—Mi padre solo fue un maldito borracho que mató a mi madre de una paliza, Noah —dijo Olivier, en tono atormentado.

—Helen me contó que vuestra madre se había ido de casa —dijo Noah.

—Eso es lo que yo le conté para protegerla, era mejor que creciera con la idea de que nos había abandonado a que nuestro padre la había pegado una

paliza tan brutal que le había provocado la muerte.

Noah se sentía aturdida.

—Todavía puedo oír sus insultos, su repugnante olor a alcohol y tabaco...
—continuó hablando Olivier—. Un día entré en casa, mi padre tenía acorralada a Helen en un rincón del salón. Tenía el brazo levantado y en la mano un cinturón. Iba a pegarla... Mi hermana solo tenía cuatro años. ¡Cuatro años!

Olivier tomó aire, respirando profundamente, como si intentara calmar el dolor de los recuerdos.

—Corrí y me puse en medio. El golpe cayó en mi espalda. El dolor fue espantoso, pero no tanto como me hubiera dolido que hubiera pegado a Helen. Era tan pequeña, tan inocente...

Los ojos de Noah se anegaron de lágrimas. La escena atravesó su cabeza con crueldad, llenándole de dolor. La tristeza de Olivier se le clavaba en el corazón como un afilado cuchillo.

—Como tú, Olivier. Era tan pequeña como tú. Solo tenías... nueve años —
intervino con la voz tomada por la emoción.

Olivier se dirigió hacia la ventana y contempló el cielo de Nueva York. Había decidido dar rienda suelta a todo el miedo y todo el dolor que llevaba dentro.

—La paliza que me dio mi padre aquella noche me llevó directamente al hospital —continuó hablando, dando la espalda a Noah—. Paró de pegarme porque la vecina, al oír sus gritos, insultándome, y el llanto de mi hermana, había llamado a la policía y esta se presentó en mi casa. Unos años después, una de las noches que llegó borracho, se abalanzó sobre mí para pegarme. No lo consiguió, pude esquivar su puñetazo, y después se lo devolví. Ya no iba a aguantar más. Yo ya era un adolescente y él no se tenía en pie... No le di todos los golpes que me había dado a mí, pero sí le devolví algunos. Luego desperté a mi hermana y nos fuimos de casa. Y cuando salíamos por la puerta me juré que nadie nunca volvería a ponerme un dedo encima y que llegaría a ser el hombre más poderoso de EE.UU.

—Y lo lograste —comentó Noah.

Olivier movió el cuello de un lado a otro.

Se había escapado de casa con la determinación de convertirse en alguien, en contra de lo que pensaba su padre, y con la convicción de no demostrar nunca debilidad ni emoción ante nada ni nadie.

—Sí —dijo escuetamente, pero no parecía satisfecho.

El precio que había tenido que pagar había sido muy alto. Su padre no solo lo había maltratado, había minado su autoestima hasta reducirla a nada, humillación tras humillación. Nunca perdía la oportunidad de insultarlo, de

hacer algún comentario envenenado echándole en cara lo poco que valía: «Jamás llegarás a nada», le decía; o esbozando una sonrisa malévola, enseñando los dientes amarillentos y podridos, cuando lo miraba. Todo eso lo había convertido en un hombre solitario, hosco y enfadado, en mitad de la ciudad más grande del planeta. Un niño que se había tenido que defender del mundo. Las circunstancias habían hecho de él una persona hostil.

—¿Has vuelto a saber algo de tu padre? —le preguntó Noah.

Olivier dio media vuelta y se apartó de la ventana.

—Murió hace diez años en la calle, como un indigente —respondió Olivier, sin ningún tipo de emoción en la voz.

—Tu historia es... —Noah no encontraba palabras para describirla. Guardó silencio.

—¿Quién dijo que la infancia era una época feliz? —lanzó Olivier al aire —. Yo nunca fui niño.

Noah lo observó con atención. Aquel pasado lo había convertido en lo que era. Ahora entendía muchas cosas. Entendía el origen de las sombras que se escondían en el fondo de sus ojos...

—Pero nuestro bebé será feliz —dijo.

—No sé si yo seré capaz de ofrecerle la felicidad que se merece...

—Tú no eres como tu padre —le cortó Noah con firmeza.

Olivier se mantuvo inmóvil, observándola con aprensión en los ojos entrecerrados.

—Eso no lo sabemos. Los hijos reproducen los patrones que han visto en sus padres —apuntó.

—Sí, sí que lo sabemos —le rebatió Noah—. Tú no serás el hombre que maltrate a su hijo, serás el hombre que lo protegerá con su propia vida, como protegía a su hermana pequeña. Serás el que le decía a Helen que se fuera a dormir pronto para que su padre no la pegara, el que se ponía delante de ella para recibir los golpes. Ese hombre eres tú y ese hombre es el que serás. ¿Por qué te olvidas de eso? ¿Por qué te olvidas de que le salvaste la vida a tu hermana? —Noah se colocó unos mechones de pelo suelto tras las orejas—. ¡Dios mío, vas a ser el mejor padre del mundo! —añadió, como si acabara de tener una revelación divina—. Deberías estar orgulloso de ti mismo y no subestimarte del modo tan feroz en que lo haces. Y, por si fuera poco, levantaste un imperio de la nada. ¡De la nada! Nuestro hijo no va a poder estar más orgulloso de ti cuando se lo cuentes.

Los labios de Olivier se torcieron lentamente en una mueca.

—Tendré que omitir algunos detalles... —dijo serio.

Noah frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿Qué más hay en tu historia, Olivier? —preguntó con cierto

miedo en la voz y cierta precaución. No quería que Olivier se sintiera presionado y que eso provocara que se cerrara en banda. Si lo hacía, si regresaba a su hermetismo, no volvería a abrirse nunca.

—Después de escapar de casa, estuvimos en un albergue, aunque yo vivía más en la calle. Empecé a ganarme algún dinero recogiendo cartón y chatarra en los contenedores. Pero así no iba a llegar a ninguna parte. Lo que me pagaban era una nimiedad y la mayoría de los días acababa peleándome con algún chatarrero o cartonero por el dominio de las zonas.

—¿Y cómo saliste de esa situación?

—Prostituyéndome —respondió Olivier con brutal sinceridad.

CAPÍTULO 71

Noah abrió los ojos de par en par con asombro.

—¿Cómo...? ¿Cómo dices? —balbuceó, sin dar crédito a su respuesta.

¿Olivier había sido puto? ¿Gigoló? ¿Prostituto? ¿Era así como se llamaba a los hombres que ejercían la prostitución?

Olivier se metió las manos en los bolsillos.

—No buscaba clientas en una esquina ni lo practicaba todas las noches —aclaró—. Tener un rostro más o menos atractivo me permitió dedicarme a la prostitución de alto standing. Hay mujeres ricas dispuestas a pagar mucho dinero para paliar su soledad con una cara bonita que les dé todo el placer que buscan.

Noah reconoció que, en cuestiones de placer, Olivier era un experto.

—¿Sorprendida? —le preguntó él al ver la expresión de su rostro.

—No te voy a negar que no lo estoy.

—¿Te avergüenza?

—No —negó Noah—. Me sorprende porque normalmente creemos que la prostitución solo la ejercen las mujeres. Pero no entro a debatir las razones que llevan a una persona a ejercerla, siempre que sea de forma voluntaria. Nunca lo haría, y no lo haré contigo.

—En mi caso no fue algo buscado, fue algo que surgió... y que me permitió ganar unas buenas sumas de dinero —comenzó a explicarle Olivier—. Dinero que invertí con buen ojo. Ese dinero comenzó a duplicarse, a triplicarse, a cuadruplicarse... Hasta que conseguí una pequeña fortuna y fundé mi propia empresa.

«*Brooks Corporation*», dijo Noah para sus adentros.

—Aquellas inversiones me ayudaron a levantar el imperio empresarial que tengo hoy, y a cumplir la promesa que me había hecho a mí mismo.

Y lo había conseguido.

Ahora tenía dinero y poder. Mucho más del que parecía humanamente posible, más del que cualquier hombre podría soñar con tener.

Olivier suspiró.

Había trabajado duro y había sacrificado mucho para conseguir todo lo que tenía, y con ello había logrado ocultar esa oscura parte de su vida en un rincón de su memoria. Al mismo tiempo se había convertido en un hombre duro y frío; en una persona amargada y resentida, y había enterrado cualquier tipo de sentimiento o emoción en lo más profundo de su corazón.

—Eres un superviviente —afirmó Noah, dejando entrever en sus palabras un viso de admiración.

—Todos los somos en mayor o menor medida.

—¿Y todavía sientes miedo cuando piensas que no vas a ser un buen padre?

—Noah, no soy una persona precisamente cariñosa —respondió Olivier.

—Pero eso es porque durante todos estos años has levantado a tu alrededor un centenar de muros para protegerte, como mecanismo de defensa. Te escudas detrás de ese carácter para no sentirte vulnerable.

—No me quedó más remedio que ser este hombre que soy.

Noah se acercó a Olivier.

—Pero ahora puedes cambiar —dijo.

—La gente no cambia, Noah. Ya es tarde para mí —repuso Olivier.

—No, Olivier, no. No es tarde. Nunca es tarde —se apremió a

contradecirle Noah—. Esos muros irán cayendo —dijo. Tomó su mano y junto a la suya, la puso sobre su tripa—. Este bebé hará que se derriben. Todos y cada uno de ellos. Ya lo verás —añadió.

Olivier se sentó en la cama, agarró a Noah de la cintura y la acercó a él. Lentamente, inclinó la cabeza y apoyó la frente en su vientre.

Suspiró, pero no dijo nada.

Noah le acarició suavemente el pelo.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

—Te dije que tengo muchos pecados a las espaldas, muchas faltas que expiar... —contestó.

Noah sonrió comprensiva sin dejar de acariciarlo.

—Hay una absolución para todo el mundo —dijo.

—¿Crees que para mí también? —La pregunta sonaba ingenua.

—Por supuesto, Olivier. Por supuesto que sí —respondió Noah con vehemencia.

Después de estar un rato en silencio en aquella postura, Noah dijo:

—Olivier, tienes que contarle la verdad a tu hermana.

Noah esperó el comentario de Olivier con los labios apretados.

—Lo mejor es que siga creyendo lo que le conté —dijo él.

Noah se separó unos centímetros de Olivier, él levantó la cabeza.

—No, Olivier. Estás equivocado. Ella tiene todo el derecho a saber lo que pasó —le rebatió.

Olivier la miró indeciso.

—Noah...

—Olivier, Helen ya no es una niña, es una mujer y tiene que saber la verdad. Toda la verdad. Tiene que saber qué pasó con vuestra madre y con vuestro padre... No puedes quitarle ese derecho.

—Durante años he ocultado toda la información referente a mis padres, los he hecho desaparecer, como si nunca hubieran existido...

Noah comprendió en ese momento por qué Helen no había conseguido averiguar ni un solo dato sobre sus progenitores. Olivier se había encargado personalmente y a conciencia de que fuera así.

—Le va a doler...

—Claro que le va a doler, porque es una verdad demoledora, pero va a sobreponerse —dijo Noah—. Helen es una mujer muy fuerte. Mucho más de lo que parece. Además —continuó—, tienes que descargar el peso que has llevado durante tantos años, aliviar la sobrecarga de responsabilidades que has llevado desde niño. Ahora los dos sois adultos.

En el fondo, Olivier no había dejado de ser aquel niño inocente y a la vez

luchador, que había protegido a su hermana contra viento y marea para que no sufriera lo que había sufrido él.

CAPÍTULO 72

Noah entendía ahora el porqué de la obsesión de Olivier por tenerlo todo controlado. Había pasado una situación muy dura de niño y estaba resentido con el mundo. Era normal teniendo en cuenta todo por lo que había pasado. Las personas que habían sufrido tanto se volvían controladoras por miedo a que pudiera volver a suceder algo similar, aunque esa amenaza no fuera real. Necesitaban sujetar los pilares de la vida para sentirse seguros.

¿Cómo podía un niño vivir sabiendo que su madre había muerto a manos de su padre? ¿Cómo podía vivir con el miedo metido en los huesos de que su padre podía pegarle una paliza en cualquier momento?

«¡Dios Santo!», mascullo Noah.

Los ojos se le humedecieron. Era imposible no empatizar con Olivier, con

su pasado y con su dolor.

¿Cómo podía ser la vida tan cruel?

El cielo estaba cerrado, cubierto de un manto de nubes grises que apenas permitían que los rayos de sol se filtraran formando sutiles velos.

Olivier y Helen permanecían de pie frente a la tumba que había a sus pies. Era el panteón de su madre. Un pequeño mausoleo de mármol blanco que Olivier visitaba a menudo y que se encargaba de mantener lleno de flores.

Helen leyó de nuevo la inscripción con el nombre y el apellido de soltera de su madre que estaba labrada con letras doradas. «Janet Stephens». Se inclinó y dejó un ramo de rosas amarillas, las preferidas de su madre, sobre el frío mármol.

—Solo quería protegerte —dijo Olivier. Siguiendo el consejo de Noah, le había contado a su hermana toda la verdad sobre su infancia.

Helen pasó la mirada por la lápida. Tragó saliva tratando de deshacer el nudo que tenía en la garganta.

—Lo sé —respondió, trascurridos unos segundos—. Pero me hubiera

gustado saberlo antes...

—Lo siento —murmuró Olivier sin apartar la vista de la tumba.

Helen volvió el rostro hacia él. Le puso la mano en el hombro.

—Me lo tenías que haber contado; porque necesitaba saberlo, porque tenía derecho a saberlo, pero me lo tenías que haber contado por ti —dijo Helen en tono comprensivo. Olivier la miró con los ojos entrecerrados—. Sobre todo por ti, Olivier —enfaticó Helen—. No tenías que haber llevado esta carga tú solo. Es demasiado pesada.

—Era mi deber —aseveró Olivier con semblante serio.

—No, no era tu deber. Eras solo un niño. Un niño... —le hizo entender Helen—. Ese pasado era tanto mío como tuyo.

—Sí era mi deber —se reafirmó Olivier—. Tú eras lo único que tenía, lo único que me quedaba, mi única familia. Tenía que protegerte como fuera.

—Pero no con tu vida... —murmuró Helen, que apenas tenía fuerzas para hablar.

Unas lágrimas densas comenzaron a rodar precipitadamente por sus mejillas. Su hermano había sido tan generoso con ella. Tan generoso...

—No, Helen, no llores... —dijo Olivier—. No llores, por favor... Todo está bien.

—No, Olivier. No está bien —sollozó ella sin poder contenerse—. No dejo de pensar en todo lo que has hecho por mí, en el modo en que me protegiste cuando era niña... ¿Qué hubiera sido de mí sin ti, Olivier? ¿Qué?

Helen se estremeció al imaginar lo que hubiera pasado si hubiera estado sola con su padre, si Olivier no se hubiera convertido en su ángel de la guarda.

En un impulso, abrazó a su hermano.

—Habrías salido adelante, eres muy fuerte, Helen —dijo Olivier.

Alzó la mano y le acarició la cabeza.

—No lo sé, Olivier... No lo sé... —dijo Helen desesperanzada—. Nuestro padre era... un monstruo. ¡Un animal! —exclamó con los dientes apretados. Estaba llena de rabia—. Mató a nuestra madre y casi te mata a ti. —Cuando dijo aquello sintió un escalofrío.

Era aterrador. Todo lo que se había estado guardando su hermano durante tantos años era aterrador. Ahora lo entendía todo. Absolutamente todo: su carácter reservado, su hermetismo, incluso su arrogancia y su despotismo.

Su oscuridad...

Helen deshizo el abrazo, sorbió por la nariz y se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Nuestro padre estuvo alguna vez en la cárcel? —le preguntó a Olivier,

intentando mantener la compostura.

—No —negó él. Helen apretó los puños—. Alegó que mamá se había caído por unas escaleras y que se había dado un golpe en la nuca —explicó.

—¿Y le creyeron? —dijo indignada Helen.

—Sí.

—Hijo de puta —masculló Helen entre dientes.

Se vio invadida por una marea de ira. ¿Cómo era posible que hubieran creído a su padre? ¿Cómo podía ser tan injusto el mundo? Lágrimas de impotencia volvieron a humedecer sus ojos.

—¿Cuándo murió ese desgraciado? ¿Cómo? —volvió a tomar la palabra.

—En la calle, como un mendigo... —respondió Olivier.

Helen levantó ligeramente la cabeza.

—No se merecía otra cosa —dijo, sin que le temblara la voz.

Olivier le puso las manos en los hombros.

—Helen, lo mejor es olvidar... —le aconsejó.

—¿Olvidar? ¿Tú has podido? ¿Olivier, tú has podido olvidar? —dijo ella.

Olivier mantuvo silencio. Un silencio que resultaba ensordecedor en mitad del enorme cementerio. No, él no había olvidado. No había día en que no recordara cada golpe, cada insulto, cada humillación, cada cintazo...

—Sea como sea, hay que seguir adelante —aseveró—. El mundo no se detiene por nosotros, ni por nadie.

Olivier introdujo la mano en el bolsillo y sacó de él un pañuelo, que ofreció a Helen. Ella lo tomó y volvió a enjugarse las lágrimas. Cuando se secó los ojos, giró el rostro hacia la tumba.

—Mamá estaría muy orgullosa de ti, Olivier. Muy, muy orgullosa —afirmó con una sonrisa agrisada en los labios.

Por primera vez desde hacía años, Olivier se emocionó. No dijo nada ni se movió, se mantuvo con un semblante sobrio, controlando las emociones que lo sacudían por dentro, pero sus ojos estaban colmados de lágrimas.

CAPÍTULO 73

Noah sintió una punzada de dolor tan intensa que soltó un grito. Se detuvo en mitad del ancho pasillo, se llevó las manos a la tripa y se encogió sobre sí misma.

Olivier y Helen, que volvían del cementerio, entraban en esos momentos en el ático.

—Noah, ¿qué te ocurre? —le preguntó rápidamente Olivier en tono de visible preocupación.

—Algo no va bien... —respondió ella, mirándolos con los ojos llenos de angustia—. Creo que he roto aguas.

—¡¿Qué?! —chilló Helen—. Pero eso no puede ser, solo estás de seis meses.

—Pues no sé qué es lo que está pasando, pero no es bueno. Tengo todo el pantalón empapado —dijo Noah.

—¡Joder! —masculló Olivier.

Avanzó hasta ella y la sujetó por la cintura.

—¡Ah! —gritó Noah al sentir otra fortísima punzada de dolor en el abdomen.

—Vámonos a urgencias —aseveró Olivier.

—Voy con vosotros —dijo Helen.

Olivier cogió a Noah en brazos y la bajó en el ascensor del bloque hasta el coche, que estaba aparcado en el garaje del edificio. La acomodó con cuidado en los asientos traseros del vehículo y Helen se sentó con ella para atender cualquier imprevisto que pudiera tener lugar.

—Tranquila, Noah, que ya vamos de camino a la clínica —trató de calmarla Olivier mientras conducía con prisa por las atestadas calles de Nueva York, dejando a su paso una estela de bocinazos e improperios.

—No quiero que le pase nada a mi pequeño... —sollozó Noah, aguantando los dolores.

—No va a pasarle nada, cariño. Ya lo verás —la animó Helen, acariciándole la cabeza

Olivier intercambió una mirada de incertidumbre con su hermana a través del espejo retrovisor.

Cuando llegaron al hospital, Olivier salió disparado del coche y entró en urgencias a grandes zancadas.

—Necesito una camilla o una silla de ruedas. Mi... —No sabía cómo nombrar a Noah. Pero ¿qué importaba?—. Mi pareja está embarazada de seis meses y ha roto aguas —dijo finalmente.

En menos de lo que dura un latido, la enfermera que estaba en admisión, salió de detrás del mostrador y comenzó a movilizar al personal con resolución. Unos segundos después, un par de celadores, uno de los médicos de guardia y una enfermera, estaban sacando a Noah en una camilla del coche de Olivier.

—¿Tiene dolores? —le preguntó el médico.

Noah afirmó con la cabeza.

—Sí, muchos —dijo.

—¿De cuántas semanas está?

—De 25.

El médico alzó el rostro y dio indicaciones a los celadores y a la enfermera que lo acompañaban.

—Doctor, ¿dónde la llevan? —quiso saber Olivier.

—Al quirófano —respondió este con rotundidad.

—Olivier... —La voz de Noah sonó trémula en el pasillo de paredes asépticas y apagadas del hospital.

—Pequeña, estoy aquí —dijo él, cogiendo la mano que buscaba Noah. Se la apretó cariñosamente—. Todo va a salir bien.

—No sé qué me pasa... —musitó Noah en un hilo de voz.

Los ojos se le eclipsaron y la mano perdió de repente fuerza.

—¡¿Noah?! ¡Noah, ¿qué te pasa?! Pequeña... —la llamó insistentemente Olivier mientras iban a zancadas por el pasillo.

Pero ella no contestó. Sus ojos se habían cerrado y no respondía a estímulos externos.

—¡Rápido! —ordenó el médico al ver que Noah había sufrido un desmayo.

—Doctor, ¿qué le pasa? ¿Qué le pasa? ¿Por qué no habla? —Olivier estaba desesperado.

El médico lo detuvo delante de unas puertas grises mostrándole las palmas

de las manos.

—Espere aquí, por favor —le pidió con expresión seria.

—Pero...

—Olivier, deja que los médicos se encarguen de ella. Está con los mejores profesionales.

Olivier reaccionó a la voz de Helen, que estaba detrás de él, agarrándole de los hombros. Olivier se resistía a soltar la mano de Noah, pero finalmente la liberó. Esta cayó inerte sobre la camilla.

Las puertas grises que daban a la zona de quirófanos se cerraron delante de sus ojos.

CAPÍTULO 74

Olivier daba vueltas de un lado a otro de la sala de espera como una bestia encerrada.

—Cálmate —le pidió Helen, que se encontraba sentada en una silla.

—No puedo —respondió él sin detenerse—. Algo no va bien, Helen. Algo no va bien.

Se pasó las manos por la cabeza.

—Todavía no sabemos nada. No te adelantes a los acontecimientos —le aconsejó Helen.

Olivier sacudió la cabeza, terco.

No había nada de lo que pudiera decirle su hermana que lo tranquilizara, nada que lograra apaciguar el desasosiego y la inquietud que lo corroía por

dentro. ¿Por qué demonios no salía nadie a decirles algo? ¿A darles noticias? ¿Qué estaba pasando?

Un rato indeterminado después, el médico que había acompañado a Noah al quirófano entró en la sala de espera. En cuanto lo vio, Olivier se plantó delante de él de unas pocas zancadas.

—¿Cómo está Noah? ¿Por qué han tardado tanto en decirnos algo? —se adelantó a preguntar Olivier, que comenzaba a rayar un estado de desesperación.

Helen se levantó de la silla y fue hasta ellos.

—La señorita Winter venía con una hemorragia severa —comenzó el médico—, pero hemos conseguido detenerla. Ahora mismo las constantes vitales son estables. Sin embargo, las próximas horas son críticas, debemos intentar por todos los medios que no vuelva a sufrir otra hemorragia.

—¿Y... el bebé? —preguntó Olivier.

—Hemos tenido que sacarlo mediante cesárea. La bolsa amniótica se ha roto y era imposible mantenerlo en el útero —respondió el médico.

—¿Está bien? —preguntó Helen con un viso de impaciencia en la voz.

Los ojos de color marrón claro del médico se posaron en ella.

—Hemos hecho todo lo posible...

—¿Qué cojones quiere decir eso?! —dijo Olivier casi en un grito.

—Ha sido un bebé muy prematuro, aún no está formado... Tiene graves problemas respiratorios; no conseguirá respirar fuera del útero, y también tiene una grave infección, entre otras cosas... Lo siento, pero solo vivirá unas horas.

Olivier se quedó completamente en silencio, inmóvil como una estatua de mármol.

—¿Están haciendo todo lo necesario para que viva? —preguntó Helen, horrorizada por el diagnóstico del médico.

—Por supuesto. Está en la incubadora y se le están dando todos los cuidados y las atenciones necesarias, pero no se puede luchar contra la naturaleza —aseguró el doctor con profesionalidad.

—¿Podemos verlo?

—¿Puedo ver a Noah?

La pregunta de Helen y la de Olivier se cruzaron en el aire al mismo tiempo.

—¿Puedo ver a Noah? —repitió Olivier con contundencia.

—En estos momentos le están subiendo a observación. Les avisarán cuando puedan verla.

—¿Y al bebé? —insistió Helen.

—Si quieren verlo, vayan a la planta de neonatología —contestó el médico.

—Gracias —le agradeció Helen.

El médico se giró y salió de la sala de espera. Cuando se quedaron a solas, Helen volvió el rostro hacia Olivier.

—Tenemos que ir a ver al bebé —dijo.

—Yo no voy a ir —atajó Olivier.

—¿¿Qué?! Olivier, tienes que verlo.

—¡He dicho que no! —gritó él.

Helen insistió tratando de convencerlo.

—Es tu hijo, y solo le quedan unas horas de vida...

Pero Olivier no siguió escuchándola. Se giró bruscamente sobre sus talones y se fue de la sala de espera dando un portazo que hizo vibrar los cristales de las ventanas del lugar.

Helen se pasó las manos por la cabeza y suspiró ruidosamente.

Olivier salió a la calle; necesitaba tomar aire fresco. Sentía una presión tan fuerte en el pecho que no podía respirar. Caminó por el muro que rodeaba el hospital hasta llegar a un recoveco donde no había nadie.

Gritó con los dientes apretados.

Era un alarido de dolor, de impotencia, de desolación... ¿Cómo iba a decírselo a Noah? ¿Cómo? ¿Cómo iba a decirle que el bebé, que «su pequeño», como lo llamaba cariñosamente ella, iba a vivir solo unas horas? ¡Unas horas!

¿Podía ser la vida más cruel? ¿Más inhumana?

La turbulenta realidad lo golpeó, haciendo que se estremeciera hasta lo más profundo de su ser. Se sentó en un escalón de piedra y ocultó el rostro entre las manos.

CAPÍTULO 75

Noah abrió lentamente los ojos.

—Hola —dijo Olivier.

Se inclinó y le dio un beso en la frente. Noah se fijó en que llevaba puesta una bata verde.

—Hola —respondió con voz pastosa.

Tenía la boca seca, estaba algo mareada y sentía el cuerpo como si le pesara toneladas.

—Hola, cariño —la saludó Helen, ofreciéndole una sonrisa.

Noah rodó los ojos hasta ella.

—Hola, Helen —sonrió débilmente.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Olivier.

—Bien —dijo Noah, aunque no era del todo cierto.

Olivier advirtió su palidez y el cansancio de su rostro.

—¿Qué ocurre, Olivier? —dijo Noah, al percibir su extraña expresión.

Estaba tenso y se le veía preocupado.

Instintivamente, se llevó la mano a la tripa. Estaba lisa. ¿Dónde estaba su tripa de seis meses de embarazo? Miró a Olivier, alarmada.

—Noah...

—¿Qué ha pasado? —dijo ella, empezando a alterarse.

—Cálmate...

—Dime qué ha pasado... ¿Qué ha pasado con mi pequeño? ¿Ha nacido?

Olivier le tomó la mano con ternura.

—Sí, ha nacido, pero... tiene algunas complicaciones —apuntó.

—Sí, me imagino... Es prematuro, pero está bien, ¿verdad? —La mirada de Noah se intensificó—. Está bien, ¿verdad? —repitió. Miró a Olivier y a Helen alternativamente.

Olivier se aclaró la garganta.

—Tiene problemas pulmonares; no conseguirá respirar fuera del útero, y una grave infección. Los médicos... Los médicos... —No sabía cómo decir

lo siguiente. Dejó caer los hombros—. Solo vivirá unas horas.

La cara de Noah se llenó de horror. Durante unos segundos tuvo la sensación de estar descendiendo al infierno.

—¡¿Qué?! —exclamó—. No, no, eso no puede ser verdad. Nacen muchos bebés prematuros en el mundo y sobreviven... Mi pequeño va a vivir.

—Noah, los médicos... —comenzó Olivier.

—¡Me da igual lo que digan los médicos! —lo interrumpió desesperada ella—. ¿Dónde lo tienen? —preguntó.

—En neonatología —respondió Helen.

Noah apartó las sábanas a un lado. La vía que tenía puesta en la mano tembló.

—Quiero ir a verlo —dijo, decidida.

Bajó una pierna de la cama y apoyó el pie en el suelo.

—Noah, has tenido una hemorragia... Los médicos nos han dicho que hay que evitar por todos los medios que tengas otra, y te acaban de hacer una cesárea —le explicó Olivier, intentando persuadirla de su idea—. Además, tienes una vía puesta y el gotero.

—¡Los médicos! ¡Los médicos! ¡Los médicos! —refunfuñó Noah sentada en la cama—. Quiero verlo, quiero ver a mi pequeño, quiero ver a mi hijo...

¡Soy su madre, maldita sea! Me necesita y yo lo necesito a él.

Helen intervino.

—Noah, ¿por qué no descansas un poco y luego vamos a verlo?

—Porque no —negó ella tajantemente. Se levantó. Las piernas le temblaban de agotamiento y una fuerte punzada de dolor le atravesó el corte de la cesárea, pero aún todo hizo un esfuerzo para erguirse—. Y si no me ayudáis vosotros, iré sola —añadió en tono amenazante.

Helen y Olivier intercambiaron una mirada muda. Olivier asintió ligeramente. Conocía a Noah lo suficiente como para saber que no la convencerían para que no fuera a ver al bebé. Si había una persona terca en el mundo, esa era ella.

Ambos se acercaron a Noah. Olivier la sujetó de la cintura y Helen se hizo cargo del gotero.

La planta de neonatología era un lugar con aspecto inmaculado que olía a suave colonia infantil. El silencio era prácticamente absoluto, excepto por el leve trasteo de las enfermeras.

Al entrar en la sala donde se encontraban algunas de las incubadoras, Noah sintió un golpe de ternura. Miró a un lado y a otro, tratando de averiguar en cuál de ellas podía estar su pequeño.

—¿Cómo se llama? —le preguntó una enfermera que salió a su encuentro.

—Noah Winter —respondió Noah.

La enfermera consultó unos papeles que llevaba en un portafolios.

—Venga por aquí, señorita Winter. —Se dirigió a Olivier—. ¿Usted es el padre? —le preguntó.

—Sí —contestó él.

—Bien, puede venir —dijo la mujer—, pero me temo que usted tiene que esperar. —En esa ocasión se dirigía a Helen—. No podemos saturar la sala —le informó.

—Sí, claro —accedió ella—. Esperaré fuera —añadió.

Noah echó a andar junto a Olivier, que seguía sujetándola por la cintura, y la enfermera, que se hizo cargo del gotero.

Los tres se detuvieron frente a una incubadora que estaba cubierta por un enorme paño oscuro que impedía que entrara la luz al interior.

—¿Está aquí? —preguntó Noah a la enfermera.

—Sí —afirmó ella con una sonrisa.

El corazón de Noah latía apresuradamente mientras ella y Olivier esperaban que la enfermera retirara la tela. Cuando finalmente la incubadora quedó al descubierto, a Noah se le encogió el corazón.

—Oh, Dios mío... —masculló.

CAPÍTULO 76

El bebé estaba lleno de cables, vías y esparadrapo por todos los lados. Casi ni se le veía. Era extremadamente pequeño, apenas un palmo y medio. Los ojitos estaban tapados con una especie de gafas hechas de esponja y unos pequeños tubos se introducían en los agujeros de su naricita para aportarle oxígeno y facilitarle la respiración. También tenía una sonda en la boca. La piel, muy fina y casi translúcida, dejaba ver las venitas y algunos nervios. Cuando respiraba, las costillas se acentuaban en el pecho, que subía y bajaba.

La sensación de fragilidad era tan extrema que Noah se echó a llorar. Se inclinó y puso las palmas de las manos en el cristal de la incubadora.

—Dan... —susurró—. Dan, soy mamá... Ya estoy aquí contigo, mi amor —sollozó con ternura—. Ya estoy aquí contigo —repitió.

—Os dejo a solas con él —dijo la enfermera, al ver el momento tan emotivo que estaba teniendo lugar.

Olivier asintió en silencio con la cabeza.

—Dan, mi amor... Tienes que ser fuerte. Muy fuerte. ¿Me oyes? —seguía hablando entre lágrimas Noah—. No puedes irte. No ahora que estás en mi vida... No ahora que estás aquí...

Olivier tenía sujeta a Noah, pero no podía dejar de mirar a la pequeña criatura que luchaba por su vida dentro de la incubadora. Cabía perfectamente en su mano. Era pequeño, delicado y frágil; tremendamente frágil. Sus piernas eran como sus dedos y la mano como la uña de su pulgar.

De pronto se sintió perturbado. Más que perturbado. Notó un extraño pellizco en el corazón, a pesar de que no quería reaccionar.

Pero era su hijo.

Carne de su carne.

Sangre de su sangre.

—Es tan vulnerable... Tan indefenso... —dijo Noah a Olivier.

—Tienes razón —comentó él únicamente.

—Olivier, quiero quedarme aquí.

—Noah, estás convaleciente, es mejor que descanses —le aconsejó él.

—No, Olivier. Si son... —no se atrevía a pronunciarlo—. Si son sus últimas horas, quiero estar con él. No quiero que esté solo. No quiero, no quiero, no quiero... —negó reiteradamente con la cabeza.

Olivier le cogió el rostro entre las manos.

—Está bien, pequeña... Está bien... —la calmó. No se le ocurría ninguna palabra de consuelo—. Hablaré con el médico para que nos deje estar aquí.

—Sí, por favor —sollozó Noah.

Olivier le enjugó las lágrimas con los dedos pulgares.

—Ahora vengo —dijo, antes de inclinarse y dar un beso en la frente a Noah.

Olivier salió de la sala para buscar al médico y las enfermeras llevaron a Noah una silla para que se sentara al lado de la incubadora.

—Gracias —les agradeció ella.

Las enfermeras sonrieron.

Cuando llegó Olivier, Noah tenía la frente apoyada en el cristal de la incubadora y miraba al bebé como si pretendiera acariciarlo con los ojos. No

había parado de llorar desde que Olivier se había ido.

—¿Qué te ha dicho el médico? —le preguntó nada más verlo.

Sorbió por la nariz.

—Están acondicionando una habitación para que podamos estar allí con el bebé —le explicó—. Así no interrumpiremos el trabajo del personal y no molestaremos a los familiares del resto de niños.

—Vale —dijo Noah.

—¿No quieres descansar un rato? —le preguntó Olivier.

—No, estoy bien —respondió Noah.

Olivier se inclinó sobre ella y depositó un beso en su cabeza.

La habitación en la que instalaron la incubadora era una estancia amplia y tranquila. Las persianas estaban bajadas para preservar al bebé de la luz del sol, aunque había una lámpara en un rincón.

—Vamos a cambiarle el pañal —les informó la enfermera que estaba al cargo.

La mujer cogió un pañal pequeñísimo de la bolsa que había sobre la mesa y

abrió las ventanillas de la incubadora.

—Tenga mucho cuidado, es... es muy pequeño —dijo Noah con aprensión, al ver cómo la enfermera levantaba las piernas del bebé, para quitarle el pañal sucio.

—Tranquila, lo tengo —respondió la enfermera en tono amable.

Ni Noah ni Olivier apartaron la vista del bebé mientras la mujer le ponía el pañal limpio. Cuando terminó, la enfermera se volvió hacia ellos.

—¿Quieren acariciarlo? —les preguntó.

—¿Podemos?

—Sí.

Noah miró a Olivier.

—Olivier, podemos acariciarlo —dijo ilusionada.

Olivier no dijo nada.

La enfermera acercó a Noah un bote de antiséptico. Desinfectaros las manos para evitar posibles infecciones. Noah se echó un chorro en las suyas y se las frotó.

—Póngalas sobre su cuerpo, para darle calor —le indicó la mujer a Noah, al tiempo que volvía a abrir las ventanillas de la incubadora.

Noah asintió y metió las manos. Con un cuidado extremo, las posó sobre el

pequeño.

—Dios mío, qué suave es su piel... —dijo con los ojos desbordados por la emoción.

CAPÍTULO 77

La piel estaba húmeda y era tan fina que Noah tenía miedo de poder hacerle daño.

—¿No le pasará nada? —preguntó preocupada.

—No. Todos los bebés, pero sobre todo los prematuros, necesitan sentir el calor de los padres —le explicó la enfermera.

Noah levantó el índice y tímidamente, como el toque de una pluma, le acarició la manita. Para su sorpresa, el bebé, en un acto reflejo, le rodeó la yema del dedo con los suyos. Noah abrió los ojos.

—Olivier, mira... Mira, me está cogiendo el dedo.

Olivier delineó en los labios una sonrisa.

—Dan, mi amor... —susurró Noah—. Oh, la sensación es maravillosa —

dijo—. Olivier, ven, acarícialo, verás lo maravilloso que es —le instó.

Olivier se quedó mirando la incubadora unos segundos. Su rostro se endureció de pronto.

—No, yo no puedo... —susurró.

Noah frunció el ceño y lo miró desconcertada.

—Pero Olivier...

Sus ojos oscuros destellaron.

—No puedo, lo siento. Lo siento...

Olivier dio media vuelta, cruzó la habitación y salió de allí precipitadamente. Noah miró a la enfermera: el corazón le pesaba dentro del pecho.

—Para algunos padres, ver de esta forma a sus hijos es insoportable —dijo la mujer.

Noah se limitó a asentir en silencio con expresión apagada. No dudaba de que lo que decía la enfermera fuera verdad; cada persona gestionaba sus emociones de una forma distinta, pero esa no era la razón por la que Olivier había salido despavorido. Seguía sin aceptar a su hijo. Incluso sabiendo que quizá solo le quedaran unas horas de vida, lo aceptaba.

Noah sacó las manos de la incubadora y la enfermera cerró las ventanillas

redondas. Después la ayudó a sentarse en la silla que estaba al lado.

—Si necesita algo, señorita Winter, pídamelo —le dijo amable antes de vigilar de nuevo el monitor de las constantes vitales del pequeño y de salir de la habitación.

—Gracias —le agradeció ella.

Cuando la puerta se cerró, rodó la vista hasta el bebé. En esos momentos no quería pensar en Olivier ni en nada. Solo quería aprovechar cada segundo con su pequeño.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Se apresuró a limpiárselas. No quería que el bebé percibiera de algún modo que estaba triste, aunque lo estaba. Mucho. Nunca había sentido tanta tristeza como en ese momento. Era como si alguien le estuviera desgarrando el alma a girones, como si retorcieran un cuchillo en su corazón. El dolor era tan inmenso que se volvía insoportable.

—Tienes que luchar, Dan. Tienes que salir adelante —le dijo, pegada a la incubadora—. Si supieras cuanto te amo y lo feliz que me ha hecho tu llegada no tendrías más remedio que quedarte conmigo...

El miedo empezó a atenazarla con sus gélidos dedos. Las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos. Sorbió por la nariz.

Acariciarlo y poder tocar su manita había sido tan maravilloso como extraño. Era tan frágil...

«Oh, Dios, daría mi vida por él; cambiaría mi vida por la suya», se dijo.

Unas horas después, el teléfono de Noah sonó.

—Hola, mamá —dijo al descolgar.

—Alabado sea Dios, por fin puedo escuchar tu voz —dijo Emilie—. Mi amor, ¿qué tal estás? Olivier nos ha llamado...

Noah no aguantó más y se echó a llorar.

—Mal, mamá. Estoy muy mal. Mi bebé... Mi bebé se muere. Mi pequeño Dan está muy mal...

—Cálmate, cariño. Tienes que ser fuerte —la consoló Emilie.

—No sé si puedo. Esto es muy duro, mamá —sollozó Noah—. Es mi hijo, mi pequeñín. Si lo vieras... Es tan pequeño, tan frágil...

—Sé que es muy doloroso por lo que estás pasando. Un hijo duele muchísimo... Daríamos la vida por ellos, pero el mundo sigue adelante, Noah.

—Lo sé, mamá...

—Ten los pies en la Tierra, hija, pero no pierdas la esperanza. Los milagros

existen. Yo voy a rezar mucho por Dan.

—Gracias, mamá —le agradeció Noah de corazón.

Noah no era muy creyente, pero en esos momentos le reconfortaba pensar que existía un Dios que podía salvar a su pequeño.

—¿Y tú qué tal estás? ¿Qué tal la cesárea? —se preocupó Emilie.

—Estoy cansada, pero estoy bien —contestó Noah.

—Olivier nos dijo que tuviste una hemorragia...

—Sí, pero ahora está controlada.

—¿De verdad estás bien, cariño? —insistió.

—Sí, mamá, de verdad. Ahora hay que preocuparse de Dan.

—¿Y Olivier?

Noah dejó escapar el aire de los pulmones, agotada de ese tema. Estaba harta de él. Harta de su comportamiento. Harta de todo.

—Olivier sigue igual —dijo únicamente.

Emilie advirtió en el tono de voz de su hija que no tenía ganas de hablar de ese tema. Era normal, dadas las circunstancias. Ella no iba a obligarla a nada. Bastante tenía ya Noah.

—Mi amor, tu padre y yo estamos buscando billetes de avión para viajar cuanto antes a Nueva York —le dijo Emilie, cambiando de tema de

conversación—. Tenemos muchas ganas de verte y de ver a Dan.

—Yo también tengo muchas ganas de veros.

—Por la época, es difícil conseguir dos billetes de un día para otro, pero en cuanto los tengamos vamos para allá.

—Vale.

—Mi amor, te mando un beso, y otro para Dan.

—Yo os mando uno a papá y a ti.

—Adiós, hija —se despidió Emilie.

—Adiós.

Noah colgó, dejó el teléfono sobre la mesita y le devolvió toda su atención al bebé.

El miedo hacía que se sintiera desorientada, no sabía qué día era ni qué hora. El tiempo nunca había transcurrido más despacio. Cada nueva hora que pasaba era una pequeña batalla que Dan le ganaba milagrosamente a la muerte.

CAPÍTULO 78

—Cariño...

Noah giró el rostro y miró por encima de su hombro a Helen.

—Hola, Helen —la saludó.

—Al estar en una habitación individual me han dejado entrar —le explicó Helen, dándole un par de besos en las mejillas—. ¿Qué tal estás?

Noah no respondió de inmediato, volvió el rostro hacia la incubadora.

—Mi pequeño se muere —dijo en tono apesadumbrado y triste. Tenía la voz rota.

Helen siguió el movimiento de sus ojos. Se le hizo un nudo en la garganta al ver al bebé.

—Oh, Dios... —susurró.

Se llevó las manos a la boca.

—¿Lo ves? ¿Ves lo frágil que es? ¿Ves su vulnerabilidad? —le preguntó Noah.

—Es...

Helen no sabía qué decir, se había quedado sin palabras. Estaba demasiado emocionada para poder hablar. Ver al bebé en las circunstancias en las que estaba: tan pequeñito, tan vulnerable, como decía Noah, rodeado de cables y vías, la había impactado sobremanera.

Se había prometido no llorar, pero no pudo evitarlo, y antes de que pudiera contenerse, las lágrimas comenzaron a brotar con tanta fuerza que tuvo que taparse la boca.

—Tengo el corazón roto —comentó Noah, observando al bebé con ojos vidriosos—. Me voy a morir del dolor...

Helen la abrazó con fuerza en silencio mientras lloraban a la vez.

—Noah, sé lo que han dicho los médicos, sé cual es el diagnóstico, pero no pierdas la esperanza —le dijo al tiempo que se separaba de ella.

Noah se enjugó las lágrimas con las manos.

—No la pierdo, Helen. Te juro que no la pierdo. —Noah hizo una pequeña pausa—. He podido acariciarlo, ¿sabes?

—¿Sí?

—Sí, durante un ratito. Incluso me agarró el dedo. ¿Te lo puedes creer? Me agarró el dedo. —La voz de Noah se escuchaba ilusionada.

—Me imagino que la sensación ha tenido que ser maravillosa —comentó Helen.

—Lo ha sido, de verdad. Ojalá pueda repetirlo otra vez.

Helen sonrió.

—Seguro que sí —la animó—. ¿Olivier también lo ha acariciado? —preguntó.

Noah movió la cabeza, negando.

—No, salió corriendo.

—Pero ¿¿qué...? ¿Qué cojones le pasa?! —exclamó Helen, levantando los brazos.

Noah se encogió de hombros.

—Lo que pasa es que sigue sin aceptar a Dan —lo llamó por su nombre—. Ni siquiera saber que nuestro pequeño solo puede vivir unas horas lo conmueve. Él continúa batallando con sus demonios.

En esos momentos la puerta se abrió. Era el médico.

—Buenos días —la saludó.

—Buenos días, doctor —contestó ella.

—¿Qué tal se encuentra, señorita Winter? —se interesó.

—Bien.

Le miró la cicatriz de la cesárea.

—Tiene muy buen aspecto —comentó—. Una enfermera vendrá a por usted para hacerle una prueba de coagulación. Si sale bien, le quitaremos la vía y el suero.

—Perfecto —dijo Noah, bajándose la camiseta del pijama hospitalario.

El médico se acercó a la incubadora y miró el monitor con los parámetros del bebé. Durante un rato estudió los datos detenidamente. Noah trató de descifrar la expresión de su rostro, pero el hombre mantenía un semblante serio y profesional.

CAPÍTULO 79

—La saturación de oxígeno ha subido —dijo.

Noah se alarmó al oír aquello.

—¿Qué...? ¿Qué significa eso, doctor? —preguntó.

—En este caso, se está normalizando, porque la tenía muy baja.

El rostro de Noah se iluminó.

—¿Normalizando? —repitió.

Eso sonaba bien.

—Sí, aunque el bebé necesita oxígeno para regular su respiración, porque sus pulmones no están todavía formados, la saturación en sangre está dentro de los parámetros adecuados. La hipoxemia ha desaparecido —le explicó el médico. Parecía ligeramente asombrado.

—Oh, Dios, ¡qué bien! —susurró Noah.

—Hay otra buena noticia... —continuó hablando el doctor. Los ojos de Noah brillaron—. La infección está remitiendo.

—Gracias a Dios —dijo Noah.

Miró a Helen, que le tomó las manos y se las apretó afectuosamente.

—¿Está fuera de peligro, doctor? —preguntó Noah.

El médico hizo una mueca con la boca.

—Todavía es pronto —respondió en tono cauto—, pero es un gran paso que la saturación de oxígeno haya subido y que la infección no se haya agravado.

—Poco a poco —intervino Helen, para dar ánimos a Noah.

—Es un proceso que hay que llevar con paciencia —apuntó el médico.

—No importa, yo tendré toda la paciencia del mundo —dijo Noah.

El médico sonrió levemente.

—Avisaré a una enfermera para que te baje a la planta donde te van a realizar la prueba de coagulación —dijo.

—Gracias —le agradeció Noah.

El médico salió de la habitación.

—Por fin buenas noticias —dijo Noah.

—Todo va a ir bien —repuso Helen—. Ya lo verás, Noah.

Ella sonrió.

—¿Puedes hacerme un favor?

—Claro, dime.

—Puedes ir al ático de Olivier y traerme algo de ropa y mi neceser. Con las prisas, no traje nada.

—Por supuesto.

—Y, por favor, trae también el osito de peluche que nos regaló Olivier. Está en mi habitación.

—Vale —contestó Helen—. ¿Necesitas alguna cosa más?

—No.

—Voy ahora mismo.

—Muchas gracias.

La puerta se abrió por segunda vez y entraron dos enfermeras. Una joven, recién diplomada, simpática y muy eficiente, que ayudó a Noah a sentarse en la silla de ruedas que llevaba, y otra que se quedó al cuidado del bebé hasta que Noah regresara.

—Me voy —anunció Helen, antes de que Noah se fuera a hacer la prueba—. Vengo dentro de un rato.

Se acercó a ella y se despidió con un par de besos en las mejillas.

—Luego te veo.

—Hasta luego —dijo Noah.

Olivier llamó a la puerta de la habitación.

—Adelante —dijo una voz femenina desde el interior.

Olivier abrió. Miró a un lado y a otro.

—¿Dónde está la señorita Winter? —preguntó.

—Le están haciendo una prueba.

—¿Pero está todo bien? —quiso saber Olivier.

—Sí, es sobre la coagulación de la sangre. Si todo va bien, le podrán quitar la vía y el suero —le explicó la enfermera.

Olivier asintió.

—¿Es usted el papá? —preguntó la mujer.

—Sí.

—¿Quiere coger a su pequeño?

—¿Cogerlo? —repitió Olivier, sorprendido—. ¿Se puede coger? ¿No es mejor que esté en la incubadora?

—Pasadas las primeras horas sin incidentes, el mejor tratamiento para un bebé prematuro es el método canguro. ¿Ha oído hablar de él?

—Algo —respondió Olivier.

—El método canguro o piel con piel mantendrá la temperatura adecuada del bebé, igual que lo hace la incubadora, incluso mejor.

—¿En serio? —Olivier enarcó las cejas negras con incredulidad.

—Totalmente —dijo la enfermera—. Es muy recomendado en bebés prematuros, como le he dicho, sobre todo en prematuros extremos, ya que están en un ambiente más parecido al útero de la madre y les ayuda a que el desarrollo cerebral sea adecuado. Cuanto mayor número de horas se pueda realizar el método canguro, mejor —le explicó detenidamente la mujer. Ladeó la cabeza—. ¿Se anima? —le preguntó.

Olivier vaciló.

—No, yo... No creo que sea capaz de... —titubeó.

Pero la enfermera, de naturaleza dicharachera y desenvuelta, no le dejó terminar.

—No se preocupe, a todos los papás les pasa —dijo, haciendo un aspaviento con la mano—. Es normal que tenga miedo, los bebés prematuros

dan sensación de extrema fragilidad, y lo son, aunque en el fondo también son fuertes —le contó—. Además, yo estaré aquí, no se preocupe.

—Es que... —Olivier seguía dudando.

—Hágame caso —insistió la enfermera sin dejarle hablar, mientras abría la tapa de la incubadora—. Desabróchese la camisa hasta la mitad del pecho y siéntese en el sillón —le indicó.

Olivier se sorprendió de pronto, como si fuera un ser autómatas, quitándose la chaqueta del traje y desabrochándose la camisa, tal y como le había dicho la enfermera.

Se sentó en el sillón. Se descubrió extrañamente nervioso e impaciente. Le temblaban las manos y estaba a punto de entrar en pánico. Le dieron unas enormes ganas de echar a correr. Lo hubiera hecho; se hubiera levantado y hubiera salido corriendo si no fuera porque la enfermera estaba a solo medio metro de él con el bebé en brazos.

—Dios mío... —masculló en voz baja.

CAPÍTULO 80

—Tranquilo, yo le colocaré al bebé —dijo la enfermera al advertir la expresión de preocupación en el rostro de Olivier.

Él no dijo nada, se limitó a esperar que la mujer hiciera lo que tuviera que hacer.

La enfermera se inclinó y con cuidado, pero con tranquilidad y eficacia, depositó al pequeñín sobre el pecho de Olivier, prestando especial atención a la retahíla de cables que lo rodeaban.

—Las piernas y los brazos tienen que estar flexionados y la cabeza de lado —fue indicando la mujer, al tiempo que lo colocaba del modo que iba explicando—. El oído tiene que estar cerca de su corazón, para que pueda escuchar el latido del padre, y la manita cerca de la boca.

Cuando Olivier sintió al bebé sobre él, un escalofrío le recorrió de la cabeza a los pies.

—Conviene que el contacto piel con piel sea el máximo posible con la mamá o el papá, así que cúbrale con sus manos.

La enfermera tomó la mano izquierda de Olivier y se la colocó encima de las piernas flexionadas del bebé en forma de cuenco, y la mano izquierda se la puso sobre la espalda.

Olivier temió hacerle daño: su mano era más grande que el bebé. Parecía que se iba a perder entre ellas.

Notó su piel extremadamente delicada en las palmas y en las yemas de los dedos y sintió un estremecimiento cosquillearle el cuerpo. La garganta se le secó. Noah tenía razón: la sensación de acariciarlo era maravillosa. Simplemente maravillosa.

—¿Así lo hago bien? —preguntó con ingenuidad a la enfermera. Se sentía tan inseguro como las personas que trataban de patinar por primera vez.

—Perfectamente —respondió ella—. ¿A qué no es tan difícil? —dijo con humor.

Olivier negó lentamente con la cabeza mientras miraba al bebé. Una oleada de ternura y amor lo invadió. La sensación era tan abrumadora que lo dejó sin habla. Algo le hizo inclinarse y darle un beso en la cabecita. El bebé lo notó,

porque instintivamente se acurrucó contra el pecho de Olivier.

—Es tan pequeño... —comentó al cabo de un rato, fascinado por el torbellino de emociones que estaba sintiendo. El corazón le latía con tanta fuerza que casi sentía dolor.

—Pero crecerá —dijo la enfermera, optimista.

Olivier se fue tranquilizando y los nervios del principio dieron paso a una calma plácida mientras notaba el rápido latido del corazón del bebé sobre su pecho.

—¿Cómo se siente? —le preguntó la mujer.

Olivier mantuvo silencio unos segundos.

—No tengo palabras para describirlo, pero muy bien —contestó al fin.

La enfermera sonrió.

CAPÍTULO 81

Noah se quedó petrificada cuando vio la escena que tenía delante de sus ojos. No era posible. Parecía un milagro. Olivier tenía cogido al bebé en la famosa posición del canguro, esa sobre la que tantas veces había leído durante los meses de embarazo.

Durante unos segundos, se quedó en la puerta de la habitación, mirando la insólita estampa, mientras la enfermera que la había acompañado a prueba dejaba la silla de ruedas en el pasillo para no molestar a nadie. Noah nunca había visto nada tan tierno, tanto que se le encogió el corazón. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero parpadeó para librarse de ellas. Había anhelado como nada en el mundo poder ver esa escena.

Olivier alzó la vista. En su rostro había una expresión desconocida para Noah.

—Mira, Noah... La enfermera dice que es recomendable que el bebé esté piel con piel con los padres —dijo, con la emoción en la voz de un niño pequeño.

Noah sonrió y avanzó unos metros por la habitación. Ya le habían quitado la vía y el suero.

—Sí, el método canguro es muy recomendable para el bebé —comentó sonriente.

Al oír la voz de Noah, el bebé se movió sobre Olivier.

—Se está moviendo... —dijo él, entusiasmado—. Es como si hubiera reconocido tu voz.

—Bueno, yo le he hablado mucho durante el embarazo —comentó Noah.

—Os dejo un ratito a solas con vuestro pequeño —intervino la enfermera—. Si me necesitáis, tocad el timbre.

—Vale, gracias —le agradeció Noah.

La mujer salió de la habitación dejando a Noah y a Olivier con el bebé. Noah no era capaz de apartar la mirada de Olivier cogiendo a Dan. Con todo lo que había pasado, le parecía increíble.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó.

Olivier cogió una de las manitas del bebé y la acarició cariñosamente.

—He sido un idiota —respondió—. Un completo idiota. Contigo, con él...

—Olivier...

—Tenía tanto miedo a no sentir nada, a no quererlo, a no poder o no saber darle el amor que se merece un niño...

—Lo sé —dijo Noah en tono suave—. Sé que tenías mucho miedo y también sé que has tenido que luchar contra todos tus demonios.

—Me arrepiento tanto de... —Olivier se calló súbitamente. La voz se le quebró. Tenía una expresión atormentada en el rostro.

Noah se inclinó sobre él, le tomó la cara entre las manos y se la alzó para mirarlo. Unas incipientes lágrimas rodaban lentamente por sus mejillas.

Noah se quedó perpleja.

Olivier estaba llorando.

Era la primera vez que lo veía en ese estado. Estaba devastado, con el rostro marcado por la derrota.

—Olivier, no llores... —susurró, enjugándole las lágrimas con los dedos—. No llores...

Noah estaba encontrando, por fin, al hombre real que había bajo la coraza de dureza y frialdad.

—¿Para qué me sirve toda mi fortuna si no puedo salvar a mi hijo? ¿A

nuestro pequeño? —se preguntó con frustración, tratando de contener el llanto. Nunca se había sentido tan impotente como en ese momento—. Daría hasta el último centavo que tengo por su vida. Hasta el último —añadió.

Noah le dio un beso en la frente. Olivier no tenía consuelo en esos momentos.

—Nuestro pequeño no se va a morir —afirmó—. Yo estoy segura de que va a salir adelante, me lo dice algo aquí dentro —se apuntó con el índice el corazón—. Además, hay buenas noticias.

—¿Buenas noticias? —repitió Olivier, fijando la mirada en Noah.

—La saturación de oxígeno de Dan se ha normalizado y la infección está remitiendo. Todavía no está fuera de peligro, pero es un paso adelante. Son pequeñas batallas que nuestro hijo está empezando a ganar.

Los ojos oscuros de Olivier se iluminaron ligeramente.

—Y al final va a ganar la guerra. Va a salir victorioso de todo esto —dijo con esperanzas renovadas.

Noah alargó la mano y acarició el brazo del bebé. Era tan suave que sintió un escalofrío.

—Ahora lo que tenemos que hacer es estar juntos y cuidar mucho de él —comentó.

—Sí, tenemos que cuidarlo mucho y llenarlo de mimos y de amor... —

aseveró Olivier, mirando de nuevo al bebé.

Los labios de Noah se elevaron en una sonrisa de satisfacción.

—No sabes lo que me alegra oírte decir eso.

—La enfermera me ha dicho que cuanto más tiempo pase el bebé con el método canguro, mejor.

—Y así es —confirmó Noah—. No solo tiene beneficios físicos, también emocionales; aporta estímulos suaves para su desarrollo, estímulos tranquilizadores y llenos de ternura...

—Es increíble. ¿No te parece increíble? —preguntó Olivier.

—Sí, lo es. Es increíble lo que el amor puede hacer —dijo, cómplice.

Olivier sonrió al caer en el doble significado que tenían las palabras de Noah.

—¿Qué tal estás tú, pequeña? Me ha dicho la enfermera que te han estado haciendo una prueba...

—Está todo bien. Ya me han quitado la vía y el suero.

Olivier respiró con alivio.

—Qué bien —dijo. Le cogió la mano, se la llevó a los labios y la besó—. Lo pasé fatal cuando te trajimos a urgencias. Te desmayaste justo antes de entrar en el quirófano y pensé lo peor. Temí por tu vida, y cuando nos dijeron

lo de Dan...

—Ya no debemos pensar en eso —se adelantó a decir Noah.

Sin soltarle la mano, Olivier la miró.

—Gracias —dijo.

Noah frunció el ceño.

—¿Por qué? —preguntó.

—Por haberte quedado a mi lado a pesar de lo mal que lo he hecho. Por no hacerme caso, por seguir adelante con el embarazo, por ser tan valiente, por creer que puedo ser un buen padre. Por tantas cosas... —suspiró. Hizo una pausa—. ¿Podrás perdonarme algún día? —le pidió Olivier.

—Ya te he perdonado, Olivier —respondió Noah.

—Eres una mujer increíble.

Noah no pudo evitar ruborizarse.

—¿Por qué dices ahora eso?

—Porque lo eres —respondió tajante Olivier—. Y única y fascinante —añadió.

—¿Cómo un unicornio? —bromeó Noah con la complicidad que había entre ellos siempre que decían esas frases.

—Como un unicornio —repitió Olivier.

CAPÍTULO 82

—Ah, se me olvidaba, tus padres llegan mañana —anunció Olivier.

—¿Cómo que llegan mañana? —dijo Noah con asombro—. He hablado hace unas horas con mi madre y estaban buscando billetes para venir.

—Vienen en mi avión privado —le informó Olivier—. En unas horas estarán aquí. —Alzó la vista y su rostro adoptó una expresión seria—. Ya hablaré contigo en otro momento...

—¿Por qué? —preguntó Noah, desconcertada por el tono que había utilizado Olivier.

—¿Por qué no ofreces mi avión a tus padres cuando te dicen que están buscando billetes para venir a Nueva York? —la regañó.

Noah frunció los labios.

—Ya salió el Olivier Brooks gruñón —comentó.

—Ese siempre va a estar ahí —le advirtió él con la mirada entrecerrada, ofreciéndole una de esas sonrisas pícaras y sensuales que tanto le gustaban a Noah.

Ella puso los ojos en blanco y suspiró.

—Pobre Dan —bromeó—. Muchas gracias por poner otra vez tu avión privado a disposición de mis padres.

—Para mí es un placer, lo sabes —repuso Olivier.

Noah sonrió, se inclinó y le dio un beso corto en los labios a modo de agradecimiento.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo.

—Claro.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión para coger a nuestro hijo?

—La enfermera, que no me dejó ni hablar, ni siquiera me dejó decirle que «no», o quejarme, y lo intenté, pero no hubo forma. Cuando quise darme cuenta, me había puesto al bebé sobre el pecho.

Noah enarcó una ceja.

—¿Lo dices de verdad? —preguntó con un deje de incredulidad en la voz.

—Sí —reafirmó Olivier—. Tenías que haberla visto, era como si le

hubieran dado cuerda.

Noah apretó los labios y ocultó la boca detrás de la mano para evitar que Olivier la viera reírse.

—Madre mía... —susurró.

—¿Te hace gracia? —le preguntó Olivier fingiendo seriedad.

—No te lo voy a negar, sí —reconoció Noah.

—La verdad es que la tiene.

Noah volvió a tomar su rostro entre las manos y lo besó de nuevo.

—Mi Olivier Brooks, tan duro como impredecible —dijo.

Las buenas noticias que había recibido de Dan y el cambio de actitud de Olivier respecto a él habían transformado su humor.

Helen entró en la habitación cuando Olivier todavía tenía a Dan sobre su pecho. Abrió los ojos de par en par cuando vio la tierna estampa. No se lo podía creer. ¿Era real? Si no hubiera sido porque tenía las manos ocupadas, se habría frotado los ojos pensando que era una alucinación.

—No me lo puedo creer, Olivier... —musitó.

Noah y él giraron el rostro hacia ella. Ambos sonrieron. Noah, además, le guiñó un ojo con complicidad. Había ocurrido el milagro. Por fin.

—Helen, ¿conoces ya a nuestro hijo? —le preguntó Olivier.

—Sí, ya conozco a mi sobrinito. He estado aquí antes, pero estaba en la incubadora —respondió ella con una sonrisa bobalicona en los labios.

Helen avanzó unos metros, dejó las cosas que le había pedido Noah en el suelo y se acercó a ellos.

—Oh, Dios... es precioso —murmuró.

—Puedes lavarte las manos con el aséptico de ese bote y acariciarle —le dijo Noah, señalando el bote con líquido transparente que estaba sobre la mesa.

—¿Puedo?

—Sí.

Helen se lavó las manos escrupulosamente, tal y como le indicó Noah, y con el índice acarició el brazo y la manita de Dan.

—Madre mía, qué suave es... —comentó, impresionada por la suavidad de su fina piel—. Hola, Dan —le dijo, acariciándole los deditos de la mano—. Bienvenido a este mundo —añadió, con la voz tomada por la emoción.

El pequeño se movió sobre el pecho de Olivier, acomodándose. Estaba

tranquilo y eso hacía pensar que era feliz.

—No quiero llorar... —dijo Helen, moviendo las manos.

Se incorporó y se ocultó la cara con ellas. Noah se levantó del sillón en el que estaba sentada frente a Olivier y Dan, y la abrazó.

—Tranquila, todos tenemos las emociones a flor de piel —le dijo.

—Es que ver a Olivier así con el bebé... —murmuró Helen.

—Sé lo que has sentido, a mí también me ha enternecido mucho —empatizó Noah. Guardó silencio unos segundos antes de decir—: Hay algo más...

—¿Algo más? —repitió Helen, enjugándose las lágrimas.

—Olivier y yo...

—¿Estáis juntos? —la interrumpió excitada Helen, al adivinar que se trataba de eso.

Noah afirmó en silencio.

—Estoy enamorada de Noah —intervino Olivier.

Los ojos de Helen destellaron de alegría. Sonrió.

—Yo ya lo sabía, Olivier. El único que tenía que darse cuenta eras tú —dijo.

—Siempre has sido muy lista, hermanita —comentó Olivier con humor.

—Desde luego tengo más inteligencia emocional que tú —bromeó ella—. Enhorabuena, chicos —les felicitó—. Pero decidme, ¿os han dicho los médicos algo nuevo de Dan? —preguntó.

—No, pero está estable. Yo no dejo de mirar el monitor de las constantes vitales por si hay algún cambio —le explicó Noah.

—Qué buena señal es esa estabilidad —suspiró Helen con alivio—. He traído todo lo que me has pedido —agregó, señalando las bolsas del suelo.

—¿También el peluche?

—Sí, y los patucos que le regalé. Sé que le van a quedar enormes, pero me apetecía traértelos.

—Seguro que le caben los dos pies en uno —bromeó Noah—. Muchas gracias, Helen.

Helen se agachó y sacó el osito de peluche y los patucos de una de las bolsas, y se lo dio a Noah.

—Quiero alegrar un poco la habitación, darle un toque de color, que se note que hay un bebé —comentó ella mientras colocaba el peluche y los patucos al lado de la incubadora.

—Si es por eso, no te preocupes, compraré algunos peluches más y los traeré la próxima vez que venga —dijo Helen.

—Helen, quiero hablar contigo —intervino en ese momento Olivier.

Ella se volvió hacia él.

—¿Pasa algo?

—Quiero que te ocupes de todo lo relacionado con la empresa —dijo Olivier—. Nos han aconsejado que cuanto más tiempo pasemos con el método canguro con el bebé, mejor. Así que Noah y yo nos vamos a turnar para estar todo el tiempo posible con él.

—Sí, claro, me ocuparé de la empresa —dijo Helen con actitud dispuesta.

—Voy a hablar con los abogados para que redacten un poder que te permita firmar los documentos por mí. Iré algún día, y para las cosas que sean estrictamente necesarias, pero durante el tiempo que Dan esté ingresado, quiero que te ocupes tú de la empresa.

—Lo haré, Olivier, no te preocupes. Además, si algún documento necesita tu firma, te lo traeré aquí.

—Gracias —dijo Olivier.

CAPÍTULO 83

Noah se levantó del sillón.

—Tengo que ir al servicio —dijo.

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció Olivier.

—No, creo que me las apañaré.

Noah se internó en el servicio y cerró la puerta. En ese instante su móvil, que estaba sobre la mesita, comenzó a propagar por el aire las notas de *Roar* de Katy Perry.

Olivier desvió la mirada y vio el nombre de Todd en la pantalla. Sintió una punzada de celos. ¿Por qué tenía que llamar a Noah? Cogió el teléfono de la mesita y durante unos segundos tuvo la tentación de descolgar y mandarlo a paseo. Después sería tan sencillo como borrar la llamada.

Estaba a punto de descolgar cuando se le quitó la idea de la cabeza. No podía hacer las cosas de la manera que las hacía antes. Por esa manera de hacer las cosas había perdido a Noah. No podía hacer lo mismo. No podía tratar de controlar todo y a todos, aunque eso le produjera esa especie de picor que le recorría el cuerpo y que era imposible de rascar.

Contrajo la mandíbula.

La puerta del servicio se abrió y Noah salió.

—Te acaba de llamar Todd —dijo Olivier.

Estiró el brazo y le pasó el teléfono a Noah.

—Gracias —dijo ella al tiempo que lo cogía.

—¿Quieres que te deje a solas? —le preguntó Olivier.

—No, Olivier. No es necesario.

Él asintió y se dirigió hacia la incubadora. Dan estaba tranquilo, aunque de vez en cuando movía alguna manita o una pierna. Solo habían pasado unas cuantas horas desde que había tenido a su hijo sobre su pecho por primera vez y ya había cambiado su centro de gravedad. Aquel pequeñín se había convertido en lo más importante de su vida, junto con Noah. Su única y fascinante Noah.

Y solo por eso Dan no podía irse.

Su pequeño había nacido para vivir, y para que supiera que sus padres estaban allí para él.

—¿Qué tal estás Todd?

—Bien, ¿y tú qué tal?

—No muy bien —respondió Noah en tono apagado.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo? —preguntó enseguida Todd, preocupado.

—Hace un par de días rompí aguas...

—¿Entonces ya...? ¿Ya ha nacido el bebé?

—Sí, ya ha nacido, pero está teniendo muchos problemas. Los médicos nos han dado pocas esperanzas...

—Noah, lo siento —se apresuró a decir Todd, que se había quedado de piedra al escucharla.

—Lo bueno es que, a pesar del diagnóstico de los médicos, está mejorando. Es como un milagro, porque han pasado más de 48 horas.

—Seguro que se recupera, Noah —la animó Todd—. No dudo de que es un bebé fuerte, como su madre, aunque haya nacido prematuramente.

Noah sonrió débilmente al comentario de Todd. Ella también esperaba que su pequeñín fuera fuerte.

—Ojalá sea así. Pero dime, Todd, ¿para qué me has llamado?

—Quiero hablar contigo.

—¿Ocurre algo?

Todd carraspeó al otro lado de la línea telefónica.

—No me han renovado el contrato en el trabajo. Estoy despedido —dijo.

Noah torció el gesto.

—Todd, lo siento, lo siento mucho.

—No te preocupes, Noah. No es problema tuyo. Tú bastante tienes...

Sí era asunto suyo si tenía en cuenta que le habían despedido de la floristería por su culpa, porque Olivier tenía celos de él.

—¿Por qué no vienes a verme al hospital, hablamos y nos tomamos uno de esos insípidos cafés de máquina que hay aquí? —sugirió Noah.

Todd rio su broma.

—¿Te viene bien en una hora? —preguntó.

—Sí, no me voy a mover de aquí.

—Entonces, te veo en un rato.

—Hasta ahora.

Noah colgó.

—¿Va a venir Todd a verte? —preguntó Olivier, tratando de ocultar la tensión.

—Sí, quiere hablar conmigo, al parecer no van a renovarle el contrato de trabajo —le explicó Noah.

Podría comentárselo a Olivier y pedirle que le ofreciera un puesto de trabajo. Él era un hombre muy poderoso y generaba miles de empleos en su empresa. No sería ningún problema. Se lo diría, si no fuera porque a Todd no le iba a gustar. Ya una vez se lo había propuesto, cuando le habían despedido de la floristería e ignoraban que había sido por culpa de Olivier. Seguro que ahora no lo aceptaría de ninguna manera. Era entendible, por otro lado.

Se echó para atrás.

No, a Todd no le iba gustar.

CAPÍTULO 84

Todd se encontró la puerta abierta. Aún todo llamó con un leve toque de nudillos. Noah sonrió cuando vio que se trataba de su amigo.

—Pasa, Todd —dijo.

Todd se adentró en la habitación. Su cara se llenó de sorpresa cuando se encontró dentro con Olivier. Aunque bien pensado, era lógico y probable.

—Hola —saludó.

Olivier se quedó unos segundos en silencio.

—Hola —respondió seco, tirando de pura cortesía—. Os dejo solos para que habléis —anunció, echando a andar hacia la puerta.

Todd lo siguió con la mirada hasta que salió de la habitación.

—¿Qué tal estás? —preguntó a Noah, volviéndose hacia ella.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien.

Ninguno de los dos estaba bien, pero no era plan de empezar a llorar las penas, o tendrían que desplazarse por la habitación nadando.

—¿Es tu bebé? —preguntó Todd, dirigiéndose a la incubadora, aunque la respuesta era obvia.

—Sí —asintió Noah.

Todd arqueó las cejas.

—Qué pequeñito es —comentó.

—Sí, solo ha pesado 559 gramos. Es un prematuro extremo, por eso ha nacido con tantos problemas —le explicó Noah—. Pero confiamos en que los vaya superando poco a poco. Al principio solo le dieron unas cuantas horas de vida, y lleva ya más de 48. Así que creo que es una buena señal.

—Es la mejor de las señales —anotó Todd, mirándola—. Los médicos no siempre aciertan en los diagnósticos, hay veces que la naturaleza puede más.

—Sí, es verdad. Quiero pensar que Dan va a ser uno de esos casos.

Todd sonrió sin despegar los labios.

—Es increíble lo que ha cambiado tu vida en unos meses —dijo.

Noah se quedó unos segundos pensando.

—Sí, es cierto. Ahora soy mamá y mi prioridad es Dan. Todo mi mundo gira en torno a él. Todo. —Ambos se quedaron mirando al bebé—. ¿Qué vas a hacer ahora, Todd? ¿Estás buscando ya trabajo?

—Me voy de Nueva York, Noah —soltó a bocajarro.

Noah abrió la boca.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿Adónde?

—Todavía no lo he decidido.

—Pero ¿por qué?

—Porque necesito empezar de cero, cambiar de aires... —contestó Todd, sacudiendo la cabeza—. Noah, a ti no te puedo engañar... Siempre he tenido una esperanza contigo, pensé que, con el tiempo, quizá te enamorarás de mí, pero ya he entendido que es imposible. Tu camino va por otro lado...

—Pero yo sigo siendo tu amiga —intervino Noah.

—Eso no es suficiente para mí —objetó Todd—. Lo siento, pero no es suficiente para mí. —Resopló—. Necesito poner distancia y tierra de por medio entre nosotros para poder olvidarme de ti.

Noah inhaló profundamente y dejó escapar el aire.

—No puedo ser egoísta. No quiero que te vayas, pero entiendo que lo hagas si así crees que... bueno, que te va a venir bien. —No sabía muy bien cómo expresarse—. Te voy a echar muchísimo de menos, Todd.

—Y yo a ti —dijo él.

—No voy a decir que has sido un hermano para mí, porque sé que es lo último que quieres escuchar, pero sí te diré que has sido mi mayor apoyo aquí. Mi vida hubiera sido mucho más difícil en Nueva York sino hubiera sido por ti.

Todd rio débilmente.

—Te hubieras defendido muy bien, eres mucho más fuerte de lo que tú misma te crees.

—Espero que te vaya muy bien —le deseó Noah de todo corazón.

—Sé feliz —dijo Todd.

Noah lo abrazó. Todd la estrechó contra su torso y le acarició la cabeza. Por última vez en su vida olió el perfume a jazmín de su sedoso pelo. Durante unos segundos se dejó embriagar por aquel aroma que no volvería a oler nunca más y por la maravillosa sensación de tener a Noah entre sus brazos.

—Cuídate —dijo Todd a modo de despedida cuando se separó de ella.

—Lo haré. Y tú también —contestó Noah.

—Adiós.

—Adiós.

Noah movió la mano mientras Todd caminaba hacia la puerta con sus pantalones vaqueros, su sudadera de Hulk y su cazadora de cuero negra.

CAPÍTULO 85

—Todd... —La voz de Olivier sonó inesperadamente a su espalda cuando salió de la habitación. Se giró.

—Señor Brooks, si va a recriminarme que haya venido a ver a Noah, puede ahorrárselo. No volveré a verla nunca más, me voy de Nueva York —se adelantó a decir.

Todd se sentía derrotado. Decían que en el amor nadie ganaba o perdía, no era como la guerra, pero desde luego, él no se sentía ganador.

Olivier se sorprendió al escuchar que Todd se marchaba de Nueva York.

—No voy a recriminarte nada —comenzó—. Noah me ha dicho que no te han renovado el contrato de trabajo...

Todd cambió el peso del cuerpo de un pie a otro.

—Sí, así es —corroboró de mala gana. Le costaba admitirlo delante de Olivier.

Olivier fue directo, como le gustaba.

—Te despidieron de la floristería por mi culpa, me corresponde solucionar ese problema. Te ofrezco un puesto de trabajo en mi empresa.

—Si Noah le ha pedido que me ayude, no es necesario —apuntó Todd.

—Noah no me ha pedido nada, ni siquiera sabe que te estoy ofreciendo un empleo —le aclaró Olivier.

—¿Entonces está buscando una absolución? —preguntó Todd con ironía —. ¿Quiere expiar sus culpas?

Olivier metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Tal vez —dijo en tono tranquilo.

Todd lanzó un pequeño bufido.

—No necesito que me ayude, señor Brooks, me las apañaré solo. Además, ya le he dicho que me voy de Nueva York.

—Tengo empresas en la mayoría de los Estados, puedes elegir puesto en el que quieras.

Pese a que la oferta era tentadora, Todd no estaba dispuesto a ceder. No ante el déspota y arrogante Olivier Brooks.

—Gracias por su generosidad, pero no quiero deberle nada —dijo.

Antes de que Olivier pudiera decir algo, Todd se dio media vuelta y echó a andar por el pasillo, pero Olivier lo aferró por el brazo y lo retuvo. Todd se volvió y Olivier le soltó.

—Considéralo un pago de mi parte. No te estoy haciendo ningún favor ni te estoy dando limosna —dijo Olivier para tratar de convencerlo. Todd pareció reflexionar sobre aquellas palabras—. Si no quieres trabajar en una de mis empresas, puedo recomendarte para que trabajes en la de algún conocido. Conozco a empresarios en todo el país. Noah me ha hablado muy bien de ti, cualquier persona estará dispuesta a contratarte.

Todd dudó unos instantes. Era cierto que Olivier no le estaba haciendo ningún favor; él se había encargado de que lo despidieran en la floristería. Era algo que le debía.

Olivier sacó una tarjeta de visita del bolsillo trasero de su pantalón y se la tendió a Todd.

—Piénsatelo —dijo—, y llámame cuando quieras.

A Todd le costaba reconocer al Olivier Brooks que tenía delante, sobre todo, conociendo su falta de escrúpulos como la conocía. Quizá Noah había logrado el milagro de cambiarlo, de humanizarlo, o quizá había sido el bebé.

Finalmente alargó el brazo y cogió la tarjeta.

—Gracias —dijo con ella en la mano.

Se la guardó en el bolsillo del vaquero, se dio la vuelta y se alejó por el pasillo.

Olivier se giró y enfiló los pasos hacia la habitación. Cuando entró, Noah estaba con expresión meditabunda.

—Todd se va de Nueva York —dijo Noah.

—Lo sé.

Noah arrugó la frente.

—¿Lo sabes?

—Sí, me lo ha dicho él.

—¿Habéis hablado? —Noah estaba desconcertada, y algo temerosa. Una discusión entre Olivier y Todd podía ser terrible.

—Sí, le he ofrecido un puesto de trabajo.

La cara de Noah se esponjó de pronto, fruto de la sorpresa.

—¿Y lo ha aceptado? —se apresuró a preguntar con impaciencia.

Olivier negó ligeramente con la cabeza.

—No.

Noah dejó caer los hombros. Si había alguna posibilidad de que Todd se quedara en Nueva York se acababa de desvanecer.

—De todas formas, le he dado mi tarjeta, por si en algún momento cambia de opinión. Le he ofrecido la posibilidad de recomendarle en la empresa de algún conocido, si no quiere trabajar para mí.

—¿Y la ha cogido?

—Sí, incluso creo que se lo estaba pensando...

—Ojalá acepte, aunque no sea aquí en Nueva York. Quiero que le vaya bien, se lo merece —dijo en tono apagado.

—Seguro que le va a ir bien, y si no, puede llamarme cuando lo necesite.

Noah estiró los brazos y abrazó a Olivier.

—Gracias —susurró contra su pecho.

—No tienes que dármelas, se lo debía —dijo Olivier con una sonrisa cálida.

CAPÍTULO 86

Al día siguiente, Dan seguía estable. La saturación de oxígeno se había estabilizado definitivamente y la infección que lo había puesto al borde de la muerte estaba a punto de desaparecer.

Las enfermeras que se encargaban de atenderlo entraron en la habitación.

—Es hora de dar de comer a este hombrecito —dijo con humor la enfermera parlanchina.

Abrió las ventanillas de la incubadora y cambió la jeringa vacía por la nueva de alimento parenteral. Enseguida, el líquido blanquecino empezó a bajar por la sonda.

—Y como va evolucionando bien, el médico nos ha dado permiso para que le destapemos los ojos —habló de nuevo la enfermera.

—¿En serio? —dijo Noah.

—Sí.

Noah y Olivier intercambiaron una mirada llena de esperanza.

—¿Has oído eso, Dan? —Noah se dirigió al bebé—. Vamos a poder verte los ojitos...

Con la ayuda de la otra enfermera que había entrado en la habitación, abrieron la incubadora y manipulando con sumo cuidado las vías y demás aparatos a los que estaba conectado, le quitaron las gafas de esponja mientras él manoteaba.

—¿Nos vas a enseñar tus ojitos? —le preguntó Noah.

Y como si el bebé la hubiera escuchado, abrió ligeramente los ojos.

—Olivier... ha abierto los ojos —se apresuró a decir Noah—. Oh, Dios mío, no me lo puedo creer...

—Son los ojos más bonitos del mundo —dijo Olivier, entusiasmado.

Dan parpadeó muy despacio, ajeno al revuelo que había a su alrededor. Olivier alargó el brazo y le tocó la manita. Dan se aferró a su dedo índice con fuerza.

—Mira, Noah, ¿ves cómo me agarra el dedo? —dijo.

Noah le acarició la otra manita con cariño.

—Nuestro pequeño está cogiendo fuerza —comentó con el alma lleno de esperanza.

De pronto Dan comenzó a llorar. El sonido era como el lastimoso maullido de un gato.

—Está llorando, ¿por qué llora? —preguntó Noah a la enfermera, alarmada.

—Seguro que necesita que le cambien el pañal —respondió la mujer.

Noah respiró aliviada. Eso tenía fácil solución. La enfermera le quitó el pañal sucio, le limpió bien y le puso uno limpio que había cogido de la bolsa que había encima de la mesa. El bebé dejó de llorar de inmediato.

—Tenías razón, era el pañal —dijo Noah a la enfermera.

Ella sonrió. Llevaba muchos años cuidando bebés.

—¿Preparada para *el piel con piel*, mamá? —le preguntó a Noah.

Noah la miró entre reticente y emocionada.

—Sí... claro que sí... supongo —titubeó nerviosa.

—Tranquila, su marido ya lo ha probado y puede decirle que no pasa nada.

Olivier y Noah se miraron. No estaban casados; no eran marido y mujer, ni siquiera eran pareja, pero era lógico que la enfermera lo pensara.

—Siéntese en el sillón —le indicó la mujer parlanchina.

Noah hizo lo que le iba indicando.

Entre las dos enfermeras cogieron al bebé y con cuidado extremo para que ninguna vía ni sonda se quitara, se lo colocaron a Noah sobre el pecho de la manera que sugería el método canguro.

—Oh, pequeño... Mi pequeño... —susurró con voz dulce cuando lo tuvo encima.

—Intenta que tus manos cubran la mayor parte de su cuerpo para que le den calor —dijo la enfermera.

—Eso no es difícil, es tan pequeño... —comentó Noah.

Las enfermeras salieron de la habitación, dejando a Olivier y a Noah a solas con el bebé. Noah empezó a cantarle una nana con voz extremadamente dulce.

—Arrorró mi niño.

Arrorró mi sol.

Arrorró pedazo

de mi corazón.

Este niño mío

se quiere dormir

y el pícaro sueño

no quiere venir...

En mitad de la canción rompió a llorar, sobrepasada por las emociones. Aunque era incapaz de contener las lágrimas, siguió susurrando la nana.

—Arroró mi niño.

Arroró mi sol.

Arroró pedazo

de mi corazón...

Olivier alargó la mano y le enjugó las lágrimas que le caían por las mejillas.

—Shhh... —susurró en tono tranquilizador—. Todo va bien, Noah —dijo—. Dan va a salir adelante.

Noah asintió entre lágrimas y siguió susurrando la nana a su hijo.

CAPÍTULO 87

Los padres de Noah aterrizaron en el aeropuerto Internacional de John F. Kennedy por la tarde y Jake, el chófer de Olivier, que los esperaba a pie de pista, los llevó directamente al hospital.

Tocaron la puerta y entraron en la habitación.

Noah se levantó del sillón y abrazó directamente a su madre, en silencio, sin decir nada.

—Cariño... —dijo Emilie, estrechándola con fuerza entre sus brazos.

—Mamá, mi pequeñín... —sollozó Noah.

—Hola, Olivier —lo saludó Sam.

—Hola —correspondió él, dándole la mano que le ofrecía el padre de Noah.

—Hola, papá —dijo ella, abrazándolo a él también.

—¿Qué tal estás, hija? —preguntó él.

—Bien.

Emilie se había acercado hasta la incubadora.

—Dios mío... —musitó dulcemente al ver al bebé.

—Él es Dan —dijo Olivier con una sonrisilla orgullosa.

Sam se inclinó para verlo mejor. En esos momentos, Dan abrió los ojitos, como si fuera consciente de que lo estaban mirando, de que todos estaban pendientes de él.

—Mira, Dan, los abuelitos están aquí. Han venido a verte —dijo Noah.

El bebé pestañeó un par de veces y bostezó.

—Es precioso —comentó Emilie.

—Sí que lo es —afirmó Sam.

Ambos miraban a Dan con ojos embelesados, como si fuera la criatura más fascinante del mundo. Y para ellos lo era. Era su primer y único nieto, y parecía tan frágil, tan vulnerable...

—Esto es para él —dijo Emilie, tendiendo una bolsa a Noah—. Es una colcha que he tejido.

Noah cogió la bolsa y sacó la colcha. Era de punto de color blanco,

ribeteada con un lazo azul brillante. En el centro podía leerse Dan en letras mayúsculas.

—Es preciosa, mamá —dijo—. Luego le diré a las enfermeras que le arropen con ella.

—¿Qué os han dicho los médicos? —preguntó Sam, después de un rato en que no era capaz de apartar la vista de Dan.

—Está estable y la infección casi ha desaparecido, pero todavía no está fuera de peligro —respondió Olivier con pesar.

—Seguro que pronto lo estará, lo importante es que la infección esté remitiendo —dijo Sam.

—Sí, seguro, los bebés son más fuertes de lo que parecen —intervino Emilie—. Debemos tener confianza y esperanza, la esperanza es lo último que se ha de perder —añadió con vehemencia.

La puerta de la habitación se abrió y el médico entró.

—Buenas tardes —saludó.

—Buenas tardes —contestaron los presentes.

Llevaba una carpeta que dejó encima de la mesa. La abrió y sacó los papeles que había en su interior.

—Vamos a ver cómo sigue este pequeñín —anunció.

Durante unos segundos estudió los datos plasmados en los papeles y después los datos que arrojaba el monitor: frecuencia respiratoria, cardíaca y presión arterial.

—¿Está todo bien? —se adelantó a preguntar Noah, con una leve ansiedad en la voz.

Su rostro tenía una expresión de angustia.

—Milagrosamente sí —respondió el médico al fin—. La infección ha desaparecido por completo y las constantes se han estabilizado definitivamente.

—¿Y eso significa que...? —dijo Olivier, con el rostro tenso de preocupación.

—Que vuestro hijo está fuera de peligro —aseveró el médico.

Suspiros de alivio llenaron la habitación.

—¡Gracias a Dios! —susurró Noah. Cerró los ojos unos instantes y unas cuantas lágrimas se precipitaron por sus mejillas.

Olivier la abrazó.

—Ya pasó, pequeña mía —le susurró al oído, conteniendo la emoción—. Ya pasó todo —repitió, acariciándole la cabeza amorosamente.

—Bendito sea Dios... —dijo Emilie—. Mis plegarias han sido escuchadas.

Sam buscó su mano y se la apretó. Su nietecito se iba a salvar.

Entretanto, el médico volvió a hablar.

—Aún queda mucho camino por recorrer y muchos días de hospital — advirtió—. Los bebés prematuros tienen una larga batalla por delante hasta que completan las cuarenta semanas de gestación, pero al menos la primera amenaza, la más inminente, ha desaparecido —les explicó—. Es fundamental el método *piel con piel* con los padres en las próximas semanas, para que el desarrollo cerebral y sensorial sea el óptimo.

—No se preocupe por eso, doctor —dijo Olivier—. Estaremos con él todo lo que haga falta. Las veinticuatro horas del día si es necesario.

—Bien. A medida que pasen las semanas, iremos viendo su evolución y qué cosas deja de necesitar, como la alimentación y la respiración asistida...

—continuó hablando el médico—. La verdad es que la recuperación de Dan es un milagro médico. Él nació muy débil, con una infección que en prematuros extremos es complicadísima de combatir, pero ha podido con ella. Es un bebé frágil por las pocas semanas que tiene, pero es un bebé fuerte. Muy fuerte. Enhorabuena.

—Gracias, doctor, por todo lo que han hecho por Dan —dijo Noah. Tenía la voz tomada por la emoción.

Cuando el médico salió de la habitación, Olivier miró a Noah.

—Tú has salvado a nuestro hijo. Tu confianza, tu fe y tu amor lo han salvado —aseveró.

Noah sonrió. Estaba radiante. Su pequeño iba a vivir. ¡Sí, iba a vivir!

—Nuestro pequeño es un ejemplo de lucha —dijo.

—Es un luchador nato, como su madre —anotó Olivier, sin disimular el orgullo que sentía por Noah.

—Y como su padre —añadió Noah con una sonrisa.

Emilie y Sam intercambiaron una mirada.

—¿Estáis juntos? —preguntó Emilie.

Noah y Olivier la miraron.

—Sí, estamos juntos —respondieron a la vez, sonrientes.

—Pero ¿sois novios?

Noah esbozó una sonrisilla de ensoñación.

—Sí, mamá —respondió.

—Cuanto me alegro por vosotros —dijo Emilie.

—Las cosas empiezan a ponerse en su sitio —comentó Sam.

Olivier inclinó la cabeza y dio un beso en la frente a Noah.

—¿Se puede?

—Pasa, Helen —dijo Noah con una amplia sonrisa en los labios.

Helen entró en la habitación y detrás de ella lo hizo Sandro.

—Hola, Sandro —lo saludó Noah, ligeramente sorprendida de verlo allí. Aunque bien pensado, no era tan raro, su relación con Helen se consolidaba día tras día.

—Hola —dijo él.

—Hola —saludó Olivier, que estaba apoyado en el alféizar de la ventana.

Sandro se dirigió a él.

—Nos hemos visto en varias ocasiones, pero no nos han presentado —dijo, alargando la mano hacia él—. Soy Sandro Santoro.

—Olivier Brooks —dijo Olivier, estrechándole la mano amistosamente.

Desde que sabía que Sandro y su hermana habían empezado una relación lo veía de otro modo, sin los celos que lo atacaban cuando estaba cerca de Noah. Ahora las cosas eran diferentes.

—¿Qué tal está Dan? —preguntó Helen.

—Ya está fuera de peligro —respondió Olivier.

El rostro de Helen se iluminó con un súbito destello.

—¡Qué bien! —exclamó—. Es la mejor noticia que nos podían dar.

—Todavía nos queda mucho por luchar y unos largos meses en el hospital, pero lo importante es que la infección ha desaparecido —explicó Noah.

—Dan ha resultado ser todo un héroe —comentó Helen, feliz.

—Me alegro mucho por vosotros —dijo Sandro con una sonrisa, contagiado por el entusiasmo que se respiraba en el ambiente.

—Gracias, Sandro —le agradeció Noah.

EPÍLOGO

Las semanas siguientes Dan comenzó a coger peso y a crecer. Su piel, fina como el papel de fumar cuando nació, se hizo más consistente. Los rasgos faciales comenzaron a definírsele, descubriendo que era igual que Olivier, pero con los ojos azules de Noah.

Aunque parecía que nunca iba a llegar, un día Noah y Olivier vieron a su pequeñín sin la sonda de la nariz ni la de la boca y sin todos los cables y vías que lo rodeaban. Dan, por fin, pudo respirar por sí mismo.

Noah volvió a emocionarse cuando pudo vestirle con ropita de bebé por primera vez y a Olivier se le cayó la baba al verlo sonreír una tarde en que lo tenía sobre el pecho con el método canguro.

Noah jamás se imaginó que Olivier pudiera darle tanto amor como le daba:

le cuidaba, le mimaba, le daba el biberón, hablaba con él; y aunque la primera vez que le cambió el pañal sudo la gota gorda, no dejó de hacerlo y de implicarse en todo lo que era necesario. Noah no dudaba de que amaba a Dan, lo amaba por encima de todas las cosas, y eso lo convertía en el mejor padre del mundo.

Cada semana, Dan le ganaba una pequeña batalla a la vida, para asombro y alegría de todos. Hasta que 105 días después, con cincuenta y un centímetros y casi tres kilos, le dieron el alta. Ni Noah ni Olivier recordaban un día más feliz que el día que Dan salió del hospital en su cochecito.

—Ven, quiero enseñarte algo —le dijo Olivier a Noah al llegar al ático.

Noah lo siguió por el pasillo hasta una de las habitaciones. Olivier giró el pomo y abrió la puerta. Noah se quedó atónita. Estaba decorada con motivos infantiles en tonos blanco y azul, con una cuna, un cambiador, una bañera y varios armarios y cómodas. Había muñecos, juguetes y explosiones de color por todas partes. En una de las paredes se leía el nombre de Dan en letras plateadas.

—¿Te gusta? —le preguntó Olivier.

—¡Me encanta! —respondió Noah, paseando la mirada por el perímetro de la habitación.

—Me ha ayudado a decorarla Helen durante estos meses que Dan ha estado

en el hospital, pero si algo no te gusta o no te convence, puedes cambiarlo libremente. Quiero que esté a tu gusto —expuso Olivier.

—No, Olivier, está todo perfecto —dijo una Noah emocionada mientras cogía un peluche de una de las estanterías y lo acariciaba—. Es preciosa.

—Acércate a la cuna —le indicó Olivier.

Noah se giró y enfiló los pasos hacia la cuna.

—Hay una cajita prendida en un globo rojo en forma de corazón —dijo con ingenuidad.

—Ábrela —pidió Olivier.

Noah se inclinó y cogió la cajita con el globo. Era negra de elegante y suave terciopelo. Cuando abrió la tapa se dio cuenta de que le temblaban los dedos. Se quedó de piedra al ver lo que contenía.

—Olivier... —musitó con voz estrangulada al tiempo que levantaba el rostro hacia él.

—Noah, ¿te quieres casar conmigo? —le preguntó él con relucientes ojos negros.

El corazón de Noah se desbocó, latiendo con fuerza contra su pecho. No le salían las palabras.

—Yo... Yo... Olivier... Oh, Dios mío, Olivier... —titubeaba sin parar,

muy nerviosa.

Olivier sonrió.

—¿Y bien? —la apremió al ver que no contestaba.

—¡Sí! ¡Dios mío, claro que sí me quiero casar contigo! —respondió al fin con efusividad.

Empezó a sonreír mientras corría a lanzarse a los brazos de Olivier, que la cogió en vilo. Noah cruzó las piernas alrededor de su cintura y juntos dieron unas cuantas vueltas en círculo.

Al apoyarla en el suelo, Olivier cogió la cajita, extrajo el anillo y se lo puso a Noah en el dedo anular.

—Te amo, Noah —le confesó con voz tierna. Rozó la punta de la nariz con la suya—. No sabía que fuera capaz de amar tanto. Moriría por ti. Por ti y por nuestro hijo, por nuestro pequeño héroe. Daría la vida por vosotros.

Noah pasó los brazos alrededor de su cuello y lo apretó con fuerza, como si no quisiera soltarlo nunca más.

—Yo también te amo, Olivier —dijo—. Te amo mucho, mucho, mucho —repitió una y otra vez con vehemencia.

—No deberías quererme tanto, Noah.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Porque te he causado mucho dolor —contestó Olivier.

—No es lo único que me has causado... —dejó caer ella con voz pícaro.

Olivier entornó los ojos y la miró travieso.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó, fingiendo ingenuidad.

—Que tenemos toda la vida para pecar.

Noah se puso de puntillas, alzó la cabeza y le dio un beso en los labios.

—Prometo recompensarte por todo lo que te he hecho sufrir —afirmó Olivier—, y también te prometo pecar mucho —la provocó con voz sedosa.

Se inclinó sobre Noah y le acarició los labios con la lengua como si estuviera saboreándola.

—Hay pecados tuyos que me encantan —susurró Noah.

Olivier pasó la yema del pulgar por la sedosa piel de su cuello y sintió como se estremecía.

—Mmm... Tu piel y tu olor son deliciosos, Noah —susurró en su boca, al tiempo que tomaba un mechón de su pelo.

En ese instante el móvil de Noah sonó, interrumpiendo el momento.

—¿Vas a cogerlo? —rezongó Olivier, que no quería separarse de ella.

—Puede ser importante —contestó Noah con una sonrisa.

Rápidamente lo sacó del bolso para que el sonido no despertara a Dan, que dormía en su sillita. Era un número desconocido. Descolgó.

—Dígame.

—¿Es usted Noah Winter? —le preguntó una voz femenina al otro lado de la línea telefónica.

—Sí, ¿con quién hablo?

—Soy Samantha Charlton... —A Noah le saltó el corazón al oír ese nombre—, soy la directora de la Semana de la Moda de Nueva York —se presentó—. Queremos dar oportunidad a nuevos diseñadores y nos han gustado mucho los modelos y el estilo de su firma de ropa. Le llamo para preguntarle si quiere participar con su colección en nuestra pasarela.

A Noah le empezó a temblar el cuerpo. Eran demasiadas emociones en un solo día.

—¡Por supuesto! —exclamó—. Para mí será un honor.

—Me alegra saber que podemos contar con su firma —dijo Samantha Charlton—. Mañana me pondré en contacto con usted para hablar de los detalles.

—Gracias —dijo Noah.

Colgó la llamada y se quedó mirando el móvil.

—Noah, ¿qué pasa? —quiso saber Olivier, al advertir el estado de excitación en el que estaba.

—Era Samantha Charlton, la directora de la Semana de la Moda de Nueva York... —comenzó. Lo estaba contando y todavía no terminaba de creérselo —... Madre mía, quieren que mi firma de ropa desfile por su pasarela.

—¡Eso es estupendo! —exclamó Olivier.

Los pensamientos de Noah se detuvieron de repente. Tuvo una especie de *Déjà vu*. Alzó el rostro y miró a Olivier con expresión suspicaz en los ojos azules.

—Un momento... Olivier, ¿tú no tendrás nada que ver? —preguntó—. ¿No se te habrá ocurrido mover tus hilos?

Olivier levantó las manos, mostrando las palmas.

—Yo no he tenido nada que ver —dijo, sacudiendo la cabeza—. Ya he aprendido la lección —añadió.

Noah supo que decía la verdad.

—Madre mía, Olivier, ¡voy a estar en la pasarela de Nueva York!

Olivier la abrazó.

—Enhorabuena, pequeña —la felicitó.

—Todavía no me lo puedo creer... —murmuró Noah contra su hombro.

Olivier deshizo el abrazo.

—No sabes lo orgulloso que estoy de ti, Noah, porque eres una mujer que lucha por sus sueños y porque eres capaz de hacerlos realidad —afirmó con un destello en los ojos.

Dan comenzó a llorar en ese instante.

—Creo que nuestro pequeño héroe tiene hambre —dijo Noah con una sonrisa.

—Yo me encargo de prepararle el biberón —se ofreció Olivier.

—Vale.

Noah fue hasta el cochecito de bebé y cogió a Dan. Lo acunó entre los brazos para calmarlo y le acarició la suave mejilla con un dedo, hasta que Olivier llegara con el biberón.

Durante unos segundos él permaneció en silencio, observándola. Noah miraba al pequeño con los ojos llenos de amor. La luz del sol los iluminaba, otorgando a la escena un hermoso brillo. El cabello de Noah se había convertido en una cortina de oro. Nunca la había visto más bella que en ese momento.

Olivier sonrió.

Quizá algún día descubriera que había hecho para merecerla.

Aún persistía algún resquicio de duda de que pudiera mantener enterrado el pasado y de ser lo suficientemente bueno para Noah y su hijo, pero era muy egoísta para dejarlos ir, y los amaba demasiado. Necesitaba estar cerca de ellos; al fin y al cabo, eran su familia. La vida sin Noah y sin Dan era inconcebible.

Nunca había tenido planes de paternidad, pero las circunstancias habían decidido por él, y ahora pensaba que era lo más bonito que le había pasado en la vida. Dan le había dado una lección que no olvidaría jamás. Ahora ellos eran su casa, su hogar; ese que nunca había tenido.

—El biberón ya está listo —dijo, agitándolo ligeramente en el aire.

Echó a andar con una sonrisa radiante en los labios y se reunió con Noah y el bebé.